

Selección RNR

SANDRA BREE

*Desde siempre
te conozco*

E X VAGOS
♥ Adi ♥



Romance y Viaje en el tiempo

Desde siempre te conozco
Entre tu mundo y el mío hay solo un
suspiro

Sandra Bree



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017, Sandra Bree

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-839-6

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Al héroe más grande de mi vida. Mi padre.
(Entre tu mundo y el mío hay solo un suspiro).*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epilogo

Nota de autora

Agradecimientos

Promoción

Prólogo

Marzo de 2013, Madrid

El hombre levantó la mirada de su caña de cerveza y vio salir a la despampanante rubia del portal de su casa. Era una de las mujeres más bonitas que había tenido el placer de conocer desde hacía algunos meses. O más bien, se corrigió, se las había apañado para que ella lo conociese a él, aunque debía confesar que no habían empezado con el mejor de los pies.

Se limpió los labios con el dorso de la mano y por un momento dudó en seguir bebiendo de su cerveza o ir tras la chica. Ambas cosas eran igual de apetecibles, cada una a su manera, pero sin duda, su bebida iba a tratarlo mil veces mejor de lo que lo iba hacer la rubia. Ella, como siempre, lo ignoraría, saldría corriendo a la parada del autobús e intentaría esquivarlo. ¡Cuántas veces había fantaseado con acorralarla y saborear toda la piel de su cuerpo! Saltaba a la vista que era muy suave y tierna.

«Mierda», se excitó de solo pensarlo.

Dos hombres que charlaban tranquilamente se apartaron de su camino cuando se acercó al ventanal. La gente le tenía, sino miedo, respeto. Su aspecto intimidaba con tanto tatuaje en el cuello y la chaqueta de cuero cubierta de parches.

Se echó a reír en silencio al ver a la muchacha tras el cristal. Se movía con cautela, mirando hacia todos los lados para no tropezarse con él. Y eso lo divertía; era como ver a un conejo asustado buscando su madriguera.

La calle estaba concurrida a esas horas y la cola del autobús era bastante larga. Todavía estaba a tiempo de ir a incomodarla. Es más, lo iba hacer cuando escuchó tras él la máquina tragaperras dando el premio gordo. Su cara se iluminó al tiempo que giraba con curiosidad. En ese preciso momento, el mozo que descargaba fruta en la galería se agachaba a recoger sus monedas.

Mentalmente evaluó su fuerza. El cabrón tenía una constitución más

corpulenta que la suya, y eso que presumía de hombros anchos y músculos duros. Pero el mozo al menos le sacaba una cabeza y media, y eso... le imponía un poco. Él era valiente, no un loco inconsciente. Mucho menos cuando no tenía a ninguno de sus amiguetes por allí para echarle un cable.

Con desinterés, se terminó de beber la cerveza. Era una lástima que de todos los tipos que había allí le hubiera tenido que tocar a ese, de haber sido otro se las hubiera apañado para robarle una parte del dinero, o todo. Era final de mes y estaba sin blanca.

Dejó el vaso en la barra, cogió un palillo que colocó entre sus dientes y levantó una mano en alto llamando al camarero.

—Apúntamelo, Joaquín, más tarde vengo a pagar.

—¿Cobras hoy? —le preguntó el empleado arqueando las cejas con sarcasmo.

—Eso creo.

—Eso espero, Juancar, si no, ya sabes que mi jefe no me deja servirte más.

Asintió bruscamente. No le gustaba que nadie le hablase así.

—Tu jefe es un maricón de mierda.

—Pero es de él el bar y el que manda. No en todos los sitios te fian.

Con una mirada provocadora, observó al camarero que se había puesto a limpiar el mostrador y a servir cafés como si él ya se hubiese marchado. Odiaba a ese tipo, pero tenía razón. Nadie le fiaba.

Como no quería broncas tan temprano, se subió la cremallera de la cazadora y salió a la calle. En ese momento subía el último pasajero del autobús y cerraban las puertas tras él.

Desde la acera buscó con la mirada a la rubia con cara de ángel. Se encontraba sentada entre una señora gorda y la ventana. Ese día estaba verdaderamente buena con ropas ajustadas que delineaban su figura. Rizos trigueños rodeaban su cara de piel clara y enormes ojos verdes. La condenada tenía unas pestañas larguísimas y tupidas que más de una mujer, con toda seguridad, envidiaba.

Su cuerpo entró en alerta de nuevo mientras se preguntaba lo que sentiría si frotaba sus labios lentamente contra sus mejillas...

Con agilidad, y sin pensárselo dos veces, se acercó al autobús y golpeó el cristal con el puño cerrado en el lugar en el que ella estaba. La ventana vibró bajo el impacto. La muchacha y los pasajeros que estaban cerca se sobresaltaron. Ella frunció los labios y miró al frente, ignorándolo.

—Esa boca será mía —musitó Juan Carlos con una sonrisa.

Capítulo 1

La leyenda nunca contada.

Palacio de Menfis, Egipto. Siglo 26 a.C.

La pequeña Naunet nació durante una noche de furiosa tormenta. Las aguas que manaban de oscuras nubes asentaban el polvo del desierto formando pantanosas lagunas. Los relámpagos desgarraban el firmamento iluminando las tierras de Egipto hasta alcanzar la luz de día para luego sumirse en las más oscuras y profundas de las oscuridades.

Naunet rompió a llorar en el mismo momento en que asomó su blanca carita por entre las piernas de Henutsen. Sin embargo, guardó un repentino silencio cuando sus ojos, negros como el azabache, cayeron sobre el pequeño Asim, hijo del tyaty, que espiaba tras la gigantesca columna de granito.

Egipto despertó con las nuevas noticias.

Jufu, el faraón de Keops, había tenido otra hija.

Marina observaba absorta, sin ver ni oír nada, la mesa de patas de hierro que presidía la sala de audiovisuales. Otra vez el decano se había puesto a desvariar sobre asuntos que no concernían en absoluto con la clase de ese día, y ella dejó de prestar atención a sus palabras para pensar en la pequeña pirámide dorada que relucía sobre el tablero de la mesa. Tenía muchas preguntas que hacer sobre la pieza. Estudiaba arqueología y sentía una atracción desbordante por todo lo que tuviera que ver con el tema.

El doctor Eduardo Ibarrúri era uno de los mejores en su campo, por eso Marina lo había elegido, sin embargo, llevaba unas semanas que comenzaba

arrepentirse. El doctor era una persona mayor y muy charlatana, y enseguida se le iba el santo al cielo. De pronto se ponía a relatarles cosas de su vida o profundizaba en temas banales y absurdos que no interesaban más que a los cuatro tontos de la primera fila que se reían por meras chorradas.

—No nos va a dar tiempo a terminar la clase —murmuró, con fingido interés, Clara mientras miraba el reloj—. ¿Qué vas hacer después de salir? ¿Has quedado?

Marina cruzó los brazos sobre la mesa y miró a su compañera curvando los labios hacia arriba en una mueca desinflada. Estaba segura de que Clara podía ver en sus enormes y redondeados ojos verdes, rodeados de largas y rizadas pestañas color humo, su decepción.

—Quería pasar por la biblioteca, llevo un montón de días esperando la clase de hoy y me ha dejado bastante fría. O son imaginaciones mías o este tipo apenas nos ha dicho nada sobre la pirámide.

—Tienes razón, la verdad es que no ha dicho nada del otro mundo. —Clara se tocó, pensativa, el lóbulo de la oreja, haciendo rodar su pendiente en forma de corazón—. Pero yo hoy no me puedo quedar contigo. Han abierto un sitio nuevo donde dicen que hacen unas costillas a la barbacoa que están de muerte. ¿Te apuntas?

Marina se pasó distraídamente los dedos por entre el pelo y lanzó otra mirada subrepticia a la pirámide.

—No, hoy no, tal vez otro día.

—¿Decía algo, señorita Miranda? —preguntó el decano alzando el tono de su voz.

De repente, la clase quedó en rotundo silencio, tal que el zumbido de una mosca hubiese sido capaz de perturbar el aula.

Marina volvió su atención al doctor al igual que los pocos que se habían despistado. El decano miraba por encima de los gruesos lentes, con interés, en su dirección. Ambos se sostuvieron la vista durante largos segundos hasta que ella se dio cuenta de que le había preguntado algo. Se sentó erguida, consciente de todas las miradas puestas en ella.

—Lo siento, señor, no estaba prestando atención, ¿podría repetir lo que ha dicho?

El profesor frunció el ceño y, con lentitud, se quitó las gafas para mirarla mejor. Meció la cabeza suavemente.

—He preguntado que si tenía algún problema sobre la clase de hoy, señorita Miranda. Me ha parecido ver que murmuraba algo.

Ella sintió la boca seca.

—No... no me llamo Miranda, doctor Ibarrúri, mi nombre es Marina.

—¡Ah, Marina, es cierto! Me he confundido otra vez. —Él se cruzó de brazos al tiempo que con los dedos hacía balancear los lentes—. ¿Tenía alguna pregunta que hacer antes de que dé por finalizada la clase de hoy?

Sin querer desaprovechar la auténtica oportunidad que le brindaba, quitó el montón de libros y cuadernos que tenía en frente de sí y los apartó hasta la esquina de la mesa. Pensó con rapidez por dónde podía empezar. Quería saberlo todo sobre Keops.

—Sí, doctor. —Escuchó por atrás que algunos de sus compañeros suspiraban con pesimismo, pero no les hizo ni caso—. Estoy enamorada hasta la médula del antiguo Egipto y me gustaría saber algo más sobre la pirámide. Hay varias cosas que me muerdo por preguntarle.

—Imagino que se trata de eso, ya que es el tema que estamos estudiando. Dígame.

Nerviosa, se pasó la lengua sobre el labio inferior.

—¿Cuándo descifraron los signos que están grabados en sus paredes, en realidad sucedió algo? Según su escritura, hablaba de una serie de profecías y quisiera saber si ha ocurrido alguna que usted conozca.

El decano se volvió a poner las gafas, tomó la pirámide en la mano y durante un rato mantuvo la vista clavada en el objeto; luego, llevó la mirada a la sala en general.

—Todo lo relativo a Keops aún es un misterio para nosotros. De hecho, no hace mucho tiempo se descubrió parte de una leyenda que los egiptólogos

continúan descifrando. Sabemos que esta pequeña pieza emula a la pirámide original, más conocida por la pirámide de Guiza, aunque su nombre verdadero es el Horizonte luminoso de Jufu. —Se encogió de hombros—. ¿Saben lo que es un cubo de Rubick? —Todos más o menos asintieron. El doctor lo explicó de todas formas—. Es ese juego de inteligencia y lógica donde hay que formar seis caras de distintos colores. Pues se piensa que esta pirámide es un estilo. —Miró a Marina, que lo escuchaba concentrada—. Nunca han hallado nada, excepto interpretar su significado. No es más que una pieza antiquísima. Una especie de calendario. Existe una bibliografía antigua e incompleta de esta obra. No es nada concluyente, ya que está rodeada de muchas hipótesis como bien ha dicho usted, señorita, sin embargo, nunca ha sido objeto de un estudio muy profundo a pesar de estar en nuestro poder desde mediados de mil setecientos.

—¿Y por qué se descubrió en esa época cuando la verdadera pirámide terminó de construirse hacia el año 2570 antes de Cristo?

—He aquí donde se halla el principal misterio —respondió él—. No se sabe.

—Pero he oído decir que es una puerta de tiempo y que hay algunas personas que saben cómo funciona —insistió.

El hombre dejó la pirámide sobre la mesa, apoyó las caderas en el mueble y, cruzando de nuevo los brazos sobre el pecho, clavó los ojos en ella.

—Esto no es como un ascensor, señorita Miranda. —Marina estaba tan atenta que no se preocupó por corregir su nombre de nuevo—. Hay muchas historias y leyendas que no son ciertas. A mí más que a nadie me encantaría creer que Keops es una puerta de tiempo, pero yo, como tantos otros, llevamos divagando sobre ello muchos años y la conclusión es que es solo un tesoro más. Ha sido bastante difícil determinar la salida de este objeto desde Egipto, ya que a pesar de tener datos exactos de su origen, se encontró en una isla del caribe.

—¡Pero debe tener algún significado aparte de ser un simple calendario! —replicó, poco convencida con la explicación que él le estaba dando.

—¿Por qué? Bien pudieron hacer esa pieza por gusto. En aquella época, había artesanos que... —La sirena del edificio sobresaltó a Marina. Los alumnos comenzaron a recoger sus cosas apresuradamente—. Mañana seguiremos con este tema, ya que parece que hoy tienen prisa —terminó de decir él, enderezándose.

Marina maldijo entre dientes, recogió con rapidez sus cosas y descendió a la carrera las escaleras, esquivando a varios compañeros, al tiempo que procuraba no matarse con la estrecha falda de tubo azul y los altos tacones. Ella era una de esas jóvenes que gustaba de verse bonita, aunque solo fuese a comprar el pan. Siempre había sido muy presumida respecto a su aspecto, además, también porque aquella mañana había dejado la ropa acumulada de la semana en la lavandería y no tenía mucho más que ponerse. Por otra parte, sentía mucha rabia cuando sus amigas decidían ir a última hora a tomar unas copas y odiaba ir a esos sitios en chándal. En verdad no tenía ninguna preferencia por la clase de ropa que vistiese, aunque en su guardarropa lo que más abundaba eran prendas ceñidas porque marcaban su esbelto cuerpo a pesar de que medía cerca de metro sesenta. Sus amigas eran más altas, y ese era el motivo de usar los zancos, como ella llamaba a sus tacones.

Marina vivía en un barrio normalito. Se había mudado al comenzar los estudios de arqueología a un apartamento que compartía con Sonia, una amiga de la infancia, que se había decantado por la medicina. El fin de semana ambas trabajaban como camareras para pagar el alquiler. Pero lo que peor llevaban en sus vidas, al menos ella porque Sonia casi nunca estaba por el barrio, era Juan Carlos.

Juancar, como lo llamaba la mayoría de la gente, era un tipo al que se lo conocía por ser un delincuente de poca monta que tenía acobardada a toda la calle. Ella estaba cansada de que la persiguiese y acosase cada vez que se lo encontraba y con demasiada frecuencia, comenzaba a desesperarse de ir siempre con ojos vigilantes a todos los sitios y de esconderse cuando lo veía llegar. Le temía y presentía que si un día se encontraban a sola, iba a tener bastantes problemas. Además, Juancar se pasaba las denuncias por el forro y

no servía de nada perder el tiempo en las largas colas de los juzgados y la misma comisaría. Él siempre salía libre de todo eso. Por ese motivo, ella llevaba en su bolso un *spray de pimienta* que no le causaba ninguna seguridad, al contrario, según la policía, era un arma ilegal. Sin embargo, su abuelo se lo había conseguido y le había prometido llevarlo a todos los sitios siempre.

Sus padres estaban divorciados. De su madre no sabía nada desde hacía muchos años, y con el que aún se hablaba un poco era con su padre, un motero irlandés que iba de concentración en concentración a lo largo del mundo. Ella hablaba perfectamente inglés y había echado varias solicitudes en diferentes academias para enseñar el idioma. De momento ninguna había requerido sus servicios y no se atrevía a impartir clases particulares en casa por miedo a que Juancar amenazara de algún modo a sus alumnos. Estaba meditando el consejo de sus abuelos respecto a la academia de artes marciales y defensa personal que había cerca de su casa. Sabía que no iba a servirle de gran cosa apuntarse. Cuando sucedía algo que le causaba miedo, se quedaba bloqueada y solo era capaz de escuchar como su corazón latía aterrorizado, pero tampoco iba a perder nada por probar.

—¡Espere, doctor Ibarúri, por favor! —lo llamó, acercándose.

El hombre se volvió a mirarla, extrañado de que no saliese junto a los demás.

—Usted dirá, señorita.

—He estado buscando en los documentos y no dicen quien fue la persona que encontró la pirámide. También he consultado algunas notas con el museo de arqueología, pero o bien no me quieren dar la información o ni ellos mismos conocen los datos. Lo único que he hallado es que su descubridor, por llamarlo de alguna manera —hizo el gesto de comillas con los dedos—, fue J.E.S. ¿Sabe usted quién fue?

Él negó con la cabeza, adoptando una expresión cautelosa.

—Nunca lo han podido confirmar. Unos dicen que fue uno de los piratas que desenterró el tesoro donde lo encontraron.

Marina frunció el ceño.

—¿Usted opina también que alguien pudo robar a Keops de Egipto para venderlo en el Caribe?

—No es algo descabellado, pero ya le he dicho que no existen pruebas de ello. Ni siquiera se ha sabido hasta hace unos pocos siglos que esa pieza existiese. —Buscó entre sus papeles y sacó un mapa desplegable que colocó sobre la mesa, apartando ligeramente a Keops. Señaló una zona en particular haciendo girar el dedo sobre ella—. Hace años hubo una isla llamada La fortuna en aguas del caribe. Varias cartas de navegación señalan aquel lugar, de hecho, en nuestros días yace bajo las profundidades del océano, pero se encuentra entre los arrecifes de la muerte. En aquella época, había bastantes galeones que se atrevieron a desembarcar allí pese a que decían que era una isla... cómo decir... ¿Embrujada? —Marina arqueó las cejas, dudosa—. Los marineros creían firmemente en maldiciones y esas historias.

—Ya, tontas supersticiones, como la de decir que llevar a las mujeres en los barcos da mala suerte.

—Eso era antes, la vida ahora ha cambiado.

Ella se atrevió a coger la pirámide y la estudió maravillada. Era de oro macizo y pesaba bastante para ser tan pequeña. Podía tener el tamaño de una taza de desayuno, con un tacto cálido y firme. Su brillo le recordaba al satén.

El doctor Ibarrúri la observó con una sonrisa en los labios.

—Me recuerda a mí cuando tenía su edad. Cuando sostengo uno de estos objetos en la mano, no puedo dejar de pensar en quién la hizo y con qué fin. A veces es frustrante descubrir que no existe tal finalidad, pero le aseguro que no puede ser una máquina del tiempo ni ninguna puerta hacia otro lugar.

—Sin embargo..., parece demasiado moderno para haberlo hecho en la época de la que data. —Marina apartó los ojos de Keops y lo miró con fijeza—. ¿Y si esto no es obra de un humano?

Él soltó una carcajada divertida y retiró la pirámide de su mano.

—No es la primera vez que alguien me dice eso, y siempre logran hacerme reír. No creo en alienígenas, señorita Miranda. Es más, no creo que usted deba hacerlo tampoco. Nuestra profesión estudia las pruebas reales de todo lo que

tiene que ver con el pasado. Existen otros estudiosos que se dedican a los marcianos y a todos esos seres extraterrestres.

—Me llamo Marina —volvió a decirle ella, corrigiéndolo con una sonrisa—. Y debo refutar sus palabras, ya que sí que hay arqueólogos que creen en ellos.

—Es una ciencia no demostrable y yo, por supuesto, no voy achacar a esos seres, en caso de que existieran, algo solo por el mero hecho de no conocerlo. La leyenda y la realidad se han mezclado a lo largo de la historia —dijo un poco alterado. Agitó la cabeza y se colocó bien las gafas sobre la nariz—. Piense que soy un incrédulo si quiere, pero el universo no forma parte de mi preocupación.

Marina se sonrojó.

—Bueno, tampoco forma parte de la mía, pero hay cosas que no se pueden explicar...

—Que no sepamos su explicación no significa que no la tenga. —Él comenzó a doblar el mapa de cualquier modo y a guardar sus papeles en un maletín marrón. No tenía mucha prisa, aquel día no debía corregir ningún trabajo y con toda seguridad se iba a pasar la tarde leyendo. Le hubiese gustado seguir conversando con la joven, pero el parquin ese día cerraba pronto y si dejaban el coche dentro, tenía que coger el metro, y eso era algo que odiaba con toda su alma. No le gustaba el bullicio ni las aglomeraciones, mucho menos los apretones o que alguien intentase coger su billetera sin su permiso. Tampoco le entusiasmaba aparcar fuera porque su coche no tenía aire acondicionado y si lo dejaba en el exterior, cuando luego se subía a esas horas, era como conducir un horno.

—¿Puedo hacerle otra pregunta? —inquirió ella consciente de que se hallaban solos en la sala. El resto ya se había marchado y sus susurros llegaban desde el pasillo—. ¿Por qué tiene usted la pirámide? Pienso que debería estar expuesta en el museo de arqueología.

—Usted lo ha dicho, debería, pero no es así. Márchese a casa, señorita Marina —esta vez no se confundió al decir su nombre—. Mañana seguiremos.

Tengo que bajar al aparcamiento antes de que se vaya el conserje.

El doctor salió y Marina lo acompañó intentando adaptarse a su paso, cosa bastante difícil con su estrecha falda.

—¿No me va a responder? —le preguntó ella.

—Creo que no.

Sin previo aviso, el maletín del profesor se abrió y todos los papeles de su interior cayeron en cascada sobre el suelo del pasillo. El hombre gruñó un poco fastidiado y tendió la mano hacia la joven.

—Sujéteme la pirámide. El conserje cierra la puerta sin ver si aún queda algún coche dentro y si no llego a tiempo, no tendré modo de marcharme. —Se agachó a recoger sus cosas.

Marina meditó en silencio sus palabras. Le gustaba sentir en su mano el peso de Keops.

—El conserje siempre está en la cafetería. Sé que hay profesores que van a buscarlo allí para que les vuelva abrir la puerta.

Él levantó la vista.

—¿Es una broma?

Marina se mordió el labio inferior, frunciendo el ceño. No entendía muy bien qué le pasaba a ese hombre.

—No, es verdad.

—¡Eso podía habérmelo dicho alguien antes! ¡Más de una vez me ha tocado ir en transporte público!

—¡Vaya! Sé lo que eso, yo también aborrezco ir en autobús, pero de momento no puedo permitirme un coche. Déjeme que le ayudo y acabamos antes. —Se arrodilló a su lado.

A la luz de los halógenos del pasillo, el oro de Keops cobró una fuerte intensidad y, en un acto reflejo, Marina distinguió algunos extraños signos que brillaron por encima de otros. Pensó en el cubo de Rubick y, sin darse cuenta, hizo girar varias piezas con dedos ágiles. Los fragmentos se deslizaron con suavidad encajando a la perfección unos con otros.

El doctor levantó la cabeza de los documentos y, anonadado, observó las manos de Marina. Las movía como si realmente supiera lo que estaba haciendo. De pronto, la pirámide adquirió el tono del fuego y los cegó por unos segundos, y como un soplo de aire, se desvaneció.

Marina ahogó una exclamación con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó el doctor, obligándola a que abriese las palmas de las manos—. ¿Es un truco de magia? ¿Dónde ha metido a Keops?

—No lo sé —respondió temblorosa, sin entender nada. Miró alrededor con el ceño fruncido—. Estaba aquí ahora mismo.

Se escucharon varios portazos fuertes al tiempo que se levantaba una potente, casi huracanada, corriente de aire. Los documentos que aún estaban sobre el suelo comenzaron a girar en un torbellino incontrolable. Los rubios cabellos de Marina, que siempre peinaba en perfectas ondas que caían por encima de sus hombros, golpearon su rostro con energía. A través de los mechones vio frente a ella al profesor, que cada vez sentía más lejos, como perdido en una bruma.

—¡Doctor! —Extendió la mano, y él la agarró con fuerza—. ¿Qué pasa? —gritó alarmada.

Un ruido infernal hizo temblar las paredes del edificio.

Capítulo 2

Marina abrió los ojos confundida y asustada. Ante ella, el doctor Ibarrúri se encontraba con el rostro desencajado, el cabello ralo revuelto y los lentes torcidos. Los dos seguían sujetándose las manos con ahínco.

Por la mente de Marina cruzó la idea de que acababan de ser atacados; un atentado terrorista, una banda de asaltantes, una bomba, un escape de gas o incluso un huracán. Fuese lo que fuese, había desintegrado las paredes, el techo y el suelo de la universidad, y ahora corría una suave brisa que arrastraba aire fresco y olor a... mar.

—Debemos estar muertos —escuchó que decía el doctor enderezándose las gafas. Él no parecía que estuviese asustado, en cambio ella no tardó en convertirse en un mar de lágrimas. Se estremecía con solo escuchar la palabra muertos. ¡No podían estar muertos! ¡No quería estar muerta y abandonar de ese modo a sus abuelos, y a Sonia, y al resto de sus amigos! Se negaba a creerlo. Sorbió por la nariz mirando a su alrededor.

—¡No es posible! Yo... hubiera sentido dolor o... hubiera visto el alma salir del cuerpo... —Sollozó al tiempo que tanteaba con las manos la finísima arena que cubría el suelo—. ¡Por favor, dígame que esto es solo una ilusión! Que todo esto no está pasando de verdad. —Levantó la cara al cielo. El sol lucía con fuerza sobre sus cabezas. El vasto e inmenso océano azul se extendía más allá de donde la vista alcanzaba, uniéndose con el firmamento en una línea un poco más oscura e indefinida.

«Es verdad. Estamos muertos», se dijo descorazonada. En Madrid no había mar, y ellos estaban en una paradisiaca playa de arena fina y olas de crestas blancas en aguas turquesas.

Llorando con fuerza y arrastrando el bolso consigo, se puso en pie hundiendo los tacones en la playa. Sentía la brisa azotando su cara, el calor del sol sobre la coronilla y la fina arena, como polvo blanco, introduciéndose

en sus zapatos.

—¡No podemos estar muertos! —volvió a decir haciendo círculos alrededor del doctor, que seguía arrodillado en el suelo con la mirada perdida en la nada—. ¡Dios no nos hubiera enviado aquí! ¡Esto no puede ser la muerte! —Era de muy mal gusto terminar su vida junto al decano de la universidad. Con velocidad, apartó esos pensamientos de su cabeza—. Alguien nos está gastando una broma. Sí, debe ser eso. Nos han drogado y nos han dejado aquí. Esto es una playa. —Con ímpetu, lanzó una patada al aire levantando tierra que voló con la brisa. Después caminó un poco hacia varias palmeras, aunque no se atrevió a apartarse mucho del doctor, más allá se elevaba un cumulo de arbustos, árboles y frondosa vegetación; era una selva—. ¡No se quede callado! ¡Diga algo!

Él parpadeó.

—¿Que diga algo? ¡Esto ha sido culpa suya, señorita! —señaló poniéndose en pie con tranquilidad. Se sacudió la tierra de las perneras del pantalón como el que se sacude las migas de las pastas después de tomar un té—. Fue cuando comenzó a mover a Keops de un lado a otro.

—¡Pero usted dijo que no funcionaba! Yo solo probé...

—¡Sé lo que dije! Del mismo modo que sé lo que ha hecho usted. —Nervioso, también comenzó a mirar el paisaje—. Pero es la única explicación. Eso o estamos muertos.

Marina empezó a sudar. No sabía si de miedo, que era lo más posible, o de la humedad pegajosa que arrastraba las olas del mar introduciéndose en las ropas. Dejó el bolso en el suelo y se quitó la chaqueta ajustada que iba en conjunto con su falda. La blusa, un bonito modelo de tonos cremas, se pegaba a su cuerpo como una fina película.

—Por favor, doctor, sáqueme de aquí —le imploró con angustia—, quiero regresar a casa.

—Deme la pirámide.

—¿Qué pirámide? —Alucinada, extendió las manos a él con las palmas hacia arriba—. No tengo nada. Usted ha visto que desapareció sin más.

—Busquemosla por aquí pues, quizá la encontremos —dijo removiendo la tierra con el pie. Sus pulcros zapatos oscuros se llenaron con partículas del polvo que brillaban con el sol.

Marina dudaba que fuesen a encontrarla, pero no se atrevió a contradecirlo. Se descalzó y se puso a buscar. La tierra estaba caliente; demasiado caliente como para seguir pensando que estaban muertos. Un escalofrío de terror recorrió su columna vertebral y, sin poder evitarlo, empezó a pellizcarse en un brazo con fuerza hasta que se hizo daño y gimió.

El doctor la observó con una mezcla de enfado e intriga.

—¿Qué demonios se supone que está haciendo?

—Lo he visto en las películas. Quiero demostrarme que esto no es un sueño.

El hombre se inclinó y cogió una pequeña concha blanca semi enterrada en la arena. La arrojó con puntería sobre uno de sus pies y ella exclamó de dolor, incapaz de creer lo que él acababa de hacerle.

—¿Por qué ha hecho eso? —le reclamó con enojo mientras se masajaba el pie—. ¡Me duele!

—Necesito que se centre, y la única manera es demostrarle que esto ni es un sueño ni estamos muertos.

El doctor recogió todos sus papeles y los metió en el maletín, después se quitó la chaqueta, la dobló con cuidado y se la puso en un brazo. Echó a andar playa adelante.

Marina cargó con sus cosas y los zapatos y corrió junto a él. La brisa portaba un aroma a esencias dulces y flores frescas.

—¿Dónde vamos? —le preguntó.

—A buscar un camino, una carretera, un coche, un tren. A alguien que nos pueda indicar dónde estamos y cómo volver a casa —explicó sin detenerse.

Marina asintió ante la lógica y dejó vagar la vista sobre el mar. Hacía mucho tiempo que no salía de vacaciones, y en ese momento, viendo las aguas tan cristalinas, sintió deseos de darse un baño. Era la playa más limpia que

había visto nunca; de haber estado sola... ¿Pero por qué pensaba en bañarse cuando en realidad quería regresar a su casa? Aquello era completamente de locos.

—Doctor, ¿se ha dado cuenta de que no hay nada de plástico en la orilla? Ni botellas vacías, ni bolsas, ni nada de nada. Quizá estemos en una urbanización de lujo. —El hombre se detuvo con brusquedad y ella le imitó, intrigada—. ¿Qué pasa? ¿Ha visto algo? ¿Sabe ya dónde estamos?

Él negó con la cabeza. Su expresión era tranquila y relajada comparada con la de ella.

—No —musitó, observando el cielo con atención—, pero tampoco hay estelas dejadas por aviones —murmuró para sí mismo.

Marina frunció el ceño, pensativa, y al darse cuenta de que él volvía a continuar con la marcha, se puso a su lado.

—¿Eso qué quiere decir?

—¡Señorita Marina, cállese un poco! ¡No me deja pensar!

Sorprendida y confusa, tragó con dificultad. No había esperado que él la tratase con tanta rudeza.

—¿Está enfadado conmigo?

El doctor se volvió a detener, esta vez mirándola de un modo extraño.

«¡Por supuesto que está enfadado! Ha sido mi culpa por tocar a Keops», se dijo ella mentalmente. Pero lo último que necesitaba era que él se enfadase.

—¡No sabemos dónde estamos! —respondió el decano pretendiendo parecer calmado (no le engañó el suave tono de su voz)—, pero no hay aviones, no hay basura, no hay edificios... ¿y si es cierto que Keops es una puerta en el tiempo? ¿Y si no solo hemos aparecido en la costa? —Marina lo miró horrorizada ¡Ese hombre se debía de haber vuelto loco!—. Podemos estar en el futuro o en el pasado.

—O solo en una isla desierta —refutó evitando reírse de él. No lo hizo porque estaba segura de que su carcajada habría sonado antinatural e histérica—. ¿Es posible que estemos compartiendo el mismo sueño usted y yo? ¿Lo

tenía todo preparado? Porque si lo que quiere es asustarme, lo ha conseguido. No me gusta esta broma.

—¿Usted ve que me ría?

—No.

—Además, ¿una isla desierta en el siglo veintiuno? Permítame dudarle. Y en el caso de que, como usted dice, alguien nos estuviese haciendo una broma, no entiendo por qué a usted conmigo. Y... ¿cómo nos han traído hasta aquí? —preguntó ceñudo.

Esa era la misma duda que tenía ella. Miró el océano. Sentía que comenzaba a marearse y se ahogaba con un sudor frío nacido de la angustia.

—Puede que haya sido en barco —murmuró nada convencida. En las aguas verde azuladas tan solo se distinguían las olas espumosas y el sol bailando en ellas. No había ninguna embarcación a la vista—. O quizá haya alguien escondido para ver nuestra reacción. Como un experimento o algo así. Hay programas de televisión...

—¡No diga estupideces! —gritó el doctor, echando a andar muy erguido.

Corrió de nuevo hacia él y se colocó a su lado. No pensaba quedarse sola sin saber a ciencia cierta qué era lo que de verdad había ocurrido.

—Quizá sigamos estando en la universidad y alguien nos está haciendo vivir una ilusión. Puede que nos hayan hipnotizado o... drogado.

—Eso no tiene ningún sentido.

—¡Claro que no tiene ningún sentido, pero algo tengo que decir! Tiene que haber una explicación para esto. —Frunció los labios, ofendida, y siguió observando con atención a su alrededor al tiempo que buscaba algo que le indicase que había gente por allí; una cámara oculta, algún envoltorio de cualquier cosa o las ramas moviéndose delatando a personas. Para su desolación no encontró nada de eso, ni siquiera huellas, excepto las que ellos iban dejando—. Puedo aceptar, no sin cierta incredulidad, que la pirámide nos ha traído hasta aquí, pero me niego absolutamente a creer que estemos en otra época.

—¿Por qué?

—Porque no estoy preparada para el futuro, mucho menos para el pasado.

Él no comentó nada más y empezó a conjeturar para sí mismo en suaves murmullos. Después de lo que parecieron horas caminando, por fin el hombre se acercó a unas grandes piedras situadas al borde de la vegetación. Se detuvo bajo la sombra de dos altas y gruesas palmeras repletas de cocos. En el suelo había frutos esparcidos, medio hundidos en la arena.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Marina mientras lo veía tomar asiento en una roca.

—Descansar un poco. ¿Le parece bien?

—De acuerdo. —Dejó el bolso y los zapatos en el suelo. No estaba acostumbrada a caminar tanto tiempo y se hallaba cansada y sedienta. Aparte de eso, todavía seguía impresionada al notar la arena cálida entre los dedos de los pies. Se sentó en otra piedra.

—Creo que estamos en una isla —comentó el doctor, descalzándose. Volcó los zapatos y del interior salió un chorro de tierra.

—Sí, eso es lo que yo dije antes. A lo mejor teníamos que haber ido en otra dirección.

—¿Por qué no dijo usted por dónde quería ir?

—¡No sé! —exclamó con fastidio—. No me preguntó, solo echó a andar y andar...

Él se llevó las manos a la cara con desesperación. Soltó un fuerte suspiro.

—¡Vamos a ver, señorita Miranda!

—¡Me llamo Marina! —Lo cortó, furiosa—. ¡Quiero que le quede claro una cosita! ¡Yo no he tenido nada que ver para que estemos aquí! Estoy sudando como un pollo, harta de tanto andar y usted casi ni me dirige la palabra, todo el tiempo no hace más que sisear y hablar solo. Eso es muy injusto, doctor Ibarrúri. ¡Yo también estoy asustada!

Como si no hubiese hablado, él ignoró su interrupción y se desabrochó varios botones de la camisa blanca. Era un hombre que rondaba los sesenta

años y su escaso cabello era del todo blanco con largas patillas. Profundas arrugas surcaban su frente y las comisuras de sus labios.

—¿Qué hizo con la pirámide? ¿Por qué la giró de esa manera?

Ella se movió incómoda. Tenía las piernas estiradas con los tobillos cruzados. La poca piel que asomaba bajo la prenda era demasiado pálida para estar expuesta al sol sin una buena crema protectora. Marina era de piel cremosa y delicada. Una muchacha bonita con un rostro que irradiaba frescura y juventud. Sus ojos eran grandes y verdes, sus cejas perfectamente perfiladas, nariz un poco respingona y una boca atractiva de labios rosados. La cabellera trigueña, recortada sobre sus hombros, enmarcaba su rostro con suaves ondas que flotaban con la brisa salada. En aquel momento tenía las mejillas algo quemadas por el aire y el sol y conferían en ella un aire bastante infantil.

—Cuando miré a Keops, vi brillar varios símbolos y pensé que debían estar ordenados. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba haciendo; era como si supiese lo que tenía que hacer. Como cuando miro una sopa de letras y las palabras parecen más destacadas que otras ante mis ojos.

—¿Qué coeficiente intelectual tiene?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que el normal de la mayoría de las personas. Es cierto que no me hace falta estudiar mucho para sacar los exámenes. Mi abuelo dice que poseo memoria fotográfica, y reconozco a las personas por teléfono con solo escuchar su saludo, pero mis notas son bastantes justas y nunca he tenido sobresaliente, excepto en gimnasia cuando era pequeña. —Agitó las ondas rubias, que rozaron su mejilla—. No soy ningún portento ni nada por el estilo.

—No lo entiendo —gruñó él.

—Doctor, si como dice usted hemos cambiado de siglo, que no lo creo ni quiero creerlo..., ¿cómo haremos para volver?

—Solo se me ocurre encontrar a Keops y que usted haga lo mismo que antes. ¿Recuerda cómo iban los signos?

—Sí, claro. —Tenía la imagen bastante grabada en la mente—. Eran los símbolos que parecen herraduras con bolas en el final. —Apretó los labios

con fuerza y deseó que nada de esto hubiese pasado—. Pero para eso necesitamos encontrar a Keops. ¿Cómo lo haremos?

El doctor se retiró las gafas, se pellizó el puente de la nariz y cerró los ojos por unos segundos.

—Puede que tenga razón y que solo estemos en una costa. Alguien nos ayudará a llegar a casa. Lo primero es saber dónde estamos, de modo que es una tontería ponernos a suponer cosas que no sabemos. —Se puso las gafas de nuevo.

—¡Claro! ¡Qué tonta! —dijo ella dando un brinco. Se agachó sobre su bolso y, rebuscando, sacó el móvil con una sonrisa. Tenía la batería cargada al completo. Marcó el número de Sonia, el de sus abuelos y finalmente el de emergencias; ese funcionaba en cualquier lugar, sin embargo, allí no lo hizo. Soltó el aire de la boca haciendo que el cabello de su frente se levantase—. No hay cobertura, ni wifi para el Whatsapp ni GPS. ¡Mierda! Aquí no funciona nada.

El doctor miró al cielo por entre las hojas de las palmeras fingiendo no haber escuchado ninguna palabra malsonante.

—Posiblemente no hay ni satélites.

—No es eso, es mi compañía, que es la más barata, y mi tarifa es bastante corrientucha.

—Apáguelo para que no gaste energía. Puede que nos sirva para algo.

—¡Como no sea para hacernos fotografías! —respondió con sarcasmo, obediéndolo.

—Puede ser, podemos llevarnos algún recuerdo.

Ella se guardó el móvil en el bolso y lo miró extrañada.

—¿Usted no está asustado?

—La verdad es que ya no mucho, señorita. Antes estaba bastante intrigado con todo esto, pero no puedo dejar de pensar que Keops funciona, y lo que otros han intentado, usted lo ha conseguido en cuestión de segundos. Más bien estoy emocionado. —Sonrió y sus ojos brillaron—. Lo siento por usted,

Miran... Marina, pero yo estoy deseando explorar, y no le miento si estoy encantado con la idea de que podamos estar en algún momento histórico de nuestro pasado. Muchos estudios realizados hablan de una puerta espacio-tiempo siempre relacionada con el famoso triángulo de las Bermudas. ¿Ha oído hablar alguna vez de ello?

—¡Eso sí que es una leyenda! Prefiero creer antes en alienígenas que pensar que es cierto que existen más dimensiones en nuestro planeta.

—Una dimensión hacia el futuro o hacia el pasado —murmuró él, pensativo.

Marina se enderezó. Todo el asunto estaba escapando a su control.

—Por favor, en el pasado no hemos tenido más que guerras y enfermedades. Basta con solo mirar la tasa de mortalidad y las edades de nuestros antepasados al hacerlo. ¡Dios no quiera que estemos en plena independencia de Estados Unidos o en la época en que Napoleón quiso conquistar el mundo entero! O en la guerra civil... Mire —Le mostró el brazo—. Se me pone la piel de gallina de solo pensarlo.

—¿Sabe usted mucho de historia?

—No —negó—, solo cosas que se me fueron quedando de la escuela, pero no es gran cosa. Doctor, ¿podría contarme por qué tenía usted a Keops?

Él se cruzó de brazos de un modo que indicaba que no pensaba contárselo, pero Marina sabía bien cómo insistir hasta cansar.

—No se haga de rogar, tenemos tiempo de sobra antes de que alguien venga a buscarnos. Además, no voy a dejar de preguntarle hasta que lo descubra. Puede ahorrarse todo esto, lo sabe.

Él hizo una mueca que a Marina le pareció una media sonrisa.

—¿Por qué le interesa tanto?

«Ah, ya lo he convencido», pensó satisfecha.

—Por la misma razón por la que quise estudiar esta carrera. Siento mucha curiosidad por el pasado, por descubrir las formas de vida y creencias que existen en el mundo, por investigar y aprender de otras culturas... Puede que

solo sea curiosidad, ¿pero usted no estudió arqueología por el mismo motivo?

Él asintió, se mordió el labio inferior y miró con fijeza la costa que se extendía en frente.

—La pirámide ha estado en mi familia siempre. Mi abuelo la prestó al museo porque, debido a la fecha en la que data, la propiedad era de él y no de ningún estado, pero en realidad Keops me pertenece y puedo sacarla siempre que quiero del museo. Es como una especie de pacto y ni siquiera está catalogada de su propiedad.

—¿Por qué estaba en su familia?

—Con sinceridad, no se sabe. Creen que J.E.S. pudo ser un antepasado de mis parientes y que él se encargó de que la tuviéramos. No existen pruebas.

—¿Pero entonces es cierto que no sabe quién fue ese hombre o es solo que no quiere decírmelo?

—Es cierto, Marina. Ni siquiera sé si era un hombre o una mujer... Las iniciales pudieron ser de cualquiera. —Se encogió de hombros, se estiró la tela de los pantalones y miró el reloj de su muñeca—. Creo que deberíamos seguir andando un poco más. Puede que encontremos algún arroyuelo de agua dulce.

De solo escuchar la palabra agua, ella salivó inconscientemente. De repente tenía mucha sed.

—Yo he visto en la tele que el zumo de los cocos sirve para no deshidratarse, aunque si le digo la verdad, en este momento sería capaz de beberme toda el agua de un pantano.

—Yo también, señorita, y también sé que los cocos no se abren con tanta facilidad. Parece ser que hemos olvidado el kit de supervivencia en el aula.

—¿Acaba de hacerme una broma?

—Olvídelo, era una ironía.

—Pues voy a coger uno por si acaso. —Elegió uno de los frutos al azar y lo guardó en el bolso ante la incrédula mirada de él—. Ya estoy lista, podemos continuar. Y ya que lo que nos sobra es tiempo ¿Por qué no me habla sobre el

rey Keops?

Meciendo ligeramente la cabeza, el doctor Ibarrúri dejó escapar una suave carcajada. La joven lo asombraba y divertía.

Al poco tiempo los dos estaban inmersos en la historia de Egipto mientras caminaban por la orilla de la playa como dos viejos amigos.

—El faraón se casó con Meretites y Henutsen, y ambas tienen sus propias pirámides junto a la Gran Pirámide de Guiza. Pero según han descubierto, nunca las llegaron a enterrar allí, sino que están en un cementerio. Durante su reinado, la monarquía llegó a alcanzar su mayor poder y fue venerado como un dios. Heródoto le adjudica la construcción de la Gran Pirámide, la calzada procesional y las cámaras subterráneas para que le sirvieran de sepultura en la meseta de Guiza. También se le adjudican los templos, las pirámides de las reinas y las barcas funerarias encontradas en los grandes fosos situados junto a su pirámide.

—¿Por qué cree usted que nadie ha descubierto aún donde está enterrado el faraón? —preguntó ella—. Yo supongo que muy lejos de allí no debe de andar. Una persona no consigue tantos logros para desaparecer así como así.

—Y no debe de estar muy lejos —corroboró él—, pero todavía no se ha dado con su localización, sin embargo, yo apuesto que sigue estando en la pirámide. No sé dónde; tal vez en alguna cámara secreta...

Capítulo 3

La línea de la playa cambió abruptamente por unas enormes rocas que ascendían a la cumbre en forma de gigantescos acantilados. El mar golpeaba embravecido los riscos y los farallones, explotando en multitud de gotas que bajo la incipiente luz de la luna las convertía en diminutos diamantes flotando por doquier. Las luces de una ciudad portuaria aparecieron a los lejos, y eso los animó a acelerar la marcha antes de que la noche les cayera encima. No habían encontrado ninguna desembocadura, pero pudieron beber el agua de coco gracias a unas puntiagudas tijeras que Marina llevaba en el bolso para hacerse la manicura. Después de todo parecía que sí llevaba un kit de emergencias.

La alegría de ver un signo de civilización se transformó en una angustiada decepción. Las embarcaciones que se recortaban en el mar eran grandes galeones antiguos. Fue verlo y enseguida todo el vello del cuerpo de Marina se erizó como escarpas. ¡No podía ser que estuvieran en el pasado! La idea no era solo sobrecogedora, más que eso, era aterradora.

El doctor Ibarrúri trató de calmarla sin mucho éxito. Para entonces ella tenía hambre, sus pies estaban doloridos, se encontraba sucia y sudada y su humor dejaba mucho que desear. Se asemejaba bastante a un perro gruñendo ante todo. Lo único que quería hacer era volver a su apartamento a como diese lugar y olvidarse de esa pesadilla.

—Si pudiera acercarme más, averiguaría exactamente en qué punto nos encontramos —comento él con la vista fija en las siluetas de los mástiles.

Marina lo miró con pesar.

—¿Punto?! ¿No ha visto la clase de barcos que hay? ¡Porque yo sí! Y después de lo que ha sucedido hoy, no creo que sea ningún museo naval ni ninguna coincidencia. Por favor —rogó con voz temblorosa—, volvamos donde estábamos, puede que alguien venga a buscarnos.

Él entrecerró los ojos, intentando distinguir con más claridad las naves.

—Desde aquí no se puede apreciar muy bien, pero es posible que sea alguna expedición —dijo sin mirarla—. ¿No me diga que ha pensado dormir aquí en la playa? —Estaban junto a una profunda garganta y el aire corría con fuerza, tanta, que rugía estrepitosamente de manera fantasmagórica.

Ella se mordió el labio.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que tengamos que pasar la noche aquí —admitió—. Tenía que haber hecho caso a mis abuelos.

—¿Sobre qué?

—Me dijeron que me apuntase a clases de defensa personal.

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Pues supongo que mucho —respondió mientras metía la mano en el bolso y se armaba con el *spray* de pimienta—. De acuerdo, si quiere, nos acercamos, pero con cuidado. Solo un poquito.

—No se preocupe, señorita, no hace falta que entremos en la ciudad. Yo creo que si subimos a esa loma, podemos hacernos una pequeña idea de lo que hay. Tal vez haya alguien que nos pueda ayudar.

Ella lo agarró de un brazo y él miró de soslayo su cara, arqueando una ceja.

—Doctor, prometa que pase lo que pase, no me dejará sola. Estoy muy asustada.

—Hasta el momento lo está haciendo muy bien, Marina —Él le palmeó la mano con delicadeza—. Prometo que juntos regresaremos a casa, soy responsable de usted, además, tiene razón, puede ser un museo naval.

Marina lo dudó, sin embargo, ya era capaz de creer cualquier cosa. Solo esperaba no encontrarse en medio de una revolución o algo por el estilo.

Se acercaron un poco más, andando cada vez más despacio a cada paso que daban. El paisaje que ofrecían las siluetas de las naves atracadas en lo que aparentaba ser un puerto era inquietante.

—Esa clase de barcos son los que suelen utilizarse en las películas de piratas. Esto no me da buena espina —comentó ella en voz baja, sin dejar de

mirar a todos los sitios con miedo a encontrarse con algo no grato.

El profesor se ajustó las lentes.

—Ni veo el cine ni la televisión, todo lo contrario a usted según parece. Está todo demasiado oscuro para distinguir nada. Es posible que esté confundida.

—¡Ja, confundida! No lo creo. Ojalá tenga razón, doctor, aunque sigo diciendo que ese de ahí —señaló a la nave más grande de todas— se me parece al barco del capitán Garfio en *Peter Pan*.

El doctor soltó una débil risilla, agarró la mano de Marina ayudándola a subir el último tramo. Era una elevación delimitada por rocas. A un lado veían la ciudad y al otro el alto acantilado y su negro océano. Allí Marina se colocó los zapatos y la chaqueta. Se alisó la falda tratando de estirla todo lo posible. Se mordió la lengua por no preguntarle al doctor cómo se veía, pero prefirió no hacerlo. Seguro que el decano en lo último que pensaba era en el aspecto que presentaban. Pero ella no podía evitar sentirse sucia, con el cabello enredado y arena hasta en la goma de las bragas.

El trayecto restante lo hicieron en silencio a pesar de que los tacones de Marina pisaban algún guijarro y estos crujían o salían disparados. En cuanto vieron la ciudad de cerca, todas las alarmas y malas vibraciones se dispararon. Aquello era como estar en uno de los rodajes de los piratas del caribe, aunque desde luego aquellos hombres parecían mucho más reales y... duros.

El doctor la cogió de la mano y la arrastró por una calle semi desierta, después la cobijó contra una larga pared desde la que se oía caballos relinchando.

—¡Usted dijo que no entraríamos! —le reprochó.

—Seguimos estando en las afueras, es de noche y si no hacemos esto, no vamos a ver nada. Este edificio debe ser un establo —dijo, ajustándose las gafas de nuevo—. Va a ser mejor que usted se quede aquí mientras trato de obtener información o ayuda. —Le puso el maletín en la mano y trató de ver algo a través de una grieta de la pared de madera—. Este sitio parece un tanto

peligroso.

Marina asintió con la respiración contenida. Ni siquiera quiso mirar lo que él estaba viendo y no se atrevía a susurrar por miedo a que los descubrieran. Pensaba en lo difícil que podía ser explicar sus maneras de vestir y lo que hacían allí en caso de que en verdad Keops los hubiera transportado a otra época. ¡Estaba alucinando! ¿Habría enloquecido? ¡Dios mio, y el profesor decía que parecía un tanto peligroso! ¿Él no estaba viendo que los hombres iban armados, desaseados y gritando obscenidades? ¿Que no habían visto ni a una sola mujer en la calle? ¡Ja, un tanto peligroso! Más bien un *mucho* peligroso.

—¿Se encuentra bien, Marina?

Ella asintió de nuevo. Estaba a punto de hiperventilar.

—Si no le molesta, prefiero regresar a la garganta y esperarlo allí. Si tengo que salir corriendo con mis zancos y esta falda, no llegaré muy lejos, y le aseguro que tarde o temprano tendremos que salir corriendo. Usted sabe correr, ¿verdad, doctor?

—Puede que no sea el más ágil del mundo, señorita, pero tengo otra cosa que puede ayudarme mucho.

Ella lo repasó con interés, extrañada.

—¿De qué se trata?

—De esto. —Se señaló la cabeza—. Más vale maña que fuerza.

Marina entornó los ojos con aire pícaro, aunque la situación no era la más apta.

—Yo mejor diría: «pies, para qué os quiero».

Con absoluta nitidez, llegó hasta ellos el alboroto que flotaba en el fondo de la avenida. La mayoría de las casas eran tabernas o posadas y parecían que todos estaban en fiestas. La luz rojiza y azul de las antorchas prendidas en las fachadas iluminaban las calles formando grotescos charcos de sombras que se movían como espectros arrastrándose por el suelo.

El doctor tenía razón, Marina había visto muchas películas y comenzaba a

fantasear con simples sombras. ¿Pero cómo no hacerlo si había sido transportada, como por arte de magia, a solo Dios sabía dónde? ¡Era increíble!

Él la observó indeciso.

—¿Podrá llegar sola?

—Sí, por mí no se preocupe. No quiero quedarme aquí y que me encuentren. Tengo la ligera sensación de que cualquiera puede escuchar el retumbar de mi corazón.

—No diga tonterías, Marina —dijo él esbozando una sonrisa, tratando de calmarla. Ella le gustaba. En esas pocas horas había descubierto que tendía a ser sarcástica cuando estaba asustada. Y él deseaba que no perdiese ese toque mientras siguieran perdidos en aquella dimensión. Porque desde luego estaba totalmente convencido de que habían viajado en el tiempo—. Voy a intentar tardar lo menos posible —prometió.

—Doctor, no se le ocurra contar a nadie nada hasta que no averigüemos algo. Si lo hace, lo tomarán por loco y creerán que ha perdido la chaveta. Yo también creo que estamos un poco locos...

Él asintió con la cabeza, le estrechó la mano que sostenía el maletín, prometiéndole que todo saldría bien, y salió a la calle asegurándose de que no pasaba nadie. Ya en la avenida, hizo una señal para que ella saliese de su escondite y volviera a la garganta.

Con el corazón en un puño, Marina corrió con el maletín, su bolso y los dichosos tacones, y al mismo tiempo no podía dejar de mirar la figura del decano que se adentraba en la primitiva ciudad. Esperaba que tuviera suerte.

Llegó a los primeros árboles que bordeaban el acantilado y aminoró la marcha. Todo el ambiente llegaba cargado de salitre y humedad.

—Esto es demasiado real para ser un sueño —se dijo.

Le sonaron las tripas y esperó que al menos él se acordase de poder conseguir algo de comer. Llevaban todo el día sin probar bocado. De repente, otra duda surgió en su mente: ¿Y si el doctor no regresaba? ¿Y si le sucedía algo grave y ella se quedaba sola? Un escalofrío de pánico viajó por su

columna vertebral.

—No nos teníamos que haber separado —murmuró.

Estaba todavía más aterrada que cuando comenzó su aventura aquella mañana. Por si fuera poco, el calor agobiante del día se había convertido en frío al esconderse el sol y no tenía más ropa de abrigo que su fina chaqueta.

La luna, alta y llena, lucía como una farola de gigantescas dimensiones sobre el océano, convirtiendo el agua en plata líquida. Era un paisaje cautivador y hermoso. Rio nerviosa, de haber sido otra la situación hubiera disfrutado con placer de las vistas.

Se detuvo sobre una gran roca y vislumbró en las paredes de la honda garganta al menos una decena de cuevas que se presentaban en formas de agujeros negros y oscuros. Con cuidado de no caerse, se alzó la falda por encima de las rodillas y penetró en la gruta que quedaba más cerca. Dejó las cosas en la boca de la cueva y, con el encendedor, recorrió el interior asegurándose de que estaba sola. Era un lugar bastante ancho y el suelo estaba formado por pequeños guijarros y arena de la misma playa. Allí se estaba protegido del viento que silbaba en el exterior. Solo esperaba que a ningún animal se le ocurriera la misma genial idea que había tenido ella al refugiarse allí.

Se sentó en la entrada de la cueva y se encendió el primer cigarrillo del día. No era una fumadora compulsiva y delante del decano no se había atrevido a fumar por tenerle cierto respeto. Era probable que antes de que acabara aquel inusitado viaje lo dejaría del todo. De hecho, si no regresaban pronto, no tenía más remedio que hacerlo. No se imaginaba fumando en pipa como los marineros y no creía que pudiese encontrar el tabaco de venta en las tiendas de la ciudad. O... ¡quizá sí! ¡Tal vez estaban en una ciudad turística! Una vez, Sonia había ido a Tenerife y había estado en un poblado del salvaje oeste.

Con los ojos clavados en la esfera que ondeaba sobre el mar, dejó de pensar un poco en el lugar donde estaba y se centró en sus abuelos. Debían estar pasándolo mal buscándola. Seguro que habían avisado a su padre para

informarle. Le preocupaba muchísimo no volver a verlos ni saber nada de ellos. En el fondo se sentía un poco como el doctor, con una extraña sensación de ser especial por haber viajado en el tiempo. No quería creerlo, pero algo en su cabeza, como una extraña vocecilla con tono de advertencia, le decía que anduviera con mil ojos. Y debía ser cierto, su intuición pocas veces solía engañarla. Hacía unos minutos, cuando había entrado en la ciudad, había visto de lejos, pero sin temor a confundirse ni a pensar que eran imaginaciones, las extravagantes vestiduras de las personas y los sables colgados en las caderas, la luz de las lámparas de aceite y candelabros que se reflejaban tras las ventanas, las calles sin asfaltar compartiendo vía con caballos, mulas y carretas, y el sonido de las risas broncas y cánticos subidos de tono. Era demasiado real y perfecto para no ser cierto.

Parte de ella misma deseaba regresar a casa e imaginar que todo había sido un sueño, pero la otra parte se moría por saber por qué estaba allí. ¿Por qué Keops los había llevado a ese lugar? Debía existir alguna explicación para todo aquello. No creía que hubiera sido una simple casualidad. Esa mañana habían estado hablando de la isla Fortuna, del tesoro donde Keops fue encontrado. Tenía que haber algún vínculo de alguna clase.

El doctor Eduardo Ibarúri pensaba lo mismo. Sentía que iba a descubrir por qué la pirámide estaba con su familia desde que él tenía uso de razón. Pero también sabía que tanto él como su alumna estaban en un verdadero aprieto y que lo peor estaba aún por suceder.

Pese a sus sesenta y tres años, seguía estando en forma. No era muy alto pero tampoco bajo y tenía un pelín rechoncha la barriga. Todavía seguía siendo ágil, aunque su verdadero atributo era su mente genuina y despierta. Vestía un traje gris de mil rayas que, quisiese o no, despertaba curiosidad en las personas con las que se cruzaba. Obviamente notaba cómo lo miraban, pero tuvo que agradecer que nadie tuviera la intención de acercársele. Gracias a eso, poco a poco se fue confiando a medida que iba entrando en las callejuelas de la salvaje ciudad. El ambiente era bastante animado y festivo, y más en el centro, donde las carcajadas y cánticos de los hombres se mezclaban

con el de las estrafalarias mujeres que no solo vestían escandalosas y ridículas ropas, sino que iban tan maquilladas que se asemejaban a payasos arlequines. De los locales salía humo de los cigarros y las pipas unido al sabroso olor de comida caliente. Pudo ver que la mayoría de los hombres eran marineros buscando donde gastar sus ganancias con diversas actividades, beber, retozar con furcias, jugar a los naipes o los dados... Él nunca había sido aficionado al juego y desconocía las técnicas. Lo que sí advirtió fueron los doblones de plata que apostaban. Ya una sola moneda de aquellas era un tesoro para él —eso en el caso de regresar a su época. A esas alturas, fue capaz de confirmar sus sospechas de que habían dado un salto en el tiempo, lo que para ser sincero tampoco le importaba mucho. La crisis estaba a la orden del día, la falta de empleo, la delincuencia, los tiras y aflojas que se traía en el gobierno —todos ellos una panda de ladrones que para llenarse los bolsillos exprimían al pueblo y los robaban delante de sus propias narices. ¡Y decía Marina que no quería aparecer durante ninguna revuelta o en una importante fecha histórica! Sin duda, una de las peores de todas era la que justamente se estaba viviendo en España.

Él era un hombre solitario y no tenía a nadie que lo esperara en casa. Pero otra cosa era la joven que lo acompañaba y de la que se sentía responsable no solo como decano de la universidad, sino como persona y hombre. Ella había admitido que tenía miedo y en el fondo era normal que se encontrara así.

Iba pensando en todo esto y en las cosas que necesitaban y sus prioridades cuando dos hombres que venían a la carrera estuvieron a punto de arrollarlo.

—¡No os quedéis aquí, señor, o lo trincharán como a un pavo! —le advirtió un gigante corpulento de dos metros de altura con una espesa barba roja. Vestía de un modo bastante sórdido con un blusón grande y unas raras polainas.

Ibarrúri frunció el ceño y se apartó contra la pared para dejarlos pasar. La calle era lo suficientemente ancha para que los tipos lo franquearan con holgura sin que les entorpeciese la marcha. Sin embargo, el segundo hombre, un sujeto alto, musculoso, con el cabello largo hasta los hombros, que venía

solo unos pasos por detrás del gigante, lo cogió de la muñeca con fuerza, clavando sus dedos duros en él.

—¡Moveos! ¡Corred o seréis pastos de los gusanos! —le gritó con urgencia.

Ibarrúri no tuvo tiempo de pensar. Descubrió un grupo más numeroso que con pasos veloces se acercaban desde el fondo de la calle y que por sus expresiones, y voces, tenían toda la pinta de estar furiosos. Sus pisadas, como una manada de toros bravos en estampida, retumbaban en el suelo empedrado al tiempo que el acero de sus espadas se entrechocaba en la carrera. Sabía que si se quedaba allí pasarían sobre él de la manera que fuese, de modo que se dejó arrastrar por las estrechas y oscuras callejas de fachadas blanquecinas y arrugadas. Su corazón latía a mil por hora y la adrenalina recorría enloquecida sus venas. No tenía edad para estar huyendo, después de todo, él no había hecho nada; además, estaba tan cansado que las piernas comenzaban a fallarle. Recordó lo que le había dicho Marina sobre correr y pensó que era un poco bruja. En cuanto perdió de vista a los perseguidores, se detuvo en seco a llenar sus pulmones, haciendo que el hombre que lo sujetaba también se parase.

Inclinó la parte superior de su cuerpo hacia abajo, con la vista clavada en el suelo, tomando oxígeno con rapidez.

—¡No os detengáis ahora!

—Sigan ustedes, por favor —les dijo sin aliento, agitando una mano.

—Solo un poco más, señor.

—Conmigo los cogerán más fácil.

—No creo que deseéis morir aquí —insistió el sujeto del cabello largo, con voz suave, en un inglés bastante cerrado.

El decano suspiró resignado y volvió a dejarse llevar al oír de cerca los escandalosos pasos del grupo que los seguía. No sabía si hacía lo correcto al acompañarlos o si por el contrario aquellos hombres mentían y le estaban tendiendo una trampa. No podía pensar mientras corría.

Al final se detuvieron al llegar a un callejón sin asfaltar obstruido con

barriles de madera. Escudriñaron la oscuridad con ojo crítico.

—Por aquí no hay salida, debemos volver atrás —murmuró el del pelo largo.

—Imposible, los tenemos encima. —Les hizo ver el otro.

El doctor se adentró en la oscuridad buscando algún sitio por donde poder escabullirse que no hubiesen visto antes, pero tras los barriles se alzaba un alto muro de adobe. Definitivamente no había salida y tenían que escapar de allí antes que llegasen los otros. A su espalda, los hombres que lo habían arrastrado hasta allí desenvainaron espadas y esperaron a los enemigos con poses firmes.

Impresionado, el doctor caminó hacia ellos. Los miró con ojos desorbitados y sintió la tensión que embargaba aquel momento. El inglés lo observó a su vez, estudiándolo con atención, después sacó una daga de la cinturilla del pantalón y se la entregó.

—Tened.

—No, gracias. —Se negó a cogerla.

—Vais a necesitarla —insistió.

El doctor enarcó una de sus gruesas cejas y exhaló un profundo suspiro. En la penumbra, pudo apreciar el brillo peligroso de unos ojos fríos y claros. Era un hombre joven, también con un abultado blusón que cubría con un chaleco corto, oscuro. Sus pantalones anchos y negros iban introducidos en unas botas negras de caña alta con un dobladillo de piel clara. Tenía el cabello largo y sucio sobre los hombros y en su oreja lucía un arete de brillantes que atrapaba la escasa luz de luna que llegaba hasta ellos.

Tragó con dificultad al darse cuenta de que estaba ante piratas de aspectos fieros y temerarios. Intimidado, cogió la daga.

—No sé cómo usar esto.

El inglés intercambió una rápida mirada con su amigo.

—Es un simple puñal. ¿Qué sois, un letrado? —le preguntó, extrañado.

—Soy doctor.

—Ya decía yo —respondió enarcando una ceja—. Más vale que os quedéis en las sombras, y procurad pasar desapercibido. Si los hombres de lord Almirante os ponen las manos encima, lo vais a pasar muy mal.

—¿Desde cuándo hay doctor en Tortuga? —preguntó el gigante al más joven. Este se encogió de hombros.

—No sé, habrá llegado en el navío inglés.

—¿Esto es Tortuga? —preguntó el doctor con los ojos a punto de salir de sus orbitas.

El joven se volvió a él de nuevo, esta vez lo miró de un modo curioso.

—¿Cómo es que no sabéis donde estáis? ¿Acaso habéis sido secuestrado y traído aquí a la fuerza?

—Algo así, y si pudiese responder a unas cuantas preguntas que...

El gigante los hizo callar al escuchar los pasos cada vez más cercanos de sus perseguidores.

—¡Continuad más tarde! ¡Escondeos tras los barriles y no salgáis de allí hasta que todo se calme!

No tuvieron que decírselo dos veces, Ibarrúri corrió a ocultarse entre las sombras. Por su propio bien y por el de su alumna, debía salir ileso de allí. Pensó que si él moría iba a dejarla desamparada. Agazapado en la sombra, observó a los hombres. Parecían acostumbrados a la batalla. Apretó con fuerza la daga, rogando no tener que utilizarla. No sabía manejar un arma y dudaba mucho ser capaz de usarla contra alguien. Los minutos se sucedieron en silencio y sus manos comenzaron a sudar.

Cuatro hombres uniformados aparecieron al doblar la esquina y, de pronto, el chocar de los sables elevó un clamor al cielo formando un gran estrepito en el callejón. Todo era muy confuso, las voces, los gritos... y llegó un momento en que el doctor no distinguió quién era quién. Como hubiera dicho Miranda o Marina, ahora no importaba eso, era como una imagen sacada de algún film.

Capítulo 4

El palacio de Jufu

Asim observó cómo Naunet, de siete años, jugaba con los huesos de cabra sobre el frío suelo de la sala. La niña era su fascinación desde el mismo momento de nacer, y para ser tan pequeña, su entendimiento de las cosas era muy superior al de cualquiera.

—Acércate, Asim —lo llamó sin levantar sus negros ojos del suelo—, juega conmigo un poco.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Por el calor de tu mirada —respondió con una mueca traviesa.

Él caminó muy despacio hacia ella. Las rodillas le temblaban siempre que la sentía tan cerca. Naunet llevaba el nombre de la diosa del caos y las aguas que brotaron de la nada. Aquella que apoyó a que las montañas ayudaran a sostener el cielo donde el dios Ra nació del abismo acuoso. La diosa del océano y el mar.

—¿Hoy no está Kauab? —preguntó Asim, poniéndose de rodillas a su lado.

Por fin ella levantó sus ojos hasta los suyos. Su mirada rebosaba ternura y pena.

—Padre ha dado permiso a mi hermano para ayudar en la construcción de la gran pirámide. Dice que va a pasar mucho tiempo fuera y que no podrá estar conmigo tanto como ahora. — Le tendió una mano delgada y pequeña—. Tú estarás siempre conmigo, ¿verdad, Asim?

Él encerró la manita entre la suya y apretó sus dedos con amor.

—Nunca te dejaré, Naunet. Jamás podrán separarme de ti.

—¿Y tampoco me olvidarás?

—¡Claro que no! Ni aunque muera mil veces y mil veces vuelva a renacer

podría olvidarme de ti.

—*¿Lo prometes?*

Él asintió, y ella le prodigó la más hermosa de las sonrisas. Confiaba en él.

Isla Tortuga, 1663

Jeremy Edward Snow se deshizo con facilidad de un primer atacante. Al segundo lo había subestimado. Timothy Peck siempre había estado ebrio cuando lo había visto, sin embargo, en aquel momento no lo estaba y tenía que reconocer que era uno de los mejores espadachines con los que se había encontrado a lo largo de su vida. Lo cual ahora no le extrañaba. Lord Almirante siempre elegía lo mejor. Los mejores soldados, el mejor barco, las mejores mujeres...

Por el rabillo del ojo observó que Donald MacBean se apañaba bien con sus contrincantes. Al doctor, un tipo de lo más extraño, no lo veía, pero imaginó que seguía escondido entre los barriles.

Volvió a centrar su atención en Timothy y le detuvo varias estocadas empujándolo fuera de la calle. Si aparecían más hombres del lord Almirante Willis, por lo menos tendría la oportunidad de escapar y no morir allí atrapado. De momento no parecía que viniera nadie más y, agradecido con su buena suerte, luchó por quitarse de en medio a Timothy. Era más duro de lo que había esperado.

—No me atraparéis con vida —se atrevió a burlarse Jeremy con una sonrisa confiada. Con su actitud pretendía asustarlo, sin embargo, su rival jadeó con suavidad y también sonrió.

—No es indispensable que viváis, señor Snow —respondió, propinándole un golpe que hizo a Jeremy retroceder otra vez.

—¿Eso es lo que ha dicho lord Almirante? ¿Me quiere muerto?

—Así es mejor, ¿no creéis? Sin testigos ni nadie que reclame vuestro cuerpo.

Jeremy se humedeció los labios. Creía que querían capturarlo, no matarlo.

El subordinado de lord Almirante lo empujó con fuerza y cargó el sable en alto, satisfecho de encontrar un hueco por donde atravesar el acero. Cuando se lanzó hacia adelante, Jeremy se recuperó y detuvo el impacto.

Los golpes fuertes y metálicos provocaban chispas de fuego que relumbraban en la oscuridad de la noche y del lugar. No era extraño que a pesar del tumulto, nadie más se acercase ni siquiera a mirar. Una pelea en las sombras de una calle de isla Tortuga era algo que pasaba con asiduidad.

Después de la carrera y ese enfrentamiento con Timothy, Jeremy comenzó a acusar el cansancio. Donald MacBean había acabado con un adversario y luchaba con otro cuerpo a cuerpo. Jeremy necesitaba que acabase ya y le echara una mano con Timothy, que seguía embistiendo con brutalidad. Aguantó nuevos golpes y empujones que lo hicieron continuar retrocediendo y, en cuestión de décimas de segundo, sintió la punta de la espada de su enemigo introduciéndose en su costado. Perdió el equilibrio y su propia arma golpeó el suelo cuando él cayó entre los barriles. Con los ojos abiertos de par en par, esperó que su enemigo lanzara la estocada final. No había esperado que su muerte fuese a ser así, lejos de su país, en un callejón hediondo y sucio en la parte posterior de una taberna... Su vida había estado llena de adversidad y amargura desde siempre, y su muerte era la continuidad de todo su pasado.

Timothy se abalanzó hacia él con una sonrisa cruel, entonces, inesperadamente, salió el doctor con su daga en la mano. Jeremy entreabrió los labios, atónito.

Timothy estaba saboreando su victoria cuando sintió la puñalada en el hombro astillando el hueso. Estupefacto, apartó la vista del hombre que iba a matar y observó el cuchillo. Jeremy aprovechó esos preciosos segundos, se levantó, buscó su sable con rapidez y cargó contra él. Poco después, Timothy cayó de manera grotesca en un charco de sangre, boqueando con su propia saliva. En ese momento, Donald terminó con su atacante. Miró a Jeremy.

—¡Vayámonos antes que vengan más! —le dijo envainando su espada al tiempo que observaba con avidez el final de la calle. Estiró su cuello, ladeando la cabeza de un lado a otro, y luego hizo crujir los nudillos como si

estuviera satisfecho de su pelea.

Jeremy se agachó a recuperar su daga del hombro del muerto y limpió la hoja en sus pantalones. Sentía el fuerte dolor en su costado y como la sangre empapaba su camisa y el chaleco. Se guardó el arma en la cinturilla, alarmado al notar como sus movimientos se tornaban lentos y pausados. Intentó calmarse y tomar aire. No quería preocupar a MacBean con su herida. Tenían que salir de Tortuga lo antes posible.

—¿Está usted bien? —le preguntó el doctor.

Jeremy lo buscó con la mirada, debía darle las gracias. Una espesa bruma enturbió sus ojos azules y no fue capaz de verlo. Perdió la noción del tiempo y de la realidad.

El doctor corrió hacia él antes de que se desplomara y lo cogió por la cintura para mantenerlo en pie. Era muy pesado y grande para sostenerlo mucho tiempo.

—¡Este hombre está herido!

Donald apretó su mandíbula mientras se daba la vuelta, gruñó y pateó furioso en el aire.

—¡No podemos quedarnos aquí! —insistió de mal humor, caminando hacia ellos con largas zancadas. Sin mucho miramiento, se echó el cuerpo de Jeremy al hombro y miró al doctor—. ¿Dónde os alojáis?

—En ningún sitio. No soy de aquí.

—¿Pero dónde estabais? Supongo que venís de algún lugar. ¿Dónde ibais antes de encontrarnos? —preguntó ansioso.

—Ya se lo he dicho. No conozco esto. Solo estaba intentado ver qué encontraba en la ciudad.

Donald caminó fuera del callejón, donde se sentía más seguro. Habló sobre el hombro:

—Tenemos que poner a Jeremy a salvo. Esta noche no resistiríamos otro ataque, y esos bastardos van en serio.

—¿Por qué los persiguen? —preguntó el doctor, siguiéndolo. Todavía

continuaba afectado por lo ocurrido. Estaba horrorizado consigo mismo al haber visto con qué increíble facilidad la hoja de la daga se había introducido en la carne del malhechor.

—Ahora es una larga historia para contárosla. —El hombre ladeó la cabeza y oteó las calles adyacentes tratando de elegir alguna. Al doctor le costaba seguir sus enormes zancadas—. Esta sangrando mucho y me temo que puede morir antes de llegar a algún sitio.

Ibarrúri estaba de acuerdo. La cabeza del inglés colgaba sobre la espalda de su compañero y el perfil de su rostro que quedaba a la vista presentaba un tono ceniciento y apagado. La única opción era llevarlo hasta donde su alumna se escondía. Allí, de momento, no los iban a encontrar, pero tampoco estaba muy seguro de poder confiar en ellos.

—Antes de verlos, buscaba información del sitio y algo de comer. También es una historia muy larga.

—No me la contéis ahora o mi amigo morirá. Decidme un lugar para que curéis sus heridas y yo os daré la información que buscáis y algo de comer.

—Sé de un sitio fuera de la ciudad. —Las palabras salieron de su boca antes de pensarlo. Sus fosas nasales fueron asaltadas por una mezcla de aromas; leña quemada, tierra mojada, pan recién horneado y guiso caliente. Su estómago gruñó. Necesitaban su ayuda—. En las cuevas de la garganta.

—No será un engaño, ¿verdad?

—¿Por qué iba a mentir? ¡Usted quiere un sitio donde su amigo pueda estar protegido y yo le estoy dando uno! —respondió ofendido.

Con desconfianza, el gigante asintió sin tener mejor opción que acompañar al viejo.

—Antes debo advertirle que no soy doctor en medicina.

Incrédulo, Donald lo miró sobre el hombro libre, levantando las cejas.

—Supongo que algo podréis hacer, ¿no?

—Lo intentaré —asintió, indicándole por dónde ir.

Marina escuchó los movimientos de alguien que se acercaba y contuvo la

respiración expectante. Se había apostado contra la pared en la boca de la cueva, y bajo la luz de la luna descubrió a dos hombres y el bulto que uno de ellos cargaba.

—¿Marina? ¿Marina, dónde estás? Hazme una señal, soy yo.

Ella soltó un suspiro inaudible al reconocer al doctor y, sin pensarlo, voló hacia su bolso armándose con el *spray* de pimienta que sostuvo con fuerza tras la espalda.

—Estoy aquí.

Sintió un escalofrío al ver el hombre que acompañaba al decano. Era un tipo excesivamente grande. Su aspecto era de lo más peligroso e intimidatorio que había visto nunca. «¡Ni el gigante de las habichuelas debía ser tan grande!», pensó con asombro.

Él también se paró al verla, evaluando su pequeña figura y las manos que escondía tras la delgada espalda. Tras un rápido vistazo, dio por sentado que la muchacha no constituía ningún peligro y se concentró en el cuerpo que cargaba.

Marina cruzó una nerviosa mirada con Ibarúri.

—Ella es mi sobrina —presentó el doctor. Los tenues rayos de la luna apenas se filtraban por la abertura—. Tienes que ayudarnos, Marina, hemos traído con nosotros a un hombre herido. Vamos a despejar un poco esto. —Con el pie barrió el suelo para que el otro hombre recostara a su amigo. La joven, incapaz de mover un solo músculo, siguió todos sus movimientos con ojos cautelosos—. Marina, él es el señor Donald MacBean, es escocés.

Ella continuó guardando silencio sin saber qué decir. Solo se le ocurría pensar que el doctor se había vuelto loco para llevar allí a esos hombres.

—No me habíais dicho que estuviéseris acompañado —comentó Donald volviendo la vista a ella—. Hay que hacer un fuego para iluminar esto, y detener la sangre. —Después de unos segundos de ver que su amigo se encontraba estable, caminó hacia la salida—. Quedaos con él. Voy a traer unas ramas que he visto al venir hacia acá.

El doctor asintió y se arrodilló junto al herido.

—¿Por qué los ha traído aquí? —preguntó Marina apenas el escocés salió de la cueva—. ¿Y si nos matan? ¡Dios mío! ¿Ha visto cómo es ese hombre? Es un *Shrek*.

—¿Quién?

—*Shrek*, el de la película, el ogro verde. ¡No me diga que no la ha visto! Es muy famosa, ha estado en todas las... —Recibió una mirada ceñuda del profesor y ella, callándose abruptamente, suspiró—. Olvidémoslo y dígame qué ha ocurrido.

Él se lo contó mientras trataba de parar la hemorragia del tipo herido.

—Estos hombres me salvaron la vida al encontrarme. El otro, el señor MacBean, ha dicho que me dará la información que buscamos.

Marina se pasó la lengua por los labios y miró el cuerpo inerte del hombre tendido en el suelo de la cueva. A pesar de su estado, era un hombre fuerte y musculoso.

—¿Les ha contado algo? ¿Son de fiar?

—Eso espero —respondió él, inocente—. Casi no hemos podido hablar nada. Nos atacaron antes de que pudiesen decirme algo importante. Marina, tiene que hacerse pasar por mi sobrina.

Recelosa, asintió. Ya se había dado cuenta del plan en las presentaciones.

—No sé cómo se las apaña para meterse en líos. ¡Anda, que traer un hombre herido aquí! Por cierto, ¿ha encontrado algo de comer?

—El señor MacBean ha dicho que saldría a buscar alimentos, de momento vamos a intentar salvar a este pobre desgraciado de morir desangrado.

—Con la suerte que tengo, seré yo la primera en morir, pero de hambre.

—No exagere y écheme una mano.

Marina caminó hacia ellos con pasos vacilantes, pero al darse cuenta de que continuaba con el *spray*, se giró hacia el bolso y lo guardó. En ese momento, Donald MacBean llegó con leña e hizo un montón en el fondo. La madera seca fue la primera en arder e iluminó el interior con destellos anaranjados. Después, el escocés se inclinó sobre su amigo y le rasgó las

ropas para ver la herida.

Marina arrugó la nariz, asqueada de tanta sangre, y se limitó a estudiar de lejos los movimientos de él y del doctor, que trabajaban rápido y en silencio.

—Necesitamos agua, Marina. No parece una herida muy profunda, pero habrá que coserla.

Ella alzó las cejas cuando se encontró con la mirada del doctor fija en sus ojos.

—Aunque pudiera bajar hasta la playa, no tengo manera de traer el agua. Necesitaría un cuenco o algo.

—Tened. —El escocés se desprendió de su blusón y se lo arrojó—. Empapadlo bien.

Ella cogió la prenda incapaz de cerrar la boca. Sin ropa, el cuerpo del gigante era enorme. En los hombros y los brazos, los que por cierto no podría abarcarlos ni con dos manos, tenía multitud de pecas y lunares tan rojos como todo su pelo.

—Marina, el agua —le recordó el doctor.

Abochornada, salió de la cueva.

—¿Por qué viste así su sobrina? —escuchó que preguntaba el escocés.

Ella no se quedó a oír la respuesta de Ibarúri y, quitándose los tacones, bajó hasta la orilla. La luz de la luna era más que suficiente para ver por donde pisaba. Cuando minutos más tarde regresó, ya habían desnudado al herido de cintura hacia arriba. Marina siguió con los ojos la delgada línea de pelo dorado que se introducía en la cinturilla del pantalón. Le recordó el cuerpo de uno de esos modelos masculinos que salían en las revistas. Tenía un torso bastante atractivo, sin un gramo de grasa y escaso vello, todo lo contrario a Donald MacBean. Ruborizada hasta las orejas, se apartó de ellos. Tomó asiento de nuevo en la entrada e hizo caso omiso de su estómago que otra vez había comenzado a gruñir. De seguir así, apostaba a que no tardaría en desfallecer de hambre. «¿Cuánto puede estar una persona sin comer?», pensó.

—Con esto será suficiente de momento. Será mejor que me vaya a recoger nuestras cosas y algún útil para recomponer la herida. —Donald hizo una señal al doctor y cabeceó hacia ella—. ¿Podrá coserlo?

Marina fingió no escucharlo haciéndose la tonta. ¡Ni loca haría tal cosa! No sabía coserse un botón, menos algo de tamaña gravedad.

—Yo mismo lo haré —respondió Ibarrúri—. Recuerde traer algo de comer, señor MacBean.

Por primera vez, el escocés sonrió tranquilo.

—Habéis salvado la vida de mi amigo, os estaré eternamente agradecido.

—No lancemos fuegos artificiales todavía, además, ustedes salvaron la mía antes.

—No pensé que fuerais a asomaros de vuestro escondite —admitió el escocés con sinceridad—. Fue muy valiente por vuestra parte salir para defender a Jeremy.

—Vamos, señor MacBean —dijo Ibarrúri enrojeciendo con el halago—. No pierda tiempo, que aún debemos cerrar la herida.

—Y comer algo —añadió Marina desde su sitio.

Donald pasó a su lado, mirándola en silencio, y desapareció en la noche. Algo más relajada buscó los ojos del decano.

—¿Doctor, cree que ese hombre se va a salvar?

—Puede que sí, eso espero. No me gustaría vérmelas con su compinche, aunque todo depende de si la herida se infecta y le provoca fiebre; un buen antibiótico le vendría de perlas ahora. Déjeme las tijeras y prepararemos más vendajes.

Ella aspiró profundo, sin creerse lo que estaba a punto de ofrecer.

—Tengo perfume, quizá pueda desinfectarle la herida.

—Buena idea, además, en este momento no le va a importar mucho oler como una mujer.

—Pero no gaste mucho, doctor, es exclusiva de lilas y me ha costado una pasta gansa.

Marina no vio su extraño gesto mientras buscaba en su bolso el frasco de perfume. En realidad, se lo habían regalado sus abuelos unos meses atrás al cumplir los diecinueve años, pero no quería derrocharlo al tun tun.

—Marina, dígame la verdad, ¿qué opina de todo esto?

Ella levantó sus ojos claros y los clavó en las plateadas aguas del mar. Respiró el aire salado pensando bien su respuesta. Por fin posó sobre él su mirada.

—Sigo alucinando todavía. De no ser por la sangre de este tipo, podría continuar pensando en actores, en alguna obra de teatro o en una broma pesada y de mal gusto que alguien me está gastando. —Terminó de sacar las cosas que buscaba del bolso y se acercó al doctor—. Usted tenía razón. Todo ha pasado justo después de que yo tocara a Keops, de modo que podemos tener claro que no es un simple calendario. —Sin querer, observó el rostro del herido. Por un momento se quedó sin respiración. El tipo era guapísimo a pesar de estar demacrado debido a toda la sangre que había perdido. Un hombre joven, de unos veintitantos, con rasgos firmes y muy varoniles. También tenía una nariz recta y unas elegantes cejas. Se inclinó a él y, con mano temblorosa, le apartó el cabello de la oreja al percibir algo brillante. Se hecho hacía atrás, asustada—. ¡Es un pirata!

—Está inconsciente, no le va a hacer nada.

—¿¡Pero qué le pasa, doctor!?! ¿¡No había nadie más en la ciudad que ha tenido que ir a encontrarse con un pirata!?! —Tenía el corazón a punto de salir de su pecho.

El profesor frunció el ceño.

—¡Claro que había más gente! Resulta que isla Tortuga es una ciudad de piratas.

—¿Isla Tortuga? —Hizo bizquear sus bonitos ojos verdes—. ¿Dónde está eso?

Ibarrúri se incorporó y sacó de su maletín el mismo mapa que le mostrara aquella mañana tras acabar su clase.

—Es una isla del océano Atlántico. Durante el siglo diecisiete, fue un

bastión para los piratas, bucaneros y filibusteros que surcaban el mar Caribe. Debe su nombre a Cristóbal Colón, que observó, en su primer viaje a América, que una de sus montañas le recordaba la forma de una tortuga.

—Quiere decir que esto está lleno de... —Su voz se cortó con una exclamación ahogada—. ¡Es un nido de piratas y nosotros estamos aquí!

El doctor asintió, preocupado.

—La isla Fortuna pertenece a este grupo de ínsulas —explicó.

—Usted dijo que esa en especial yacía bajo el mar. ¿Cuándo se supone que fue engullida?

—No lo sé con exactitud, pero puedo asegurarle que aún se encuentra por aquí.

Los ojos verdes brillaron sorprendidos.

—¿Pero...? —le daba miedo preguntarlo—. ¿En qué año estamos?

—Tampoco lo sé, sin embargo, por lo poco que he podido conversar con estos sujetos, que hemos viajado en el tiempo es un hecho. No tengo duda de ello.

Marina se sintió desvanecer. Sabía desde un principio que eso era lo que él iba a decir, pero había tenido cierta esperanza de que no fuese así. Era difícil hacerse a la idea de que le hubiese tocado vivir algo igual, sin embargo, en ese momento lo importante era no perder la calma y regresar cuanto antes a casa. Respiró profundamente.

—Si estamos en este conjunto de islas, quiere decir que Keops no anda muy lejos de aquí, ¿verdad? Lo único que resta sería buscarlo.

El doctor se mordió el labio inferior, pensativo. Asintió.

—Puede que ni siquiera hayan encontrado el tesoro todavía.

Marina se abalanzó de lleno sobre el mapa. A la luz del resplandor del fuego, sus ojos pasearon por los cayos, los arrecifes y las islas cercanas. Por un momento sintió un subidón de alegría.

—Pero usted sabe el sitio exacto, ¿no? ¿Sabe dónde podemos encontrar a Keops? —Soltó el aliento con fuerza. Sus ojos chispeaban emocionados—.

¡Eso significa que estamos salvados!

El doctor agitó la cabeza moviendo un brazo de arriba abajo para que Marina no perturbase al enfermo con su voz. Ella se cubrió la boca con la mano, disculpándose.

—Hay algunas notas entre mis papeles... —comenzó a susurrar él. Marina corrió a sacar varias carpetas de su maletín—. Tiene que ser paciente, escuche...

—Dígame que sabe dónde está ese tesoro.

El doctor negó con la cabeza, pero ella no lo vio. Ante el profundo silencio, Marina terminó por levantar la vista de los papeles y lo miró.

—¿No sabe dónde está? ¿Es eso lo que quiere decirme? —inquirió, dejando caer los hombros como un globo desinflado.

—Si me está preguntando si tengo algún mapa, la respuesta es no. Pero no se desanime, es posible que, estudiando mis notas, hallemos el lugar.

—Usted no lo comprende, doctor —dijo con un gemido lastimero—. No quiero seguir estando aquí.

—No se derrumbe ahora, Marina.

—¿Qué no me derrumbe? ¡Virgen santísima! ¡Esto no puede estar pasando! —Se alejó de allí agitando la cabeza. En la boca de la gruta aspiró el aire con fuerza y lloró.

El doctor quería consolarla, pero prefirió seguir atendiendo al hombre herido. Dijese lo que dijese, con toda seguridad no había nada que pudiera calmarla. Esperaba que cuando llegase MacBean con la comida se le pasara un poco el enfado y la desilusión.

Capítulo 5

Keops

Antiguo Egipto

—¿Por qué lo defiendes, padre?

—¡Es nuestro señor!

—Es un tirano, y es cruel.

—¿Por qué? ¿Por ordenar erigir la pirámide a sus súbditos y no a los esclavos?

—¡Por eso mismo! —refutó Asim—. El pueblo no debería acatar esas órdenes.

—Y, sin embargo, lo hacen —respondió el tyaty con tono cansado mientras se sentaba en el banco del mirador. Desde allí era hermoso observar las aguas del Nilo bañadas por los últimos rayos de sol—. Los esclavos no sabrían hacer un trabajo tan exacto y minucioso como este. Ellos tienen otras tareas que hacer. Y los obreros están bien alimentados, por eso no te preocupes, Asim, les damos cerveza, carne y pan, y ellos están contentos.

—Nuestro faraón nos va a llevar a la miseria.

—Si es así, ¿por qué no haces más que entrar y salir de Palacio?

Asim se tensó. No iba a decirle que lo hacía por la dulce Naunet.

—Ya sabe que aprecio mucho a Kauab. Algún día sucederá a Jufu, y entonces todo nos irá mejor.

—No lo hará —vaticinó el tyaty.

Asim se estremeció. Su padre no solía confundirse.

—¿Qué decís, padre?

El tyaty, que era el más alto cargo después del faraón, dejó la vista vagando sobre el río, igual que una barquita a la deriva. La ciudad de

Menfis era la ciudad más importante del país y el centro económico del reino; también, la más poblada.

—Él no sobrevivirá a su padre. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Es débil de mente y de corazón. Tú también lo serás si dejas que esa niña influya en ti.

Asim sintió como la ira le recorría el cuerpo entero. No importaba que fuese su padre o cualquier otro quién se atreviese advertirle sobre Naunet.

—¡A ella no la metas en esto! Ella es más pura que todos nosotros juntos.

Como el tyaty no volvió a decir nada, Asim se marchó de allí más furioso que cuando había llegado.

La mañana se levantó fría y húmeda. El cielo gris plomizo descargaba sin tregua una fina llovizna que barría los riscos en una débil cortina de ligeras brumas, cada vez más molesta para los ocupantes de la cueva. En todo momento se oían los constantes golpes de mar sobre las rocas, haciendo que el interior de la gruta rugiera con cada sacudida.

Sentada en el suelo y apoyada contra una de las rugosas paredes de la cueva, Marina había podido echar varias cabezaditas sin llegar a descansar del todo. Gracias al fuego no había notado el frío, sin embargo, su incomodidad era más que palpable. No era solo el lugar, mucho tenía que ver la presencia de los dos recién llegados y, por qué no, del mismo doctor Ibarrúri. Ella no estaba acostumbrada a pasar la noche fuera de casa, en otra época totalmente distinta a la suya y mucho menos en compañía de... piratas.

Durante toda la noche, el escocés y el doctor habían estado al cuidado del hombre herido, hablando entre susurros de política y otros menesteres. Con las primeras luces del alba se habían echado a dormir sobre el suelo, y ella intentó imitarlos sin mucho éxito. Cada vez que cerraba los ojos imaginaba que una ola gigantesca los arrancaba de su oscuro agujero protector y la ahogaba entre turbias aguas grises, por no decir que por su mente también cruzaba una horda de piratas con parches y loros sobre los hombros rociándola de alcohol para prenderla fuego.

Llevaba despejada un rato, observando el exterior, cuando entre los aullidos del viento y del mar le pareció escuchar el gemido lastimero del hombre herido. Se incorporó un poco y esperó a ver si Donald MacBean o el doctor se levantaban para atenderlo, pero ellos habían caído exhaustos.

Un poco enojada y con bastante envidia de verlos dormir a pata suelta, pues estaba agotada, se arrastró sobre el suelo hasta el herido para ver qué le ocurría. En el rostro del hombre había un gesto de dolor. Marina sintió un escalofrío al observarlo. Le tocó la frente con la mano en busca de fiebre. Él estaba muy caliente, pero no ardía, de modo que desechó que estuviera más grave. De repente, cuando estaba a punto de regresar a su sitio, el pirata abrió los ojos y ella se encontró observando unas cuencas de un increíble color azul. Su color era tan fascinante que tardó en apartar la vista, ruborizada.

—¿Sois un ángel? —preguntó él confuso, con la voz ronca.

—No estás muerto —respondió impresionada. En la noche le había parecido muy guapo, pero con la débil luz que penetraba por la entrada, el fuerte contraste de los ojos azules en la piel bronceada le daba un aire hermoso y sobrenatural. No podía definir si era rubio, moreno o castaño, porque la suciedad del pelo caía por su propio peso, pero... ¡Ese hombre no podía pertenecer a ese mundo! Debía ser un actor, sí. Estaba segura de que era un actor. Se apoderó de ella la necesidad de respirar. Miró a su alrededor para ver si los otros hombres se habían despertado.

—Si no estoy muerto, ¿quién sois vos? —preguntó moviendo las cejas con seducción.

Ella no respondió su pregunta.

—Solo estás herido. —Herido y buenísimo. ¡Madre del amor hermoso, estaba como un queso!

Él trató de incorporarse. Levantó la cabeza despacio, apretando los dientes por el dolor, y sus ojos se pararon en el costado donde había un vendaje tirante.

—¿Es muy grave?

—Tienes una raja bastante importante —respondió ella, afirmando con la

cabeza—. Si necesitas algo puedo avisar al señor MacBean, pero no es bueno que te levantes ahora.

—Donald —murmuró el hombre buscándolo con la vista. Lo halló durmiendo cerca, con la cara mirando al fuego. De pronto, su mirada recayó en el doctor y luego en ella. Frunció el ceño—. ¿Dónde estoy?

Marina se tensó. Las primeras palabras del pirata habían sonado amables e incluso suaves. La última pregunta había sido más una orden. Lo miró dubitativa y se estremeció.

—Estamos en las cuevas de la garganta, y ellos han dicho que aquí estamos seguros. —Se levantó. Tenía las piernas entumecidas y necesitaba estirarlas, además de alejarse de él. Le dio la espalda y caminó hacia el rincón donde había estado antes—. ¿Por qué no duermes un poco más para recuperar energía?

—¿Quién sois vos, muchacha? —repitió él, estirando el cuello para poder verla.

Ella suspiró resignada y se volvió con desgana. No quería que él se diese cuenta de que le temía. Podía estar herido, pero era un hombre imponente, grande y fuerte. Tampoco olvidaba que era un pirata y que había visto demasiadas películas de ellos.

—Vamos, no seáis tímida. No creo que sea tan difícil decirme vuestro nombre.

Ella soltó un bufido, parpadeando con fuerza.

—Me llamo Marina, soy la sobrina del doctor Eduardo Ibarrúri. ¿Te acuerdas de quién es?

Él volvió a fruncir el ceño y se llevó la mano a la frente. Recordaba todo, excepto lo ocurrido después de haber perdido el sentido.

—Sí, el doctor que me salvó la vida. Es una persona muy extraña vuestro tío.

Marina abrió los ojos con sorpresa. ¿Se atrevía a decir que el doctor era extraño? ¿Entonces él que era, una dulce florecilla del campo?

—Vos también sois extraña, ¿de dónde venís?

Marina cruzó los brazos sobre el pecho con nerviosismo. Parecía que el herido había descansado tanto que se había despertado con ganas de charla. «¡Qué bien!», pensó con ironía. Porque ella, sucia, sin dormir, incomoda a más no poder, no sentía ninguna gana de dar explicación alguna. Recapacitando, asumió que no debía ser aconsejable llevarle mucho la contraria. Además, en ese momento, él tenía el rostro endurecido y sus ojos fríos.

—Soy de Madrid, en España.

—¿España? —Jeremy abrió mucho los ojos, cambiando su dura expresión por otra más amable—. Pues observo que habláis muy bien el inglés. Eso es muy bueno. Os recomiendo que no le digáis a nadie de donde sois.

—Mi padre es irlandés y yo viví... —empezó a decirle. En seguida se detuvo, ruborizada ante su atenta mirada.

—¿Por qué no continuáis? —preguntó curioso.

—Por qué no tengo nada más que decir. ¿Por qué dices que no diga a nadie de dónde soy?

Intrigado, se giró en la manta que lo envolvía. Con lentitud, estudió su cuerpo, mirándola de arriba abajo, deteniéndose con descaro en su busto antes de llegar a sus ojos verdes.

—¿Cómo habéis dicho que os llamáis?

—Marina —respondió, con la boca terriblemente seca.

—¿Me estáis tomando el pelo?

—Ese es mi nombre. No es broma.

—Es la primera vez que lo escucho. —Él se encogió de hombros y su boca hizo una mueca de dolor. Respiró con fuerza, se pasó la mano por el costado queriendo aliviar la tensión de la herida—. ¿Debo suponer que es un nombre español?

—Sí. Mi abuela fue quién lo eligió porque su madre también se llamaba Marina.

—Es... bonito —dijo él, repitiéndolo con suavidad—. Marina. ¿Por qué no

os acercáis un poco? Desde aquí no puedo veros muy bien y me duele la cabeza si trato de sostenerla mucho tiempo en vilo.

Aunque su voz no sonaba a orden esta vez, el tono hizo que ella se espigase. El hombre poseía un punto de prepotencia machista que no le gustaba ni un ápice. Aun así, sabía que tenía dos opciones, o acercarse a conversar con él o recostarse de nuevo en su rincón para tratar de dormir un poco. Claro que ahora que ese pirata estaba despierto no pensaba cerrar los ojos, aunque debiera ponerse pinzas en los parpados o sujetárselos con los dedos.

De manera lenta e insegura, caminó hacia él. El hombre indicó con una mano que se sentase. Ella obedeció y no lo contradujo por no despertar al escocés y al doctor. Tenía muy claro que si le veía un solo movimiento extraño, gritaría. Echó una furtiva mirada al lugar donde había dejado su bolso. Siempre podría usar el *spray* de pimienta si las cosas se complicaban.

—¿Eso es una falda? —inquirió él al percatarse de lo difícil que era sentarse en el suelo con una prenda como esa—. Los españoles sois raros hasta en el vestir.

Conteniendo el miedo y un repentino enojo, Marina apartó la vista de él. ¿Quién se pensaba que era para criticar sus ropas? Él, un hombre que vestía a la antigua usanza, iba armado y llevaba pendiente... Agitó la cabeza como si hablara consigo misma. La tontería de sus pensamientos hizo que resoplase. ¿No había quien tenía todas esas cualidades en el siglo veintiuno? ¿Qué es lo que podía decir de él? Quizá apelar a su falta de higiene, porque por lo demás, no había conocido tipo más guapo y atractivo más que en revistas o en películas.

—El señor MacBean ha dicho que te llamas Jeremy —le dijo con calma.

—Sí, Jeremy Snow, un nombre bastante más corriente que el vuestro. —Observó a la joven con expresión más grave—. ¿Quién os secuestró para traeros con tal infortunio a Tortuga? Este no es el lugar indicado para una muchachita como vos y, menos, española.

La manera de hablar y de dirigirse a ella conseguía ponerla más nerviosa.

Parecía un tipo antipático y arisco, sin embargo, junto a los impactantes ojos azules tenía unas arruguillas que indicaban que se reía bastante.

—Tú no eres mucho mayor que yo. —Le hizo ver, disfrutando de la oportunidad de estudiarlo más de cerca.

—Yo diría que algunos años más —replicó Jeremy—. Tengo veintiséis. ¿Cuántos tenéis vos?

—Diecinueve.

Jeremy se sorprendió. Le había calculado menos. Sin dar su brazo a torcer, respondió:

—¿Os dais cuenta? Sois una pipiola.

Marina abrió y cerró la boca varias veces seguidas. Era la primera vez que un tipo chulo conseguía dejarla sin palabras. Ella podía haber contestado muchas cosas, pero dudaba de que él pudiera entenderla. ¡Una pipiola! ¡Ja! ¡Pues bien que los hombres de la edad de él iban a verla al pub donde trabajaba! Apostaba a que todos deseaban llevársela a la cama sin importar su edad. De pronto, se enojó con sus pensamientos. Ella no quería que este ni ningún otro la llevase a la cama ni a ninguna parte. Solo llamaba su atención por su forma de hablar, su manera de vestir y porque se sentía desconcertada, igual que la desconcertaba MacBean y cualquier otro de la época aquella. Encerró en un rincón de su calenturienta mente que estaba endiabladamente bueno y que cerca de él su corazón alcanzaba límites insospechados. Se negó a discutir la edad con ese mequetrefe inculto.

—¿Por qué insistes en decir que no diga que soy española?

Jeremy pareció asombrarse y clavó sus ojos en ella con intensidad. Marina se estremeció con la fuerza de su mirada.

—¿Dónde habéis estado metida todo este tiempo? La corona de España intenta controlar todas las islas. Desde que echaron a todos de La Española, piratas, filibusteros, corsarios, esclavos y una gran lista de fugitivos que debieron huir están en guerra con España. Vos aquí es como poner a una oveja frente al lobo. Un azucarillo ante un caballo. Una barquita en el inmenso...

—¡No sigas! —Lo interrumpió cortante y en extremo asustada—. ¡Ya lo he

entendido! —Marina se mordió el labio con preocupación. ¡Menudas noticias! Al parecer, al doctor Ibarrúri se le había olvidado darle ese detalle—. ¿La isla pertenece a Inglaterra?

Jeremy se encogió de hombros.

—Ingleses, holandeses, franceses, hay un poco de todo. Es una isla pequeña. ¿No os habéis dado cuenta las grandes fortificaciones que se han comenzado a levantar?

—No he salido mucho, la verdad. De momento, no he sentido muchos deseos de pasear —dijo con sarcasmo. Él no lo notó.

—Es obvio, de haberlo hecho, ahora no estaríais aquí, sino en la cama de algún marinero, puede que con vuestro porte, en la de algún almirante importante.

Los colores tiñeron las mejillas de Marina y agradeció que en las sombras de la cueva él no pudiese apreciarlo. Lo miró con el ceño fruncido.

—Gracias por meterme miedo.

—No es mi intención, ¿pero cómo habéis llegado hasta aquí? —insistió con voz fatigada.

—Prefiero que ese tema lo explique mi tío —respondió. No podía decirle la verdad y arriesgarse a que la tomase por una loca de atar. En el fondo, charlar con él no estaba siendo tan malo. Era un tipo bastante educado. Lo miró con cara circunspecta—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, decidme.

—¿Tienes algo en contra de los españoles? —Mientras esperaba su contestación, el corazón latía salvaje en su pecho.

Jeremy sonrió divertido. Ella había abierto unos ojos enormes con espanto. «Unos ojos bastante bonitos y expresivos, por cierto».

—Mi intención no es asustaros, os lo prometo. No tengo nada en absoluto en contra de vos y vuestro tío, por eso no os preocupéis. No tengo prejuicios de ningún tipo.

Para Marina fue muy agradable escuchárselo decir e incluso su pulso se

tranquilizó. También porque él había suavizado el rostro y su mirada azul bailoteaba ahora alegre en sus cuencas.

—Os noto un tanto asustada. No tenéis por qué sentir os así, jamás he lastimado a mujer alguna. Y Donald tampoco. No somos esa clase de tipos que van mancillando y degradando a las damas.

—En realidad no te temo a ti —mintió. Bien podía hacerlo. No lo conocía de nada y llevaba un pendiente en la oreja. ¡A saber cuántas fechorías había cometido!—. Podría hacerlo, ya que no te conozco de nada y eres un pirata. Aunque también pienso que estas herido y que te podría ganar en una carrera. Más bien lo que me incomoda en este momento son todas las cosas que has dicho antes.

Jeremy, risueño, alzó una ceja. Se echó a reír a pesar de que le dio un pinchazo de dolor en el costado. Se calmó en seguida y agitó la cabeza.

—Yo no soy ningún pirata. —Se llevó la mano a la oreja y se tocó el arete—. Me gusta vestir como ellos, de ese modo puedo pasar inadvertido. —Volvió a estudiarla con una expresión de disgusto en su fuerte y varonil rostro—. Lleváis el cabello demasiado corto. —Estiró la punta de los dedos hasta rozarle una onda trigueña. Era suave como la seda. Ella se estremeció tan fuerte que tuvo que morderse el labio para no soltar una exclamación—. Si esa es la nueva moda femenina, no me agrada mucho.

Marina no se sintió ofendida, aunque sí un poco desilusionada. Contrató sin pensarlo:

—En Madrid, tú lo llevarías demasiado sucio y descuidado. Posiblemente te llamarían «el greñas».

Él se puso serio y se llevó una mano a la cabeza. ¿Acaso ella lo estaba insultando?

—¡Eso es porque aún no he podido darme un baño en condiciones! —A duras penas se incorporó apoyando los codos en el suelo—. Pero dejadme deciros que he visto a compatriotas suyos muchos más sucios que yo.

Al darse cuenta de que él sí se había ofendido, Marina se alegró de no haberle dicho que se asemejaba a un macarra. Ser un pirata, o lo que fuera él,

debía ser algo parecido pero a lo bestia. Más bien, se corrigió Marina, era como un delincuente, un prófugo o un... asesino. Resopló y agitó la cabeza. De repente se sentía muy curiosa con él.

—Me dijo el doctor que te perseguían unos hombres. ¿Por qué?

—¿Siempre llamáis doctor a vuestro tío?

Ella asintió.

—La mayoría de las veces olvido que es mi tío. También es decano de la universidad... —Agitó la cabeza y calló de nuevo—. A él le gusta que lo llame doctor.

Jeremy tensó el labio inferior mostrando parte de unos dientes perfectos y blancos. No tenía ni un solo defecto visible. A excepción de que fruncía mucho el ceño, como si dudase de ella y de todo lo que la rodeaba.

Él resopló disgustado, dejando que sus ojos vagaran por su cuerpo. «Diablos, ella es atractiva con esa ropa».

—Me persigue lord Almirante Willis. Hace tiempo tuvimos negocios juntos, pero él no parece que esté muy satisfecho, y ahora anda buscándome.

—¿Por qué no quedó satisfecho?

«De modo que quiere saber de mí». Esbozó una sonrisa traviesa.

—Traté de engañarlo. —Ella arqueó sus bonitas cejas sin entender—. Veréis, en Londres, Willis es un reconocido conde que se dedica a los préstamos. Yo necesitaba dinero y le solicité uno. No sabía, ni podía imaginarme, que él en realidad era un corsario al servicio de la corona inglesa, con bastante influencia y poder. Creí que era fácil engañarlo, ya sabéis, coger su dinero y escapar de allí antes que se diese cuenta. Pero lo subestimé y ahora está buscándome para... colgarme.

Todo el vello del cuerpo de Marina se erizó de miedo.

—¿Te lleva buscando mucho tiempo?

Jeremy negó.

—Yo pensé que viniendo a Tortuga él nunca me encontraría, sin embargo, me confundí. El Almirante aquí se encuentra como en su propia casa. —Se

pasó la lengua por el labio y se dejó caer hacia atrás sobre el suelo, agotado —. Eso me hace pensar que no podemos demorarnos aquí mucho tiempo. ¿Vos conocéis al Almirante?

Marina había estado siguiendo toda la conversación hipnotizada con el movimiento de su boca. Acababa de confesar que era un embustero y timador, y, sin embargo, ella solo podía pensar que tenía unos labios muy sensuales y cuánto desearía probarlos. Cuando se dio cuenta exacta de sus palabras, negó con la cabeza.

—Mi tío y yo no conocemos a nadie aquí. ¿Por qué no le devuelves el dinero a ese hombre para que te deje en paz?

—Lo haría si lo tuviera —contestó él, moviéndose otra vez. Esta vez logró quedar sentado y la manta que le cubría descendió hasta la cintura. Su torso estaba vendado con una de las camisas que MacBean les había entregado. Marina comprobó que su piel era muy dorada y brillante, en parte por el reflejo del fuego chisporroteante. Tenía los hombros anchos y fuertes y los músculos se marcaban tensos en los brazos. Por un momento sintió deseos de recorrer esos pectorales con sus dedos. Algo se agitó en su interior dejando su boca seca y una incipiente corriente de excitación.

Se apartó un poco de él y jugó con la tierra del suelo con disimulo. Jeremy era un hombre soberbio y al mismo tiempo insólito. ¿No podía ser un actor que alguna de sus compañeras hubiese contratado como sorpresa? ¡Ojalá! De ser así, habían acertado de pleno en sus gustos.

—¿Cuánto tiempo lleva durmiendo Donald?

—No sé, más o menos un par de horas. Ha pasado toda la noche pendiente de que no te desangraras.

—Haría falta una brecha más grande que esta... —Se frotó la herida a través del improvisado vendaje. Ella admiró su mano de dedos largos y elegantes... para desangrarme. —Un poco enfadado, recorrió con su mirada cristalina la cueva y señaló los bultos que había en un rincón—. Veo que trajo nuestras cosas.

Marina siguió su dedo con la mirada hasta sus pertenencias y asintió.

—También un poco de comida. ¿Quieres comer algo?

La mirada de él descendió hasta el pronunciado escote que formaba la blusa de Marina, donde se habían abierto los primeros botones. Ella se dio cuenta y se apresuró a abotonarlos. Incómodo, Jeremy apartó la vista y negó con la cabeza.

—¿Podéis buscarme ropa limpia?

—Si quieres, puedo despertar mejor al señor MacBean —dijo ella—. Esta noche se han tomado muchas molestias de curarte como para que ahora te abras los puntos de sutura por levantarte.

—Marina, por favor —pidió él al ver que ella no pensaba hacerlo. Parecía enfadada—. Tengo que salir un momento, y puede que os escandalizarais si os dijera para qué.

Ella se ruborizó al entenderlo. De mala gana, rebuscó en una especie de hatillo elaborado con piel y sacó un blusón gris con cintas de cuero negro en el cuello y parte del pecho. Los puños tenían dobles volantes de puntilla. La prenda desprendía un olor muy varonil, ligeramente afrutado. Se lo mostró.

—¿Esto es tuyo?

—Es mío. —Despacio, Jeremy se puso en pie y se acercó a ella con lentitud. Era muy alto a su lado, sus hombros y su cabeza la sobrepasaban. Era tan grande, y tan fuerte y tan guapo... «¿De verdad que no es un modelo contratado?», se preguntó Marina de nuevo.

Le entregó la prenda y él se la puso, sin anudársela. Con prisa salió de la cueva, entrecerrando los ojos cuando le dio la luz exterior.

La brisa fresca y salada le propinó los buenos días bajo un cúmulo de nubes oscuras. El mar rugía violentamente, con olas gigantescas que bañaban buena parte de las paredes de la garganta.

Jeremy no se apartó mucho. Confiaba en que a la sobrina del doctor no se le ocurriese salir. No lo creía, había visto su perturbación cuando, sin querer, había admirado la piel cremosa de su largo cuello y principio de los senos. Había sido un acto reflejo mirarla de ese modo. Ella era pequeña y curvilínea, su cabello enmarcaba su cara, y sus senos se agitaban mientras trataba de

controlar su miedo. ¿O tal vez eran nervios?

Jeremy respiró hondo. Llevaba un buen rato a punto de explotar y le dolían los riñones de aguantarse la meada. Inevitablemente, volvió a pensar en la muchacha. Era una joven muy intrigante. ¡Una española en Tortuga! Estaba deseando saber quién era el desalmado que la había raptado. Seguro querían venderla como esclava para que complaciese a los hombres de la isla. Con su pequeña estatura y su cuerpo delgado, no le daba más que un par de meses con vida.

Paseó la vista sobre el fuerte oleaje. Sus cabellos rubios, en ese momento más bien oscuros por la mugre acumulada, ondearon con violencia fustigándole los hombros y las mejillas. Por mucha curiosidad que sintiese sobre la moza o su tío, no era nada seguro quedarse allí. Lord Almirante no iba a cejar en su empeño por arrestarlo y colgarlo de la plaza mayor, y aquel lugar sería uno de los primeros sitios donde irían a buscarlo. La isla tenía aproximadamente cuarenta kilómetros de longitud y ocho de anchura. Sus arrecifes, sus montañas y su puerto natural hacían de ella un buen refugio para los piratas, pero no así para que él se escondiera libremente. Eso había pensado al huir allí. En Tortuga, el libertinaje no era perseguido por la justicia, sin embargo, lord Almirante era otro cantar. Él impartía su propia justicia y no todos se atrevían a desafiarlo.

—¿Jeremy?

Siguiendo la voz, se volvió para mirar a su amigo.

—¡Donald!

El escocés pelirrojo lo abrazó con tanta fuerza que lo hizo gemir.

—Perdonad, Jeremy. ¿Cómo estáis?

—He estado mucho peor —respondió observándolo con una mueca—. Aquí no estamos seguros, no tardarán en llegar. No podemos demorarnos mucho tiempo.

—Escondí a Timothy Peck y a los otros entre los barriles. Mientras ese hombre no aparezca, es tiempo que ganamos, y si continúa lloviendo, es más difícil que lord Almirante salga a buscarnos.

Los ojos de Jeremy iban de su amigo a la cueva, como si de un momento a otro esperase que alguien asomase.

—Pero lo haré. Está empeñado en acabar conmigo.

Donald le dio la razón.

—Os avisé que si le pedíais dinero, al menos no sedujerais a su prometida. Como siempre, ignorasteis mi advertencia. Podíais haberos buscado otra mujer.

—De haber sabido quién era él, jamás me hubiese metido en este lío. Además, debo recordaros que fue ella quien buscó mi compañía.

—Eso no es ninguna excusa, sabéis de sobra que las mujeres sienten infinita ternura por vos.

Jeremy apretó la mandíbula y, enfadado, pateó una piedra.

—¿Es posible que sigáis pensando que mi atractivo es un don?

Donald asintió con una gran sonrisa.

—¿Vos no?

—¡Claro que no! Es una maldición. Al menos podíais haberme dicho que el conde de Frost era el lord Almirante Willis. Me habría ahorrado todo este problema.

—Yo tampoco lo sabía, sin embargo, ahora es tarde para lamentaciones.

Jeremy no entendía que Donald no estuviese enfadado con él. Una cosa era estafar a uno de los hombres más peligrosos de Inglaterra, y otra, jugar con su prometida. No era la primera vez que metía en problemas a Donald, pero sin duda ese era el peor de todos.

Jeremy había perdido a su madre al nacer y su padre fue un borracho que lo mal cuidó hasta que con diez años pudo escaparse de su hogar. Se había criado en la calle junto a otros golfillos y había demostrado ser bastante avisado e inteligente como para que nunca le faltase comida que llevarse a la boca. Siempre vivió al día, y la escasa suerte lo acompañó hasta el mismo día en que decidió salir de Inglaterra. Pidió el dinero prestado al hombre equivocado y de haber sido otro, habría tenido éxito en su estafa. No creía que un conde

fuera capaz de salir del país solo para buscarlo, pero el lord Almirante Willis era la excepción. Lo que más lo apenó de todo el asunto era haber arrastrado a Donald consigo. Llevaban muchos años conociéndose y era como un hermano pequeño para él a pesar de que el pelirrojo tenía la edad suficiente para ser su padre.

—Os prometo que os sacaré de esta, Donald.

—Confío en que así sea. Yo solo no tengo muchas posibilidades de hacerlo. Excepto algunas plantaciones, Tortuga no tiene mucho más. Va a ser muy difícil embarcarse sin que lord Almirante no lo sepa. He pensado que quizá podríamos apoderarnos de una embarcación ligera y llegar a Jamaica o a la Española. No creo que él se atreva a ir allí. Con un poco de dinero tendríamos más probabilidad.

Repentinamente cansado, Jeremy se apoyó en el brazo de su compañero.

—Sí, debemos pensar en algo cuanto antes.

—¿Os sentís peor?

—Un poco débil —respondió.

—Perdisteis mucha sangre anoche —comentó Donald con tono afable.

Jeremy entrecerró los ojos y dirigió su barbilla a la boca de la cueva.

—¿Y nuestros nuevos amigos? ¿Qué os han contado?

—Estos pobres tienen menos que nosotros.

—¡Estupendo! —exclamó con sarcasmo, perdiendo toda esperanza de salir airosos del problema.

—Son buenas personas.

Jeremy enarcó una de sus cejas.

—¡No estoy diciendo lo contrario! ¡Demonios! Una ayuda ahora nos vendría muy bien. —Levantó los ojos al cielo, las finas agujas de lluvia le golpearon la cara—. ¿Dónde estás cuando te necesito? —preguntó a su Dios, con los ojos fijos en las oscuras nubes. Como respuesta divina, un relámpago rompió el cielo en dos y el trueno no se hizo esperar. Jeremy soltó una fría carcajada—. ¿Te das cuenta? —le dijo a Donald—. Cuando hablo con Él, no

hago más que enfadarlo.

—Puede que la respuesta la tengáis delante de vuestras narices, Jeremy.

Lo miró intrigado.

—¿A que os réferis?

—Al doctor y a su sobrina. Ellos nos necesitan y nosotros a ellos.

Jeremy alzó las cejas, dudoso.

—No veo por qué los necesitamos. Lo que menos nos conviene ahora es buscarnos problemas ayudando a unos españoles. Se van a convertir en una carga.

—Tonterías. Lord Almirante busca a dos personas, a vos y a mí. Pero si hacemos que ellos nos acompañen, nos ayudaría a pasar inadvertidos.

—No veo cómo.

—Pongamos que nos hacemos pasar por los criados de la esposa de un rico terrateniente. Eso solo por poner un ejemplo. Lo que quiero decir es que podemos jugar a nuestro favor y escapar de lord Almirante.

Jeremy lo miró pensativo, mordiéndose el labio inferior.

—Necesitaremos dinero.

—¿Y dónde está el problema, amigo? ¡Mirad donde estamos! El que más o el que menos tiene doblones guardados, solo habría que robar un poco de aquí y otro poco de allá y conseguir ropas.

La expresión de Jeremy se tornó más animada al tiempo que asentía con la cabeza. Donald le acababa de dar nuevas esperanzas.

—Puede funcionar. Aunque lo primero será hablar con el doctor y su sobrina. Es posible que quieran opinar sobre el tema. Por cierto, ¿os han dicho por qué están ellos aquí?

—Aún no. —Donald lo sostuvo con fuerza de la cintura y lo ayudó a caminar hacia la boca de la cueva—. Pero tengo mi propia teoría.

—Soy todo oídos y estoy impaciente por escucharos. ¿De qué se trata?

—Secuestraron a la joven para venderla, es muy bella.

Jeremy había esperado otra cosa distinta.

—Es posible, no obstante, la belleza no creo que tenga nada que ver. No la encuentro nada especial, excepto la extraña manera de vestir. Pienso que es más bien simple y la primera mujer que encontraron a mano.

—Sus ridículas ropas también os cegaron a vos. Anoche yo pensaba lo mismo, sin embargo, con la luz del día me he dado cuenta de que tiene una mirada hermosa y cuando sonrío, cosa que solo la he visto hacer una vez a su tío, le sale un hoyuelo en la mejilla izquierda. Jeremy, creo que estáis perdiendo facultades, porque esa mujer es todo un postre dulce.

Jeremy carraspeó.

—Donald, nos encontramos aquí por el tropiezo de la prometida del lord Almirante. No podéis culparme si en este momento no me apetece fijarme en ninguna mujer. No puedo olvidar a la muy zorra diciéndole al conde que yo era su amante y que me la iba a llevar conmigo. ¿De dónde sacaría eso la condenada? Ya sabéis que nunca prometo nada que no vaya a cumplir. Cada vez que lo pienso se me revuelven las tripas.

Como si fuese divertido, Donald rompió a reír.

—Y al huir no se nos ocurrió nada mejor que elegir Tortuga para escondernos. Debisteis veros la cara el otro día cuando Timothy os confesó que era el fiel hombre del conde. —Su carcajada tronó perdiéndose con el viento del acantilado—. Llegué a pensar que os desmayarías.

Jeremy todavía seguía sin comprender cómo el conde de Frost tenía engañado a todo el mundo.

—¡Maldita la gracia! —respondió molesto—. Ese hombre pudo acabar conmigo en cualquier momento durante la travesía. Llegó a engañarme haciéndome creer que no era más que un desgraciado borracho.

—Fue una suerte que ese cabrón solo tuviera orden de vigilaros hasta que su patrón llegara.

—Estuvo a punto de acabar conmigo anoche, y os puedo asegurar que de haber podido lo hubiese hecho. ¿Os dais cuenta, Donald, que al almirante no le interesa que nosotros regresemos a Londres con vida?

—¡Claro que no le interesa! Acabaría en calabozos o colgado.

—Es posible que hasta tenga vigilados todos los puertos del país —dijo en voz queda.

—A eso me refiero cuando os hablo de ir con los españoles. De no ser por el doctor, ahora estaríais criando malvas. ¿Lo habéis pensado?

Jeremy gruñó, no le gustaba deber nada a nadie.

—Fue muy valiente por su parte. ¿Me sanó él la herida?

Donald asintió.

—La muchacha estuvo a punto de vomitaros encima, fue mejor que ni se acercara. —Agitó la cabeza y su espesa barba ondeó con el aire. La débil llovizna había humedecido sus cabellos—. Vayamos dentro y descansemos.

El escocés tenía el pelo, como la poblada barba, de un tono rojizo. Sus ojos eran pequeños y grises, y la cara libre de vello estaba cubierta de pecas anaranjadas.

—Donald, dejadme que yo hable con el doctor, después de todo, ya sabéis que no me gusta estar en deuda y aún debo darle las gracias por lo que hizo. — El haberse levantado le estaba restando la mayor parte de su fuerza, por eso, nada más entrar en la cueva, se dirigió hacia su manta, que seguía en el suelo justo donde había pasado la noche. No pudo evitar que sus ojos cayeran sobre Marina con curiosidad. Estaba sentada junto al fuego con las piernas estiradas en el suelo y los tobillos cruzados. Ondas rubias del color del trigo enmarcaban un rostro hermoso y apacible, de rasgos delicados. Mejillas tersas, mentón ovalado y un bonito y largo cuello. Era delgada y pequeña, y esa falda azul la hacía parecer más diminuta todavía de lo que era, aunque marcaban sus caderas de una manera bonita y provocativa. Sí, su amigo tenía razón. Marina era una mujer muy bella.

—¿Cómo llegasteis a Tortuga? —preguntó Jeremy, mirándola con atención, mientras se acomodaba de la mejor manera posible sobre la manta.

Marina, que había estado distraída, pensando, levantó los ojos hacía él y lo miró con intensidad. El rubor de sus mejillas se confundía con el reflejo de las llamas recién atizadas.

—Fue Keops quien nos trajo.

Ambos hombres cruzaron la vista con intriga. Donald se encogió de hombros.

—No reconozco esa embarcación. ¿Qué clase de barco es?

El doctor se incorporó del sitio donde dormía y observó a Marina asegurándose de que se encontraba bien. Luego se limpió las lentes, las ajustó sobre la nariz y miró a Jeremy y a Donald.

—No es un barco, señores, es mucho más complicado que eso.

Asustada, la joven se puso en pie embargada por los nervios. Caminó hacia Ibarrúri, tratando de convencerlo con la mirada de que no dijese nada.

—No, doctor —susurró.

Él hizo una señal para que guardase silencio y se mantuviera tranquila.

—Como ya le comenté anoche al señor MacBean, no soy doctor en medicina. En realidad soy arqueólogo, estudio tesoros y civilizaciones antiguas. Venimos buscando a Keops, un objeto muy valioso que se esconde en una isla cercana.

—¡Buscadores de tesoros! —exclamó Donald confuso—. ¿Han venido a buscar un tesoro? ¿Entonces no os han secuestrado?

—Así es —afirmó el doctor—. Pero necesitamos ayuda.

—Necesitáis mucha ayuda —corrigió Jeremy, también sorprendido. Jamás, ni en sus más remotos sueños, habría imaginado algo así de esos dos—. Si no os han raptado, ¿cómo llegaron hasta aquí? ¿No me digáis que tenéis una embarcación propia escondida por ahí? —preguntó incrédulo y optimista.

Marina lanzó una mirada cautelosa a Ibarrúri y, como si sintiera que el oxígeno no penetraba en sus pulmones, fue hacia la entrada en busca de aire fresco. Sus pensamientos acababan de entrar en conflicto.

Jeremy miró a Marina, que había perdido el color de la cara. Sus ojos se posaron sin quererlo en su diminuta cintura, la curva de sus caderas. Su contorno era una combinación excelente, perfecta. Volvió la atención al doctor cuando este comenzó a hablar.

—Llevan razón, amigos, necesitamos toda la ayuda posible y... —dijo—...

si encontramos el modo de llegar a isla Fortuna, que es nuestro destino, todo sería mucho más sencillo.

—¿Entonces no tenéis barco, verdad?

—No, no lo tenemos.

—Bien, empecemos por el principio. ¿Qué es eso que ha dicho su sobrina y qué precio puede obtener en el mercado? —preguntó Jeremy, intrigado y muy interesado. Su mente pensaba con velocidad.

—Keops es una pequeña pirámide de oro macizo, pero eso solo es una parte del tesoro que se halla escondido. Su valor es incalculable.

—¿Queréis decir que hay mucho más? —Ahora sí que tenían toda su atención.

—Exacto, sin embargo, nosotros solo estamos interesados en Keops.

Donald se frotó las manos con energía y los ojos de Jeremy brillaron entusiasmados. Ambos cruzaron una mirada entre complaciente y desconfiada. Tampoco tenían mucho que perder por seguir la corriente a los españoles.

—Decidnos, ¿por qué tenéis la seguridad de que ese tesoro existe y que no es más que una leyenda?

El doctor miró con fijeza a Marina, que los observaba con atención y en absoluto silencio. Ella supo que él iba a confesarles la verdad y sintió erizarse todo el vello de su cuerpo. El corazón tronó con fuerza en sus oídos.

—Voy a contarles una historia y les voy a decir cómo hemos llegado hasta aquí.

Capítulo 6

Murió el nieto del faraón Seneferu y de la reina Hetepheres I

—No llores, Naunet. —Asim encerró a la joven entre sus brazos al tiempo que acariciaba su larga melena morena con dulzura—. Juntos lograremos no echarlo tanto en falta.

—Kauab y tú sois los únicos que me quieren, y él no volverá más. ¿Por qué ha tenido que dejarme?

Asim tragó el difícil nudo de su garganta y, sin poder contenerse, besó la lisa frente de la princesa Naunet.

—Algún día volveremos a encontrarnos con él, en la otra vida.

—¡Yo no quiero en la otra vida! —replicó ella clavando sus ojos negros sobre los de él—. Yo quiero teneros a mi lado para siempre, aquí y ahora.

—A mí me tienes aquí, porque si mis ojos dejan de verte, siento que muero.

—¿Y te unirás algún día a mí?

—Cuando crezcas, será lo primero que haga, Naunet. No habrá nadie que pueda apartarnos.

Asim supo que no debía hacerlo, que ella apenas tenía doce años, sin embargo, no pudo evitar rozar sus labios con los suyos.

Los ojos de Naunet brillaron emocionados a través de las lágrimas derramadas por la muerte de su medio hermano. Sin pensarlo, le echó los brazos al cuello y se aplastó infantilmente contra sus labios.

Él se vio obligado a apartarla de él. Una cosa era besarla, y otra muy distinta, sentir como su cuerpo de hombre reaccionaba a su inocente contacto. Acarició su mejilla con amor, estaba seguro de que con el tiempo se convertiría en una experta en besar. En una experta amante y esposa. Y cuando ese día llegara, él sucumbiría por completo a su dominio.

Marina deseó detener al doctor Ibarúri. No sabían nada de esos hombres más que eran ladrones y debían dinero a un tipo importante y peligroso. No estaba segura de poder confiar en ellos, aunque lo peor que podía pasar era que se rieran y los tomaran por locos. O los matasen, vendiesen...

Con una sonrisa de incredulidad, Jeremy y Donald escucharon al doctor. Ella misma sonreía escéptica. De no haber compartido aquella aventura con él, habría jurado que el doctor había salido de un manicomio o que le faltaba un hervor.

—¿Estáis de acuerdo con todo lo que ha dicho vuestro tío? —le preguntó Jeremy sin salir de su asombro. Se mordía el labio por no reír y se notaba a la legua que no había creído ni una sola palabra.

Marina asintió.

—El doctor no miente.

El agotamiento y la debilidad se apoderaron de Jeremy y soltó un sonoro suspiro.

—Espero que comprendáis que vuestra historia es del todo inverosímil, divertida, sí, pero inverosímil. No sé si nos habéis tomado por unos incautos o qué. Nadie en su sano juicio se tragaría que venís del... futuro —dijo, costándole pronunciar la última palabra por no parecer tan desequilibrado como ellos.

—Marina, ayúdeme, por favor —suplicó el doctor señalando su bolso.

—¿Y si hacemos algo que perjudique nuestra forma de vida? —preguntó ella, mordiéndose el labio inferior. Había escuchado esa frase seguramente en alguna película futurista, no estaba muy segura, pero sabía que debía tenerlo en cuenta.

—Es un riesgo que debemos correr.

Donald se echó a reír, sacudiendo su enorme cuerpo, y enseguida se disculpó cuando Ibarúri lo taladró a través de las lentes. Jeremy no dejaba de mirar el preocupado rostro de la joven y la manera tan sensual en que se machacaba el labio inferior con los dientes.

—Debéis perdonarme, pero no puedo creer nada —dijo el escocés—.

¡Viajes en el tiempo! ¡Es lo más gracioso y descabellado que he oído en toda mi vida! ¿Llevan muchos años ensayando esto?

Marina se sonrojó y buscó dentro de su bolso con mano temblorosa. Había esperado esa clase de reacción, pero tenía que admitir que no le gustaba. Por unos minutos se sintió como un mago sacando los trucos de una chistera. Cogió el móvil, y el brillo de la luz de la pantalla se reflejó en su rostro. En seguida comenzó a sonar una canción y la voz fuerte y decidida de una mujer llenó la cueva.

Jeremy se incorporó con rapidez, conmocionado y olvidado de su herida. El vendaje comenzó a adquirir un tono rosado claro. Tanto Donald como él se acercaron a Marina con curiosidad.

—¿Qué es eso? —inquirió Jeremy.

—Es un teléfono móvil. No es de última generación, pero sirve para demostrar que todo lo que ha dicho el doctor es cierto. Esto que suena es música de nuestra época. —Era Gloria Gaynor con su famosa canción *I will survive*.

—Dejadme ver —pidió Jeremy tendiendo la mano hacia ella. A pesar de su tono imperativo, Marina se negó a entregárselo. No confiaba en que el teléfono saliese intacto de él.

—No. —Se apartó. Pulsó la cámara y sacó una fotografía de Jeremy—. Mira, ¿lo reconoces? —preguntó mostrándoselo.

Incapaz de pronunciar palabra, el hombre observó su imagen como si se tratase de un espejo. Marina la miró de pasada y sintió el impulso de hacerle un par más. Quería enseñárselas a Sonia cuando regresara a casa, si es que regresaba.

Donald dio varios pasos atrás, reculando igual que lo haría un cangrejo.

—¿Qué magia es esa? ¿Cómo habéis podido hacer algo así? ¿Acaso es brujería?

—Es una fotografía —explicó ella—. La cámara captura imágenes y las guarda de recuerdo. También tiene calculadora, diccionario y traductor de idiomas.

—No estoy entendiendo nada —admitió Jeremy, perplejo—. Hay muchas de vuestras palabras que no logro comprender. —Y si no lograba comprenderlo del todo, era culpa de encontrarse cerca de Marina, que le calentaba tanto la sangre que se sentía como una olla de agua al fuego a punto de romper a hervir. Hacía meses que no estaba con una mujer, y esa muchacha dulce y sensual, junto con su aroma de lilas, estaba trastornándolo. O quizá era que estaba demasiado confundido con los acontecimientos.

—Espera, tengo fotografías de mis amigas y del apartamento donde vivo. —Ella comenzó a pasar imágenes. Los rostros de Jeremy y del escocés eran todo un poema. La sorpresa se reflejaba en sus ojos. Todo les llamaba la atención y comenzaron a interesarse por las ropas, los edificios y los vehículos de la época. Incluso preguntaron qué era lo que bebían en aquellos vasos alargados de líquido oscuro. Por supuesto, eran los cubatas del sábado por la noche, pero ella se limitó a contestar que refrescos. No tenía por qué hablarles de su lado oscuro. Noche de fiesta, de baile y bebida y, con un poco de suerte, de enrollarse con algún tío majo.

Y mientras los tres mantenían las cabezas muy juntas, Marina notaba la fuerte presencia de Jeremy rozando su hombro. ¿Se daría cuenta él de lo nerviosa que le ponía su cercanía?

—Van a gastar la batería —les avisó el doctor. Luego pasó a explicarles lo que significaba aquella palabra y lo relacionado con la electricidad, que obviamente, todavía no existía.

—Volved a poner música —pidió Jeremy fascinado. No sabía si aquello era en verdad del futuro o no, pero le gustaba mucho.

Marina les puso algunas canciones rápidas y luego apagó el móvil. Ellos se decepcionaron, pues podrían haber estado toda la tarde mirando las imágenes y escuchando la música.

—Doctor, volved a explicarnos cómo llegasteis aquí. Tenemos mil preguntas que hacer —dijo Jeremy dispuesto a dar credibilidad a todo lo que le dijeran por muy descabellado que sonase todo aquello.

A Ibarri, como hablar era lo que mejor se le daba, se explayó con unas

cuantas clases teóricas y pasó el resto del día contándoles cosas, igual que si fueran sus propios alumnos. Incluso Marina lo escuchaba absorta sin importar que ella misma conociese de primera mano todo lo que él decía.

A ella le gustaba ver los gestos y las reacciones de Jeremy, que a pesar de su imponente y salvaje aspecto, era un hombre inteligente. Un hombre al que no hubiese dudado en tirarle los tejos de haber sido otra la situación. En cambio, Donald parecía un poco perdido con tanta información, aunque escuchaba con interés tratando de sacar algo en claro.

Llegando la noche, el tema central pasó a ser el tesoro de isla Fortuna. Jeremy y Donald se hallaban entusiasmados con la idea de poder salvarse de la horca en caso de encontrarlo. No todos los días aparecían personas del futuro y les decían dónde había escondido un cofre lleno de riquezas. «Eso en el caso de que los españoles no les estuvieran contando una farsa».

Marina no podía creer cómo se estaban sucediendo las cosas. Que aquellos desconocidos confiaran en ellos de una manera tan rápida la alegraba mucho. Era como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Sin embargo, a un tiempo no podía evitar sentirse mosqueada con Jeremy. Desde que él había entrado en la cueva con Donald, había comenzado a mirarla de un modo extraño, casi se atrevía a decir que de forma provocativa. Como si quisiera seducirla.

Por la noche, el tiempo empeoró y la lluvia cayó a raudales sobre el brioso océano. Hasta que el temporal no amainase, no tenían modo de salir de aquel agujero. Menos mal que Donald había sido previsor y había traído más leña, que se secaba amontonada en un rincón. La comida era fría, sosa e insípida, pero al menos les sirvió para mantener el estómago lleno. Se trataba de carne ahumada que ellos llamaban «bucan» y que lograba mantenerse conservada largo tiempo. Después, con una caballerosidad que dejó pasmada a Marina, Jeremy le ofreció su manta, convenciéndola de que durmiese un poco. Aquella noche en comparación con la primera, durmió más relajada, aunque varias veces abrió los ojos por el estruendo del mar y el viento.

Al día siguiente, el olor de algo parecido al café terminó de despertarla.

Por un momento creyó que estaba en su apartamento y era Sonia quien preparaba el desayuno. Más tarde notó el aire salado mezclado con la lluvia y regresó a la realidad como si acabaran de lanzarle un cubo de agua fría sobre la cabeza. Se restregó los ojos y observó a los hombres que ya se habían despertado. El escocés estaba inclinado sobre el fuego mientras Jeremy y el doctor, sentados en el suelo, estudiaban notas y mapas.

—¿Cómo os encontráis esta mañana, Marina? —le preguntó Donald cuando vio que se incorporaba.

Ella aceptó el vaso de metal que le entregaba. El humo del líquido caliente flotó hacia el techo haciendo remolinos y espirales. Se vio inundada por la ansiedad y sus ojos verdes se abnegaron en lágrimas.

—Quiero regresar a casa.

Donald la miró con compasión.

—Ya veréis como todo se va a solucionar. Tomaros esto, os va a sentar muy bien y calentará vuestro estómago.

—¡Es que no soporto ni un minuto más estar aquí! —Se apartó el pelo de los ojos con rabia—. Estoy empapada y sucia. Necesito ducharme y comer algo en condiciones...

Todos se dieron cuenta de que ella estaba a punto de tener un ataque de nervios. El doctor se le acercó y le rodeó los hombros con un brazo. Marina rompió a llorar sintiéndose ridícula al no poder evitarlo.

—Marina, lo vamos a lograr, ya lo verás, no pierdas la esperanza.

—¿¡Pero cómo lo haremos!?! Ni siquiera estamos en la isla Fortuna ni tenemos la seguridad de que Keops pueda devolvernos a casa. Doctor, yo no quiero quedarme en esta época. Necesito volver con mis abuelos. Necesito despertar de esta pesadilla horrible.

—Esto tampoco es tan malo —le dijo Jeremy que se había girado para mirarla. Se había puesto de pies al mismo tiempo que lo había hecho el doctor. Tenía el cabello mojado, peinado hacia atrás, y caía sobre la espalda en una profusión de ondas doradas. Sus ojos brillaban como los de un felino.

Marina frunció el ceño y le contestó sin pensar:

—¿Me lo dice alguien a quien están buscando para matarlo? Si tuvieras un hogar como yo, lo entenderías.

Jeremy se encogió de hombros.

—Vamos ayúdaros a salir de aquí —prometió—. Haced caso de vuestro tío y todo saldrá bien. No tenéis ninguna elección y no es necesario que os abandonéis a los llantos y las lágrimas.

Ella se apartó del hombro del doctor donde había apoyado la cabeza y se limpió los ojos.

—Lo siento, no quiero ser negativa, pero todo esto es desesperante. Me siento desubicada. No sé cómo desenvolverme, ni lo que va a pasar...

Jeremy la interrumpió.

—Lo principal es que os calméis, debéis tener un poco de paciencia. Ni en este mundo ni en ningún otro, nadie sabe lo qué pasará mañana. Comenzaremos por investigar qué barcos hay atracados y la forma de salir de la isla. Si hiciera buen tiempo, podríamos arriesgarnos con llevar una barca de remos, pero corremos el riesgo de perdernos en el océano. Sin sol es muy fácil perderse. ¿Vos no queréis eso, verdad?

Marina negó con la cabeza. No supo por qué, quizá el sentido del ridículo o la voz serena de Jeremy hizo que se calmase en seguida. Se limpió las lágrimas con la mano libre y probó un sorbo de la asquerosa achicoria de su vaso. Era amarga y sabía a rayos.

—No quiero que nos perdamos, no. Bastante perdida estoy ya —respondió en un susurro apagado—. Y esto tampoco lo quiero—. Le devolvió la taza a Donald—. ¡Es lo más horrible que he probado en mi vida!

El pelirrojo ahogó una carcajada al verla arrugar la nariz con asco. No todo el mundo sabía apreciar el sabor de su achicoria.

—Es algo fuerte, pero es fácil acostumbrarse.

—Gracias, pero no creo que mi cuerpo acepte eso sin querer expulsarlo. — Dudaba mucho de que pudiese acostumbrarse. Era como si se metiese un trozo de alquitrán líquido en la boca.

—¿Os apetece dar un paseo? —inquirió Jeremy. Su rostro, sereno y tranquilizador, increíblemente guapo a la luz del día, sonrió, animándola, y ella se quedó sin aliento. Era la sonrisa más bonita que había visto nunca en un hombre. Así, limpio y aseado, estaba hermoso y no había ni una muestra de peligro en él—. Os va a venir bien salir un poco de aquí, y a mí me vendrá de maravilla despejar la cabeza.

Marina quedó atrapada en su mirada y sus labios temblaron ligeramente. Le devolvió la sonrisa obligándose a respirar.

—No sé si es buena idea.

—Venid, necesitáis moveros. No debéis temer nada. —Le tendió la mano ayudándola a incorporarse—. ¿Nos daríais vuestro permiso, doctor?

Ibarrúri asintió.

—Es mi sobrina quien debe decidirlo, señor Snow.

Jeremy observó a la muchacha y ella aceptó con las mejillas subidas de tono. Se puso sus zapatos de tacón y no vio como Jeremy se frotaba el costado con un gesto de dolor. Donald los detuvo con una mano en alto.

—Jeremy, quizá en vuestro estado...

—Estoy bien, de verdad. Necesito caminar un poco. Odio encontrarme encerrado. No hemos atravesado un océano entero para quedarme aquí sin moverme.

Marina se mordió el labio inferior con indecisión. Le apetecía salir, pero se sentía culpable, él todavía estaba recuperándose. Jeremy vio sus dudas y no la dejó replicar.

—No os preocupéis, si me encontrase mal, seríais la primera en enteraros.

Ella no creía que él fuese a admitir su debilidad. Pero, más tranquila, asintió con la cabeza.

—No se te ocurra desmayarte, eres muy grande y no podría con tu peso. Ten por seguro que te dejo tirado donde caigas.

—Lo tendré en cuenta —respondió con chanza, agitando su melena—. Lo apuntaré en mi cabeza. Nunca desmayarme cerca de Marina.

Donald y Eduardo soltaron divertidas risitas mientras ella enrojecía. Una ardiente descarga eléctrica recorrió su espalda al darse cuenta de que iba a estar a solas con ese guaperas, y lo peor de todo era que lo estaba deseando. ¡Qué pronto se olvidaba que hacía apenas un rato había montado un drama! Se echó un poco de perfume con disimulo y sacó el pequeño espejo de su polvera. Tenía los labios un poco agrietados y los ojos enrojecidos de llorar, pero por lo demás estaba pasable. En silencio, salieron al exterior y el fuerte aire los golpeó en la cara.

Jeremy cerró los ojos y respiró con fuerza. Marina lo miró de reojo, sorprendida de lo alto que era. Incluso con sus zancos, él seguía sacándole por lo menos una cabeza.

—¿Me veis muy diferente a los hombres de vuestro mundo?

Ella se ruborizó al darse cuenta de que él sabía que estaba estudiándolo. Con rapidez apartó la vista, avergonzada, con las mejillas al rojo vivo.

—No, claro que no. —Un hombre era igual allí y en la China.

Él deslizó sus hermosos ojos sobre ella con una mirada hambrienta, sonriendo de una forma que enardecería a cualquier mujer. La instó a caminar.

Marina sintió el incipiente cosquilleo que nació en su estómago. Conocía con claridad esa sensación. No había tenido una relación seria nunca, pero tampoco era virgen. Por supuesto no se iba acostando con cualquiera, solo lo había hecho con dos. Uno de ellos había sido un amigo de la infancia con el que despertó después de una noche de celebraciones, y el otro había sido un tipo muy majo que había estado detrás de ella bastante tiempo. Marina no supo por qué quiso conocerlo de un modo más íntimo y al día siguiente de estar con él, decidió que no era lo que buscaba y que no tenía ningún sentimiento especial. Lo mejor que pudo haber hecho fue dejarlo.

—Contadme cosas de vuestro siglo.

Haciendo una mueca, ella asintió. No tenía muy claro por dónde empezar. Estaba segura de que mucho de los cambios que habían acaecido durante todas las siguientes décadas no iban a ser del agrado de Jeremy. Aun así, sintió cierta perversión en contárselo.

—¿Quieres saber cómo somos las mujeres en mi época? Creo que te puede interesar bastante. —Jeremy arqueó una ceja con un gesto interrogante—. Te vas a sorprender, pero de dónde yo vengo, las mujeres son soldados y van a la guerra. Hay doctoras, abogadas, policías, conductoras...

Él la interrumpió con el ceño fruncido.

—Esperad, ¿policías?

—Defensoras de la ley, alcaldesas.

—¿Las mujeres? —La miró de arriba abajo con incredulidad, pero de forma admirativa. Otra vez se puso colorada—. ¿A qué os dedicáis vos?

—Estudio arqueología también, pero los fines de semana trabajo en un pub. —Comenzaron a caminar en vertical para ascender a la cima con mayor facilidad. Jeremy se colocó tras ella, vigilando cada uno de sus pasos para que no se rompiera la crisma con aquellos tacones tan finos. También admirando la divina forma de su trasero que marcaba la falda—. Un bar, una cantina.

—Te agradezco que uses tantos sinónimos, pero en esta ocasión sé que es un pub. Ser camarera no es un trabajo muy digno.

—¿Cómo qué no es digno? Es un... —Se interrumpió, ofendida, mirándolo sobre el hombro—. Nuestros bares no son iguales que los vuestros. Al menos no todos. Donde yo trabajo me respetan y nadie sería capaz de hacerme nada. Para eso que imaginas existen otros sitios llamados burdeles o prostíbulos. Existen muchas más maneras de llamarlos, pero en definitiva son lo mismo y no quiero dañar tus oídos.

Jeremy se echó a reír.

—No podríais hacerlo, pero entiendo lo que me decís —respondió—. Una especie de restaurante o cafetería donde acuden los aristócratas y gente con dinero. ¿Me equivoco?

—No. —Ladeó la cabeza—. Algo parecido.

—¿Por qué trabajáis?

Ella se encogió de hombros.

—Para ganar dinero y comer. Supongo que eso no habrá cambiado mucho

de este siglo al mío.

—¿No os mantiene vuestros parientes? Está vuestro tío y os oí decir que teníais abuelos —preguntó con voz dura.

—En mi siglo, las mujeres somos más independientes. Ni siquiera nos hace falta un hombre para tener hijos —comentó deseando ver su reacción. Lo miraba continuamente, girando la cabeza hacia atrás, estudiando cada uno de sus rasgos.

Él se detuvo con el cuerpo tenso y oscurecidos sus ojos azules.

—¡No es posible! Cualquiera que tenga dos dedos de frente sabe que solo el hombre puede engendrar.

Marina agitó la cabeza. Imaginaba cómo debía sentirse.

—Hemos descubierto que con la semilla del hombre es suficiente para fecundar el óvulo.

Instintivamente, él se miró el bulto de sus pantalones y la vista de Marina lo siguió. Roja como la grana, apartó de repente la cara para centrarse en lo que tenía en frente. Quizá no había sido muy buena idea hablar de ese tema tan personal. Sobre todo después de notar que como hombre estaba muy bien dotado. O eso, o que sus palabras lo habían puesto cachondo.

—Creo que no me gusta vuestro siglo —repuso él de modo hosco.

—Las mujeres se pueden casar con las mujeres y los hombres...

—¡No sigáis por ahí! —La interrumpió secamente—. Todo eso es puro sacrilegio y va en contra de la naturaleza humana. ¿Acaso en el futuro somos todos artificiales?

Marina no se volvió a mirarlo esta vez y siguió ascendiendo con una mueca triste en los labios. En el fondo, él tenía un poco de razón, aunque nunca había visto mal las relaciones homosexuales, sin embargo, le gustó que Jeremy supiese que los hombres en su época valían lo mismo que las mujeres.

—Aquí las mujeres también trabajan para vivir —dijo él.

—Pero no se las valora tanto.

—¿Cómo sabéis eso? Yo sí las valoro.

Ella llegó a lo alto y lo esperó cruzándose de brazos. Se recreó con la visión de su rostro, incapaz de moverse ni de mirar otra cosa que no fuesen sus increíbles ojos azules y la línea dura de su mandíbula.

—¿Permitirías que tu esposa te mantuviese mientras tú te quedas a cargo de los críos?

—Lo haría si no tuviese más remedio —afirmó. En seguida negó de manera exagerada, como si se lo hubiera pensado mejor, clavando los ojos en ella, achicándolos—. ¡Me avergonzaría si las cosas fuesen así! ¡Claro que no querría que ninguna mujer me mantuviese! El hombre es quien debe dar seguridad y protección. —. Se encogió de hombros, agitando su leonada melena—. Las mujeres darían cualquier cosa por no tener que trabajar. Muchas no pierden oportunidad para buscar un buen esposo. ¿Vos estáis prometida, Marina?

Ella se estremeció, encantada de cómo sonaba su nombre en labios de él. Era como una mezcla de música y terciopelo. Agitó la cabeza.

—No he encontrado a nadie que me enamore. Cuando cumplí los dieciséis años, hubo uno que me atraía mucho, pero a él le gustaba más una amiga mía.

—¿Y qué pasó?

Marina se encogió de hombros al recordarlo.

—Pues que se fue con ella.

Él frunció el ceño.

—¿Y vuestra amiga sabía lo que sentíais por ese muchacho?

—Sí, yo misma se lo dije, y fui tan imbécil que los presente. —Durante mucho tiempo se había arrepentido de propiciar el acercamiento entre ellos, pero ya hacía años que no pensaba en eso.

Jeremy le tendió el brazo con galantería y ella se lo cogió. Pasó por su cabeza la idea de enrollarse con él. Tenía que reconocer que tanta caballerosidad era abrumadora y no estaba acostumbrada a que la trataran como una frágil muñequita. Se deshacía como la mantequilla al sol. «Vamos, que perdería las bragas por un buen revolcón», pensó.

—Entonces no era vuestra amiga —sentenció él devorándole el rostro con sus ojos.

Marina cabeceó con suavidad, dándole la razón.

—La relación con ella fue diferente después de aquello y ya no volvimos a salir juntas, aunque sé que ellos dejaron de verse.

Comenzaron a caer finas gotas de lluvia que formaban diminutas perlas en sus cabellos. Entre las copas de los árboles, el viento gemía balanceando las delgadas ramas. El aroma que el bosque desprendía estaba impregnado de humedad, resina y tomillo.

—Solo me habéis hablado de un hombre en vuestra vida, imagino que habría más. Sois muy hermosa para hallaros sola.

Marina enrojeció de nuevo. Esta vez no lo miró a la cara. Si algo había aprendido en la vida, era que no se podía hablar de ligues con alguien de quien se sentía atraída, aunque apenas lo conociese de unas veinticuatro horas.

—En este momento existe un hombre —le dijo—, pero no es exactamente un admirador, sino un acosador. —Le habló de Juan Carlos. Era mucho más fácil contarle de él y durante varios largos minutos se dilató en explicarle las emociones que ese hombre le provocaba. Miedo, pavor, horror...

—¿Y nadie os puede defender de él? —le preguntó Jeremy con una furia que se reflejó en su mirada y en el tono de su voz—. Si yo estuviese cerca de vos, ya me habría encargado hace tiempo de que ese tipo no molestase a nadie, mucho menos a mujeres indefensas.

—La justicia es muy complicada. Hay quien puede ser apresado por robar unas pocas monedas y condenarlo entre cinco y diez años. Y otros que asesinan y salen libres por falta de pruebas o porque tienen buenos abogados que les solucionan las cosas.

Mientras ella hablaba, Jeremy se quedó sin aliento contemplando la calidez de sus ojos verdes y la dulzura que reflejaban. Sentía ganas de abrazarla, de defenderla, de lamer cada gota de lluvia que caía sobre su carita. Quería consolarla y, sobre todo, ayudarla a regresar a su tiempo. La pena es que no era nada sencillo. Él tampoco estaba muy seguro de que Keops funcionase por

segunda vez. El destino había llevado a Marina y al doctor allí por alguna razón que no lograba comprender. Y descubrir su existencia le hacía desear volver hacia atrás en el tiempo. De poder hacer eso, buscaría la manera de ser honrado y ejercer alguna profesión en vez de robar y engañar a los demás. No se arrepentía de su vida, pero si pudiese aprovecharla de nuevo... habría cambiado muchas cosas. Eran tantos años viviendo en la calle, sin sentir ningún techo como suyo, sin conocer el calor de una familia... un hogar; tantas penurias y andanzas que ya estaba cansado de dar tumbos de un sitio a otro. Estaba harto de vivir.

—Si quisierais, yo podría enseñaros a utilizar un arma —le dijo, convencido de que le iba a venir bien aprender a defenderse, ya no solo de ese tipo, sino de cualquiera que la atacase.

Los ojos de Marina bajaron hasta la espada que colgaba de su cinturón y negó con la cabeza.

—No puedo ir con eso por la calle, es más, no tendría un bolso tan grande para guardarlo.

Jeremy soltó una carcajada.

—Me refería a una daga. —Sacó el puñal de su bota con una agilidad asombrosa, tal y como lo haría un mago, y se lo mostró. Ella levantó la mirada para buscar sus ojos de nuevo. Aquellos discos azules, rodeados de un borde índigo oscuro que resaltaba su iris, actuaban como un potente imán. Resultaban ardientes y penetrantes; evidenciaban sagacidad e inteligencia.

—No puedo ir armada. Serían capaces de denunciarme por ello.

—Pero lleváis esa tontería de la pimienta que también, según vos, es considerada como arma. —El día anterior, él había estado curioseando en su bolso y había pasado cinco largos minutos riendo cuando le explicó para qué servía el *spray*. Al recordarlo, Marina curvó los labios, divertida.

—¡Eso es distinto! —Rio—. Pero voy a considerar tu oferta. Si tenemos tiempo, me enseñas a usar el cuchillo, total... —Se encogió de hombros—. No estoy segura de que vaya a usarlo.

—¿Con ese Juancar tampoco? —Jeremy alzó una ceja, intrigado, paseando

los azulados ojos por sus labios. Marina se los humedeció y negó con la cabeza. Su pulso saltó disparado. Él caminaba muy cerca de ella, a veces rozando con su costado el suyo. Sentía su calor, su olor...

—Prefiero salir corriendo. Lo sé, soy una cobarde, pero es algo superior a mis fuerzas. Con un poco de suerte, cuando Sonia y yo nos mudemos, dejaremos de verlo.

Jeremy, en un impulso, acercó sus labios al oído de ella, rozándola con suavidad. La muchacha olía deliciosamente bien, a lilas, y todos sus sentidos fueron asaltados. Un inesperado y brutal arranque de deseo le recorrió el cuerpo e hizo que toda la sangre de sus venas se acumulase en un solo sitio, justo en su entrepierna. Comenzó a transpirar, nervioso, al tiempo que intentaba tranquilizarse.

—Si encontramos el tesoro, os obligaré a llevaros algo. Sé que vuestro tío se niega, pero será nuestro secreto.

Ella le sonrió agradecida, con el pulso acelerado. Estaba siendo cautivada por un hombre demasiado perfecto para ser real. Su profunda voz era de lo más seductora. Además, nunca ningún hombre la había hecho sentir de ese modo. Tan femenina y... mujer. Jeremy debía de encontrarla atractiva y no entendía por qué. «¿O acaso es un seductor nato?», pensó. Era innegable que entre ellos había algo... electrizante. Y a ella le encantaba su aire de osadía, misterio y dominio. Se sentía tan atraída por él, como las moscas a lo dulce, y no dudaba de que Jeremy supiese embrujar a las mujeres. Estaba segura de que podía tener a cualquiera que se propusiese. «Yo estoy ahora en lista de espera y, con un poco de suerte, con el primer boleto», se dijo.

—Quizá... Keops... no nos deje regresar... con nada —contestó con voz temblorosa y entrecortada.

—No perderemos nada por intentarlo. —Sus ojos azules brillaron diferentes por unas décimas de segundo—. Yo podría guardar vuestra parte del tesoro por vos y que lo recibierais en el futuro.

—¿Harías eso? —preguntó con sorpresa.

—Os lo juro por mi vida.

—No lo creo —respondió ruborizada—. Estoy segura de que te olvidarás de mí en cuanto me marche.

—Eso sería un poco difícil de no ser que pierda la memoria. No siempre viaja alguien del futuro para conocerte. Apuesto a que vos tampoco podréis hacerlo nunca.

Él tenía razón. Iba a ser imposible que ambos olvidaran que se habían conocido. Le sonrió.

—Cuéntame de tu vida, Jeremy.

—No hay mucho que contar, corazón —dijo agitando la cabeza. Ella volvió a enrojecer de nuevo. Le gustó aquel apelativo—. No he tenido una vida fácil. Me crie en las calles y voy de un lado a otro; engullo lo que puedo conseguir o robar. Desde bien chico aprendí que siendo débil no iba a llegar muy lejos, de modo que tuve que espabilarme.

La intensidad con la que él le hablaba la conmovía. Jeremy no se avergonzaba de contarle, y eso era un gesto muy valiente y sincero por su parte.

—Supongo que no te gusta vivir así, ¿verdad? ¿No has probado a...?

—Marina, ¿no os molestan estos zapatos? —La interrumpió. No quería seguir hablando de él. Sabía lo que ella iba a preguntarle. «¿Pero qué puedo responder? ¿Que cuando más necesitaba trabajar no encontré nada para mí y se me escaparon los sueños?». No, ella no tenía que saberlo todo de él—. Siento como si estuviéramos haciendo equilibrio.

—Estoy acostumbrada. Si hubiera sabido que iba hacer un viaje tan largo, me hubiera puesto unas deportivas o unas sandalias.

—Dejad que lo solucione —dijo deteniéndose. Se agachó hasta los pies de ella y, sin previo aviso, le arrancó primero un tacón y después hizo lo mismo con el otro. Se levantó con una sonrisa de canalla encantador—. Ahora estaréis mejor. —Sin poder reaccionar, Marina lo miró con ojos entornados—. ¿Os ocurre algo?

—¿¡Mejor?! —preguntó anonadada—. ¡Me has roto unos zapatos muy costosos! —exclamó.

—Se os iban a romper de un momento a otro —contestó perplejo—. ¿No me digáis que no estáis más cómoda?

—Estoy más cómoda —reconoció con pesar y a regañadientes. «Es obvio que sin los tacones estoy mejor»—. ¡Pero no quería prescindir de mis zapatos! Estoy más cómoda pero ahora soy bastante más pobre. No sé si eso me entusiasma mucho.

—No os enfadéis Marina, es solo calzado.

—¡Carísimo!

—Incómodo.

Ella movió la mandíbula, asintió y soltó un suspiro resignado. Era eso o lanzarle una patada bien potente a la entrepierna. Quizá, de no haber estado herido, y de pensar que él creía que la había ayudado de algún modo, lo hubiese hecho, en cambio, prefirió contar hasta diez en silencio.

Al no decir nada más, Jeremy la miró intrigado.

—Marina...

—¿Qué?

Él ladeó la cabeza con desconcierto y siguió caminando con ella del brazo.

—Nada, pensé que... que os ibais a enojar más conmigo. —Después de su primera reacción, había esperado eso y hasta que le gritase. Pero en vez de hacerlo, ella actuaba como si en verdad le diese igual todo. «O es muy, muy paciente, o demasiado necia como para discutir», pensó. Recordó al tipo que la hostigaba en su tierra y sintió un escalofrío de miedo. Lo tenía decidido, iba a enseñarle a defenderse, aunque tuviera que obligarla—. Marina, en verdad tenéis un problema.

—¿Solo uno? —Ella frunció el ceño—. ¿Por qué lo dices?

Jeremy sonrió.

—Otra mujer en vuestra situación hubiese batallado...

—¡No me digas! —Lo interrumpió—. ¿Cómo puedes saberlo? Estoy segura de que ninguna mujer ha estado jamás en una situación como la mía.

«No la tientes más. Está enfadada y a punto de estallar», se dijo. Nada más

tenía que ver la manera tan sarcástica con la que ella le sonreía, aunque su mirada fuese adorable.

—Es cierto, puedo imaginar que lo que menos os preocupa es el calzado. En realidad, vuestra actitud es elogiada.

Aquellas palabras parecieron tranquilizarla. Poco a poco fueron llegando al final de la arboleda. El camino hacia la ciudad partía un poco más adelante. Justo por donde un grupo de soldados uniformados acompañados por una carreta se dirigían hacia el interior de la isla a paso lento. La madera del vehículo crujía mientras las ruedas temblaban amenazando con romperse.

Jeremy atrapó a Marina por la espalda y le cubrió la boca con la mano.

—No hagáis ruido, os lo suplico —advirtió arrastrándola detrás del tronco grueso de un avellano—, son los hombres del lord Almirante.

En completo silencio, observaron la marcha de la tropa. Eran alrededor de diez, y dos de ellos iban a caballo. Todos tenían un elegante uniforme rojo con bandas brillantes rodeando los hombros. Caminaban con los mentones bien elevados y una de sus manos colocada estratégicamente cerca del sable para sacarlo en cualquier momento. Esa imagen, a ella, le recordó las procesiones de Semana Santa.

Jeremy no la había soltado y la aplastaba contra su pecho. Ella no se atrevió a moverse. Estaba tan concentrada viendo a los soldados que tardó en advertir el calor que el cuerpo de Jeremy desprendía contra el suyo. Cuando lo hizo, tuvo una sensación extraña y muy agradable. Estaban tan pegados que parecían uno solo; el aliento de él sobre su cabeza, el brazo rodeando su cintura, el torso adosado a la espalda. Sus cuerpos encajaban tan a la perfección que era como si hubiesen sido destinados a estar juntos. Tal, que hubiera sido una completa tonta no percatarse de la repentina erección de él sobre sus caderas. Turbada, no se atrevió a mirarlo y fingió seguir observando el camino. Sabía que Jeremy no lo estaba haciendo aposta. «¡Qué diablos! », pensó Marina, aun con el enemigo cruzando frente a ella. Estaba excitada.

La intención de Jeremy desde un principio era esconderse lo mejor posible de los hombres del lord Almirante, sin embargo, el perfume que Marina usaba

volvió a causar estragos en su cuerpo. Tuvo otra excitación y comenzó a sudar cuando su corazón latió apresurado. La estrecha falda era apenas una delgada barrera contra sus pantalones. Se apartó de ella y, con disimulo, siguió con la vista a los soldados, tratando de calmarse y de hacer que el bulto de sus pantalones descendiese.

Marina lo vio pasar a su lado y soltó en silencio el aire que había contenido. Se había olvidado de respirar. Más que eso, había comenzado a fantasear con él. Nunca había hecho el amor al aire libre, bajo una débil llovizna... Se ruborizó por la lujuria que sus pensamientos desataban en ella.

—Tenemos que salir cuanto antes de aquí —lo escuchó susurrar.

«Una lástima», pensó Marina. Si no hubiese sido tan vergonzosa, se le habría echado encima; «le habría comido los morros hasta dejarlo seco».

—Sí, es mejor que nos vayamos —se obligó a decir procurando que su voz no sonase alterada ni nerviosa. Hizo una honda inspiración para serenarse—. ¿Esos son los hombres que te buscan?

Él asintió. Agazapado entre los árboles, se volvió a ella; tomó su mano. Sin darse cuenta, su mirada azul acarició sus pechos, donde percibió los endurecidos pezones que se marcaban a través de la tela. Se obligó a no pensar en eso justo ahora, alargó el brazo y se lo pasó por la cintura instándola a regresar a la cueva.

Marina llegó junto a los demás con la sensación de sentirse extrañamente mareada y cuidada.

En aquella ocasión, los hombres del Maiden Isabella, nombre de la embarcación del almirante Willis, habían pasado de largo, pero Jeremy sabía que no tardarían en ir a buscarlos a las grutas. De no marcharse de allí enseguida, los encontrarían. La herida del costado le seguía molestando mucho. Era obvio en sus movimientos lentos y en la debilidad que sentía, sin embargo, era un tipo duro. Un hombre hecho y derecho. La necesidad de huir era más grande que seguir perdiendo el maldito tiempo. En cambio, durante los tres días siguientes, la noche se apoderó del cielo y tanto el viento como la lluvia impidieron que pudiesen escapar de allí. Fue una de las peores

tormentas que vivió Tortuga.

Capítulo 7

La firme decisión

—Naunet, deja de aprovecharte de él, no me gusta lo que estás haciendo.

—¿Qué es lo que hago, madre?

—Lo sabes perfectamente. Asim es un buen hombre y vas hacer que lo maten.

—¡Eso no es cierto! ¡Él es el hijo del tyaty, y padre nunca le haría daño! Además me ama.

Henutsen le tomó las manos y la obligó a mirarla directamente a los ojos.

—¡Eres muy joven para pensar en esas cosas!

—¡No, no lo soy! —respondió agitando la cabeza—. ¡Ya tengo catorce años, madre! —Se soltó con violencia de ella—. Lo que ocurre es que te da envidia que nos amemos de verdad. Ni Asim ni yo tenemos la culpa de que padre tenga una nueva concubina.

Henutsen se espigó y apretó la mandíbula con fuerza por no gritar. Levantó el mentón con orgullo y observó a Naunet con una mirada severa.

—Será mejor que tu padre no sepa lo que sientes por Asim. Si amas a ese hombre en verdad, lo mejor es que sigas mi consejo.

Naunet no sabía muy bien a qué se refería su madre, pero tampoco quiso pararse a pensarlo mucho. Su firme decisión de unirse a Asim era inamovible y nadie podía obligarla a rechazarlo.

Todo el miedo que Marina había tenido desde que había aparecido en Tortuga no fue nada comparado con el que sintió al entrar por segunda vez en la ciudad. A la luz del atardecer, todo se veía distinto. Isla Tortuga se había formado con la llegada de un grupo de franceses al mando de Levasseur, procedente del desalojo de la isla de San Cristóbal. Ocupada la isla, levantaron un fortín con cañones en la cumbre más elevada y trajeron colonos

que cultivaron la tierra; de esta manera se convirtió en una guarida segura para los piratas filibusteros. Pronto se llenó de ellos y disfrutaron de un buen lugar como base para realizar sus expediciones piratas, asaltando barcos españoles e incluso pequeñas poblaciones. Llegaron comerciantes para hacer negocios. Los piratas necesitaban sitios donde vender los objetos robados y comprar los avituallamientos de sus naves, de ese modo podían abastecerse de pólvora, armas, telas...

En 1640, España quiso volver a desalojarlos. No estaba dispuesta a permitir que gentes que hablaban otras lenguas, con otras religiones y que, además, asaltaban sus barcos, tuvieran la protección de todo un nido de piratas. Pero pronto se dieron cuenta de que las cosas no eran como antes. Ahora ya no se enfrentaban a grupos de hombres que no se complicaban la vida y que, si tenían que huir, lo hacían. Esta vez se encontraron con numerosos filibusteros curtidos y con fortificaciones que desde lejos ponían en peligro sus barcos al desembarcar. Tras grandes pérdidas, España tuvo que retirarse. Sin embargo, años más tarde, por fin consiguió volver a apoderarse de la isla. Por supuesto, en cuanto la abandonó de nuevo, los piratas regresaron.

El pequeño grupo liderado por Jeremy se detuvo junto al establo de las afueras, el único lugar que Marina conocía y que con los últimos rayos de sol parecía diferente a como lo había visto la primera noche. Sin previo aviso, el escocés, tomándola a traición, cubrió su delgado cuerpo con una manta y lo cargó sobre su hombro igual que si fuese un fardo de patatas. Ella luchó por liberarse, golpeándolo con las piernas, asustada.

—Tranquilizaos, por favor —suplicó él—. No tardaremos en llegar. Este lugar está muy concurrido y no deseamos despertar curiosidad. No nos entretendremos hasta alcanzar la posada.

—¿Qué me tranquilice? —bufó al borde de la histeria. Su voz llegaba apagada—. ¡Doctor, dígame que me suelte! No puedo respirar.

Ibarrúri se acercó a donde intuía que estaba su cabeza.

—Confía en mí, Marina, no va a pasar nada. Es lo mejor.

—¿Por qué nadie me avisó?

El doctor se encogió de hombros, aunque ella no podía verlo.

—Te hubieses negado. Ahora obedece y todo saldrá bien, ¿de acuerdo? No vamos a tardar mucho.

Ella dejó de luchar nada más escuchar carcajadas y voces fuertes que confirmaron lo que el doctor y Donald estaban diciendo. Se enfurruñó. «Lo menos que podían haber hecho era decirme lo que iban hacer. Es cierto que llamo la atención tanto como un millón de euros abandonado en un banco del Retiro, pero deberían preguntarme. Podría haberme disfrazado». Recordó una vez que en carnaval se había vestido de puerro y nadie pudo reconocerla hasta que no abrió la boca.

Sobre el hombro del escocés se iba muy incómoda, además solo disponía de sus sentidos para saber por dónde marchaban. Se le antojó un trayecto tan largo hasta llegar a la posada, que cuando puso los pies en el suelo reprimió las ganas de vomitar. Tenía el estómago revuelto y sus piernas tuvieron que buscar el equilibrio para no caer en el piso.

—Hemos llegado —dijo Jeremy descubriéndole la cabeza. Ella jadeó, respirando hondo—. Lo habéis hecho muy bien, Marina. Donald nos conseguirá una habitación. —Le encerró el rostro entre sus fuertes manos y clavó en ella sus penetrantes ojos. La mirada azul la hipnotizaba, como la de una letal cobra danzando ante su presa—. Mientras, vamos a esperar aquí.

Ella asintió totalmente fascinada. Hubiera sido capaz de decirle que sí a todo lo que dijese. A pesar de que *aquí* era el interior de una taberna sucia y maloliente fabricada en madera. El cuerpo de Jeremy y la manta que seguía puesta sobre sus hombros ocultaba sus formas de las miradas de todos y cada uno de los tipos que bebían con algarabía. Sin embargo, ella quiso ver, entre tanto alboroto y gentío, lo que la rodeaba. Lo primero que le pasó por la cabeza fue que podían sufrir con facilidad un incendio. El suelo parecía el de una cuadra; habían echado serrín sobre los charcos que dejaban las salpicaduras de las bebidas. Y existía una planta arriba con miradores hacia la sala, a la misma altura de donde colgaban dos gigantescas lámparas colmadas

de velas. «Esto no pasa una inspección ni de coña», se dijo.

Jeremy estaba tan tenso como una cuerda a punto de romperse. Movía la cabeza de un lado a otro vigilando atento. No solo temía a los hombres del lord Almirante, también a cualquiera que descubriese a Marina. Suspiró con alivio cuando Donald regresó y abrió el camino por la escalera hacia el segundo piso. Él se apresuró a colocar la manta sobre la cabeza de Marina cual capucha y con la mano en la balaustrada la guió al tiempo que Ibarrúri cerraba el paso.

Donald abrió la puerta de la habitación y todos ingresaron aprisa. Era un cuarto abuhardillado con dos espacios. Marina observó la cama doble con cabecero de hierro forjado que a su abuela le habría encantado. También había un arcón viejo de madera, una mesilla con una lámpara y una mesa alargada, estrecha, con una sola silla con base de cuero marrón.

—No está mal —musitó Donald, asegurando la puerta.

—Del año de María Castaña, pero pasable —aceptó Marina. Se desprendió de la manta y se revolvió el cabello. Sus pasos la llevaron hasta la sucia ventana para observar el exterior—. ¿Por qué algunos hombres llevan parches en los ojos? —Nunca lo había entendido al ver las películas.

En la boca firme de Jeremy apareció una sonrisa. Con gentileza, la apartó de la ventana.

—Cuando navegan, se les quema la retina por el sol al orientarse.

El calor de su mano en el brazo provocó que Marina se estremeciese entera.

—¿Has navegado mucho? —le preguntó.

—No —admitió con sonrisa lánguida.

—Pero sabes hacerlo, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo se supone que iremos a Fortuna? Dijiste que cogeríamos una embarcación —insistió, confusa. Miró a Donald arqueando una ceja—. ¿No habíamos quedado en eso?

—Por supuesto —respondió este, nervioso.

—¿Lo veis? Donald sabe navegar —argumentó Jeremy.

El escocés se giró a él y, a juzgar por el modo de hacerlo, Marina supo que Jeremy se lo acababa de inventar.

—Sé lo mismo que vos. Como mucho, manejo una barquita ayudándome de los remos.

—Bueno, no os enfadéis, Donald. No puede ser muy difícil —respondió Jeremy incómodo. Caminó hacia los bultos que habían dejado sobre el arcón y sacó varias prendas.

El doctor y Donald lo miraron atónitos, en cambio Marina no pudo contenerse y rompió a reír, divertida. Volvieron la vista a ella, incluido Jeremy.

—Me acuerdo de una vez que mi amiga y yo subimos a una barca. Sonia era la que sabía remar, pero se hizo daño en una muñeca y, cuando estábamos en mitad del lago, no pudimos regresar. Yo intenté llegar hasta la orilla, pero tuvo que venir una lancha motora a buscarnos.

—No entiendo —dijo Jeremy.

—Quiero decir que no es tan fácil como parece.

Él hizo una mueca orgullosa al tiempo que se encogía de hombros.

—Será complicado para vos, yo aprendo muy rápido.

La risa de Marina fue un murmullo en su garganta.

—Me gustaría verlo.

Donald los interrumpió, dirigiéndose a su amigo.

—¿No estáis hablando en serio, verdad? Decidme, por favor, que nos estáis gastando una broma.

Marina volvió a desternillarse, esta vez, por el tono de voz de Donald. El hombre parecía a punto de atragantarse.

Jeremy lo ignoró. Concentrado, la miraba a ella sumergido en su burbujeante y cristalina risa. Una apetencia abrasadora le recorrió todo el cuerpo, sintiendo de una manera muy extraña que aquel momento ya lo había

vivido antes.

—¿Dónde está el chiste? —preguntó el doctor, sin entender—. Diga la verdad, señor Snow.

Jeremy se obligó a centrarse en la conversación.

—¿Qué verdad?

—Que es un experto navegante.

No contestó a eso, se rascó la oreja de una manera tan graciosa que las carcajadas de la muchacha se volvieron mucho más fuertes.

—¡No puedo creer que hayamos venido hasta aquí para...! —exclamó Donald sin terminar la frase. Su cara se estaba volviendo tan roja como su pelo—. ¿Pero en qué demonios pensabais cuando trazasteis el plan?

Marina, sin poder parar de reír, dijo:

—Con un poco de suerte, podemos llegar a nado. —Se ganó una severa mirada del doctor y se calló de repente.

—No encuentro la gracia por ningún sitio.

Jeremy llevaba un buen rato que no podía apartar la vista de ella. El hoyuelo de su mejilla era lindo; sus labios, su boquita, y sobre todo esa risa cristalina que se hacía eco en su mente con tanta intensidad, como el canto de una sirena. Era una mujer increíble y algo nuevo y extraño se agitó en su corazón. Haciendo un esfuerzo, apartó la vista para mirar a Donald.

—Por lo menos la señorita confía en mí.

El escocés asintió con preocupación.

—No entiendo por qué, Jeremy. Es la primera vez que de verdad siento deseos de abrir la cabeza.

Por la manera de mirarlo y de decírselo, Marina supo que Donald estaba llegando al límite de su paciencia. Reconoció que la escena era algo cómica e inverosímil, pero ya había llegado la hora de terminarla. Intentó apaciguarlos.

—Tendremos que pensar en otra cosa para salir de aquí —dijo.

—Sí, no os preocupéis —respondió Jeremy—. Veréis que pronto nos sonreirá la fortuna.

Donald se lo quedó mirando estupefacto.

—O la horca.

Jeremy cerró los ojos y suspiró, se llevó las manos al cuello en un acto reflejo, después estiró los brazos hacia adelante entrelazando los dedos para estirar los músculos.

—Voy a buscar algo de comer y ropas. En cuanto regrese comenzaremos a elaborar algún plan para salir de aquí.

—Debería descansar.

—Me encuentro bien, doctor. Ya apenas me molesta nada. —Además, lo único que le importaba en ese momento era salir de allí y aclarar sus ideas. Sobre todo alejarse de Marina, que desde hacía unos minutos lo único que le provocaba era abrazarla, besarla y jugar desnudos en algún lugar donde nadie pudiese molestarlos. «¿Qué se sentirá al hacer el amor con una mujer tan extraordinariamente deliciosa como ella?». Se puso tenso ante la dirección de sus pensamientos—. ¿Donald, me acompañáis?

—No pienso dejaros solos. Comienzo a creer que no os habéis recuperado debidamente o que vuestra herida os afectó a la cabeza.

Jeremy asintió.

—Doctor, no tardarán en subir una tina para que toméis un baño. La moza no dirá nada, no obstante, sería mejor que no viese a vuestra sobrina. —Al decir eso, sus desobedientes ojos volvieron a recorrerla con la vista. Su cuerpo esbelto y delgado descansando contra la mesa resultaba muy atractivo. Ella se dio cuenta y su pálida y cremosa piel adquirió un fuerte tono rosado.

—Nos las arreglaremos, no se preocupe —respondió Ibarrúri.

Con la vista aún clavada en ella, Jeremy señaló con el mentón a la ventana.

—Nos os acerquéis ni os dejéis ver, Marina. Sería muy peligroso que os descubrieran aquí.

Ella asintió, halagada por la preocupación que él mostraba.

—No me acercaré, lo prometo.

—Estoy hablando en serio —dijo con un tono áspero que mostraba que no

le creía. Se volvió al doctor y le entregó la daga.

En cuanto ellos se marcharon, Marina corrió a meterse en la cama. Se cubrió la cabeza para poder dormir un poco y cayó en un sueño muy profundo. Ibarrúri se quedó ordenando sus notas y mapas sobre la mesa. Más tarde, cuando llevaron una bañera y la llenaron, la despertó para que se diese un baño. Como no había puerta que separara ambos espacios, él prometió no mirar.

Marina disfrutó del agua caliente, del vaho que ascendía al techo en forma de espirales, de la sensación de deshacerse de medio kilo de suciedad. No abusó mucho del agua para que él también pudiese asearse. Se colocó uno de los blusones de Jeremy y volvió a caer rendida en la cama. Hacía tanto tiempo que no gozaba de un colchón que no fue difícil conciliar el sueño otra vez. Ni siquiera se dio cuenta de que el doctor se echaba a su lado.

Tortuga no dormía nunca. Era una ciudad ruidosa, sucia y llena de gente. La luna, rodeada de un sinfín de estrellas, asomó tímidamente en el cielo y fue ganando luminosidad a medida que pasaban las horas. La tormenta comenzó a remitir, arrastrada por la brisa, y súbitamente el ambiente se volvió más pegajoso y sofocante.

Jeremy y Donald caminaban en silencio, pegados contra las paredes. No iban escondiéndose, solo mantenían cierta prudencia. Cuanto menos personas los vieran, mucho mejor. Jeremy podía pasar más inadvertido. El cabello largo y ondulado cayendo sobre su espalda, vestido de negro, excepto por el chaleco añil, el sable colgado de sus caderas y su porte lo confundían con el resto de los hombres. Donald era todo lo contrario. Era demasiado grande y rojo como para pasar desapercibido. Muchos lo observaban deseando medirse las fuerzas con él.

A quienes sí era fácil de distinguir, era a los hombres del lord Almirante. Todos ellos llevaban el uniforme rojo sangre con las bandas doradas y los exagerados botones tan relucientes que parecían de oro. Los pocos que deambulaban se encontraban muy lejos de estar persiguiendo o buscando a alguien. Más bien se hallaban disfrutando de los placeres de la ciudad,

olvidando sus posturas altivas y decentes. La isla en sí les permitía actividades que en otra parte del mundo hubieran sido escandalosas e incluso ilegales. Posiblemente en Inglaterra hubieran sido acusados de traición a sus ideales.

—¿Habéis pensado en lo de navegar? —preguntó Donald rompiendo el silencio. Después de la conversación de la posada se había quedado muy intranquilo.

Jeremy asintió, al contrario que él, no estaba nada preocupado:

—Dijisteis que era fácil llegar a la Española y, según el doctor, la isla Fortuna está ahí. —Con el mentón, señaló el océano—. Estoy convencido de que llegaremos sin ninguna complicación.

—¿Creéis que encontraremos ese tesoro?

Jeremy sabía que tarde o temprano Donald se lo iba a preguntar y no quería darle falsas esperanzas.

—No tenemos nada que perder por intentarlo y sí mucho que ganar, aunque dada la suerte que tengo, me daré por satisfecho si salgo del alcance del lord.

Donald asintió, después de todo eso siempre había sido su prioridad. Llegaron al puerto y echaron un vistazo a las gabarras. Dos carabelas estaban ancladas a varias millas de la costa. El resto se hallaba diseminado en la ensenada sin ninguna clase de orden. Embarcaciones ligeras junto a las pesadas, fragatas pequeñas cerca de botes y, cómo no, altiva como una reina entre sus súbditos, el Maiden Isabella que se erguía en la noche con orgullo, ondeando su bandera inglesa a media asta. El barco del conde de Frost.

Durante un buen rato, lo observaron todo con atención. Los almacenes y las casas estaban a oscuras. La ciudad entera comenzaba a rodearse por una ligera neblina que flotaba a ras del suelo. Las nubes volvían a cubrir el cielo llenando Tortuga de sombras espesas y lúgubres.

Jeremy colocó su mano sobre el hombro de Donald y le dio un apretón.

—Vayamos a tomar algo prestado y algo de beber también.

El escocés consiguió esbozar una ligera sonrisa ante esa idea. Echaba de

menos unos buenos tragos de licor. Prefería un gustoso coñac, pero no le hacía ningún asco al ron. Recorrieron varias cantinas. Todas estaban repletas con marineros alborotados que jugaban, cantaban o se divertían con mujeres. Durante una hora estuvieron estudiando a sus posibles víctimas. El sonido de las monedas sobre las mesas era como imanes que atraían sus miradas una y otra vez.

—¿Sois Jeremy Edward Snow?

Ante aquella pregunta que llegaba por su espalda, Jeremy se irguió y, con precaución, aferró la empuñadura de su sable. Estudió con ojos entrecerrados a un sujeto de aspecto rollizo y dentadura oscura que lo miraba con atención. Llevaba en la cabeza un pañuelo de terciopelo negro. Por su aspecto no le pareció que pudiese pertenecer a la guardia del lord.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Tengo un mensaje que darle. ¿Sois vos?

Jeremy y Donald cruzaron una mirada dudosa.

—Puede que conozca a ese señor Snow —respondió él escuetamente—. ¿Por qué queréis saberlo?

—Seguidme, por favor. —El tipo les señaló unas angostas escaleras que deparaban en la parte superior de la taberna—. Tal vez podáis llevarle el mensaje a ese hombre.

Jeremy asintió y le hizo a Donald un gesto con la cabeza. Sentía curiosidad por saber lo que querían de él. Lo siguieron hasta una mesa donde dos hombres bebían de una misma botella al tiempo que observaban el piso inferior, vigilando a todos los que entraban y salían.

—¿Qué clase de mensaje queréis darle? —preguntó Jeremy con impaciencia.

—¿No preferís tomar asiento? Podéis estar tranquilos, no intentaremos haceros nada ni os descubriremos ante los hombres de lord Almirante.

Otra vez Donald y él se miraron. Intrigados, se sentaron.

—Aunque quisierais hacerlo, mi espada os atravesaría la garganta en lo

que dura un suspiro —amenazó Jeremy.

—No estamos aquí para luchar, sino para ayudaros.

—No os he dicho que yo sea Snow —respondió con firmeza.

El sujeto se encogió de hombros. Los dos hombres sentados ante la mesa miraron a Jeremy con suspicacia. Fue uno de ellos quien dijo:

—La señorita Gaby siente mucho haberos puesto en esta situación.

Jeremy lo escuchó extrañado, negó con la cabeza y curvó los labios hacia arriba.

—No sé quién es esa señorita Gaby.

—La señorita Gabrielle, *lady* Sullivan, la prometida del conde de Frost.

Jeremy apretó los dientes con fuerza y sus ojos celestes brillaron con frialdad. Por su mente pasó un rostro ovalado de nariz respingona y ojos grandes y almendrados. «¡Cómo olvidarme de esa zorra!». Ella tenía gran culpa de todo. Su cuerpo entero se tensó de furia al recordarla. Donald se inclinó un poco sobre la mesa.

—¿Sois hombres de lord Almirante?

Jeremy acarició la empuñadura de su arma con la idea de desenvainar. Estaba preparado para salir de aquella emboscada si es que lo era.

—No. Soy el capitán Summer, un amigo íntimo del padre de *milady*. Veréis, dejadme que os explique algo. Gaby se vio prometida al conde sin desearlo y, cuando os conoció, al... señor Snow, digamos que lo utilizó buscando una manera de romper el compromiso. Es cierto que se comportó de una manera poco correcta, pero debéis comprender que ella no sabía que, al hacerlo, os ponía en peligro.

Con sorpresa, Jeremy preguntó:

—¿Queréis decir que me utilizó?

—Si vos sois el señor Jeremy Snow, y estoy seguro de que no me confundo, sí. —*Lady* Sullivan le había descrito aquel hombre con el cabello ondulado del color del oro, ojos azules, alto, de hombros anchos... En todo el tiempo que llevaba con él, no había dudado ni un segundo de que era a quien buscaba.

Sonrió satisfecho.

Demasiado desconcertado para desmentir nada, Jeremy se preguntó cómo había sido posible que alguien lo utilizase cuando era él quien solía aprovecharse de los demás.

—¡No me digáis que habéis venido a buscarme solo para hacerme saber que esa mujer está arrepentida! ¿Piensa que si la perdono no recaerá mi muerte sobre su conciencia?

El capitán sonrió con cinismo.

—¡Vamos a dejarnos de rodeos, señor Snow!

—Pues entonces decidme qué es lo que buscáis de mí.

—Vuestro perdón.

—¿Mi... qué? —Estaba sorprendido. Hizo amago de levantarse porque cuanto más tiempo pasaba allí sentado, más pensaba que le estaban tendiendo una trampa. Pero Summer le puso una mano sobre el brazo.

—Escuchadme, señor. Ya os he dicho que Gaby se siente arrepentida y solo desea ayudaros a salir de aquí.

No podía creerle.

—¿Dónde está esa mujer?

—Lord Almirante no sabe que ha venido conmigo. Hemos recorrido mucho océano solo por encontraros. Tenemos una fragata para llevaros al lugar que deseáis. Ella está en deuda con vos y quiere compensaros por lo ocurrido. Yo que ustedes no me lo pensarían mucho.

«¿Cómo podía confiar en una mujer que apenas conocía de dos noches?»

—Debe de ser una loca para desafiar al conde y, sobre todo, para venir a buscarme aquí.

El capitán se encogió de hombros.

—Pensad lo que gustéis.

Jeremy, un poco más relajado, cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Entonces decís que me quiere ayudar?

—Me temo que sí, señor.

—A vos no parece gustaros mucho, ¿me equivoco?

El capitán no respondió a esa pregunta en concreto.

—No tenemos mucho tiempo, señor Snow. De hecho, si no os encontrábamos entre hoy o mañana, pensábamos regresar a Inglaterra.

—Nos interesa mucho vuestra ayuda —se apresuró a decir Donald antes de que aquellos tipos se arrepintiesen—. Nos vendría muy bien que nos sacasen de Tortuga.

—Estamos dispuestos a partir donde digáis.

Donald miró a Jeremy con una sonrisa, sin embargo, él continuaba desconfiando.

—¿Por qué no puedo pensar que todo esto sea una trampa preparada por el lord?

El capitán pasó la vista sobre sus dos hombres, que a ratos se interesaban por la conversación, aunque estaban mucho más pendientes de que ningún marinero del Maiden Isabella entrara en la taberna. Arriba todo estaba relativamente tranquilo en comparación con el barrullo que había en la planta inferior.

—El padre de Gaby no tenía ni idea de que el conde fuera un corsario cuando prometió a su hija en matrimonio. Yo tampoco —reconoció—, de haberlo sabido, nunca lo hubiera permitido. La conozco desde que era pequeña y para mí es como mi propia hija. Cuando Gaby le confesó que había tenido un pequeño desliz con vos, el conde comenzó a echar tantas pestes que, sin desearlo, manifestó cosas que ella jamás habría debido escuchar. También dijo que os haría perseguir hasta veros colgado del palo más alto, es por eso que Gaby quiere ayudaros. Se siente culpable de haberos metido en este problema.

—¡No puedo creer que haya venido hasta aquí solo para ayudarme! — insistió con escrúpulo. ¿Qué clase de dama corría a salvar a su amante? «Sin duda, una muy tonta», pensó.

El capitán asintió.

—Vos ya habéis notado que yo no estoy de acuerdo con todo esto. — Chasqueó la lengua—. Reconozco que ahora es mejor que esté una temporada lejos de Londres hasta que pase el escándalo que ella misma ha provocado con su poco ético y amoral comportamiento. —Con un solo movimiento, sacó una pesada bolsa de dentro de su chaqueta, de cuyo interior tintinearón monedas—. En contra de mi voluntad, quiere entregaros esto.

—¿En contra de su voluntad? —repitió observando el dinero.

—Sospecho que no sois trigo limpio, señor Snow. Apuesto a que si investigo de vos en Londres, podría hallar pecados muchos peores que los que mi pequeña ha hecho.

Jeremy medio sonrió. Prefería que no averiguase nada. Miró a su amigo.

—¡No puedo creer en este golpe de suerte! ¡Pellizcadme, Donald! Vamos a salir de aquí.

—Suerte o milagro —añadió el capitán—, es cuestión de días o incluso horas para que algún miembro de la tripulación del conde os descubra.

—Tenéis razón, no habéis podido llegar en mejor momento. ¿Cuándo podemos partir?

—Mi embarcación está esperando. Solo decidme hacia dónde nos dirigiremos.

Antes de que Jeremy dijese nada, Donald se le adelantó mesándose la barba.

—No estamos solos. Nos acompaña un amigo y su sobrina.

—En realidad es mi prometida —inquirió Jeremy. Prefería tener una buena excusa que lo mantuviese alejado de la traidora *lady* Sullivan durante la travesía, y esa le pareció la mejor—. En cuanto al rumbo, os lo diremos una vez nos hagamos a la mar.

—De acuerdo, siempre y cuando nos demos prisa en salir de Tortuga. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo más.

—Tan solo necesitamos algunas cosas antes de partir —dijo Donald.

—¿Os parece bien mañana en la tarde? Cuando el sol comience a

escondese. Mi fragata es la Buenaventura. No os retraséis mucho. Si el conde se entera de que hemos venido aquí solo con el propósito de ayudaros, tanto nosotros como la señorita Gaby estaremos en un problema.

—Por nuestro propio bien no nos retrasaremos, capitán —contestó Jeremy, sonriendo abiertamente por primera vez—. ¿Podemos invitaros a algo? —Con agilidad, recogió la bolsa de las monedas—. Por cierto, ¿cómo han dado con nosotros?

—Fue bastante fácil. En Londres ni siquiera se molestaron en ocultar hacia dónde venían, y aquí, supongo que ha sido... un golpe de suerte.

Capítulo 8

Marina se agitó dentro de la estrecha prenda que rodeaba su torso y aplastaba su pecho con dureza. Donald le había dicho que debía atar las cintas entrecruzadas de delante con fuerza, pero ella no las había apretado y, aun así, ese corpiño era lo más molesto e incómodo que había usado nunca. Si el día de su comunión había sido un suplicio debido al picor que le habían producido las mangas de pedrería y los volantes de gasa, ese día era mucho peor. El corsé tenía unos alambres finos en los costados que presionaban hasta casi dejarla sin respirar y que se clavaban en sus caderas.

«Esto no puede ser sano», pensó mirándose en el desgastado espejo de cuerpo entero. Con horror, descubrió que los pechos asomaban casi en su totalidad por el borde del escote y parecían a punto de reventar de lo aprisionados que se encontraban. Jadeó con prisa más que respiró. Era imposible llenarse los pulmones con absoluta soltura. La prenda estrechaba aún más su cintura. Con seguridad esa no era su talla ni mucho menos. Estaba embutida como si fuera una morcilla y casi podía rodearse la cintura con dos manos. Lo único más bonito, o más cómodo, por decirlo de alguna manera, era la larga y abultada falda que caía hasta sus pies con un frufú muy agradable. Por supuesto, no se puso las enaguas. Se había lavado las bragas el día anterior y como ya estaban secas volvió a usarlas.

Al poco tiempo de llevar aquella ropa puesta, se dio cuenta de que después de todo no estaba tan mal, podía acostumbrarse fácilmente a ellas si le quitaba las varillas. Además, le gustaba mucho el satén y los intrincados adornos de la falda, así como los bordados del corpiño.

—¿Estás lista, Marina? —llamó el doctor desde la otra sala, con impaciencia.

—¡Solo un momento! Estoy terminando de colocarme esto. —Giró ante el espejo sintiéndose totalmente extraña. Aquello era mejor que vestir de puerro.

Pasándose los dedos por entre el pelo, alborotó sus rizos. Estaban limpios y caían con soltura justo encima de los hombros, enmarcando su cara. Con prisa cogió el bolso y sacó el maquillaje. Se dio un poco de rímel, coloretes y se pintó los labios con brillo. Volvió al espejo y alzó las cejas con sensualidad. Se encontraba muy bonita y tenía que admitir que aquel vestido que Jeremy había elegido era soberbio, con encajes beige sobre el satén marfil.

—¡Marina!

Echándose un poco de perfume, volvió a guardar las cosas en el bolso y se lo puso al hombro. Por el rabillo del ojo vio otra vez su aspecto en el espejo y comenzó a sonreír atolondrada. En uno de esos pasatiempos de *descubre dónde está el error*, saltaba a la vista que el bolso sobraba, pero no pensaba desprenderse de él con el buen uso que le hacía.

—Estoy lista —dijo saliendo. Llevaba las mejillas sonrosadas, avergonzada de lo que pudiera pensar el doctor.

Él paseó los ojos sobre ella tan solo un instante y asintió.

—Vámonos, el señor Snow y MacBean está esperando abajo. —Mantuvo la puerta abierta para que saliese.

—¡Vaya, se comporta como si me viera así disfrazada todos los días!

Él la miró de soslayo, arqueando las cejas.

—¿Qué quieres que diga? No estoy acostumbrado a fijarme mucho en la gente. Prefiero las cosas que llevan siglos sin moverse.

—Me abruma su sinceridad.

—No lo creo. Venga, vámonos, estoy deseando salir de aquí de una vez.

Marina pasó a su lado. Él no vestía muy distinto a como solía hacerlo siempre. Llevaba una camisa limpia y blanca, pantalones oscuros y una chaqueta de ante con una delgada cinta bordeando las solapas y los puños.

Cuando solo faltaban un par de escalones para llegar al salón, un tipo bastante feo y grueso lanzó un silbido estridente, lo que hizo que todos los ocupantes volvieran la cabeza hacia las escaleras. Un horrible silencio llenó todo el espacio.

Marina se detuvo súbitamente, reculó un peldaño y se aferró con fuerza al brazo del doctor. No había mucha gente, quizá entre diez y doce personas incluyendo a Jeremy y el escocés que se habían quedado mirándolos con la boca abierta.

—Estoy absurda, lo sabía. No tenía que haberme vestido así, parezco un mono de feria —susurró al borde de la histeria.

—Tranquila, Marina, eso no es cierto. Viste de acuerdo con esta época; no va a pasar nada, y camine con naturalidad —respondió, tirando de ella.

—Es muy fácil decir eso cuando no lleva ni la mitad de tela que llevo yo encima. Con toda esta gente mirando, me siento como si vistiese las cortinas de mi abuela. ¡Madre de Dios! ¿Está viendo esas caras de obsesos? —Sus ojos se detuvieron sobre un tipo que llevaba el torso desnudo, excepto por dos bandas de cuero cruzadas al pecho. Era un negro de grandes músculos, con la cabeza rapada, tatuada, que no dejaba de mirarla con gesto arisco. Asustada, dejó de respirar y con más fuerza clavó los dedos en el brazo del doctor. ¿Por qué tenía la sensación de que sus pechos habían rebasado el escote? Fugazmente los miró y respiró con cierto alivio. «Ah, no, todo está en su sitio».

—¿Puede escuchar los latidos de mi corazón, doctor?

—Son imaginaciones tuyas. —Ibarrúri le palmeó la mano—. Tranquila, todo va a salir bien.

Donald dio un codazo a Jeremy.

—Alguien debería ir a buscarlos. —Con el mentón, señaló al resto de los hombres que no dejaban de mirar a la joven—. Si no hacemos algo, son capaces de lanzarse sobre ella.

Jeremy se irguió. Se ajustó el cinturón, asegurándose de que el arma estaba dispuesta para ser blandida.

—Conmigo aquí no se atreverán —afirmó con tono severo y confiado. Cruzó con largas zancadas el salón, vigilando atentamente a su alrededor. Llegó a la escalera en el mismo momento en que lo hacían Marina y el doctor.

—Recordadme que debemos conseguiros un sombrero. Este vestido hace

que vuestros ojos sean más grandes y más verdes —susurró Jeremy observándola con descaro. Le ofreció el brazo con galantería, y ella se soltó del doctor para cogerlo—. Tengo la sensación de poder caerme dentro de ellos.

Marina gruñó por lo bajo. No era un buen momento para bromear.

—No te equivoques. Mis ojos están así porque estoy aterrorizada, además, eso es bueno. —Se llevó una mano al escote y extendió los dedos como si de ese modo pudiese ocultar toda la piel que exhibía—. Nadie tendría por qué bajar la mirada de mi cara. ¿Por qué lo hacen?

Jeremy lo hizo en ese momento y sus ojos brillaron con lascivia, admirando las cremosas curvas de sus senos.

—Hay cosas que no se pueden evitar.

—Se supone que no debía llamar la atención y poco más aparezco desnuda, o... vestida por unos lados más que por otros. Te lo ruego, haz el favor de seguir mirándome a los ojos —le suplicó, avergonzada. Ya era suficiente que todo el mundo la observase como si quisieran comérsela para que él también lo hiciese.

Jeremy estuvo a punto de echarse a reír, pero se abstuvo. Se culpó de haberla puesto en aquella situación. No le extrañaba que se sintiese mal cuando él mismo no era capaz de soportar tantas miradas. Le habría gustado dar una buena lección a todos por aquellos modales tan ordinarios, sin embargo, no tenía más remedio que contenerse e intentar salir cuanto antes de allí. Se arrimó más a ella.

—No debí calcular muy bien vuestra talla y os pido perdón por ello.

Incómoda, Marina aceptó su disculpa.

—¿Podríamos marcharnos ya? No puedo respirar muy bien —le dijo, aunque sonase a excusa barata. Pero era totalmente cierto. En la sala flotaba una gran nube de humo de los tabacos y de las velas. Sumado con la presión del corsé, le quedaba poco espacio en los pulmones para poder llenarlos con comodidad.

—Estaba a punto de sugerir lo mismo.

Jeremy llevó los ojos a Donald y le hizo una señal. Con un brazo fuerte rodeó el talle de Marina haciendo ver a todos que ella le pertenecía. Al poco tiempo, los cuatro salieron de la posada seguidos de un fuerte murmullo. Caminaron hacia el puerto mientras el escocés les iba relatando, otra vez, que habían conseguido embarcación. En todo momento, Jeremy no dejaba de vigilar todos los flancos temiendo encontrarse con algunos de sus perseguidores. El capitán Summer había dicho que estaban fuera de la ciudad explorando el resto de la isla en su busca, pero ¿y si regresaban antes que llegaran a la fragata? Faltaba todavía un poco para que el sol se escondiese. Luego habría algo menos de gente por la calle, pero por el momento todas las vías adyacentes al muelle continuaban muy concurridas.

—Esperad aquí —ordenó Jeremy observando los puestos que se alzaban en medio de la calle. Se encontraban en una plaza de tierra donde habían esparcido paja y serrín para cubrir los charcos de barro y excrementos de animales.

Intrigada, Marina lo siguió con la vista. Él se dirigía hacia lo que parecía un mercadillo lleno de cachivaches, piezas de tela, ropa, oropel, pañuelos... Al darse cuenta, quiso salir tras él y recorrer todos los puestos. Tenían cosas preciosas y extrañas que en su siglo no hubiese encontrado. Si sus compañeras o Sonia hubiesen estado allí, lo habrían desbaratado todo de arriba abajo y se habrían comprado más de una cosa.

—El señor Snow ha dicho que esperemos aquí, y eso haremos —le dijo Ibarrúri, impidiendo que se alejase.

Ella se enfadó. Una oportunidad como aquella era única.

—¡Solo voy a mirar!

—Es muy peligroso, Marina.

Decepcionada, asintió. Observó a varias mujeres que rebuscaban pañuelos de gasa y seda en uno de los puestos. Todas llevaban bonitos parasoles llenos de bordados, con colores extremadamente chillones. Nadie parecía que fuese reparando en ellas, pero cuando Marina las vio mejor, se dio cuenta de que a pesar de sus aspectos elegantes, llevaban profundos escotes e iban

maquilladas de manera tan exagerada que saltaba a la vista lo que eran y a lo que se dedicaban.

Jeremy regresó con un enorme sombrero de ala ancha adornado con plumas multicolores. Sin mediar palabra, se lo encasquetó a Marina en la cabeza, ocultando sus rizos y sus ojos.

Ella se quejó.

—¡Por Dios bendito! ¡Es peor el remedio que la enfermedad! Es tan grande que no veo ni tres en un burro. —Iba a quitárselo cuando él comenzó arrastrarla sin darle tiempo a reaccionar.

—Es mucho mejor así —sentenció—. No os lo quitéis.

—¿Mejor así? Permíteme dudarlo —contestó.

No lo vio sonreír.

A pesar de que la isla no era muy grande, Marina estimó que todos los habitantes debían estar allí y en los alrededores. Era tanta gente la que había que le recordó el último concierto al que había ido con Sonia. Al mezclarse entre las personas, redujeron la velocidad, sobre todo porque les interrumpían la marcha. Jeremy rodeó con fuerza su cintura y, sin detenerse, siguió guiándolos por las tablas de madera que deparaban al muelle.

—No miréis a nadie a los ojos —advirtió él.

Iba ensimismada con la forma de vestir de la gente; aterrorizada de que la gran mayoría portara armas; hipnotizada por todos los idiomas que iba descifrando: francés, holandés, chino...

—¿Cómo dices? No te he escuchado.

Sin previo aviso, un tipo desgarbado agarró con fuerza su nuca y trató de besarla. Antes de que ella pudiese siquiera gritar, Jeremy le propinó un rodillazo en la boca del estómago y, cuando el hombre se dobló en dos, le lanzó un puñetazo en pleno rostro.

Los ojos azules se clavaron en los verdes con frialdad.

—¡Os he dicho que no mirarais a nadie fijamente! —gruñó, empujándola con prisa—. Corred. —El tipo del suelo luchaba por respirar y levantarse—.

Con un poco de suerte, nos perderemos antes de que nos vea.

Ella le aferró la mano y se dejó llevar. Donald y el doctor los seguían de cerca, sin dejar de vigilar sus espaldas.

—¡No lo estaba mirando! ¡Si lo hubiese hecho, habría visto que se me venía encima! —se quejó ella, con el corazón a galope de vértigo.

Jeremy la ignoró a propósito. No podía pararse a discutirlo y arriesgarse a que alguien los descubriese.

—Aquella es la fragata —advirtió Donald señalando una de las barcasas donde el capitán Summer esperaba acompañado de varios hombres.

Aceleraron el paso. Marina no se encontraba muy bien, entre la molesta pámela, las varillas del corsé, las abultadas faldas, la mano de Jeremy apretando la suya con tanta fuerza que pensó que de seguir así iba a rompérsela y el miedo que acababa de pasar, justo cuando atravesaron la pasarela de cuerda y madera, cayó de rodillas sobre la cubierta del barco.

Jeremy se apresuró a levantarla tomándola de la cintura. La apretó contra él en un abrazo. Ella temblaba.

—Estamos a salvo, Marina. Ya hemos llegado.

—Creo que voy a vomitar —le dijo en un débil hilo de voz.

Él le alzó la barbilla y, de repente, Marina tuvo la primera convulsión. La acercó con suavidad hacia la borda. La pámela de plumas multicolores cayó al mar.

—Doctor, quedaos con ella. —Le hubiera gustado hacerse cargo de Marina personalmente, pero no podían seguir amarrados en puerto. Se volvió al capitán—. Si no esperáis a nadie más, deberíamos partir enseguida.

—Por supuesto. ¿Se encuentra bien la señorita?

Los ojos de Jeremy se desviaron hacia ella con compasión. Asintió.

—Se le pasará enseguida.

—¿Están todos entonces?

Donald afirmó y dejó los bultos que cargaba en el piso. El capitán ordenó retirar la pasarela.

Jeremy se sintió obligado de preguntarle si podía ayudarlo en algo, aunque lo que más deseaba era ir a reconfortar a Marina. Ella había dejado de vomitar, pero miraba al mar con la vista perdida sobre la pabela de plumas que flotaba a la deriva. Estaba completamente hechizado con ella. No entendía muy bien qué era lo que le estaba pasando, pues había conocido a muchas mujeres en su vida, sin embargo, de Marina le llamaba la atención todo, tenía como una mezcla de niña tierna con sus ojazos verdes destilando dulzura, pero al tiempo de mujer experimentada con su descarada forma de hablar.

—No hace falta que hagáis nada. *Lady Sullivan* desea reunirse con vos y vuestros compañeros enseguida. —El capitán señaló al castillo de proa—. Siente muchos deseos de disculparse en persona y os ha preparado una bienvenida. Después os llevaré a algún lugar donde podáis alojaros.

—Bien. —Jeremy se volvió hacia el doctor y Marina. La tomó del codo con suavidad—. ¿Os encontráis mejor?

Ella se estaba limpiando los labios con un pañuelo de papel. Asintió.

—Ya se me está pasando —respondió en un áspero murmullo.

—¿Os hizo daño ese hombre?

—No.

—¡Os dije que no miraseis a nadie! Debisteis haber bajado la cabeza — repitió con los dientes apretados. Unos minutos antes, por primera vez en su vida, había sentido un miedo intenso e incomprensible. No sabía por qué, pero había imaginado a Marina herida, y de algún modo él se sentía responsable.

—¡Y no lo hice! ¡No podía hacerlo! Ese sombrero que me pusiste era demasiado grande y no veía bien por donde iba. Te juro que... no lo miraba a él. —Se frotó la nuca. Aún podía sentir presión en esa zona.

Jeremy soltó un suspiro y miró al doctor intentando calmarse.

—Vamos, nos quieren ver ahora mismo. Recordad, no podemos hablar de... eso.

El profesor asintió. Donald no había hecho otra cosa durante todo el trayecto que ir avisándoles de que no se les ocurriera comentar nada sobre el

tesoro, ni Keops, ni viajes en el tiempo.

Capítulo 9

Donald, el doctor y Marina fueron tras de Jeremy hasta el castillo de proa. Unos fueron observando a los marineros y los trabajos que realizaban, en cambio Marina iba más pendiente de todo lo que había en el interior de la fragata. Nunca había estado en un barco tan grande, como mucho en la recreación de la barcaza a vapor Mississippi, del parque de atracciones, y eso antes de que la cambiasen por los globos estáticos.

El sol no era más que una línea de fuego donde acababa el océano. El mar se mecía en calma y el viento parecía que había amainado respecto a los días anteriores.

—Pasa, Marina. —El doctor se apartó para que entrase tras de Jeremy en el camarote.

Ella accedió a una sala bastante más amplia de lo que había imaginado. El interior estaba iluminado por velas y lámparas de aceite y, en su centro, había una mesa grande provista de alimentos. En cuanto vio tanta comida, dejó de pensar y se le hizo la boca agua. Había fruta fresca, aves asadas, ensaladas, verduras... Miró al doctor con una sonrisa entusiasmada. «Al ataque», pensó al tiempo que caminaba hacia la mesa por pura inercia. Antes de llegar, la voz de una mujer llamó su atención, y como Jeremy se había detenido en medio de la habitación, se tuvo que echar hacia un lado para ver a la dueña de aquella voz. Una mujer joven de largos cabellos negros y cintura de avispa, con unos bonitos ojos del color del caramelo rodeados de tupidas pestañas oscuras.

—Señor Snow, os agradezco mucho que hayáis aceptado mi ofrecimiento y mis disculpas —le estaba diciendo a Jeremy tendiéndole la mano. Él se inclinaba y besaba su dorso.

—*Milady*, no podía rechazar semejante ayuda después de tan generosa oferta.

Marina los miró intrigada. La joven de cabellos negros se abrió paso hasta

ella con una sonrisa impasible.

—Me llamo Gabrielle Sullivan. Ya me informaron que el señor Snow iba a venir acompañado de su prometida, pero creí que el capitán me mentía...

—¿Cómo iba a hacer yo eso? —interrumpió, extrañado, el capitán. Gabrielle alzó una mano ordenándole que guardase silencio.

Marina observó la escena como si no fuese más que una mera espectadora. Estaba sin palabras. ¿Había dicho esa mujer que ella era la prometida de Jeremy? ¿Por qué? Lo miró. Él también la miraba a ella.

—No recuerdo haberos visto a vos en Londres. —Gabrielle se dirigió a ella nuevamente, y luego a Jeremy—. ¿Entonces también era vuestra prometida en aquella época?

Marina, sin mover un ápice ni un solo gesto de su cara, rodó sus ojos sobre Jeremy sin entender lo que estaba pasando. No sabía si tenía que ver algo el olor de la comida o el ligero vaivén del barco. Él, de forma atrevida, le pasó un brazo por la cintura, pegándola a su costado con una coqueta sonrisa.

—*Milady*, Marina y yo, en esa época, aún no nos habíamos confesado nuestros sentimientos. —Para demostrar que no estaba mintiendo, cogió la mano de Marina y se la llevó al pecho igual que haría un ferviente enamorado. Ella, con el corazón brincando como un conejo y las mejillas más rojas que las fresas en abril, dejó de respirar—. Bueno, en verdad nos conocíamos desde hace tiempo, pero hará unos meses que nos hemos dado cuenta de lo enamorados que estamos. ¿Verdad, corazón?

Anonadada, sin poder enlazar ninguna palabra coherente, Marina asintió con la cabeza. «¿Por qué demonios no me tienen en cuenta a la hora de hacer planes? Siempre consiguen dejarme con cara de gilipollas», pensó, «¿y, además, quién podía creerse ese embuste? Primero soy la sobrina del doctor y ahora, la prometida de Jeremy. Cierto que ser su novia es... ¡guay! Mejor que sobrina o una simple conocida. ¡Por favor, que nadie me despierte todavía!».

—¿No decís nada? —preguntó Gabrielle con el ceño fruncido dirigido a ella.

Marina la miró simulando una sonrisa. Debía de parecer una boba, sin abrir

la boca, delante de esa mujer. Pero... «¿Qué puedo decir? ¿Qué estoy alucinando en colores?».

En realidad estaba a punto de darle un infarto. Sus mejillas habían alcanzado el tono rojo de la línea de fuego que se observaba en el horizonte a través del único ventanuco del camarote. La noche comenzaba a cernirse sobre ellos.

—Es verdad —respondió al final, con dificultad. Tenía la garganta seca y carraspeó—. Jeremy y yo estamos súper enamorados.

Gabrielle observó con atención sus manos entrelazadas. Curiosa, se acercó a ellos contoneando las caderas con gracia.

—Señor Snow, os marchasteis tan deprisa de Londres que no sabía dónde buscaros. ¿A dónde fuisteis?

Marina también lo miró, arqueando las cejas. Se encontraba tan intrigada y confundida que no sabía de qué iba aquello.

—A Irlanda —respondió él—. Los parientes de ella son irlandeses, y a propósito de parientes... —La soltó y apoyó su mano en el hombro del doctor para continuar con las presentaciones.

Marina observó con disimulo la comida. No se estaba enterando de gran cosa y lo único que le interesaba era poder hincarle el diente al pollo asado o al redondo de carne adornado con diminutas cebollas...

—¿Qué os parece si seguimos charlando sentados ante este suculento festín? He mandado hacer un poco de todo, pues no conocía vuestros gustos —dijo Gabrielle, dirigiéndose al grupo en general, mientras se acercaba a una de las cabeceras de la mesa—, excepto que sé que a vos os gustan las uvas, señor Snow.

El capitán carraspeó, y Marina se percató de que regañaba a la morena con la mirada. Fue entonces cuando se imaginó una escena romana de Jeremy sobre un diván, con la boca abierta, mientras esa mujer le iba dando la fruta de una en una. Se dio cuenta de lo que implicaban las palabras de Gabrielle; eran amantes, y el desvergonzado encima se atrevía a presentarla a ella como prometida. ¿Qué pretendía, que esa mujer la odiase? En cualquier otra ocasión

no se habría dejado manejar de esa manera, pero en ese instante, tenía hambre. Como una autómata, plantó el culo sobre una de las sillas. «Anotaré que le gustan las uvas», pensó para sí. Miró a Jeremy con el ceño fruncido cuando él se sentó a su lado y le susurró en el oído:

—No puedo evitar sentirme culpable por lo que ha ocurrido en el puerto. Os he puesto en peligro y es imperdonable por mi parte.

Ella se espigó. «Sí ha sido tu culpa», se mordió la lengua.

—La culpa no es de nadie —se obligó a decir. Desvió sus ojos unos segundos a Gabrielle—. De modo que te gustan las uvas. ¿Hay algo más que deba saber de ti?

Jeremy se encogió de hombros.

—Más tarde os explico.

Marina rehuyó su mirada.

—¡Oh, no hace falta!

—Me refiero a por qué he dicho que sois mi prometida.

—¡Ah, eso! —Marina se sintió un poco estúpida. Observó como el capitán servía vino en todas las copas—. Para ser te sincera, siento bastante curiosidad.

Los ojos azules de Jeremy brillaron con diversión. Después, Gabrielle bendijo la mesa y comenzaron a servirse la comida en los platos. Para el gusto de Marina, todos los alimentos estaban demasiados sazonados, lo que hizo que su copa de vino se llenara más de una vez. La bebida relajó su cuerpo y su mente.

La conversación se centró en el noviazgo de lord Almirante y Gabrielle. Aunque se habló de su ruptura, ninguno contó el papel que Jeremy había jugado y Marina no había tenido aún tiempo de preguntarlo. De hecho, ni siquiera sabía por qué los estaban ayudando a salir de Tortuga. Lo único que había sacado en claro era que la anfitriona se las había visto y deseado para romper el compromiso en vez de ser clara y directa frente a su novio.

—Si no tenías intención de casarte con él, ¿por qué no le diste calabazas y

punto? —Quiso saber Marina, la mar de intrigada. Terminaba de rebañar el último pedazo de pan que había pringado en la crema de guisantes.

La morena frunció los labios, sin entender.

—¿Darle calabazas? —Miró al resto de los comensales pestañeando con fuerza—. ¿Qué significa eso?

Marina estuvo a punto de echarse a reír al ver su cara de asombro, pero se contuvo. Debía recordar que no todos podían entender sus expresiones modernas.

—Dar calabazas es solo un término, es como decir que... —¿Con qué podía compararlo?—. Que le den dos piedras y que...

El doctor Ibarrúri tosió tan fuerte que la interrumpió. Marina se dio cuenta de que ese término era mucho peor que el de las calabazas. Ruborizada, se dio la vuelta hacia el doctor. Con suavidad, le palmeó la espalda mientras él le lanzaba una mirada de advertencia a través de sus lentes. Donald se apresuró a llenarle un vaso con agua.

—¿Marina, vamos a dar un paseo por cubierta? —preguntó Jeremy al percatarse de la incomodidad del momento—. ¿Os importa, doctor, que me lleve a mi prometida? —Ibarrúri negó, entonces Jeremy miró a la anfitriona—. Con vuestro permiso...

Gabrielle se puso en pie con velocidad, parándolo en el sitio.

—He pensado que la señorita Ibarrúri duerma conmigo si os parece bien, por supuesto.

—Sin duda estará mucho más cómoda —respondió, ofreciendo el brazo a Marina—. No nos demoraremos mucho. Hoy hace una noche preciosa para admirar las estrellas.

Marina se apoyó en su manga con una disculpa hacia los comensales y descendieron del castillo en silencio. Caminaron por cubierta hasta la popa. A esas horas, en el Buenaventura, la mayoría de los hombres se habían retirado, menos un par de vigías sentados en las escaleras de las bodegas, otro colocado en el palo mayor y el timonel que fumaba de pipa.

—¿Qué significa eso de las dos piedras? —Quiso saber él.

Incómoda, negó con la cabeza.

—Es una tontería. No tenía que haber dicho nada.

—Por favor, contádmelo. Vuestro tío parecía molesto.

Ella soltó un suspiro nervioso y enrojeció. A pesar de la oscuridad, Jeremy se dio cuenta.

—Se supone que cuando le das dos piedras a un hombre es para... para... que se la machaque —murmuró sin atreverse a mirarlo a los ojos.

Jeremy abrió la boca y repentinamente soltó una risotada.

—Esas cosas no debería decírlas una dama. ¡Dios! —exclamó—. Sois un poco brutos en vuestra época.

Marina se encogió de hombros.

—¿Por qué le has dicho que soy tu novia?

Él se encogió de hombros como si no tuviese importancia.

—Eso era mucho más fácil de explicar que narrar como vos y vuestro tío habéis llegado hasta aquí. Además —tomó una larga bocanada de aire—, ¿acaso aún no os habéis dado cuenta de que me gustáis mucho?

—¿Te gusto? —repitió ella con los ojos llenos de sorpresa. Una corriente de emoción se concentró en su vientre. «¡Hombre, no soy tonta y me había dado cuenta, pero oírse lo decir es diferente!». Lo miró a la cara con fijeza. Era tan guapo... La suavidad de sus ojos azules contrastaba con la dureza de sus rasgos y lo volvía hermoso.

—Me gustáis bastante —repitió él—, creo que sois una persona muy especial.

A Marina le dieron ganas de ponerse a saltar y dar palmas como una cría en el delfinario. «Todavía no», se retuvo, desconfiada. No era la primera vez que intentaban ligársela, y la cosa no era así de fácil. ¿Por qué precisamente se lo decía en ese momento?

—¿No será más una treta para dar celos a Gaby? No soy tonta y sé que entre vosotros hay o ha habido algo.

Él cogió su muñeca, acariciando con el pulgar donde más fuerte latía su pulso.

—No os haría eso, corazón. Yo no voy manipulando a la gente. —«No a ti», admitió para sí mismo.

¿Sabría él que, cuando utilizaba ese apelativo con ella, Marina sentía que se derretían hasta sus pensamientos? Se estremeció. Se habían detenido y él había puesto sus ojos en el oscuro horizonte. Ella levantó la cara para poder admirar su fuerte y decidido perfil.

—¿Me lo vas a contar o no? Porque hasta el más tonto se da cuenta de que entre vosotros... ya sabes —insistió.

De repente, Jeremy bajó la mirada hacia ella con ojos chispeantes. Su cabello se agitaba con la suave brisa. En ese momento, Marina se dijo que no podía culpar a Gabrielle por haber estado con él. Cualquier mujer lo hubiera deseado.

—*Milady* y yo... estuvimos conociéndonos durante unos días. Ella es la causa de que el lord quiera colgarme, pues se enteró de lo nuestro.

—Creí que era por el dinero.

Jeremy le sonrió de una forma muy sensual. Asintió.

—Eso también. —Se pasó la lengua sobre el labio—. Marina, ¿estás preguntándote cuáles son mis sentimientos hacia ella?

—Pues, ya que sacas la conversación..., sí. —¿Para qué iba a mentirle si estaba loca por saberlo?

—Debes creerme si te digo que no siento nada. —En pocas palabras le contó cómo la había conocido y la manera en que ella lo había usado.

Marina, nerviosa, soltó una carcajada entre aliviada y divertida. El aire traía el rumor de los marineros que charlaban en la escalera.

—¡Estás loco! Quieres robarle y, para más inri, le pones los cuernos con su novia. No me extraña que ese hombre quiera aniquilarte. —Apartó la mano de él con sutileza. No había dejado de temblar desde que él la tomase de la muñeca.

—¿Aniquilarme?

Ella se mordió el labio inferior, divertida y nerviosa a tope. ¿Qué tenía que hacer ahora que sabía que entre Gabrielle y él no había nada? ¿Se lanzaba a sus brazos sin más? ¿Lo rechazaba y le enumeraba el motivo por el cual no podían estar juntos? «Bueno, estar juntos podemos estar, pero siempre existe el riesgo de que alguno de los dos queramos algo más que un simple... ¿rollito?». No es que ella fuese una mujer muy enamoradiza, ¡pero qué diablos! ¿Quién era incapaz de enamorarse de un dios como aquel?

—Cuando Gaby estaba con el conde, querías estar con ella, y ahora que está libre, te buscas una excusa para evitarla. ¿Por qué los hombres actuáis así?

Jeremy se guardó una sonrisa. Se encogió de hombros.

—Tú no eres ninguna excusa. ¿Por qué estás ignorando el hecho de que me gustas?

¡Otra vez! ¡Lo había dicho otra vez! Se puso colorada y agradeció que en las sombras de la noche él no pudiera advertirlo. «Porque no podía advertirlo, ¿verdad?». Se dio cuenta de que Jeremy llevaba un rato tuteándola y de que su entonación era de lo más sensual que había oído nunca.

—No lo estoy ignorando, simplemente que no sé cómo reaccionar.

Jeremy se situó tras ella y rodeó su cintura. Juntos observaron como la luna se mecía en las aguas, en una danza lenta y suave, al tiempo que las olas acariciaban su perfecta esfera.

Marina no podía creer lo que estaba sucediéndole. Saltaba en el tiempo, pasando de una rutina metódica y casi aburrida, para hallarse dentro de uno de sus fantásticos sueños, obviando el peligro de los piratas. En definitiva, tenía a su lado al hombre más guapo del mundo dándole su calor, abrazándola con increíble ternura, y al frente, las estrellas que cuajaban el cielo como pequeños diamantes fulgurantes. ¿Estaba segura de que quería cambiar eso para regresar a su vida?

Jeremy también estaba afectado. Lo que sentía por Marina era algo diferente a todo lo que había conocido hasta entonces. Ella era espontánea,

entretenida, sincera. Amable. Preciosa.

—¿Cómo son las noches en tu tiempo? —le preguntó muy cerca de su oído, cambiando de conversación. No quería presionarla en su cortejo, aunque en su interior deseaba que ella le correspondiese.

Marina sintió su cálido aliento sobre la sien, y sus piernas temblaron como gelatina al tiempo que su corazón alcanzaba un punto cardíaco. «¿Todo esto está sucediéndome a mí?», se volvió a repetir.

—¿Las noches? —coreó como una boba, respirando agitadamente. Cerró los ojos con fuerza, aspirando la sal del mar en un afán por calmarse—. Es todo tan diferente que no sabría decirte. Muchas noches, cuando me voy a dormir, me gusta asomarme a la ventana y mirar al cielo. A veces hablo con las estrellas. —Antes de que él dijese nada, ella lo detuvo agitando la cabeza con una risa tonta—. No me preguntes de qué, son niñerías infantiles. —Se encogió de hombros. Jeremy pensó que se había estremecido por la brisa fresca y la abrazó con más fuerza. Marina se apoyó en su cuerpo, adaptándose a sus pectorales, a sus caderas...—. Me gusta imaginar qué hacen otras personas en sus casas cuando veo las luces encendidas en las habitaciones o en los salones... Pensar si las familias se llevan bien, si se ríen o bromean. —Tragó profundamente al evocar su infancia—. Mi madre nos abandonó a mi padre y a mí hace muchos años. No recuerdo haber vivido con ella y, sin embargo, a veces me gustaría... me gustaría verla, preguntarle por qué no me quiso o... o si yo hice algo malo. Imaginar cómo hubiese sido estando los tres juntos, sentados ante una mesa, cenando, o viendo la tele en el sofá... —Suspiró silenciando un llanto corto. Había pensado tantas veces en ello que a veces la fantasía se mezclaba con la realidad—. Mis abuelos me compensaron todo eso, pero... no sé... —Se obligó a pensar en otra cosa que no fuese tan nostálgica. No era una noche para ponerse triste y mucho menos para explayarse con algo que siempre le había hecho tanto daño. Se repuso del todo—. Desde luego no existe el silencio que hay aquí y ahora. Cuando no se escuchan sirenas o gente andando por la calle, se oyen perros o las máquinas tragaperras de los bares y, sobre todo, el ruido de las televisiones. Sé que hay

muchas cosas que no sabes lo que son, me da pena que nunca llegues a verlo.

—Me encantaría irme contigo y conocer todas esas cosas de las que hablas.

—El comentario lo sorprendió a él tanto como a ella.

La muchacha se giró entre sus brazos con el corazón latiendo desbocado. No creía que hubiese escuchado muy bien.

—¿Lo harías? ¿Te gustaría marcharte?

—¿Por qué no? Si me quedo, puede que deba pasarme la vida entera huyendo de lord Almirante. Aquí realmente no tengo nada que me ate. En realidad, no lo tengo en ningún sitio ni en ninguna época.

—Pero si encontramos el tesoro, tendrías mucho dinero. —Le hizo notar—. Además, ¿y si no te gusta lo que ves allí? Si te vas, puede que no regreses nunca más. Es algo que debes pensar con calma. La verdad, sería un milagro que el doctor y yo podamos volver.

—Marina, tienes que ser optimista. Si habéis venido hasta aquí, tiene que haber algún modo de regresar. Te prometo que encontraremos la manera... Y si no podemos, siempre estaremos juntos para seguir intentándolo.

—Siempre es una palabra que implica muchas cosas.

—Si te digo que te quiero y que estoy dispuesto a hacer lo que sea para tenerte a mi lado...

Marina lo interrumpió con firmeza. Una cosa era tontear con ella, pero decirle que la... estimaba era ir demasiado lejos. ¡No lo podía creer!

—Jeremy, todavía es muy pronto para saber qué sentimientos albergas hacia mí. Entiendo que pueda atraerte por mi manera de ser, que seguramente sea muy distinta a la de la mayoría de las mujeres de esta época, por no decir a todas. También sé que estos días juntos en la garganta como que nos ha unido más. Pero en el fondo no me conoces de nada. —Él apretó el mentón con dureza y sus ojos brillaron con una nota de enfado. Marina no supo si lo había abochornado o si él había tomado sus palabras como un rechazo. Le hubiera gustado decirle que no era así. Es más, deseaba que él estuviese hablando en serio y que de verdad la quisiese. Pero... «Es demasiado pronto para tener esos sentimientos», se volvió a repetir. Ella sentía muchas cosas, atracción,

nervios... Sin embargo, todo aquello no significaba que lo amaba. ¿No? Unas emociones extrañas e intensas comenzaron a expandirse en su interior, jamás le había ocurrido algo así—. Jeremy. —Levantó una mano e, inconscientemente, le acarició la mejilla. Su tacto era un poco rasposo y cálido—. Tú también me gustas mucho, y de momento eso debe ser suficiente.

—Muy bien, pero mañana seguiré pensando de igual manera, y el día de después y el otro —le dijo, y su aliento le rozó la frente haciendo que una descarga eléctrica traspasara su alma. Descendió su boca hasta la de ella.

Marina dejó de respirar. Tragó con dificultad, emocionada hasta la médula. Iba a besarla, y ella lo estaba deseando. Es más, lo esperaba con los labios entreabiertos dispuesta a saborearlo hasta hacerle suspirar.

—Señor Snow, señorita Ibarrúri. —Se apartaron como si les hubiese dado un calambrazo al escuchar la voz de Gabrielle. La mujer, caminando hacia ellos con porte erguido, entregó a Marina un chal—. Estoy segura de que estáis muerta de frío.

Marina y Jeremy la observaron sabiendo que había estado esperando el momento oportuno para interrumpirlos.

—Os envidio, señorita Ibarrúri —le confesó Gabrielle al abrigo de las sábanas, despertándola de sus cavilaciones—. Sé que vos y el señor Snow seréis muy felices. Hacéis una pareja encantadora.

Marina se volvió a ella colocándose las manos bajo la mejilla. No quería hablar de Jeremy con ella. Todavía flotaba en una nube cuando recordaba lo que había pasado esa noche y no estaba dispuesta a compartirlo con nadie.

—¿Cómo es el conde para que lo odies, Gaby?

Gabrielle suspiró exageradamente.

—Es... atractivo. No tanto como vuestro señor Snow, claro. Pero también es muy guapo.

—Claro. —Sonrió Marina, segura de que no existía nadie más hermoso que Jeremy—. Muy poca gente es como él, pero ahora estamos hablando del conde. ¿Por qué lo odias?

Los ojos oscuros de Gabrielle se llenaron de decepción y negó con la cabeza.

—Porque no me gusta cómo me trata, pero decir que lo odio no es realmente cierto. Es un hombre muy orgulloso y terco y está acostumbrado a hacer lo que quiere.

—¿Es mala persona?

—¡No, no! He visto cómo se comporta con los sirvientes y con algunos de sus familiares y no parece que sea un mal hombre, pero a mí... su trato conmigo es extraño. ¿Queréis creer que llegó a decirme que cambiase de modista y que me vistiese como una de sus hermanas? Es como si todo lo que yo hiciese estuviera mal.

«Típico machista», pensó Marina.

—¿Nunca le dijiste cómo te sentías?

Cerrando los ojos, Gabrielle pensó en ello.

—No. —Se removió buscando una posición cómoda frente a Marina. La luz de la luna que entraba por la claraboya era suficiente para verse entre las sombras. Parecían dos viejas amigas—. Cuando hablo con él, me hace sentir inferior... Se cree que todavía soy una mocosa que no sabe muy bien lo que quiere. No me atrevo a ser sincera con él y voy callándome, callándome... ¡Pero ya no podía más! ¡Tenía que hacer algo!

Marina chasqueó la lengua.

—¿Y es por eso que lo engañaste con otro hombre?

Gabrielle asintió.

—Yo no era feliz a su lado y sé que, si nos casábamos, no iba a cambiar nada entre nosotros. Pretendía llamar su atención. Hacer que se fijase en mí de un modo diferente a como solía hacerlo. Descubrir que él en verdad me quiere. —Poniéndose rígida, asintió—. Me costó mucho hacerlo, no creáis. Lo estuve pensando durante meses. Yo no voy acostándome con cualquiera, y si lo que deseáis saber es por qué elegí a vuestro prometido... —titubeó con un encogimiento de hombros apenas perceptible bajo las sábanas—... fue porque

lo encontré muy guapo y tan fuerte que pensé: ¿por qué no? Pero nunca imaginé que el conde reaccionase así.

—¿Cómo?

—En cuanto se enteró de que quería escaparme con el señor Snow, se puso tan celoso que juró ir a por él y colgarlo. Con su actitud me demostró que me amaba. —Marina no quiso señalarle que aquella no era la única razón para perseguir a Jeremy y prefirió no tener que hablar del dinero que le había robado. Tampoco estaba muy convencida de decirle que aquella reacción más que referirse al amor, se trataba de posesión dura y pura—. Es por eso que necesitaba ayudar al señor Snow. La culpa no fue suya. Y he conseguido que el conde y yo rompieramos el compromiso, que es lo que quería.

—¿Y qué harás cuando vuelvas a tu casa? —Quiso saber Marina.

—No lo sé. Me gustaría que el conde se diese cuenta de que no soy tan infantil como él cree y que venga a buscarme de nuevo.

Marina se medió incorporó con los ojos muy abiertos. ¡No podía creer lo que había dicho!

—¿Quieres que...? ¡Oh, por favor! ¿Por qué?

—Creo que lo amo —respondió Gaby con una sonrisa aniñada. En el fondo no debía tener más edad que ella—. Cuando os he visto en cubierta abrazada con vuestro prometido, me he dado cuenta de que yo lo único que quiero es que el conde sea más atento conmigo. Que cambie su actitud. ¿Pensáis que pueda ser posible? ¿Que pueda cambiar?

Marina soltó un suspiro muy hondo. «Las mujeres debemos tener un punto de masoquistas», pensó para sí. Ladeó la cabeza observándola con atención.

—¿Quieres domar a la bestia? —murmuró incrédula—. Pues en verdad te deseo mucha suerte, Gaby, la vas a necesitar. No es fácil hacer que una persona cambie. Y si realmente crees que no puedes ser feliz al lado de alguien, no sé yo si me arriesgaría a intentarlo.

Gabrielle resopló.

—¿Sabéis que sois bastante peculiar? —Marina alzó una ceja, sin

contestarle—. Vuestra forma de hablar es... diferente. ¡Me gusta! Me gustáis mucho vos. Cuando os he visto subir a bordo, os odiaba. Sois tan bonita con ese cabello rubio recortado sobre los hombros. Os favorece mucho. Yo también me voy a cortar los cabellos igual que vos. Puede que no me sienten mal, aunque mi cara es más alargada y huesuda.

Marina agradeció su arranque de sinceridad, aunque a un mismo tiempo le hizo temer por su seguridad. ¿Qué pasaba si quería hacerle daño mientras dormía? Se quitó inmediatamente esa idea de la cabeza y la observó con atención.

—Con un corte de pelo, tus ojos parecerían más grandes. Puede quedarte muy bien.

—¿Sí? —Gabrielle sonrió—. A partir de ahora os consideraré mi amiga.

Marina asintió. ¡Por Dios, esa chica era demasiado sincera! Pensó que quizá llevaba tanto tiempo sin charlar con una mujer que mientras llevara falda le daba lo mismo si era una marciana, una sirvienta o una muchacha llegada del futuro. Al menos no la odiaba, y eso en cierta forma la aliviaba.

Capítulo 10

El amor de Asim y Naunet

Naunet arrojó la túnica al suelo y dejó que los ardorosos ojos de Asim recorriesen cada curva de su cuerpo desnudo. Viajaron desde los pequeños pies hasta su cara, adorando por igual cada minúscula parte de su piel, la estrecha cintura, los senos llenos y turgentes...

—Eres hermosa.

Ella enrojeció y le abrió los brazos. Asim no se hizo esperar y la abrazó efusivamente mientras devoraba sus labios con placer y ansia. Había esperado tanto tiempo que llegase ese momento que se sentía torpe y nervioso. Sin hacer apenas fuerza, la levantó en vilo y, con mucho cuidado, como si fuese el tesoro más grande y valioso del mundo, para él lo era, recostó su delgada figura sobre las sábanas de seda. La cubrió con su cuerpo, pero ella alzó una mano apoyándola en su pecho amplio y duro.

—No me hagas daño, Asim —le suplicó. Su cara era la de una mujer decidida; sus ojos, los de una niña inocente, muerta de miedo.

—Por supuesto que no, corazón. Y si pudiera ahorrarte la molestia que sentirás cuando te invada, te juro que lo haría, pero es algo que debe suceder.

—Lo sé —murmuró Naunet acariciándole la cara y el pelo. Amándolo con sus ojos oscuros y tiernos.

Asim agasajó su cuerpo por entero. La volvió loca de pasión por él, preparándola para recibirlo, y cuando la penetró, se detuvo nada más sentir su barrera de inocencia y virginidad. Ya nunca más volvería a sentirla niña, sino mujer.

Naunet, al ver su indecisión, elevó sus caderas en busca de él. Ella era fuerte y estaba deseosa de demostrarle lo mucho que lo amaba.

Ambos se unieron en un solo todo, en un solo cielo e infierno. En un mundo.

—Naunet, mi dulce y bello tesoro, tanto tiempo esperando tenerte así que creo que estoy soñando.

—Sueña, mi amor, y cuando despiertes, me encontrarás a tu lado, hoy, mañana y siempre.

A la mañana siguiente, cuando Marina se despertó, se encontró sola en la cama. No le importó mucho, ya que la noche anterior la otra muchacha y ella habían estado hablando de muchas cosas, entre ellas, de la, según Gabrielle, extraña ropa interior que llevaba. Le tuvo que decir que era una nueva moda irlandesa. Ahora no le extrañaba que la otra lo patentase. Se rió de sus pensamientos y se puso un vestido de muselina amarilla que había tenido a bien prestarle. Este también era demasiado pequeño para ella. Su busto firme se alzaba por encima del escote y parecía que si inspiraba profundamente, podría desgarrar la tela. Por lo menos no era tan enrevesado como el traje del día anterior, con el cual seguramente iba a pasar un calor horrible cuando desembarcasen en Fortuna.

En cuanto puso un pie fuera del camarote, los rayos de sol la cegaron. Hacía un día estupendo y bastante cálido. Entrecerró los párpados y, con la mano a modo de visera, buscó entre los marineros a ver si reconocía a alguien. Todo el barco ya estaba despierto. Un muchacho fregaba la cubierta mientras otros ataban nudos en los mástiles. Cada tripulante estaba ocupado haciendo sus quehaceres mientras las gaviotas sobrevolaban el cielo con bastante alboroto. La brisa del mar arrastraba el olor fresco de la mañana y la sal del océano.

—¡Aquí, Marina! —llamó el doctor desde el puente. Se había repeinado hacia atrás y, con la tez algo más morena que cuando llegaron, parecía que hubiese perdido años. Se lo veía risueño—. ¿Cómo estás? ¿Has descansado? —preguntó cuando ella se acercó levantando ligeramente el bajo de su vestido para no pisárselo.

—Con la siesta de ayer me costó conciliar el sueño, pero estoy fenomenal y

totalmente descansada. ¿Usted cómo se encuentra?

—Muy bien —le señaló un punto lejano sobre las aguas. Marina logró identificar la silueta de lo que parecía un monte a lo lejos—. Es isla Fortuna. Llegaremos en un par de horas.

—Ayer Gaby dijo que podía haber caníbales. —El doctor no se inmutó, y ella le miró arqueando una ceja—. ¿Lo sabía?!

—No, pero te aseguro que es normal. Muchas tribus o civilizaciones se alimentan de carne humana, así como los animales y depredadores.

—Ya —respondió ella, tocándose los dientes superiores con la lengua—, pero eso tampoco pensaba decírmelo, ¿verdad?

—Eres bastante impresionable, Marina, compréndeme, además es que no hay otro modo de hacerlo. No te preocupes, con nuestros compañeros, nadie se atreverá acercarse. Hablando de ellos, ¿quieres un café? El capitán tiene uno muy bueno, te vas a sorprender.

Marina bizqueó. ¡Por supuesto que quería un café! No era mucho de ello, pero mejor que la achicoria que Donald preparaba prefería cualquier otra cosa. Ingresaron en el comedor, donde la luz del sol entraba a raudales por las ventanas. Gabrielle, vestida de burdeos y negro, conversaba con Jeremy frente a la mesa. Ella había dicho que estaba enamorada del lord Almirante, pero Marina era mujer y sabía cuándo las mujeres tonteaban con los tíos, que era exactamente lo mismo que estaba haciendo la morena con risas, que más que carcajadas parecían graznidos de grullas, y aleteando las pestañas como si fuese alérgica o tuviese conjuntivitis. Jeremy, en cambio, estaba bastante serio y cuando Marina entró, se puso en pie con rapidez para recibirla.

Esa mañana, él vestía todo de oscuro, excepto por el dobladillo de sus botas y un chaleco blanco con discretos estampados dorados. Se había cubierto la cabellera con un pañuelo de seda, también con hilos dorados, y el arete de su oreja quedaba totalmente visible. Sin duda, era el pirata más guapo y potente que debía existir en todos los mares y océanos del mundo.

—Buenos días, hoy pareces un tipo muy peligroso —lo saludó Marina cuando estuvo lo bastante cerca de él y nadie podía escucharlos. Era

imposible quitarle los ojos de encima.

—Vos, en cambio... estáis muy hermosa esta mañana —le dijo recorriéndola con una mirada cálida y aprobativa.

Marina se ruborizó de la cabeza a los pies e intentó disimular la tonta sonrisa que enseguida se pintó en su boca. El doctor carraspeó y le entregó el café en una delicada y fina taza de porcelana. Ella se abrió paso hasta una de las sillas y de reojo miró a Gabrielle, ella tampoco podía apartar la vista de Jeremy.

—Estaba contando a *milady* que planeábamos salir de Tortuga como pasajeros —comentó Jeremy.

—Sí, pensábamos que escabulléndonos entre otros viajeros iba a ser más fácil escapar sin que esos hombres nos detuvieran, aunque también hablamos de salir en barca —corroboró el doctor, sirviéndose una segunda taza.

Marina asintió y esbozó una sonrisa.

—¡Qué bien que vayamos a llegar tan pronto! —dijo—. Fortuna está mucho más cerca de lo que había creído.

—Para mí va a ser una lástima —confesó Gabrielle—. Ahora me espera un largo viaje de vuelta a Londres. Es una pena no habernos conocido en otras circunstancias. Espero que algún día volvamos a coincidir.

«Yo espero que no», pensó Marina regalándole una sonrisa. Se sintió un poco mezquina consigo misma e, impulsivamente, dejó la taza sobre la mesa y se levantó a darle un abrazo. Gabrielle se lo devolvió confusa.

—No te olvidaré nunca, Gaby.

—Os despedís de mí como si en verdad no fuésemos a vernos nunca.

—Nadie sabe lo que nos tiene deparado el futuro. —Sin darse cuenta, su mirada se desvió hacia Jeremy y creyó ver en sus ojos azules un atisbo de tristeza. En ese momento ella también lo sintió. Regresó a su sitio y a su taza en un esfuerzo por no romper a llorar. No entendía qué le pasaba ni por qué tenía las hormonas tan revueltas. O quizá sí. Presentía que el final de su viaje se hallaba cerca.

Marina y Gabrielle charlaron largamente de diferentes cosas mientras paseaban por cubierta en espera de que la embarcación acortase las distancias con la costa. La isla se podía ver a la perfección ante ellos. Era más grande de lo que a simple vista parecía y estaba llena de árboles y vegetación. Las playas eran de finísima arena blanca y las aguas que la rodeaban, tan transparentes que era como si un trozo de cielo se hubiese desprendido del firmamento. «En un sitio parecido debían haber grabado la película de *El lago azul*», pensó Marina cuando vio de lejos la delgada y alta cascada que bajaba entre un grupo de rocas.

—Ya estamos alcanzando la isla —advirtió el capitán al llegar hasta ellas.

Marina buscó con la vista a sus compañeros y los encontró en babor revisando los víveres y bultos que debían transportar a tierra. Jeremy levantó la mirada hacia ella justo cuando lo observaba. Él hizo un pequeño gesto de cabeza, llamándola.

Marina se disculpó con la anfitriona y caminó hacia él. Parecía preocupado.

—¿Pasa algo? ¿Necesitas ayuda?

Jeremy negó.

—Vamos a lanzar el bote al agua y nos tenemos que marchar ya. Será mejor que termines de despedirte.

Marina suspiró con fuerza y asintió. En ese momento, Jeremy se sacó la daga de la bota y se la entregó.

—Cógela, Marina, y cuando pisemos tierra firme, no te apartes de mi lado.

Ella miró hacia la isla, preocupada. No pensaba separarse de él. Aun así, no pudo por menos que preguntarle:

—¿Crees que puede haber alguien esperándonos?

—No podemos estar muy seguros hasta que no exploremos. Por el momento, no parece que se vea movimiento. —Tragó un poco nervioso y se tocó la frente con la mano. Temía que en caso de producirse alguna reyerta, siendo tan pocos, se vieran fácilmente reducidos—. Si quieres, puedes quedarte aquí hasta que nosotros aseguremos la zona.

—¡No! —se apresuró a decir—. ¡Estamos en esto juntos! —Por inercia, le puso una mano sobre el brazo. Siempre que lo tocaba se sorprendía de la fuerza y la dureza que trasmitía—. No tengo miedo y prefiero estar con vosotros.

Estaba mintiendo al decir que no tenía miedo, y Jeremy lo sabía. Era capaz de leerlo en su cara y en su linda mirada verde. Se guardó una sonrisa y le pasó el brazo sobre los hombros, cubriéndola con su enorme cuerpo.

—No creerás que tenía pensado dejarte con esta loca, ¿verdad, corazón?

Ella se estremeció. Alzó la mirada hasta la de él.

—Por si acaso. —Él la miró tan serio que ella se asustó—. Estaba bromeando, Jeremy.

—No me gusta mucho tu broma —respondió en un murmullo mimoso—. Yo jamás te dejaría.

Irremediablemente, el corazón de Marina saltó de dicha y de temor. ¿Por qué no podía haberlo conocido en la universidad o paseando por Madrid...? ¡Oh, Dios! ¿Qué estaba pasando? Se estaba enamorando de Jeremy a pasos agigantados. Eso no debía ser posible. Ella no creía en los flechazos ni en los amores a primera vista...

—Hay que subir los barriles al bote —dijo alguien, devolviéndolos a la realidad. Jeremy la soltó, cogió uno y lo rodó hasta Donald, este lo subió a la barca que colgaba de un par de sogas.

—No tardes en despedirte —advirtió hablándole sobre el hombro—. Tenemos que ver cuál es un buen sitio para descargar todo en la playa.

Ella asintió, se fue a por el bolso, que lo había dejado en el camarote de Gabrielle. Durante un momento, observó la daga con cierto temor y terminó por guardarla. Luego se acercó a la anfitriona, o a su salvadora, o a la loca que se había enamorado de un... machista, y se despidió de ella con un abrazo y un par de sonoros besos.

—Me gustaría pedirte un favor en el caso de que regreses con lord Almirante —le dijo confiando en ella—. Tienes que conseguir que perdone a Jeremy por todo. No es un mal hombre, es solo que no ha tenido una vida fácil.

Intenta por todos los medios que no lo cuelgue. ¿Lo harás por mí?

—Os lo prometo, sé cuánto significa él para vos.

¿Tanto se la notaba? Vio que el resto se estaba despidiendo del capitán. Ya habían cargado todo en la barca. Sacó el frasco de lilas de su bolso y se lo entregó a Gabrielle.

—Quiero que te quedes esto. Así tendrás un recuerdo mío mientras te dure. Gabrielle lo olió.

—¡Es delicioso! ¿De verdad me lo regaláis?

—Nos has ayudado mucho más de lo que imaginas, Gaby, además, también me llevo tu vestido —contestó señalándose las ropas. Luego le apretujó las manos con afecto—. Espero que tengas mucha suerte y que seas muy feliz. Cuídate mucho y no dejes que él te mande.

—Yo también deseo que seáis muy felices. Aunque... —Miró la isla con recelo —... No sé muy bien qué esperáis encontrar aquí.

Marina se marchó con la promesa de Gabrielle de que iba a tratar de que lord Almirante no matara a Jeremy cuando se encontrasen la próxima vez. Las lágrimas que había estado conteniendo hicieron acto de presencia en el momento en que la barca tocaba el agua y comenzaba apartarse de la fragata. En lo alto del puente, Gabrielle los miraba sosteniendo el frasco de perfume contra su pecho.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jeremy.

—Sí, claro —respondió, retirándose las lágrimas con el dorso de las manos, sin atreverse a mirarle. De repente, notó una mano grande sobre la suya. Era el doctor. En un arranque de angustia, se aferró a él y lloró.

—Vamos a salir de aquí, Marina, y todo volverá a la normalidad —le susurró.

Ella asintió sorbiendo por la nariz. Levantó la vista y miró a Jeremy a los ojos; él estaba en frente, remando con inquietud. Cuando sus miradas se cruzaron, él le dedicó una sonrisa compresiva.

El doctor llevaba un buen rato estudiando sus notas, comparando unos

papeles con otros, trazando líneas en su mapa, mientras Donald y Jeremy habían montado un campamento para resguardarse del viento y la lluvia —en caso de que los abordase alguna tormenta. También habían hecho una buena hoguera y escondido la barca para que no llamase la atención de alguna embarcación más grande que pasase.

Tras un baño en una preciosa laguna de aguas verdes y cristalinas, Marina se sentó al sol sobre una roca plana. No se había desnudado del todo porque, aunque le habían prometido que ninguno de ellos se iba acercar al agua, tenía miedo de que algún parásito o ser extraño entrara en su cuerpo sin ser invitado. Allí no había médicos, ni hospitales, ni ninguna clase de antídotos en caso de que los necesitase. Además, estaba en bragas y era como si fuese en *topless*. Claro que —se echó a reír— a ver cómo les decía a esos hombres que muchas mujeres se bañaban así. Se hubiera armado un revuelo de mucho cuidado y, sin duda, un nuevo debate sobre la moralidad.

Después de estar un rato relajada, sin pensar en nada, con pereza se puso el vestido amarillo y caminó hacia los hombres, mucho más tranquila que minutos atrás. El decano levantó la vista hacia ella ajustándose las lentes.

—¿Estás mejor?

Ella asintió. Se recogió las faldas y se sentó a su lado con un profundo suspiro. La arena estaba templada. Se hallaban a la sombra de un avellano. Jeremy y el escocés afilaban los sables y conversaban en la playa.

—¿Encontraremos el tesoro? —preguntó Marina.

Ibarrúri esbozó una media sonrisa y dejó los documentos a un lado.

—Creo que sí. —Barrió la arena con la palma de la mano y escribió las letras *j*, *e* y *s*, en mayúscula. Ella frunció el ceño sin entender—. ¿No reconoces las iniciales?

Marina lo pensó unos segundos.

—Sí, usted dijo que era la persona que descubrió a Keops.

—Exacto.

—¿Y?

—¿No te has dado cuenta?

Marina frunció el ceño, confusa.

—¡Doctor! ¡No tengo ganas de pensar y hoy estoy bastante espesa! No sé qué quiere decirme. ¿Las iniciales son una especie de clave o de mensaje? ¿Es alguna coordenada?

Él suspiró con fuerza, un poco molesto con ella.

—No se trata de eso. —Rápidamente borró las marcas de la tierra—. Veo que tendré que explicártelo. Jeremy Edward Snow.

Ella asintió y lo miró descolocada. Tas unas décimas de segundo, sus ojos se abrieron como platos al entenderlo. Se cubrió la boca con una exclamación.

—¡Es él! —dijo con sorpresa—. Jeremy es quién encuentra... quién encontró... el tesoro. ¿Pero... cómo?

—Eso todavía no lo sé. Lo mejor es que de momento no le digamos nada.

Marina dejó de respirar.

—No lo entiendo. —Agitó la cabeza nerviosa—. Pero si él lo encuentra es porque nosotros se lo hemos dicho. O quizá lo hizo usted y por eso tenía a Keops. ¿Puede significar eso que ha estado aquí antes? ¿O que hemos estado los dos aquí antes? ¿Como... como... si nuestra vida fuese un bucle y estemos viviendo varias vidas?

El decano se ajustó los lentes y se encogió de hombros.

—Espero que cuando otra vez te diga que hay diferentes dimensiones, me creas. Lo cierto es que no sé qué está pasando, pero eso de vivir varias vidas... no lo creo. Yo no recuerdo haberte conocido en ningún otro sitio que no fuese la universidad.

Ella agitó la cabeza igual que lo haría una chiquilla, de forma exagerada y lenta.

—Sería como una reencarnación o algo así —susurró. Lo miró muy seriamente—. Es que no me termina de convencer mucho lo de las diferentes dimensiones.

Él curvo los labios en una sonrisa.

—Para mí tiene todo el sentido del mundo. La pirámide ha estado en mi familia desde que tengo uso de razón porque él se encargó de que fuese así.

—Pero... pero... ¿Por qué?

—Desde un principio, ambos hemos tenido la sensación de conocer al señor Snow de siempre. No puedes negarlo porque de otro modo nunca hubiésemos aceptado su ayuda ni les habríamos hablado de Keops. Yo siempre supe que podíamos confiar en ellos. Fue el destino quién me llevó esa noche en Tortuga a encontrarlos.

Marina no quería admitir que tenía esa misma sensación casi desde el primer día que los conoció. ¿Se habían encontrado anteriormente en otra vida? ¿Sería por eso por lo que ella presentía un extraño vínculo con Jeremy?

—Os gusta mucho Marina, no podéis disimularlo —dijo Donald mirando, con ojos entrecerrados por el sol, al doctor y a su sobrina que charlaban sentados a la sombra del árbol.

Jeremy paseó sus ojos por el amplio horizonte donde la línea divisora entre el cielo y el mar se desdibujaba en un tono más oscuro que ambos, luego llevó sus ojos azulados a su amigo.

—Ella despierta en mí sentimientos que no había conocido hasta ahora. Hay momentos que quiero creer que solo es curiosidad por ella y su época, pero no es así. —Se llevó una mano al pecho, más exactamente al corazón—. Se me está metiendo muy adentro de aquí.

—¿Qué pasará cuando se marche?

—No lo sé, amigo. —Lanzó el sable sobre la arena y se desprendió el chaleco. Se dobló las mangas hasta el codo—. Siempre es mejor morir habiendo amado que no conociendo nunca el amor. —Se inclinó para sacarse las botas y las medias. Se subió las perneras del pantalón hasta las rodillas—. Además... —Le guiñó un ojo con burla—. No sabemos exactamente si esa pirámide, en caso de que la encontremos, los devolverá a su época. Lo siento por ella, pero apuesto a que no funciona.

—Y eso os alegra —apuntilló Donald.

—Admito que sí. —Volvió a recoger el sable y las prendas—. Espero que encontremos el tesoro y todos nos vayamos a algún lugar a retirarnos felices para siempre.

—Esa mujer os está volviendo un debilucho.

Jeremy soltó una carcajada. El escocés también se había descalzado y había metido su arma en el cinto que colgaba de su cadera.

—Podemos aprovechar a explorar un poco la isla antes de que oscurezca —comentó. Su mirada voló a Marina y al doctor que se hallaban observando los mapas y papeles que este llevaba en el maletín. Ella tenía el cabello ligeramente húmedo y los gruesos rizos acariciaban su delicado mentón y los delgados hombros. A diferencia de los primeros días, la piel pálida había cogido un bronceado suave que hacía que sus ojos verdes destacasen más si cabe en su bonito rostro. Ella no parecía percatarse de lo bella que era y de lo mucho que lo excitaba mostrando tanto la piel de sus senos. ¡De acuerdo que no fuera culpa de ella! Todos, incluido él mismo, se habían empeñado en darle ropas pequeñas. Pero Marina no podía ser tan inocente como para no saber que la deseaba. Que su imaginación escapaba a su control cada vez con más frecuencia y que la imaginaba bajo su cuerpo, ruborizada, agitada de deseo, devolviéndole las caricias y los besos con la misma pasión que él guardaba.

—Jeremy, os conozco. No pensaréis impedir que ella se marche, ¿verdad?

Por un par de minutos, él guardó silencio. Después negó despacio.

—No voy a obligarla, Donald. —Miró al escocés con ansiedad—. Sé que si encontramos el tesoro y el conjuro no funcionase, ella podría ser feliz aquí. Yo me encargaría de mantenerla a salvo, compraríamos una casa grande con criados para que no tuviese que hacer nada... Tal vez le guste.

—Pero ¿y si funciona?

Hasta aquel momento no había querido decirle nada. No sabía cómo iba a reaccionar.

—Donald, he decidido que quiero marcharme con ellos.

El escocés parpadeó repetidamente, estupefacto.

—¡Por el amor de Dios! ¿Os estáis escuchando, Jeremy? Habéis estado con muchas mujeres y os habéis enamorado varias veces...

—No es lo mismo que ahora, Donald. No podéis entenderlo. La amo. Siento que ella es parte de mí. Una parte sin la cual no quiero vivir. Lo peor de todo es que no sé cómo explicarlo.

Era la primera vez que Donald veía a Jeremy tan impulsivo. Siempre había sido bastante temerario y había dejado que la suerte decidiera por él, pero nunca se había precipitado en nada que tuviese que ver con una mujer. Temió que aquella experiencia le partiese el corazón.

—Marina os intriga, y es comprensible. —Se acercó lo suficiente como para hablarle en el oído y que el viento no arrastrase sus palabras hasta donde estaba el doctor y la chica—. Descubrid cuáles son vuestros verdaderos sentimientos para que no os lleven a una confusión que os haga sufrir a vos y a ella. —Donald levantó la cabeza y buscó la posición del sol. Faltaba poco para que se situase justo sobre sus cabezas—. Vamos a estar en la isla varios días, puede que semanas. —Palmeó el hombro de Jeremy, y este asintió.

—Tenéis razón. No tengo por qué decidirlo ahora. —Aunque en un rincón de su mente sabía que había tomado una decisión.

Capítulo 11

Marina se anudó una fina soga a la cinturilla del pantalón del decano y se remeti6 la blusa color crema. No se sentía bonita ni nada atractiva, sin embargo, en mucho tiempo, era la primera vez que se encontraba a gusto y no se preocupó por su aspecto. Jeremy no pensaba lo mismo cuando la vio acercarse a la hoguera. Vístiese lo que vistiese seguía siendo femenina y preciosa. Además, a la luz del fuego se marcaba la prenda interior que cubría sus senos. Nunca había visto nada igual y le pareció una prenda muy erótica y sensual.

Habían cenado tortillas y una especie de ensaladilla que ella había cocinado, y en ese momento se disponían a sentarse alrededor del fuego a conversar mientras esperaban a que el sueño llegase.

Donald y Jeremy habían preparado, a base de ramas y palos, un porche amplio, cuyos lados horizontal y lateral eran de roca. Estaban cobijados del aire, sin embargo, seguían teniendo la vista de la playa y de la grandiosa luna bailando en sus aguas.

Jeremy le tendió una mano a Marina, y ella la agarró sentándose a su lado.

—Es mejor que te pongas los zapatos —dijo él—, los escorpiones salen a caminar por la noche.

Marina abrió y cerró la boca varias veces, sin conseguir decir nada. Frenética, miró en derredor.

Jeremy se incorporó con agilidad y fue en busca de sus zapatos.

—¿Entonces estamos en una isla desierta? —preguntó el doctor a Donald.

—Todavía no hemos podido explorarla del todo.

Jeremy se volvió a sentar y, ante una atónita Marina, él mismo le puso el calzado. Un gesto que hizo que su pulso se acelerase.

—Gracias —musitó con las mejillas subidas de tono.

—Mañana coronaremos la parte más alta de la isla y desde allí podremos

ver el resto de Fortuna. Hay algún indicio de que no estamos solos, pero sin duda debemos encontrarnos en el sitio más alejado —siguió diciendo el escocés, ignorando a la pareja que se comía con los ojos—. ¿Vos habéis encontrado algo entre las notas?

Jeremy apartó la vista de ella para prenderla sobre el doctor.

—He conseguido averiguar que Keops se oculta cerca de un volcán.

—¿Un volcán? —repitió Jeremy—. ¿Es posible que esto... —lanzó una pequeña piedra contra la pared y rebotó en la hoguera. Varias chispas se alzaron al cielo apagándose enseguida—... en vez de montaña sea un volcán?

—Puede ser —afirmó el decano—, solo tendría que averiguar en qué cara debemos buscar, aunque he logrado descifrar que habla de aguas termales y un pequeño bosque de eucalipto.

—Humm, aguas termales —dijo Marina con una sonrisa ensoñadora—, eso suena bien.

Jeremy rió, mirándola con atención.

—Se nota que te gusta mucho el agua.

—De no haber nacido humana, seguro que hubiese sido pez.

—Quizá una sirena —susurró él.

Otra vez Marina se puso colorada. Él tenía ese efecto sobre ella. ¡Por Dios, qué calor sentía cuando le hablaba con ese ronroneo tan placentero!

—¿Si nos encontramos con alguien, qué hacemos? —preguntó Ibarúri, regresando al tema inicial.

Marina levantó la palma de una mano como si estuviese en una de sus clases.

—Yo voto por hacernos amigos. No hemos venido a hacer mal a nadie.

—Es una buena sugerencia —respondió Donald—, y bastante insensata también.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —le preguntó ella con bochorno. No creía que su idea fuese tan mala.

—Lo mejor es evitar a todo aquel que se nos acerque.

—¡No podremos estar como el gato y el ratón a cada momento! —aclaró Jeremy—. Yo creo que Marina lleva razón, para una buena batalla debemos conocer muy bien al enemigo.

—Pero no vamos a... luchar con nadie. —Le hizo ver Marina. Nerviosa, miró a sus compañeros buscando apoyo—. Vamos, no podemos ir enfrentándonos a todos los que se nos pongan en medio, además, nosotros somos los extraños en Fortuna.

—Debemos ser precavidos. No me ilusiona mucho convertirme en el almuerzo de nadie —dijo Jeremy con los ojos clavados en ella.

El corazón de Marina empezó a latir desenfrenado. Ella tampoco quería que se la comiesen, pero... Por un momento imaginó a un par de nativos semidesnudos removiendo una olla gigantesca.

—¿Doctor? —Necesitaba saber su opinión.

—El señor Snow lleva razón, Marina. Esto es tan sencillo como que si nos ignoran, los ignoramos, pero si no lo hacen, debemos enfrentarnos.

—¿Cuántas posibilidades tenemos de salir vivos de esto?

Jeremy intentó tranquilizarla.

—No vamos a ir buscándolos, y si podemos evitarlos, mejor.

Marina se quedó cabizbaja unos segundos y al final acabó asintiendo.

—Entonces tendrás que enseñarme a usar tu puñal lo antes posible.

—Claro, mañana dedicaremos un par de horas a eso. —Jeremy movió su cuello de un lado a otro, estirando los músculos—. Me vendrá bien ejercitarme. Ya apenas me molesta el costado al moverme.

—Estoy hablando en serio —le dijo ella muy circunspecta.

—Yo también. —Jeremy hizo un gesto hacia la playa, las olas rompían con un suave rumor en la orilla—. ¿Paseamos un poco?

Ella aceptó. Jeremy se incorporó y su aspecto fue tan magnífico que la dejó unos segundos con la boca abierta. Le tendió la mano y sus cálidos dedos aprisionaron los de ella tirando hacia arriba, ayudándola.

—¿Queréis acompañarnos? —preguntó Jeremy, educado, a los hombres que

seguían sentados observando el fuego.

Donald y el doctor negaron.

Jeremy, aliviado de que no hubieran querido acompañarlos, ofreció el brazo a Marina y echaron andar hacia la playa. La noche era serena y cálida.

—Marina, esto que estás viviendo es una experiencia completamente única. A tu tío lo veo tomar notas y disfrutar de esta aventura, sin embargo, tú siempre pareces estar preocupada. ¿Por qué no te relajas un poco e intentas pasarlo bien lo que dure todo esto?

Marina consiguió sonreír.

—En realidad... me gustaría hacerlo, de verdad, pero a un tiempo pienso en los que me quieren y sé que lo tienen que estar pasando fatal. La pobre Sonia y mis abuelos... seguro que han llamado a la policía. Puede que hasta crean que me han secuestrado.

—Entonces lo que debes pensar es en la alegría que les vas a dar cuando aparezcas sana y salva. Debes alegrarte por estar viva y seguir respirando. — Al hablar, no podía dejar de observar con fijeza la delicada línea de su perfil. Por un momento había querido preguntarle qué sentiría si la pirámide no funcionaba, prepararla de algún modo, asumir el dolor que eso supondría para ella, pero prefirió callarse—. Hazlo por todos, Marina. Tómate esto como días de ocio. —Retiró su brazo del de ella y rodeó su talle con firmeza. Le gustaba sentirla muy cerca, oliendo su aroma—. Disfruta de estas noches de cielos estrellados y lunas llenas... —Aspiró el aroma de la brisa salada con los ojos cerrados y, al abrirlos, descubrió que ella lo observaba arrobada. Él bajo la vista y se perdió en sus profundos ojos verdes—. No sirve de nada estar todo el día esperando lo peor.

De pronto, Marina se echó a reír, y fue él quien rodó sus ojos azules sobre ella, confundido.

—¿He dicho algo gracioso?

—No te imaginaba tan camelador.

Él arqueó las cejas.

—¿Perdón?

Marina apartó la vista de su brillante mirada azul.

—Me refiero a que estás tratando de ligarme; de enamorarme.

Ahora Jeremy también se echó a reír. Con la mano libre, se tocó el arete de la oreja, que brilló al atrapar los rayos de luna.

—Solo pretendo ser amable y que me conozcas un poco más. Te prometo que no soy un mal hombre.

—Lo sé, pero todo el rollo de la luna y las estrellas no te va mucho.

—¿Por qué crees que no? ¿Acaso te parezco un tipo demasiado duro para ello? Yo también tengo mi corazoncito, ¿sabes? —Se paró. Sin soltarla, se situó en frente con los ojos clavados en los suyos. Era tan hermosa y tentadora que sintió como toda la sangre de su cuerpo se acumulaba en su hombría en cuestión de segundos. Sin pensarlo, se apoderó de su boca en un beso denso y ardiente. Introdujo sus dedos entre los sedosos bucles, fascinado con su tacto. Lo volvía loco de deseo. Un deseo nacido de la desesperación. Estaba seducido por ella y su cristalina mirada verde. Su dulce aroma lo embargó.

El cuerpo de Marina respondió a su calor y a su dominio. Le devolvió el beso con el ansia de haberlo necesitado desde un principio. Él era tan fuerte, tan provocativo, que enseguida notó la fuerte oleada de excitación que recorrió su cuerpo.

Jeremy se apartó un poco de ella y murmuró extrañado:

—Besarte me resulta conocido.

Marina también lo había sentido así. Era como si supiese al dedillo cómo eran sus labios y su sabor. Las sensaciones de acariciar la lengua con la suya, de lamer sus labios... ¿Y si de verdad habían estado juntos antes? Se estremeció y apartó esos pensamientos de su cabeza. No podía creer que de haber tenido una relación con el tío más guapo del mundo lo hubiese olvidado con facilidad. Puede que Sonia le dijese, de modo ocasional, que solía vivir en el mundo de Yupi, pero no tenía demencia senil ni trastornos de memoria. Levantó una mano hasta el cabello situado tras la oreja de Jeremy, acariciando su mejilla, se puso de puntillas y le ofreció la boca de nuevo. ¿Qué importaba

el pasado cuando tenían el presente para ellos solos? Apoyó las manos sobre sus fuertes bíceps, sintiendo como se erizaba la piel de Jeremy bajo su contacto.

Él volvió a besarla otra vez, en aquella ocasión fue con calma, deleitándose en la aterciopelada cavidad de la boca, en el cálido y envolvente aliento, en la frescura de sus dientes. Cerró sus ojos mientras dejaba que todos sus sentidos se llenasen de ella. Del sabor a miel de sus labios, de las manos suaves acariciándolo. No tenía suficiente de ella con un simple beso. Necesitaba... más. Quería todo. Atrayéndola, profundizó el beso sosteniéndola de la cabeza al tiempo que de la cintura.

Marina estaba atorada. El beso le estaba gustando más de lo que había imaginado. No era como si fuese un desconocido, los desconocidos siempre querían tener el control y el poder, en cambio, Jeremy dejaba que fuese ella quien le mordisquease el labio inferior, el que la invitaba a rodar la lengua sobre la suya, el que la ayudaba a marcar un ritmo, aunque, al parecer, por los jadeos entrecortados de ambos, se estaban reteniendo. Marina gemía al sentir sus poderosos brazos a su alrededor. Estaba tan apretada contra su pecho que podía sentir su corazón latiendo contra el suyo. Sin dudarlo, terminó de echarle los brazos al cuello. No pensaba dejar que él se escapara. Que el sol saliese al día siguiente por donde le diese la gana, pero esa noche ella quería hacerle el amor, o que Jeremy se lo hiciese a ella, o que ambos lo hiciesen, qué más daba. En lo único que podía pensar en ese momento era en verlo desnudo y descubrir si su cuerpo era tan magnífico como imaginaba.

Él la besó desde la boca, deslizándose a través de su mejilla, luego hundió sus labios en el cuello al tiempo que agarraba sus nalgas. La tela del pantalón era tan fina que tenía la sensación de estar tocando su desnudez.

—¿Y si nos están viendo? —susurró ella, de repente, preocupada por si entraban en el campo de visión de Donald y el decano.

—No lo creo —respondió él contra sus labios. De un solo movimiento, sacó la blusa de la cinturilla del pantalón, deseando tocar su carne.

—¿Estás seguro? —insistió Marina sin entender cómo era capaz de pensar

en otra cosa que no fuese las manos de Jeremy que habían ascendido por sus costados, bajo la blusa, e iban directas a sus pechos. Estaba deseando que llegasen allí y colmaran sus ansias. Le atravesó el cuerpo una fuerte corriente de excitación que se instaló en su bajo vientre, a la expectativa de potentes sensaciones.

Jeremy suspiró, deslizó las manos a las caderas de Marina y miró hacia donde estaban sus compañeros por encima de su cabeza. Habían caminado un buen trecho y podía ver el reflejo del fuego elevándose tras una suave duna. No se dio cuenta del gesto de disgusto que cruzó por la bonita cara de Marina cuando él sacó las manos de su blusa.

—Estamos lejos —susurró desatándole la cuerda de la cintura con dedos torpes. Marina le quitó las manos y comenzó a hacerlo ella. No podía esperarse. Estaba a cien por hora y si no la tomaba enseguida, se iba a coger un rebote de un par de...

Lo miró sonrojada.

Jeremy estaba sacándose el blusón por la cabeza; al hacerlo, se le desprendió el pañuelo y sus cabellos cayeron revueltos sobre sus hombros. Miró a la joven con una sonrisa extraña y de nuevo cogió su talle, pero esta vez la arrastró sobre la arena y la cubrió con su cuerpo. Tomó su cara entre las manos y miró en esos enormes ojos verdes que tan hechizado lo tenían.

Marina contuvo la respiración cuando él volvió apoderarse de sus labios. Estar sujeta bajo su peso era agradable, tanto como sus fantasías de los últimos días. ¿Qué podía pasar por hacer el amor con un tío tan guapo? «Seguro que si no lo hago, me voy a arrepentir toda mi vida», pensaba mientras seguían besándose, o más bien devorándose las bocas. Sonia ni siquiera hubiera dudado en hacerlo. «Que me quiten lo *bailao*», hubiese dicho.

En aquella posición, Marina no podía fingir que no notaba la erección de Jeremy, y esa sensación estaba haciendo que ella misma se excitase todavía más. Las mejillas se le pusieron rojas como un tomate cuando él le abrió la blusa y se la quitó. Iba hacer el amor en una majestuosa playa con una luna la mar de bonita, escuchando la dulce melodía que provocaba el rumor de las

olas y con un tipo buenísimo de la muerte. ¿No había deseado eso mismo cada vez que salía de vacaciones, que era en contadas ocasiones? Sobre su mejilla sintió la respiración de Jeremy y la caricia de sus cabellos.

—Eres preciosa, Marina —dijo mirándola con firmeza.

Ningún hombre la había mirado así jamás. Con un fiero deseo de pertenencia. Agitada, tragó con dificultad cuando él suavemente pasó sus labios al filo del tirante del sujetador de manera muy sensual. Gimió al sentir el contacto con su lengua, y Jeremy notó que el deseo le apremiaba con urgencia.

No quería asustarla e incomodarla. Era tan femenina y tan suave, y olía tan bien... Con lentitud, fue recorriendo las curvas de su cuerpo con una mano hasta llegar a sus pechos. Cada centímetro de piel cobraba vida bajo la palma de su mano, incluyendo el pequeño botón que se irguió a través de la tela de encaje. Ella, dejándose llevar por sus caricias, enredaba sus dedos en su pelo y le masajeaba los hombros. Deseaba sentir todo de él y se arqueó contra su cuerpo.

—¿Cómo se quita esto? —preguntó Jeremy metiendo las manos bajo el sujetador para poder acariciarla a placer.

Marina se llevó las manos a la espalda como pudo y desprendió los ganchos. Una vez que lo hubo hecho, sus ojos sostuvieron los azulados. Jeremy la miraba como si no hubiese visto ninguna mujer en su vida. Se inclinó sobre ella para devorarle uno de sus pechos mientras su mano se introducía bajo el pantalón de Marina. Ella jadeó, y antes de darse cuenta, él tenía la mano dentro de sus bragas. Se echó a temblar. Jeremy exploró su feminidad con movimientos suaves, acariciantes. Marina sabía que si él continuaba así, ella iba alcanzar el orgasmo mucho antes de lo esperado.

—Por favor —le susurró con voz entrecortada. ¡Por Dios que estaba encantada con lo que le hacía, sin embargo, necesitaba sentirlo plenamente!—. Déjame que me quite los pantalones.

Jeremy se medio incorporó para ayudarla, y Marina se quedó prendida de su torso. Ya lo había visto mientras llevaba el vendaje, pero en ese momento

no lo tenía y la herida no era más que una pequeña cicatriz en el costado. Tenía unos músculos perfectos, abdominales duros y firmes..., brillantes bajo la luz de la luna. ¿De verdad no podía ser un actor y todo aquello un regalazo? Cerró los ojos con la cabeza apoyada sobre la arena.

Él mordisqueó su cuello al tiempo que le sacaba los pantalones y su prenda íntima. Luego se quitó los suyos y se acomodó entre sus piernas. Se estremeció al sentir como Marina se tensaba y como su aliento comenzaba a agitarse. Se deslizó dentro de ella con suavidad. La sensación era de lo más ardiente y agradable. Le gustó la forma en que le acariciaba la espalda y se arqueaba contra él en busca del placer.

Ella sentía el poder y la fuerza de Jeremy mientras su cuerpo fibroso y escultural se acomodaba en su interior, cortándole la respiración. Apretó las piernas en torno a sus caderas. Lo que Jeremy le hacía sentir era increíble. Nunca había sentido nada parecido con nadie. Él besaba su cuello, sus labios, sus mejillas, la contemplaba intensamente y, sin embargo, no dejaba de moverse sobre ella, profundizando más cada vez hasta hacerla levantarse del suelo. Marina se aferraba a él como si fuese una tabla de salvamento en el inmenso océano. Ahogó un grito cuando alcanzó el orgasmo más auténtico y maravilloso de toda su vida. Uno en el que fue capaz de ver miles de galaxias en un universo muy especial.

Jeremy también llegó a su meta entre fuertes temblores. El corazón latía con la fuerza de un bombo justo antes de entrar en guerra. Una satisfactoria lasitud invadió sus cuerpos.

Él deseaba no tener que moverse nunca, en cambio, lo hizo con una rapidez que dejó helada a Marina.

—¿Jeremy? —lo llamó.

Él le chistó con suavidad.

Marina se dio cuenta de que no era su corazón el que golpeaba con tanta fuerza, sin embargo, escuchaba algo parecido.

—¿Son tambores? —preguntó en un débil susurro. Se sentó en la arena al tiempo que buscaba su ropa. Él se estaba vistiendo con prisa.

—No lo sé, pero será mejor que volvamos. —Se agachó, recogiendo prendas, y la ayudó a vestirse.

—Parece que el sonido viene de lejos.

—Seguramente es alguna tribu. No creo que se muevan ni nos encuentren, pero es preferible estar atentos. —Otra vez se agachó a ponerle los zapatos. Seguidamente cogió su mano, le dio un rápido y fuerte beso, y después la obligó a caminar deprisa hasta el campamento.

Capítulo 12

La petición

—Mi señor Jufu, mi hijo Asim me ha implorado, más que pedido, que interceda en su nombre.

El faraón observó al tyaty con interés. Gozaba de toda su admiración y respeto, ya que supervisaba el funcionamiento del país incluso vigilando los más pequeños detalles de su palacio. El resto de los escribas y funcionarios, tales como los recaudadores de impuestos, rendían cuentas ante él. La judicatura era parte importante de la administración civil, por lo que el tyaty formaba parte del tribunal superior. Sin embargo, Jufu podía ejercer en cualquier momento su propio control sobre cualquier aspecto del gobierno, eliminando las decisiones que hubiera tomado su segundo. Aunque de momento nunca había tenido que hacerlo.

—¿De qué se trata?

—Asim ama a Naunet desde siempre y solicita unirse a ella.

—¿Y tú que piensas?

—Asim es lo más grande que hay en mi vida y en la de mi esposa. Es un buen guerrero, deseamos verlo feliz y sabemos que Naunet será una estupenda mujer para nuestro hogar.

Jufu clavó la vista en la lejanía, más allá de donde estaba el tyaty sentado, más allá de la ribera del Nilo, donde ese día sus aguas bajaban revueltas.

—No puedo dar ese permiso. —Agitó la cabeza con firmeza—. Tengo otros planes para Naunet.

—Pero, mi señor...

—Lo lamento. —Se puso en pie con altivez.

—Nunca he pedido nada...

—Y haces bien en seguir así. Manda a tu hijo a la construcción, allí hará más falta que aquí. No necesito que nadie llene la cabeza de Naunet con tontas ideas sobre el amor.

Antes de llegar al círculo que propagaba la luz de la hoguera, Marina y Jeremy vieron que tanto el doctor como Donald se encontraban en pie escuchando con atención todos los sonidos que los rodeaba.

—¿Estáis oyendo los tambores? —preguntó Marina, acercándose de sopetón a ellos.

Ibarrúri no había esperado su intromisión, dio un brinco hacia atrás y tiró una de las ramas que soportaba el improvisado porche.

—¡Marina! ¡Por favor! —Se llevó la mano al corazón—. Dios mío, has estado a punto de provocarme un infarto.

—Lo siento, no ha sido mi intención —respondió ella. Se giró hacia Donald. Él la miró a su vez e inconscientemente sus ojos se clavaron en un botón de su blusa que, al parecer, se había olvidado de abrochar. Turbada, se apresuró hacerlo al tiempo que él, con vergüenza, vagó sus ojos sobre Jeremy con el ceño fruncido.

—Debe ser alguna tribu que hayamos pasado por alto —dijo el escocés para romper el incómodo silencio que se acababa de producir.

Jeremy asintió.

—Sí, eso mismo venía diciéndole a Marina.

—No necesariamente deban estar por aquí cerca. El aire puede arrastrar los sonidos desde bastante lejos —advirtió el doctor.

—Apaguemos la hoguera. —Jeremy comenzó a echar tierra sobre el fuego. Todos lo imitaron, haciendo que se extinguiese hasta la más mínima brasa—. Voy a salir a ver si veo algo. Quizá desde una altura considerable pueda descubrir quiénes son.

—Tenéis razón, supongo que tendrán algún fuego o linternas. —Donald se agachó a coger su sable y lanzó a Jeremy el suyo—. Os acompaño.

Marina, asustada, se mordió el labio con fuerza. No deseaba convertirse en

la comida de nadie, pero tampoco veía muy normal que precisamente tuviese que pasar aquello justo después de... Miró de reojo a Jeremy. Desde que habían entrado en el campamento, no había vuelto a mirarle a la cara directamente, y la razón era porque tenía la sensación de que tanto el doctor como el escocés sabían qué habían estado haciendo antes de llegar hasta ellos. En ese momento él también la miró y vio la intranquilidad en su rostro. Se acercó a ella y posó las palmas de sus manos en sus antebrazos.

—No va a pasar nada, no estés asustada. Estaremos por aquí cerca. Si veis llegar a alguien, gritad fuerte y vendremos enseguida. Pero lo más probable es que seamos nosotros los primeros en llegar.

Ella asintió deseando gritar ya. Sobre todo para que él no se fuese y para que los tambores dejaran de sonar.

—No vais muy lejos, ¿verdad?

Jeremy le entregó el pañuelo que antes había cubierto su cabello y que, desde que se habían venido de la playa, llevaba en la mano. Ella lo agarró igual que si se tratase de un escudo o un amuleto.

—Te prometo que no. De todos modos, deberías buscar la daga. Sería bueno que la tuvieses siempre cerca.

—Hagan ustedes lo mismo. Si se encuentran en peligro, avísennos —les dijo el doctor poniéndose la chaqueta—. Hágannos cualquier señal.

Jeremy afirmó con la cabeza. Miró de nuevo a Marina, estaba asustada, pero aún seguía teniendo el rubor en la cara del momento compartido.

—No tardaremos.

Con la boca seca, Marina los observó perderse en la oscuridad de la noche. Al cabo de unos minutos, los tambores dejaron de sonar repentinamente.

—No te preocupes, Marina, serán un pueblo indígena asentado en el otro lado de la montaña —señaló el doctor tratando de tranquilizarla.

Ella se sentó contra la pared de roca. Podía escuchar el suave murmullo de las olas rompiendo en la playa. Un escalofrío recorrió su espalda. No sabía si era mejor seguir oyendo el ritmo constante de los tambores o el solitario

silencio en que se había quedado todo.

—Doctor —llamó, alargando la mano a su bolso—. ¿Le importa si me fumo un cigarrillo?

—No sabía que fumaras. Por mí puedes hacerlo, pero que sepas que es malo para la salud.

Ella frunció los labios recordando a sus abuelos. Solían decir exactamente lo mismo. De hecho, no conocía a nadie que no dijese la misma frase. Se encendió el tabaco y con las primeras caladas se mareó. Llevaba días que no lo hacía y en ese momento no se sintió mejor por hacerlo. Había pensado que el humo en sus pulmones, de alguna manera, iba a conseguir serenarla, pero los nervios estaban latentes en cada poro de su piel.

—No me gusta vivir aquí —le confesó con voz apagada—. Es una tierra de... peligros y de... guerras.

—¿Nunca has ido de safari?

En las sombras, Marina buscó la mirada del doctor, extrañada. ¿Ibarrúri la estaba vacilando?

—Sí, una vez. Pero no sé si se puede considerar safari. Era una especie de Zoo un poco cutre. Había un par de cocodrilos que olían fatal, insectos disecados, algunos monos que se nos subían al coche, y una especie de toro con unos cuernos enormes. Ah —recordó—, y una llama bastante divertida. A mi amiga se le ocurrió abrir la ventanilla del coche y preguntarle: «¿Cómo te llamas, llama?». Y el animal la escupió en toda la boca. ¡Qué asco! Aunque fue muy gracioso.

El doctor soltó una suave carcajada.

—¿Hablas en serio?

—Sí. —Se encogió de hombros. Muchas veces se habían reído de ese día—. ¿Usted ha ido de safari?

—Yo fui siendo joven, y esto me lo recuerda mucho. Recorrí la selva, los desiertos... África, Asia, algunos países sudamericanos. Encontré nativos de lo más amable y otros menos, pero ninguno de ellos son gente mala. Solo se

agarran a sus costumbres.

—Es una costumbre un poco fea comerse los unos a los otros.

—Hacer sacrificios, rituales, entregar tributos.

—¿Usted disculpa el canibalismo? —le preguntó Marina, sorprendida.

El doctor chasqueó la lengua.

—Soy totalmente contrario a la violencia. —Se ajustó las lentes—. Jamás se me ocurriría probar la carne de una persona, sin embargo, a veces, por propia supervivencia, la gente lo hace.

La cara de Marina se iluminaba cada vez que ella aspiraba de su cigarro.

—Yo vi una película...

—¡Estamos hablando de hechos verídicos!

—¡Y yo también! —exclamó—. La película era de unos hombres que tienen un accidente en avión en un lugar donde las temperaturas eran muy bajas, y terminan comiendo carne humana de los pasajeros que habían muerto, para sobrevivir.

Él se disculpó por haberse apresurado en interrumpirla.

—He leído el libro, sí, es cierto, está basada en un hecho real. Muy desesperado se tiene que estar para actuar de esa manera —admitió.

Marina apagó la colilla en la arena y la enterró profundamente. «Sí, demasiados desesperados», pensó. Ocultó un bostezó tras la mano. Cerró los ojos y durante unos minutos evocó de nuevo las caricias de Jeremy, su sonrisa traviesa, el brillo de sus ojos azules. Suspiró con un nudo en la garganta. En todas sus relaciones, ninguna seria, nunca se había preguntado si iba a durar mucho con alguien o en cómo sería si se enamoraba de este o de aquel. Jamás lo había pensado. Y, sin embargo, ahora... Jeremy era de otro mundo. Era un sueño que se acabaría pronto, y ella... quería regresar a casa, pero ¿sería cierto que Jeremy lo haría con ella?

Abrió los ojos sintiendo que el nudo de su pecho ascendía a la garganta impidiéndole respirar. Él le había dicho que se dejara llevar. Qué disfrutara del momento, y tenía razón. El doctor lo hacía. Volvió la cabeza hacia él.

Estaba en pie, con la espalda vuelta hacia ella, observando el mar, y las manos cruzadas por detrás. La misma posición que cuando daba clases. ¿Cómo serían las cosas cuando volviesen a casa? ¿Contaría él que Keops tenía poderes? Decidió romper el silencio. Tanta quietud conseguía ponerla nerviosa.

—¿Tardarán mucho en volver?

Ibarrúri no se giró.

—Es posible que un rato. ¿Por qué no te duermes un poco? Los tambores ya no suenan, y si se acercase alguien, puedo escuchar sus pisadas desde lejos.

Al principio, Marina se negó a recostarse, pero el doctor terminó convenciéndola y acabó dormida envuelta en una de las mantas. Entre sueños la asaltó de nuevo el apuesto rostro de su pirata particular. Sus mechones dorados por el sol que caían sobre sus hombros acariciando su fuerte cuello. Sus músculos que tenían las proporciones exactas para su constitución. Los duros pectorales y el vientre. ¡Él sí que tenía una buena tableta de chocolate! De haber vivido en su época, hubiera sido seguramente el modelo masculino más demandado de la historia. Y entonces lo vio. Jeremy estaba en el hueco de una puerta, con el hombro apoyado en el quicio, los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa divertida dirigida solo a ella. Marina deslizó sus ojos sobre él observando su kimono blanco, anudado con un cinturón oscuro. Se había recortado el cabello y se le enroscaba en el cuello de una manera muy sexi. De pronto la imagen dio paso a un grandioso desierto de arenas doradas, y Jeremy, tras ella, rodeaba su cintura y besaba el hueco bajo el lóbulo. Podía sentir su aliento, su calor, el deseo de sus labios.

—Naunet, corazón. —Y su voz embargada de amor viajó con el viento.

Las primeras luces del alba iluminaban todo en un tono gris, mezclándose sobre el horizonte con los violetas de los inminentes rayos de sol que iban hacer su aparición de un momento a otro.

Con un fuerte jadeo, se despertó sobresaltada y con el corazón enloquecido. Respiró retirando la angustia de sí y poco a poco se mentalizó del largo y musculoso cuerpo tendido a su lado. Lo miró. Jeremy dormía con la cara hacia abajo y las manos sobre su improvisada almohada. «Muy cansada debía estar

para no escucharle llegar en la noche», pensó frunciendo el ceño. Últimamente estaba descuidando mucho la guardia o confiándose demasiado a extraños.

Volvió a llevar sus ojos hacia Jeremy, recordando su sueño. Su corazón palpitó con fuerza. Había sido una imagen tan real... El haberlo imaginado en su época, vestido de... ¿de artes marciales? Suspiró con fuerza, se arrebujó bajo las mantas y se pegó más a él. Llegó a la conclusión de que en su inconsciencia habría esbozado su determinación por apuntarse a las clases personales y que al profesor le había puesto la cara de Jeremy. ¿Pero la imagen del desierto con las dunas? Con un estremecimiento nacido de la incomprensión, recordó las palabras de su sueño. No le pareció muy extraño que su subconsciente también evocara a Naunet, la hija de Keops. Ibarrúri había estado contándole sobre la Gran Pirámide de Guiza; según Heródoto había narrado: «Keops mandó construirla y llegó incluso a prostituir a su propia hija para así obtener fondos con los que concluir su pirámide...», aunque todavía nadie podía saber a ciencia cierta si fue a su propia hija a quién vendía o si era a Henutsen, su esposa.

Jeremy movió la cabeza para mirarla, pero Marina cerró los ojos fingiendo que dormía. Sintió su brazo cruzando su cintura y el cálido aliento masculino sobre la frente.

—¿Qué tal has dormido, corazón? —susurró cerca de su oreja. Su voz sonó profunda, masculina y ronca.

Con un latido más fuerte de lo normal, ella abrió los ojos y lo miró. «Naunet, corazón». Era la misma voz.

—¿Marina?

Ella parpadeó y se perdió en los azulados ojos con una leve sonrisa.

—Muy bien, anoche no te oí llegar.

—Dormías como un lirón.

—¿Tú has podido descansar?

—Mejor que nunca —respondió—. Hoy te enseñaré a usar el puñal.

—Prefiero un buen baño y un poco de la asquerosa achicoria de Donald

antes. —Soltó una risilla—. Va a ser verdad y al final me va gustar esa guarrería.

Jeremy rodó hasta quedar frente a ella y, con dulzura, le apartó uno de los bucles que caían sobre su mejilla.

—Lo que ocurre es que eres un poco exquisita y estás mal acostumbrada con las comidas, eso es porque nunca has pasado necesidades, pero a veces no hay más opciones que agarrar lo que a uno le dan. Yo antes también lo odiaba, pero ese brebaje es capaz de hacer despertar a un dragón.

Ella no lo dudaba. De pronto recordó los tambores.

—¿Qué pasó anoche? Visteis a alguien.

—Sí, se trata de una pequeña aldea cerca de la costa. No habrá más que un puñado de casas. No se podía ver muy bien, pero no parecen muy peligrosos. De todos modos, ascendimos la montaña y vuestro tío llevaba razón. Es un volcán. En verdad yo nunca he visto ninguno, pero Donald dice que él lo ha visto en alguna ilustración. No sé, me contó algo de Pompeya.

Marina asintió.

—Ah, Pompeya, una bonita historia.

—Cuéntame.

—¿De verdad quieres saber? —Él asintió—. Pues fue una ciudad de la Antigua Roma ubicada, junto con Herculano y otros lugares más pequeños, en la región de Campania, en Italia. El volcán llamado Vesubio se encontraba muy cerca y entró en erupción en el año setenta y nueve después de Cristo. Arrasó la ciudad entera. Al principio comenzó a caer una delgada lluvia de cenizas que los habitantes ni siquiera advirtieron; luego, pequeñas piedras volcánicas, y la ciudad quedó envuelta en vapores de azufre. Muchos pompeyanos, aterrorizados, se encerraron en sus casas, pero en algunos casos los techos se derrumbaron y los dejaron sepultados.

—¿No pudieron escapar?

—Un volcán en erupción es lo más letal e imparable que existe en el mundo y, cuando escupe la lava, ya no hay lugar donde esconderse. Imagina un fuego

líquido y espeso arrastrándose por el suelo, cubriéndolo todo por entero, arrasando todo lo que encuentre a su paso.

—Estás hablando de algo que ocurrió hace mucho tiempo, pero supongo que la humanidad ha adelantado algo para poder... pararlo.

Marina negó.

—Hemos evolucionado mucho, es verdad, sin embargo, los fenómenos naturales suelen escapar a nuestro control; inundaciones, incendios, tormentas, huracanes... Claro que con esto no quiero decir que no llegue el momento en que seamos los dueños y amos de todo.

—Me gusta que me cuentes cosas —admitió, mirándola con la expresión entusiasmada de un niño que recibe un regalo.

—A mí también —respondió ella—, contarte y que me cuentes, y todavía no me has dicho si los nativos están lejos o cerca.

Jeremy agitó la cabeza, un gesto que quería decir: «regulín, regulan». De repente se apoderó de sus labios con un beso fuerte y apasionado, y cuando la escuchó gemir, se apartó con una sonrisa burlona.

—Vamos, es hora de levantarse —dijo incorporándose. Le tendió una mano y la ayudó. Se arrimó a ella y le encerró la cara entre sus fuertes manos.

Marina lo miró hipnotizada. ¿Era cierto que ese hombre estaba por ella? Entonces volvió a besarla como para demostrárselo. Los ardientes labios del hombre cubrieron los suyos y Marina suspiró anhelante en respuesta. Mentalmente se dijo que debía regañarlo. No podía actuar como le diese la gana delante del decano cuando se suponía que Ibarúri era su tío. Se obligó a separarse de él con una mirada de advertencia.

En ese momento, el doctor abrió los ojos y se estiró bajo la manta. Donald continuaba durmiendo.

—Puedes bañarte tranquila, Marina. Esa zona esta despejada y no hay nadie en los alrededores. —Jeremy se volvió hacia donde estaban guardados los útiles de cocina y se dispuso él mismo a preparar la achicoria.

Estupefacta, recogió su bolso y una pastilla de jabón de las que Gabrielle

les había dado, y se marchó al estanque. No se demoró mucho. Se frotó el cuerpo y el cabello. Extendió su ropa interior sobre unas rocas al sol y se puso el vestido amarillo. No le quedaba tan apretado como el día anterior y se dio cuenta de todo el peso que estaba perdiendo en cuestión de poco tiempo. «No necesito estar más delgada», se dijo. En su adolescencia había sido muy escuálida, aunque de pechos generosos, y eso había causado un complejo bastante importante en ella. No podía olvidar la vez que iba hacia el colegio y un hombre mayor, con aspecto de trabajador de reparto, le había dicho: «Nena, tienes más delantera que el Real Madrid¹». Debido a eso, durante una época larga, había usado camisas amplias y jerséis varias tallas más grandes. Su abuela en aquellos días le decía: «¿dónde vas con esos serones?». Solo al cabo del tiempo, cuando su cuerpo pasó de niña a mujer, se enorgulleció de sus atributos. Si hubiese tenido unos centímetros más de alto, habría poseído las medidas justas que exigían a las modelos.

Sentada en la piedra, dejó vagar sus ojos verdes sobre las aguas. Era impresionante la belleza del paisaje, la alta cascada que caía con tanta fuerza que la espuma flotaba en el aire antes de llegar al lago y empujaba los nenúfares hacia las orillas. Las flores de loto también parecían ir cambiando de posición según les llegaba la brisa. En el sitio más alejado de la corriente, donde Marina se había bañado, el sol se reflejaba en las aguas flotando en una deliciosa calma, igual que pedacitos de papeles dorados mecidos a la deriva. De vez en cuando, algún pececillo curioso sacaba la cabeza para espiar; otros más osados saltaban en busca de una presa que llevarse a la boca.

Marina sacó su móvil. Apenas quedaba batería. Tomó un par de fotos al lago y, al mirarlas, en la galería descubrió el retrato que había sacado a Jeremy el primer día. Con prisa recogió las prendas y corrió a la playa. Los hombres estaban bebiendo la achicoria.

—Poneros todos juntos —ordenó Marina, dejando caer el bolso y sus prendas íntimas al suelo. Ya las lavaría más tarde, aquello era mucho más importante. Necesitaba tener recuerdos de ellos en caso de poder regresar. No quería olvidarse nunca de sus caras.

Le costó un poco que ellos se pusiesen de acuerdo, pero al final lo consiguió. Luego le pidió al doctor que le sacara a ella con Jeremy y Donald, y luego otra a ella sola con Jeremy. Aquella foto, sin duda, iba a guardarla como oro en paño.

Se posicionaron de espalda a la playa. Ella le pasó un brazo por el talle y Jeremy le colocó el suyo en el hombro. Ambos miraron serios la cámara con un deje de angustia.

—¿No deberían sonreír, doctor? —preguntó Donald, observándolos con una brizna de hierba en la boca.

—Cierto —respondió él, alzando la vista de la pantalla del móvil a los jóvenes—. No suelo hacerlo mucho, pero voy a contaros un chiste que se me ha venido a la mente. —Marina arqueó las cejas, sorprendida. A Jeremy se le escapó una sonrisa—. Bien. ¿Qué le dice una nalga a otra nalga? —Guardó silencio unas décimas de segundo y se preparó para tomar la fotografía—. El pasillo está sucio.

Como Ibarúri había esperado, todos, incluido Donald, estallaron en fuertes carcajadas. Unas risas divertidas que perduraron casi toda la mañana y que cuando comenzaban a desaparecer, volvían a emerger con la repetición de la ocurrencia. Más tarde, cuando Jeremy y Donald se marcharon a explorar la cara norte de la montaña, en uno de esos momentos de relativa calma, Marina vio al doctor con la mirada perdida en lo alto del volcán, haciendo sus cálculos. Ella llegó, lo cogió del brazo con cariño y esperó que bajase la mirada hasta ella.

—Eres el mejor tío que podía desear. —Lo besó en la mejilla y se marchó por donde había venido.

El decano la miró con ojos húmedos, emocionado hasta la médula. Estaba seguro que de haber tenido hijos, hubiese deseado una hermosa niña como ella. Sus abuelos debían de estar muy orgullosos.

1 Real Madrid: Equipo de fútbol español.

Capítulo 13

Rebelión

—¿Es cierto lo que dicen, Naunet?

Antes de que ella le respondiese, Asim vio en su mirada perdida la certeza de lo escuchado.

Él maldijo y gritó. Naunet cayó sobre el suelo, arrodillada ante él, suplicando un perdón que Asim no estaba cualificado a otorgar.

—¡Quiero morirme, Asim!

—No, no, no —respondió en un sordo lamento. *La recogió del suelo y la abrazó con fuerza. Sus manos ya no eran las únicas que habían tocado su cuerpo. Ella ya no era tan pura como hacía unos meses, pero no le importó. Con ojos abnegados en lágrimas, besó las mejillas de su amada—. Te amo, Naunet. Nunca más digas eso, corazón. Nos marcharemos juntos, nos iremos...*

El tyaty penetró en las habitaciones de Naunet guiado por Henutsen.

—Asim, hijo mío, debes salir de aquí, si Jufu se entera de que has desobedecido su orden, te juzgará y te maldecirá el resto de tu vida.

El hombre se giró a su padre con una mirada llena de odio.

—¿Por qué no me dijiste cuáles eran los planes del faraón? ¿Por qué no me contaste que necesitaba talentos de plata y que para ello vendía el cuerpo de Naunet?

—¡Te van a escuchar! —advirtió Henutsen aplastando su espalda en las dobles puertas del cuarto—. Hay soldados fuera.

—¡Madre, ayúdanos a escapar de aquí! —suplicó Naunet, aferrada a la cintura de Asim con fuerza.

Callaron repentinamente cuando escucharon el fuerte barullo que acababa de iniciarse en el corredor.

El tyaty tembló acongojado.

—Ya vienen hacia aquí, Asim, te han descubierto.

Naunet corrió hacia su madre y se arrodilló ante sus pies.

—No permitas que nos separen, madre.

Henutsen se inclinó a ella y, poniéndole las manos sobre los hombros, dijo:

—No puedo intermediar o yo también seré castigada.

Muy firme, aunque con lágrimas en los ojos, Naunet se puso en pie y sostuvo la angustiada mirada de su madre.

—Entonces prométeme que harás lo posible para que en el más allá estemos juntos.

Desde fuera aporrearon la puerta. Jufu gritaba pidiendo pasar.

—Lo juro, Naunet —dijo, por fin, su madre—. Lo juro por mi vida y mi muerte.

Marina se detuvo unos segundos a tomar aire. Hacía un calor pegajoso y era mucho peor a medida que iban ascendiendo la loma del volcán. Por unanimidad, habían decidido que en vez de rodearlo iban a ascenderlo, y en la noche hubiese sido mejor, pero a pleno mediodía Marina sentía que se iba a deshidratar.

—Toma, bebe un poco.

Jeremy le entregó un odre de agua fresca, y ella se apresuró a echarle un buen trago. El agua cayó por sus comisuras perdiéndose en el profundo escote de su vestido. Justo allí donde Jeremy tenía clavados su ojos azules con admiración.

Marina le devolvió el agua, ruborizada. ¿Desde cuándo se había vuelto él tan osado y descarado? Con una sonrisa ladina, se restregó las gotas por todo el escote y cuello, refrescándose y, al mismo tiempo, provocándolo.

—Hasta hace poco pensé que eras un caballero. Mi tío al final te va a echar la charla.

Los ojos de él se oscurecieron por la lujuria.

—Y soy un caballero, si no lo fuera, en este momento estaría lamiendo las gotas de agua que resbalan por tu piel.

Marina se apartó ligeramente y lo miró con fijeza. Un extraño calor, que nada tenía que ver con el propio de las temperaturas de ese día, le recorrió todo el cuerpo. Jeremy estaba espléndido. El cabello rubio le caía en ondas hasta la mitad de la espalda. El día anterior se había afeitado, pero ya tenía las mejillas algo oscuras por el nuevo nacimiento.

—Eso si yo te dejo —le susurró, sensual y juguetona.

Él se mordió el labio inferior con deseo. De repente se espabiló, bebió agua y la miró alzando las cejas.

—¿Y qué significa echar la charla?

—Que te va a regañar.

—¡Ah, eso! —Dedicó a la chica una mueca canalla—. Pero sigue haciendo más daño mi espada, ¿no?

—Eres malo.

Él sonrió; el viento cálido le alborotaba el cabello.

—Solo perverso contigo.

Marina soltó una risita y, con renovadas fuerzas y una repentina alegría, reinició la subida. Unas fuerzas y una alegría que fueron desapareciendo a medida que el camino se volvía más difícil y tormentoso. Y la peor parte todavía estaba por llegar, ya que aún les quedaba un poco para alcanzar la kilométrica boca del volcán.

Sintió deseos, en más de una ocasión durante la subida, de preguntarle si había pensado aquello que habían hablado en la fragata. Lo de viajar con ella al futuro. Sin embargo, no tenía valor de hacerlo. ¿Y si él decidía que no? Además, ella se ponía en su lugar y, después de descubrir un tesoro y convertirse en una persona rica, ¿por qué iba a dejar todo eso para irse a un lugar desconocido donde apenas entendía las palabras modernas? ¿Dónde la falta de trabajo estaba a la orden del día?

—¿Qué ocurre? Te has quedado muy callada de repente. —Observó él.

—No es cierto. Estoy muerta de calor y deseando llegar a lo alto.

—¿Quieres que te lleve en brazos?

Marina lo miró sobre el hombro arqueando las cejas. Jeremy cargaba con varios bultos a la espalda, al igual que el doctor y Donald. Solo ella se había librado de llevar algo, excepto su bolso y el maletín de Ibarrúri.

—¿Lo harías?

Jeremy le regaló una mueca burlona.

—¿Por qué no? Pesas menos que una pluma y me gusta tenerte en mis brazos.

—Te ofreces porque antes te he dicho eso del caballerismo, ¿verdad?

—No. —Rio—. En el fondo tienes razón... —A propósito, acercó su cuerpo al de ella rozando todo su costado con sensualidad. Se inclinó sobre su oreja—... no soy ningún caballero. —Antes de levantar la cabeza, le propinó un suave lametón bajo el lóbulo.

Ella se estremeció sintiendo de repente que todos los poros de su piel se abrían. Con disimulo, observó a Donald y al decano que iban por delante. Estaban charlando y ninguno les prestaba atención.

—Eres un caradura. —Lo golpeó con la cadera, apartándolo un poco.

—¿Te molesta que tu tío sepa que estoy loco por ti?

—Hombre, es un poco... raro. Sé que te conté que en mi siglo algunas mujeres pueden tener más de un novio durante su vida, pero no sé qué puede pensar él de todo...

—La otra noche hablaba en serio cuando te dije que si puedes regresar a tu época, voy a ir contigo —dijo muy serio. Ella se paró a mirarlo, con el corazón latiendo a mil por hora—, pero si no lo consigues, serás tú quién se quede conmigo.

—¿Esto es una especie de trato?

—Así es. Te amo.

Marina apretó los labios con fuerza y deslizó la vista por cualquier lado que no fuese él, pensando. En seguida le devolvió la mirada con un amago de

sonrisa.

—¿Estás de veras seguro? Con el tesoro que hay junto a Keops, podrías comprarte cualquier cosa.

Él pareció ofenderse.

—Cierto, que en el entorno en el que he vivido, el dinero, la comida, el abrigo, todo eso ha sido de lo más primordial e importante en mi vida. Es posible que la tentación sea enorme, Marina, sin embargo, yo no soy tan prosaico. Quizá todo ese dinero no pueda comprar mi vida para siempre. Y puede que sea probable que no me entiendas, pero siento que tú y yo hemos nacido para estar juntos. Que por ese motivo has venido hasta aquí, para buscarme. Es algo que no soy capaz de explicar.

—No te enojas, Jeremy —le respondió ella, nerviosa por su reacción—. Yo creo que también tengo esa sensación. Esta mañana soñé contigo. —Estiró una mano hacia él y entrelazó los dedos con los suyos—. Estabas en mi siglo y eras profesor de artes marciales.

Él agitó la cabeza, la instó a continuar caminando mientras le contaba en qué consistía ese deporte. Los otros les sacaban una buena ventaja.

Jeremy se sentía un poco abochornado. Había esperado que Marina retribuyese sus palabras, tal vez con un «yo también te amo». Ahora no estaba muy seguro de que ella correspondiese a sus sentimientos y siguió dándole vueltas a la cabeza hasta que de nuevo, con impaciencia, volvió a sacar el tema.

—¿Por qué no me crees cuando te digo que te quiero? ¡Maldita sea! Si digo que te amo es porque es verdad.

—¡De acuerdo! —exclamó ella viendo que se estaba enfadando—. Te creo. —Le regaló una sonrisa que a ojos de él era la más dulce del mundo—. Yo también siento por ti muchas cosas. —Se puso colorada y miró al frente al tiempo que musitaba muy bajito—: Te quiero.

Jeremy alcanzó a oírla, suspiró aliviado y sonrió.

—No ha sido tan difícil.

—Jeremy, lo que antes dijiste, eso de venir a buscarte y esas cosas... —Él asintió—... Yo tampoco puedo explicarlo, pero nosotros ya habíamos estado juntos antes. Creo que nos conocimos en... otra vida. No sé por qué tú descubriste a Keops y te encargaste de que llegase a manos de... del doctor. Fue como una señal que he debido esperar muchos años para... —Agitó la cabeza y se rio de sí misma y de las locuras que decía—. A veces siento que soy otra persona. Que ni siquiera pertenezco al siglo XXI.

—Yo siento lo mismo desde que te conozco. Incluso es como si el doctor me recordase a alguien.

—Él no es mi tío. —Se sinceró—. Necesito sentarme un minuto, por favor —le dijo. Avisó a los que encabezaban la marcha que siguieran subiendo sin ellos.

Jeremy puso una expresión crispada. Era la primera vez en toda su existencia que estaba tan confundido y, sin embargo, no podía decir a Marina que no creía lo que decía cuando le había demostrado que todo era verdad. Los edificios de las fotografías de su pequeño aparato, ¿cómo habían dicho, eléctrico? ¿Y la música? Eso tampoco era algo que Marina o su tío se hubieran podido inventar. ¿Había dicho que no era su tío? ¿Que él descubrió a...?

Marina le explicó la verdad hasta donde ella sabía, porque tampoco era que tuviesen muy claro todo aquello. Le habló de la coincidencia de sus iniciales con las de la persona que encontró a Keops, de su verdadera relación con el decano de la universidad donde estudiaba arqueología, del sentimiento de estar destinados juntos...

—Como si esto ya lo hubiésemos vivido más veces. Es complicado de entender —siguió diciendo.

—Estos días creía que lo que sentía por ti era pura atracción, sin embargo, el otro día en el barco, y anoche cuando te besé, era como si te hubiese besado más veces antes. ¿Por qué sentimos esto?

Marina agitó la cabeza y le acarició la mejilla con una mano.

—No lo sé. El doctor Ibarrúri cree que resolveremos el misterio en cuanto tengamos a Keops.

Jeremy echó un vistazo a su alrededor, con los dientes apretados, en un intento por ignorar el ardor que sentía en la entrepierna. En cuanto bajaba la vista al escote de Marina, su miembro se endurecía al instante. Era consciente de que en ese momento solo debía pensar en todo lo que ella le había contado, en cambio, fuese como fuese, tampoco le importaba mucho averiguarlo. Nunca se había encontrado tan comfortable con alguien como estando a su lado, por lo que todo podía irse al diablo o esfumarse en las oscuridades de los avernos mientras continuasen juntos. Sin poder contenerse, alzó a Marina contra él y se apoderó de sus labios ahora que nadie podía verlos.

A ella le flaquearon las piernas. Antes de perder el equilibrio y caer, sus brazos envolvieron los amplios hombros de Jeremy al tiempo que sus dedos se enredaban en su cabello. Él se sentó en una roca y la colocó sobre sus piernas después de levantarle la falda del vestido. Necesitaba sentirla de nuevo, y estaba a punto de penetrar en ella cuando lo interrumpió un potente silbido que hizo eco en las rocas. Ella se tensó. Jadeando, Jeremy le clavó sus ojos con firmeza.

—No los escuches, corazón, no es nadie. —Volvió a besarla mientras, de manera sensual, frotaba su mano provocando la humedad que facilitara su incursión. No se veía capaz de posponer el asunto a otro momento. La deseaba, y todo él clamaba por poseerla.

Ella también quería sentirlo dentro. Era más una necesidad física que simple sexo, sin embargo, otra vez el silbido se mezcló con sus gemidos.

—¿Y si es importante? —le susurró contra su oído. Dejó de respirar al sentir la mano de Jeremy apartándole las bragas hacia un lado. Cerró los ojos, olvidándose de todo, pero los volvió a abrir cuando notó que él otra vez le colocaba la ropa al tiempo que apoyaba la frente en su cabeza.

—Te prometo que como no sea nada importante, los degüello —dijo entre dientes. La agarró de la mano y la ayudó a incorporarse, recogió los bultos de nuevo y la hizo seguir subiendo hacia la cima.

—Y si no lo haces tú, lo hago yo.

Jeremy soltó una risa. Y sí, quiso degollarlos al llegar hasta ellos y

descubrir que solo los llamaban para que no se entretuviesen.

Al cabo de tres cuartos de hora, se detuvieron todos sobre una estrecha explanada. El aire corría con fuerza y las temperaturas habían descendido hasta tornarse frías.

—La buena noticia es que el volcán es inactivo —informó Ibarúri.

A un lado se encontraba todo lo que habían dejado atrás, el mar verde azulado brillando bajo los rayos del sol, las playas de arena fina... Y al otro, un cúmulo de nubes por las que se veía a través una densa vegetación parecida a la selva. Todo el cráter estaba vivo. El sonido de los animales que lo habitaban flotaba hasta allí.

Marina se sentó con las rodillas dobladas y los brazos sobre ellas.

—¿Pero Keops dónde se encuentra con exactitud?

—Viéndolo desde aquí, puedo asegurar que está ahí abajo. Paciencia, Marina, ya estamos cerca.

—Ánimo, señores. —Jeremy palmeó la espalda del doctor con jovialidad—. Es mejor bajar que subir. Y será mejor hacerlo antes de que se nos haga de noche. —Con decisión, fue el primero en abrir la marcha—. Tendremos que encontrar un buen lugar donde pasar la noche.

Con un gruñido, Marina dejó que Donald la ayudase a levantarse y comenzaron a descender por el interior del volcán. El viento soplaba con una garrafal velocidad moviendo las copas de los árboles de un lado a otro. La selva estaba formada por varias elevaciones. Había árboles de muchos tamaños, pero los que más llamaban la atención eran aquellos que medían entre cuarenta y cincuenta metros, buscando la luz del sol, y que estaban bastante separados entre sí. Era difícil poder identificar la especie a la que pertenecían, pues sus hojas, flores y frutos se encontraban tan altos que no alcanzaba la vista. La mayoría de los troncos de estos gigantes no eran muy anchos.

A medida que el grupo seguía bajando, la temperatura se fue templando, sin embargo, la humedad se fue haciendo cada vez más insoportable. Los árboles más pequeños, que medían entre diez y treinta metros, crecían tan juntos que

las copas de los árboles conformaban una bóveda al estar casi unidas unas con otras, formando una especie de techo que cubría a las plantas más pequeñas. Aunque, como pudieron comprobar, ese techo de ramas y hojas no estaba completamente cerrado, sino que tenía agujeros por donde dejar pasar luz solar.

Marina tuvo una pelea contra los insectos que, molestos, rondaban sus cabezas. Ni siquiera se atrevía a abrir la boca, no fuese a ser que le entrase algún mosquito.

—No penséis en ellos —había dicho Donald.

Y ella lo intentaba, pero era muy difícil. No hacía más que tratar de espantarlos de su rostro a manotazo limpio, llevándose algún guantazo propio. Sabía que si aquello no acababa pronto, iba a ser presa de un ataque de nervios. Otro motivo para estar tan alterada era la presencia de los monos que podía ver y escuchar entre las ramas. En el zoo, metidos en sus habitáculos, le habían parecido divertidos y hasta graciosos. Incluso cuando los había visto en el safari y era ella la que estaba en el interior del coche. En cambio, tenía que reconocer que verlos en libertad le causaba bastante temor. Cada vez que ellos chillaban, Marina se encogía o daba un brinco. ¿Y si los atacaban y les contagiaban alguna enfermedad?

Cuando terminaron de descender del todo, la humedad se hizo todavía mayor, al igual que las sombras. Pero también había claros y todos parecieron respirar mejor. La vegetación no solo era bastante espesa, también muy variada. Apoyado en las ramas de los árboles, había líquenes, musgo y, sobre todo, muchos helechos. A Marina siempre le habían gustado los helechos. Los encontraba más decorativos que muchas de las ramitas delgadas que metían los floristas en los ramos.

Con un rumbo más o menos fijo, continuaron caminando. Jeremy y Donald iban por donde el doctor les indicaba, apartando arbustos con sus espadas. Las afiladas hojas cortaban el viento con brusquedad.

—¿Qué pasará si se nos cierra la noche aquí? —preguntó Marina. Conocía la respuesta. ¿Qué otra alternativa quedaba? En cambio, deseaba oír que

sabían dónde había un refugio o un lugar abrigado donde dormir. En la playa se había sentido más segura a pesar de que había indígenas cerca. Pero allí... ¡Estaban en una selva! ¿Qué animales coexistían por esos lares que no fuesen salvajes?

—Es cierto, Marina. Deberíamos buscar un sitio donde pasar la noche y comer algo. Por hoy ya se nos ha hecho bastante largo. ¿Señor Snow, cree que podremos hacer fuego con tanta humedad? —preguntó el decano observando el cielo—. Puede que haya tormenta.

—Si queremos que los animales se mantengan alejados, no tenemos otra alternativa que hacerlo.

Buscaron un lugar cerca de un tronco caído e improvisaron una especie de cabaña con ramas y montones de hojas. Donald y Jeremy consiguieron hacer fuego en el tercer intento y, cuando la noche se hubo cerrado del todo, ellos ya habían comido algo y se disponían a esperar a que pasasen las horas. La tormenta se desató poco después en forma de lluvia intensa, y gracias a que habían metido la hoguera bajo un inventado tejadillo, no se extinguió.

Jeremy, sosteniendo la manta sobre su espalda, se había sentado junto a Marina, cubriéndole los hombros.

—Con un poco de suerte, mañana, a la luz de día, encontraremos nuevas pistas para buscar a Keops —comentó Ibarúri. Donald estaba junto a él, con la vista perdida en la oscuridad de la selva y en la cortina de agua que caía a raudales. Entre el humo del fuego y la lluvia, los mosquitos se habían esfumado. Al menos no había nada de viento ni la sensación térmica de hacer frío.

—¿Qué clases de animales hay aquí, doctor? Dijo que había estado antes en la selva, ¿verdad? —le preguntó Marina.

—Si te lo dijera, no podrías pegar ojo en toda la noche, y no es esa mi intención. Debemos descansar para lo que pueda surgir mañana.

Jeremy echó un vistazo a Marina y después posó sus ojos azules sobre el doctor.

—¿Es cierto que fui yo quién le hizo llegar la pirámide a sus parientes?

El decano observó a Marina.

—¿No pudiste callártelo?

Ella negó con la cabeza.

—Es justo que lo sepa, y también lo que piensa usted sobre las dimensiones y esas cosas.

—¿Sobre qué? —Donald estaba más perdido que una almeja en un botijo.

El doctor se lo explicó y le relató a Jeremy todo lo que él sabía. Marina, en cambio, dejó de escucharlos en cuanto Jeremy le rodeó la cintura con un brazo y ella apoyó la cabeza en su ancho hombro. Se durmió en un periquete.

Al día siguiente, emprendieron el camino por una estrecha senda. La humedad era pegajosa y, aunque la tormenta había cesado, el aire arrastraba el olor de lluvia, de aire fresco y otras fragancias que nacían de la vegetación. Hacía escasos minutos, Jeremy había matado una serpiente que a punto había estado de clavarle los colmillos. Desde ese mismo momento, Marina no se había atrevido a levantar la vista de por dónde iba pisando. Llevaban un par de horas andando y cuanto más lo hacían, más se adentraban en la selva. Sin darse cuenta de que el doctor se había detenido de golpe, ella chocó con su espalda. Se quejó con un gruñido suave y lo esquivó. Entonces ella misma se tuvo que parar al ver en medio de su trayectoria un gigantesco muro de vegetación, tan alto que debieron levantar la cabeza para ver el fin.

Marina tragó con dificultad y miró en derredor, nerviosa.

—¡No hay salida! —exclamó. Se acercó a Jeremy. Él estaba observando el muro con los ojos entrecerrados. Lo cogió de la mano y lo miró preocupada.

Él también llevó su vista hasta ella. No pudo evitar devorarla con ojos apasionados. Durante todo el tiempo había preferido ir delante por no tener que ir viendo sus bamboleantes caderas. Desde que se había despertado con ella en brazos, sintiendo el cálido aliento en su cuello y el dulce cuerpo pegado al suyo, se encontraba de un carácter pésimo y a punto de morder a alguien. Se sentía así desde el día anterior que los habían interrumpido y, al tiempo que su deseo había crecido, también lo había hecho su coraje al no haber satisfecho su necesidad.

—¿Qué hacemos? —le susurró ella, muerta de miedo.

Jeremy agitó la cabeza obligándose a mirar hacia otro lado. Marina no debía llevar tanto escote cuando él no podía saciarse. Tenía que decirle que deseaba que se volviese a poner su blusa. Se colocó el arma en el cinto y caminó hacia Ibarrúri llevando a la joven con él.

—¿Doctor, ahora qué?

Ibarrúri siguió estudiando el paisaje sin volverse a mirarlos.

—Debe haber una entrada por aquí.

—Es obvio que aquí no hay nada.

—¡Tiene que haberla! —respondió contundente.

—Bien, buscaremos por alrededor. De todos modos, este me parece un buen sitio para montar hoy el campamento —dijo Jeremy observando la zona.

Marina se estremeció con un escalofrío. En algún lugar por encima de ella, sobre los árboles, chilló un ave exótica.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella asintió. Recorrió con sus ojos una explanada que se abría a un lado de donde ellos se encontraban.

—¿Qué es aquello? —Señaló un pequeño claro.

Donald, Jeremy y ella enfilaron hacia allí y se encontraron varias lagunas pequeñas, unas muy cercas de otras, con aguas termales.

—¡Debemos estar muy cerca! —dijo Marina con entusiasmo. Se agachó sobre uno de los estanques y metió una mano en el agua—. ¡Está divina!

Jeremy se acuclilló cerca de ella, sin dejar de observar a su alrededor. Tenía la sensación de estar siendo vigilado por algo o alguien a quien no podía ver. Marina no se fijó en su preocupación, estaba mucho más alegre por las lagunas y por el baño que se iba a dar antes de que finalizase la tarde.

—Yo iré a mirar un poco a ver qué encuentro —dijo Donald ajustándose la espada en el cinturón.

—Si te encuentras en peligro, da un grito —bromeó Marina, incorporándose. Jeremy también se levantó.

—No creo que vos vengáis a salvarme. —Rio el escocés.

Marina se limitó a morderse el labio inferior con una sonrisa.

—Iré yo a rescataros —respondió Jeremy—, pero procurad tener cuidado, Donald.

Con el ceño fruncido, el pelirrojo observó a Jeremy que, con ojos entrecerrados, oteaba entre unos árboles bastante alejados. Siguió su mirada, alerta a cualquier posible movimiento. Después de unos segundos, se alejó a explorar.

—¿Jeremy?

—¿Si, corazón?

—Gracias por estar con nosotros y por habernos creído en todo —le dijo Marina.

Él le pasó un dedo por la mejilla.

—Elijo mil veces estar aquí que seguir en Tortuga. Te lo juro.

Marina se sintió más alegre y despreocupada de lo que había estado desde que llegó. Tan animada que hubiera sido capaz de ponerse a bailar una jota. El sonido del viento arrastraba hasta allí los sonidos de las aves y los animales salvajes, pero en ese momento no les temió.

—¿Te importa que me meta en el agua con una de tus camisas?

Jeremy pensó que era mejor eso que tener que imaginarla desnuda.

—Me parece muy bien. Tienes las mejillas quemadas por el sol. ¿Te duelen?

Ella se llevó las manos a la cara y asintió.

—Me escuece un poco. Con todas las cosas que he traído en el bolso y la pena es no haber metido alguna crema hidratante. Claro que no tenía ni idea de que iba hacer un viaje tan interesante. De haberlo sabido me habría venido preparada.

Él sonrió divertido. Le resultaba difícil apartar los ojos de su amplio escote y de la piel que, al igual que la del rostro, lucía colorada. Apartó la mirada en busca del doctor. Si Donald no estaba cerca...

Ibarrúri estaba pendiente de la pared de vegetación, mirándola con gesto adusto.

—¿Qué piensas? —le preguntó ella a su pirata con un mohín, como si supiese a la perfección cuáles eran sus pensamientos.

Los azules ojos brillaron excitados. Dio un paso hacia ella hasta rozar sus pechos con su torso. Una sonrisa se posó en su boca. Había algunos deseos en un hombre que eran más difícil de olvidar que el dejar de respirar.

—En que tenemos algo pendiente desde ayer.

Marina se ruborizó. Alzó la mirada hasta él y luego, de refilón, la llevó hasta el doctor que se acercaba a ellos, pensativo.

—Ahora no podrá ser.

Jeremy respiró profundo el aire y cerró los ojos por un momento para calmarse de nuevo.

—Tiene que haber algún sitio por donde atravesar ese muro —llegó diciendo Ibarrúri, enfrascado en sus reflexiones.

—Mañana por la mañana lo buscamos con tranquilidad, doctor. Ahora, por qué no se relaja mientras miro a ver qué podemos comer. Jeremy, podrías ir haciendo el fuego. —Marina se apartó de ellos caminando hacia los bultos que habían dejado en el suelo.

—¡Ah, vaya! Las termas están aquí —comentó Ibarrúri con un tono bastante emocionado.

—Sí, pero no os ilusionéis, doctor —le avisó Jeremy volviéndose de espaldas a Marina para que no pudiese escucharlos—, creo que no estamos solos. Donald ha salido a mirar.

—¿Nos ha seguido alguien?

—Algún pueblo de por aquí que siente curiosidad. Por el día ni siquiera se atreverán a acercarse, pero debemos estar atentos por si acaso. —Volvió la cabeza para admirar el muro—. Quizá podamos intentar abrir algún hueco para atravesarlo.

El doctor se frotó la barbilla, meditabundo. Finalmente asintió.

Cuando Donald se unió a ellos, Marina había extendido una de las mantas y sobre ella había dispuesto pan duro, «que no había un Dios que se lo comiese», queso, pollo frío, que estaba durísimo y tuvieron que humedecerlo con agua para poder ser tragado, y pescado seco. A pesar de todo, saborearon cada bocado. Más tarde, ella eligió una laguna poco profunda y se sentó junto a la orilla con la espalda apoyada en el borde. Con un suspiro, levantó la cabeza al cielo y cerró los ojos dejando que los tenues rayos de sol del atardecer bañaran su rostro. Era tan agradable sentir el agua templada en su cuerpo... más de lo que había imaginado. Pensó en Jeremy e, inconsciente, sonrió. Sabía que estaba deseando verla a solas. Ella también lo deseaba, pero jamás hubiese sido capaz de hacer nada que provocase las sospechas del doctor, o del mismo Donald, aunque el escocés se lo olía desde que la había pillado con el botón de la blusa desabrochado.

De repente sintió que le besaban la punta de la nariz y sonrió adormilada. No podía ser nadie más que Jeremy. Con desgana, abrió los ojos y encontró su cara sobre la suya, con los labios muy cerca de su boca.

—¿No sabes que es peligroso dormirse en el agua? —le dijo con un suave ronroneo que le provocó un escalofrío.

—No estaba dormida, solo relajada.

Él la besó, rápido y fuerte, se quitó el chaleco, el blusón y las botas. Dejó su sable en el suelo, tras la espalda de Marina, y con un solo movimiento se hundió en la laguna.

Ella lo sintió a su lado. Lo miró cuando él levantaba la cabeza al cielo y cerraba los ojos tal y como ella había hecho minutos antes.

—¿Me estas mirando? —le preguntó él, sin abrir los ojos, con una sonrisilla traviesa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque siento el calor de tu mirada.

Ella se echó a reír y, de forma impulsiva, lo besó en el hombro.

—¡Menudo pedazo de increíble ego que tienes!

Jeremy soltó una carcajada que se perdió en la pradera.

—Lo sé.

Marina se volvió un poco hacia él.

—¿Qué están haciendo los demás? —le susurró sensual, ocultando una sonrisa que podía delatar sus calenturientos pensamientos.

—El doctor se ha sentado contra un árbol y ha comenzado a dormir — respondió Jeremy antes de abrir los ojos y buscar a su amigo. Lo encontró haciendo flechas para el arco que se había preparado—. En este momento, todos parecen estar muy ocupados. —Volvió la vista a ella—. Eso me recuerda que antes de dormir nos entrenaremos un poco con la daga.

Ella pensaba que se había acordado de otra cosa y se sintió un poco decepcionada.

—¿Para qué voy a entrenarme? —murmuró—. Si vas a venir conmigo, me defenderás siempre.

—Sí, pero estoy más seguro si aprendes a usarla. Si por casualidad nos atacan aquí, siempre nos vendrá bien si nos echan una mano. —Él inclinó su cabeza hacia la de ella y capturó sus labios sin previo aviso.

Sorprendida, cerró los ojos y aspiró el aroma masculino de su piel. La lengua de él arrasaba la suya con un desenfreno absoluto, y cuando sus dientes mordisquearon con suavidad sus labios, comenzó a flotar, como si viajase en una esponjosa nube blanca. Gimió, y él entonces levantó la cabeza para mirarla fijamente. Desconcertada, abrió los ojos para ver por qué se había parado y se quedó perdida en una mirada tan azul e intensa que le quitó el aliento.

—¿Ocurre algo? —le susurró sin poder apartar la vista de la suya. Él negó.

Lo que ocurría era que estaba duro por ella sin apenas haberla rozado y que sentía que debía tranquilizarse para no perder el control de su cuerpo y de su mente. Comenzó a respirar mal y, con disimulo, volvió a mirar lo que Donald y el doctor hacían y dónde estaban. Marina leyó en su cara lo que se proponía, pues el deseo era algo que en ese momento él llevaba escrito en el rostro, en sus ojos, en sus gestos...

—No podemos —le susurró. Pero incluso antes de terminar de decir aquello, la mano de Jeremy se deslizó entre sus piernas con una intensa caricia.

—No podemos, pero lo estamos deseando los dos —repitió él. Con un movimiento muy diestro, hizo que abriese sus piernas y, en menos de un segundo, su magnífica mano asoló su piel como si fuese una bola de fuego.

Ella se estremeció, rendida por aquella acometida. ¿Era posible que él se atreviese a ir tan lejos teniendo tan cerca a los otros dos? Jeremy respondió a su silenciosa pregunta guiñándole un ojo con perversidad y sonriéndole con tanto erotismo que pensó que iba a alcanzar el placer antes de poder contar hasta tres.

—Nadie se va a enterar de nada, corazón, y sé que lo deseas tanto como yo. No te pongas tensa y déjate llevar.

—Pero...

Él le chistó con suavidad.

—Desde allí no pueden vernos, Marina, y si no gritas mucho...

—¡Yo no grito! —le tembló la voz cuando él incursionó con un dedo en su interior, llenándola por completo de un calor agradable y profundo, y casi, solo casi, haciéndola gritar—. Me vas a matar, Jeremy.

—Te prometo que esa no es mi intención. —Volvió a tomarla con la boca, y Marina le acarició la nuca, enredando sus dedos en los cabellos rubios, más que nada porque no sabía dónde poner las manos en ese momento.

A Jeremy le excitó el olor de su cuerpo y el sonido de su jadeante respiración contra su boca. Sus labios sabían a miel, sus manos eran suaves y cálidas. Con rapidez comenzó a quitarle las bragas, consciente de que a pesar de no querer ir deprisa, debían hacerlo para que no los descubriesen. Marina pensaba como él y lo ayudó con la prenda, cerrando las piernas.

—Siéntate sobre mí —le suplicó, cogiéndola de la cintura. Ella no se hizo de rogar y se colocó a horcajadas. Notó su sorpresa cuando se dio cuenta de que ya estaba preparado y de que se había bajado los pantalones lo suficiente para liberar el miembro. No pudo evitar soltar una risilla traviesa en su oído,

haciendo que se espigase por entera—. ¿Estás bien? —Ella asintió con la cabeza y le apoyó con timidez las manos sobre los hombros. Jeremy reparó en la humedad de su interior al deslizarse dentro. Era tan diferente a todo lo que alguna vez hubiera conocido o probado que lo asombraba. Tenía la tonta sensación de que a su lado el aire olía más fresco, el sol brillaba más y la vida era una auténtica aventura.

Marina gimió al sentir sus poderosos brazos alrededor de sus caderas. Estaba tan apretada contra su pecho que podía sentir su corazón latiendo y el sudor de sus cuerpos a pesar de estar bajo el agua. Temblaba con sus besos, con sus ardientes miradas que prometían un paraíso perdido. Él le había abierto la camisa y su mano, grandota y masculina, se ahuecó sobre uno de sus pechos con dulzura, levantando su cima para poder acariciarla. Marina dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió y suspiró, sintiendo que pronto alcanzaría el éxtasis total. Él pareció darse cuenta y la obligó a aumentar la velocidad. El orgasmo no tardó en llegar y ambos gimieron y jadearon en una profusión de enredados murmullos.

Marina posó los labios en el cuello de Jeremy, allí donde el pulso latía con fuerza, y lo regó con una multitud de besos agradecidos mezclados con su agitada respiración. Su corazón golpeaba como un loco en su pecho haciéndose eco en la garganta y en el mismo centro de su placer. «Dios, aquel sexo era de lo mejor que había probado».

—Somos malos —susurró ella, pensando, sin quererlo, en sus otros dos compañeros.

—¡No! Solo un poco jóvenes e impulsivos.

—Unos obsesos del sexo.

Jeremy soltó una fuerte carcajada.

—Vuelvo a discrepar. —Cogió la barbilla femenina para que le mirase—. Somos morbosos.

—Sí —admitió ella, y comenzó a besarlo otra vez en el cuello, dejando una estela húmeda tras el paso de su lengua. «Unos morbosos, descerebrados, obsesos del sexo», se dijo.

Tomándola de la nuca, él volvió a besarla. Un beso suave que luego fue profundizándose hasta volverse intenso y pasional. Acarició sin descanso su espalda y cintura y la besó sin reservas, como si no existiese en el mundo nadie más que ellos, como si no hubiese un mañana.

Marina se excitó de nuevo. Jeremy aún no había salido de ella y otra vez estaba dispuesto para seguir dándole placer. «Este hombre es una auténtica máquina». La boca de él sabía a ambrosía, y ella lamió y tironeó su labio inferior enloqueciéndolo de deseo. Juntos comenzaron a moverse de nuevo, primero despacio y con suavidad, luego los apremió la urgencia por alcanzar el éxtasis que cada vez se mostraba más cercano, y los movimientos fueron aumentando en intensidad y velocidad.

Capítulo 14

Si en verdad había algún animal salvaje cerca, con las escandalosas carcajadas de Marina hubiese sido raro no espantarlos. Jeremy y ella llevaban un buen rato practicando con el cuchillo. Él era asombrosamente diestro y ágil, en cambio, Marina no podía ser más patosa. Era incapaz de conseguir que la daga pasara dos minutos estable entre sus dedos. Cuando se retiraron a comer lo que Donald había preparado, ella por lo menos había aprendido a blandir— con bastante torpeza— el arma. Lo de lanzarla era un reto complicado, pues carecía de puntería.

Jeremy jamás se había reído tanto en su vida y nunca hubiese adivinado lo divertido que podía ser intentar instruirlo. Divertido y placentero, ya que solo con mirarla y verla reír, se había sentido satisfecho. La cara de facciones delicadas, los enormes ojos verdes bajo las elegantes pestañas, los gruesos rizos trigueños que acariciaban la línea donde terminaba la cara y empezaba el cuello... Todo el conjunto era un imán que capturaba su interés de una manera asombrosa. ¿Cómo era posible que todo eso le estuviese pasando a él? ¿De verdad podía ser tan afortunado?

Esa noche no estalló tormenta, pero si volvió a llover empapando las mantas. Antes de que amaneciese del todo, el grupo ya estaba en pie. Y como de costumbre, tomaron la achicoria, observando con interés cuál era el mejor sitio para abrir un hueco en la pared de ramas y plantas.

—Podemos seguir caminando hacia el sur en busca de alguna entrada — señaló Jeremy—, pero la senda no parece que avance mucho y quizá tengamos que dar la vuelta. —Y no quería pensar en regresar. Donald le había informado que había visto a indios vigilándolos desde una distancia prudente.

El doctor caminó hacia el muro, mirándolo con atención de nuevo a pesar de que había pasado las últimas horas sin apartar la vista de él. Estaba convencido de que debía tener una entrada en algún sitio.

—¿No es posible talarlo o cortarlo? —preguntó Marina.

Jeremy se encogió de hombros.

—Tiene troncos bastante gruesos.

Aunque ya no llovía, el cielo aparecía plomizo de retener el agua que amenazaba con seguir soltando.

Donald exclamó.

Jeremy y Marina, que se habían quedado mirándose el uno al otro, volvieron la vista al escocés. Donald había dejado caer varias cosas que tenía en la mano y observaba al doctor con los ojos abiertos como platos. Ibarúri había rebasado el muro. La extensa muralla de vegetación era una visión engañosa que constaba de tres paredes, dos más adelantadas, que dejaban un hueco en el centro y otra detrás, que parecía sellarlo.

Con una sonrisa emocionada, el doctor los miró con los brazos extendidos en cruz; en una de las manos llevaba el maletín y en otra, el mapa doblado.

—¿Cómo... habéis hecho eso? —preguntó Donald, mitad sorprendido, mitad asustado. Empezaba a creer que los forasteros tenían alguna clase de poder.

—¡Es un pasillo! —confirió Ibarúri—. No podíamos verlo porque se debió construir con ese propósito. Era demasiado artificial para haber crecido por sí solo en mitad de la jungla.

—Como un laberinto —musitó Marina, caminado hacia él para inspeccionarlo.

Jeremy corrió a ayudar a Donald con los bultos antes de que los otros dos desaparecieran. Sin embargo, Marina no pensaba alejarse de ellos. Se había detenido a esperarlos al lado del doctor y observaba los corredores que se abrían a ambos lados. Se apretó el bolso contra el cuerpo y preguntó:

—¿Qué dirección tomaremos ahora? ¿Derecha o izquierda?

El decano se encogió de hombros, indeciso.

—No lo sé.

—Pues vos decidís, doctor. Os seguimos —le dijo Jeremy llegando hasta

ellos.

—¿Usted no sabe que todos los caminos llevan a Roma, señor Snow? — Sin esperar ninguna clase de respuesta, giró a la izquierda. Apenas unos metros después, el pasillo se abrió ante ellos mostrándoles unos de los paisajes más exóticos y hermosos que habían visto nunca.

Marina exclamó llevándose las manos a la boca.

—¡Es una civilización!

El doctor asintió. Estaba a punto de darle una apoplejía. Se dejó caer en el suelo y Marina corrió hacia él. Le dio aire con una mano al tiempo que pedía agua a Jeremy. Él y Donald, paralizados como si se tratasen de dos estatuas, observaban la ciudad, impresionados.

Una vez que el doctor se recuperó, se puso en pie, se ajustó las lentes y estudió de nuevo el complejo histórico que se extendía ante sus ojos. Era una ciudad grandiosa rodeada de un bosque. Desde allí se podía apreciar una muralla de piedra de estructura octogonal y edificios con almenas y cúpulas de tejados dorados.

—Por su aspecto, diría que no es muy antigua y está abandonada. Bueno, no es muy antigua para esta época, aunque sí para la nuestra. —Ibarrúri animó al grupo a seguir el estrecho sendero hasta ver la ciudad de frente—. Hay muchos signos de los sacerdotes, artesanos y milicianos que debieron trabajar para construirla. ¡Marina, mira esas murallas!

Ella no podía dejar de hacer otra cosa. Estaba maravillada. Con la boca abierta (y porque no era alguien que babeaba, si no lo habría hecho), observaba todo. El muro principal de alrededor estaba construido con inmensos bloques de piedra de más de cinco metros cuadrados cada uno. Recordó en ese momento por qué siempre había querido estudiar arqueología. «Es el destino».

Caminaron hacia la entrada de la ciudad construida en arenisca rojiza. El único camino a seguir era subir una cantidad indecente de —mil cien— escalones de piedra. La gran mayoría cubiertos, en buena parte, de musgo. En el interior, la ciudad la conformaban más de doscientas terrazas. Era una tierra

bendecida por una vegetación exuberante y por la existencia de valiosos yacimientos minerales, entre ellos, los de plata y de oro. Casas, plazas, áreas para practicar cultos, caminos empedrados, escaleras, canales y depósitos constituían muchas de las estructuras. Una escalera de caracol conducía a una plataforma ceremonial en el centro de las ruinas, justo delante de un enorme templo hecho de plata con varias estatuas de oro. En su centro, dos fuentes, una cálida y otra fría, habían abastecido la ciudad y todavía seguían fluyendo como si el tiempo no hubiese pasado; junto a ella se habían construido cálidas termas, seguramente destinadas a los reyes y a los plebeyos, a las mujeres y a los caballos. Había símbolos de piedra que representaban dioses por todos sitios.

—¿Dónde estamos? —se atrevió a preguntar Marina al doctor—. ¿Sabía que existía esto?

—No tenía ni la más remota idea. Pensé que para conseguir a Keops tendríamos que excavar o buscar en alguna gruta, pero esto... es absolutamente magnífico.

—Si la pirámide se encuentra aquí, significaría que no es una pieza egipcia como se había pensado, ¿no es cierto?

El doctor se encogió de hombros, confundido con todo aquello. Se le veía en la cara que no cabía en sí de la emoción. Estaban en el centro del templo junto a una estatua de más de tres metros de altura. Jeremy dejó los bultos allí y, con la mosca tras la oreja, volvió a salir al exterior. Tenía la sensación de seguir vigilados, esta vez desde más cerca. Hacía rato, justo al atravesar la pared de vegetación, había notado algo extraño, como murmullos o pasos. Sin embargo, al descubrir la ciudad se había olvidado un poco de ello, pero otra vez había vuelto esa impresión de inseguridad.

Donald, muy previsor, ya que se imaginaba que iban a pasar bastante tiempo por allí, se dedicó a iluminar el templo con las antorchas que aún pendían de las paredes. Marina e Ibarrúri, locos por ver todo aquello, y sin saber bien por dónde empezar, iban de un lado a otro, como abejas recolectando el polen, intentado leer los grabados de las paredes, de las

estatuas...

El templo era de estilo dórico, con un canon particularmente alto en la medida de las columnas. Estas eran más delgadas de lo habitual y otorgaba al templo de una esbeltez poco inusual en comparación con otros. Este en particular, estaba dedicado a Poseidón, el dios del mar. El que no tenía nada que ver con el que existía en Grecia. El de Atenas se alzaba sobre un promontorio de muchos metros sobre el mar, en el cabo Sunión, y permitía el control de las rutas marinas del Ática. Este, en cambio, parecía estar escondido en una ciudad... perdida.

—¿Puede ser posible que estemos en la Atlántida? —murmuró el decano más para sí que para los demás—. Recuerdo que Platón escribió algo sobre este mismo templo.

Marina le echó una rápida mirada sobre el hombro, pero no le hizo caso. De repente se dio cuenta de que Jeremy no estaba. Le preguntó a Donald, pero no supo contestarle. Decidió salir a buscarlo. Lo encontró en la empedrada plaza, sentado sobre los primeros escalones, con la mirada perdida en el infinito. Tenía un aire muy serio e interesante. Durante unos minutos lo observó en silencio. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más lo quería. «Sí. Es cierto que lo quiero». La atracción y el enamoramiento del principio había dado paso a algo intenso y potente que se fraguaba en su interior.

—¿Otra vez me estás mirando?

—Sí —respondió ella con una risita.

Él se giró a medias, tendiéndole una mano. Marina la agarró y se sentó a su lado, tan cerca que los cuerpos se rozaban.

—¿Qué haces aquí tu solo?

Jeremy volvió a dejar vagar la vista sobre el infinito.

—Solo estaba pensando. Ahora sé por qué te decidiste a estudiar eso que dijiste.

—Arqueología. —Suspiró y se rodeó las piernas con las manos. Se había cambiado la falda y la blusa, que se había humedecido por la lluvia de la noche, y llevaba de nuevo el vestido amarillo. El pobre lucía varios

desgarrones deshilachados y algunas manchas de hierba e insectos aplastados—. Cuando empecé a estudiar, jamás me hubiese imaginado encontrarme nunca en un sitio como este. Es como si aquí el tiempo no hubiese pasado nunca. Las ruinas están en un estado tan perfecto que yo diría que tan solo ha pasado un par de cientos de años deshabitado. —Giró la cabeza mirándolo fijamente—. ¿Qué es lo que te preocupa, Jeremy?

—Nada.

—No disimules conmigo. Sé que te ocurre algo.

Él se encogió de hombros. No quería asustarla diciéndole que los estaban vigilando, además él tampoco estaba muy preocupado por eso. No parecía que los nativos pretendiesen hacerles daño. De haber sido así, ya podían haberlo hecho la noche anterior mientras dormían.

—¿Y si esa pirámide no funciona conmigo? Si me estoy ilusionando y...

—¡Claro que lo hará! —respondió Marina con rotundidad.

Jeremy giró el cuerpo hacia ella y la tomó de los hombros.

—Marina, escucha, corazón...

—¡Va a funcionar! —le dijo, interrumpiéndolo. No quería escucharlo. Se negaba a hacerlo—. Estoy segura de que lo hará. Cuando la encontremos y yo me disponga a encajar las piezas, tú me abrazarás y no te apartarás de mí bajo ningún concepto. ¿Me oyes?

Él la miró con sorpresa, apenas alzando una ceja.

—¿Me estás dando una orden?

Ella se ruborizó, aun así, asintió. Jeremy subió una mano hacia su mejilla y con ternura le apartó varios bucles y los llevó tras la oreja.

—No te habrás arrepentido, ¿verdad, Jeremy?

Él la miró ceñudo.

—No. Nunca lo haría. ¿Dónde iba a encontrar a una mujer como tú?

—¿Tan miedosa, tontorrón, mandona y bajita?

Jeremy le soltó el hombro, rodeó su cintura y la atrajo contra su cuerpo. Entre risas, respondió:

—Siempre consigues hacerme reír. Yo me refería a hermosa, valiente y divertida.

Otra vez ella volvió a ruborizarse. Jeremy tenía una voz suave y modulada que conseguía acelerar su pulso. Durante un rato, los dos se quedaron callados. Marina se estremeció por la brisa húmeda. Ese día el sol no quería aparecer. Él la miró de reojo y, al verla de pronto tan pensativa y ensimismada, sintió la necesidad de reconfortarla.

—¿Te apetece que vayamos a ver qué hacen los demás y luego recorremos la ciudad?

Marina asintió.

—Siempre que no vuelvas a decirme que Keops no funcionará contigo. Puede que ni siquiera funcione.

Jeremy curvó los labios en una pequeña mueca.

—Lo prometo —le dijo antes de apoderarse de su boca en un beso dulce y arrollador. Marina le posó la palma de la mano en el pecho, le gustaba sentir sus fuertes músculos y el calor que desprendía.

«¡Claro que Keops funcionaría con Jeremy!», gritó su mente. De otro modo ella no habría viajado en el tiempo para buscarlo. Con esa idea se unieron a sus compañeros. Donald, al lado del decano, recibía una clase de historia griega y lenguas muertas.

Caía la noche sobre la ciudad y los tonos rojizos y morados iban desapareciendo en la profundidad de un cielo que se tornaba oscuro y negro, tachonado de brillantes estrellas.

—Será mejor que os toméis un descanso, doctor. Vos y Marina lleváis todo el día de un lado a otro tomando notas. Supongo que debéis estar agotados. Y desde luego este lugar no va a desaparecer de la noche a la mañana.

Ibarrúri observó a Jeremy, no muy convencido. En su fuero interno no estaba muy seguro de querer hacerle caso. Tenía que estudiar todo aquello y aún no había terminado de catalogar el templo. Sentía tanta adrenalina reprimida que dudaba poder descansar cinco minutos, cuanto menos dormir

una noche entera.

—He encontrado varios frutos y he preparado tortas de harina —dijo Donald. Había depositado todo sobre un pequeño altar—. Venid a tomar algo. ¿Dónde está Marina?

El decano se volvió hacia el último sitio donde la había visto, un rincón en el que se hallaba una pequeña escultura de hierro macizo de unos cuarenta centímetros de alto, pero allí solo había el cuaderno de notas junto con el bolígrafo.

—Hace un rato estaba aquí —señaló el doctor—. No la he visto salir, pero ha debido de hacerlo.

La mandíbula de Jeremy comenzó a temblar. Sintió como la furia se adueñaba de él como si se tratase de un viento frío del norte.

—Debí decirle que no saliese de aquí sola. ¡Marina! —llamó a gritos, corriendo hacia la gigantesca puerta. Había estado echando una mano a Donald para no interferir en el trabajo de ella y el doctor y no se había dado cuenta de que no estaba. Rezó por que se encontrase cerca—. ¡Marina! —volvió a llamar desde la entrada del templo. Esperó en silencio unos minutos que se le tornaron horas, con los oídos muy atentos a posibles ruidos y los ojos alertas. Subió a lo alto de la escalera de caracol. «¿Dónde pudo haberse metido?». No estaba a la vista. Volvió a bajar justo cuando Donald llegaba hasta él.

—¿No la has encontrado?

Jeremy negó con la cabeza y gritó de nuevo su nombre, esta vez mucho más fuerte. Un grupo de aves salieron disparadas de las ramas del árbol más cercano que cobijaba una de las fuentes.

El doctor llegó hasta ellos, preocupado.

—¿Han mirado en la piscina de aguas termales?

Jeremy se lanzó hacia allí con paso ágil. Los tanques estaban muy cerca y podía verlos desde un pequeño muro. Si ella hubiese estado allí, les habría contestado. Comenzó a ponerse demasiado nervioso. O más bien aterrado.

—No está aquí —gruñó. De una carrera, entró en el templo a por su chaleco y una de las antorchas y, después de ajustarse bien el arma en la cadera, salió de nuevo al exterior.

—¿Qué hacemos? —preguntó el doctor, mirándolo. No podía permitir que le pasase algo a la muchacha. Era su responsabilidad desde que habían viajado en el tiempo.

—Uno deberá quedarse aquí por si vuelve. Yo iré hacia la entrada de la ciudad. —Era la parte dónde más peligro corría. Los nativos estaban apostados al otro lado de la muralla. Debía darse prisa en encontrarla antes de que oscureciese del todo—. Donald, por favor, buscadla por los silos, antes comentó algo de los techos y no sé qué cúpulas. — Tras terminar de decir aquello, corrió hacia las escaleras que se unían al camino principal. Justo al llegar a la vía empedrada, estuvo a punto de chocar con ella. Venía por el sendero, tarareando una cancioncilla, con un cuenco de metal en las manos repleto de hongos y cerezas. El cacharro salió volando y los frutos rojos corrieron libres por el suelo. Ahogó el grito en su garganta al reconocerlo.

—¡Jeremy! ¡Creí que ibas atacarme!

—¿Dónde has estado, maldita sea? ¿No me has oído llamarte? —gruñó él.

—No te he oído. ¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada.

—¡Ha pasado que no puedes salir tú sola donde te dé la gana!

Marina dio un paso atrás para verlo bien. Las sombras le ocultaban la parte superior del rostro, excepto el brillo de sus ojos azules. Unos ojos que en ese momento era fríos y acerados.

—Estaba aquí cerca, cuando vinimos vi...

—Debiste avisar, Marina. ¡Dios mio! ¿Crees que estamos solos? Podrían haberte llevado y no nos hubiéramos enterado.

Ella frunció el ceño. Se asustó.

—¿No estamos solos?

Jeremy tomó su brazo. A pesar de su enfado, la agarraba con suavidad, con dedos temblorosos.

—¿Quién podía haberme llevado? —insistió.

—Olvidalo. —Ella movió la cabeza en un gesto de impaciencia. Jeremy lanzó un agudo y potente silbido que fue correspondido en seguida por otro idéntico—. Es Donald. Ha ido a buscarte también.

Marina giró varias veces sobre sí misma y observó los charcos de sombras que los rodeaban.

—¿Quién más hay, Jeremy?

—No te preocupes.

—¿Cómo no me voy a preocupar si me dices que alguien puede llevarme? No puedes lanzar la piedra y luego esconder la mano. Eso no es justo.

Él suspiró con fuerza. Entregó la antorcha a la joven y recogió el cuenco del suelo con todo lo que llevaba dentro.

—Son indígenas que nos están vigilando desde antes de entrar en la ciudad. En este momento no puedo saber con exactitud dónde se encuentran, pero te puedo asegurar que no andan muy lejos. Sienten mucha curiosidad por saber quiénes somos y lo que hacemos. —Le tendió la mano para que le devolviese la antorcha.

Ella obedeció y, con fuerza, se aferró a su brazo. Le increpó con voz trémula:

—Podías haberme avisado.

—Y tú decir que te vas. Me has dado un susto terrible, Marina.

Y era cierto. El corazón de Jeremy estaba a punto de salirse por la garganta.

—Perdóname, no lo volveré a hacer.

Él se detuvo, controlando su respiración.

—Me apuesto el cuello a que vas desarmada.

—¡He dicho que lo siento! No me he dado cuenta. —No le gustó verlo así, sin embargo, la sensación de saber que alguien la amaba, que se preocupaba por ella de ese modo, la hizo sentir especial—. ¿Jeremy? —Él no contestó y continuaron caminado hacia las escaleras—. Jeremy, no me ignores de esta

manera.

—Ahora estoy enfadado, Marina, no confío en mí mismo. ¿Qué es lo que quieres?

—Te amo —le susurró.

Estaban llegando a la plaza de las fuentes y Donald y el decano estaban en los peldaños del templo. Jeremy la miró con una sonrisa cargada de angustia.

—Yo también, corazón, te amo más de lo que creía.

Capítulo 15

Durante los días siguientes, Marina descubrió que había algo que le gustaba hacer tanto como dedicarse a su futura profesión. Hacer el amor con Jeremy; con el pirata que había robado su corazón. En todas sus otras relaciones nunca había encontrado tiempo para compaginar estudios y hombres. Sonia siempre le decía que si no lo hacía era porque no quería, y ahora se daba cuenta de que tenía razón. Con Jeremy se quitaba horas de sueño si hacía falta con tal de estar con él. En ese momento se encontraban en un punto que prácticamente se veían incapaces de apartarse las manos el uno del otro. Ese en el que aprovechaban para escabullirse a hacer el amor apasionadamente a cualquier hora del día. Ese en que solo necesitaban estar unidos sin importar el cómo ni el dónde. En el que con una simple mirada se decían todo.

Era increíble que dos personas tan diferentes fuesen en el fondo tan afines. Él, tan impetuoso y descarado; y ella, tan tímida y precavida. Él, tan alto y fuerte, de piel morena a pesar del rubio de su largo y desgreñado cabello. Y ella, tan pequeña y blanquita, y tan delicada. Sí. Habían nacido para estar juntos. El universo, las dimensiones o lo que diablos fuese lo que los había unido en un mismo mundo había entrelazado sus corazones y sus mentes en una sola.

Los días, las horas y los minutos pasaban volando. Seguían buscando el tesoro de Keops y, mientras tanto, Marina era más feliz que en toda su vida. Cierto que echaba mucho de menos a sus abuelos y a Sonia, pero el amor de Jeremy y el descubrimiento de lo que posiblemente fuese la ciudad perdida más importante de la historia hacían que se olvidase de lo demás.

Sin embargo, al otro lado de la isla, el bote dio las últimas paladas, alcanzando al Maiden Isabella.

El lord almirante, conde de Frost, observaba su carta de navegación con un desacostumbrado interés. Necesitaba averiguar qué tenía de importante esa

pequeña isla para que el indeseable de Snow hubiese ido a parar allí.

—Milord, los hombres acaban de llegar —le avisó su segundo de a bordo, que estaba situado junto a la puerta.

El conde se enderezó colocando las manos tras la espalda, una de sus poses preferidas, y esperó con impaciencia que compareciesen ante él. Simón se apartó de la entrada y dejó pasar a los marineros. El que iba primero llegó hasta el conde, saludándolo con una leve inclinación de cabeza. Llevaba un viejo jersey de lana agujereado por varios sitios.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó Willis sin dar apenas tiempo a que entrara el segundo. No podía esperar para conocer las noticias.

—Sí, lord almirante. ¡No lo vais a creer! Las personas que acompañan a Snow son busca tesoros.

—¿Busca tesoros? —inquirió escéptico. Caminó hacia la ventana cuadrada de su camarote y observó el océano, admirando la desierta playa. El sol comenzaba a descender sobre el ocaso—. ¿Cuántos lo acompañan?

—Solo dos, milord. Un señor y una muchacha.

El conde parpadeó con sorpresa.

—¿Una muchacha?

El hombre asintió, se rascó la cabeza con unas manos de uñas negras y mal cortadas.

—Pero lo mejor viene ahora, milord.

—¿Qué puede ser?

—Han encontrado una ciudad oculta en el interior de una montaña. Por su aspecto, está abandonada y, en un primer vistazo, hay montañas de oro y de plata, en las estatuas, en las edificaciones... —El marinero le contaba con codicia lo que había alcanzado a ver—... No hemos llegado a entrar para no despertar ninguna sospecha, como vos dijisteis.

El conde frunció el ceño hasta convertirlo en una profunda y oscura arruga que cruzaba toda su frente.

—¿Será posible que hayan encontrado un tesoro? —se preguntó más para sí

mismo que para los demás. Si eso era cierto, había subestimado a su enemigo. Se volvió a su segundo—. Decid a los hombres que preparen todo para desembarcar mañana con las primeras luces. —Recorrió a los marineros con una mirada crítica—. ¿Os han descubierto? ¿Saben que estamos aquí?

—No lo creo, señor. Nosotros no somos los únicos que estábamos vigilándolos. Hay varios poblados en la isla que no les quitan los ojos de encima.

—¡Bah, esa escoria no representa ningún estorbo! ¿Sabréis llevarnos a esa ciudad?

—Desde luego, milord. Es un viaje un poco largo, quizá un par de días desde la costa.

—Todo depende de si llevaremos mucha carga o no —añadió el otro, que se había parado al lado de su compañero.

Willis los miró fijamente unos segundos y asintió.

—No tenemos mucha prisa, y ellos no parece que se vayan a marchar en breve. —Regresó de nuevo a su carta de navegación y le dijo a su segundo sin mirarlo—: Alimentad a estos hombres y dejadlos descansar. Y decid a mi grumete que me suba pronto la cena. Mañana será un día muy largo.

Los marineros salieron del camarote. No así Simón, que se quedó observándolo.

—¿Vos también desembarcareis?

—¡Por supuesto que iré! ¡Estoy deseando que ese bastardo me vea la cara cuando lo atraviese con mi espada!

—¿Qué haremos con el Buena ventura?

—Nada. —Levantó la cabeza y atravesó con una mirada furiosa al hombre—. Dejad que regresen a Londres. Ya tendré unas palabras con *lady* Sullivan en cuanto la vea. No podrá esconderse de mí toda la vida.

El viento se levantó arrastrando el penetrante olor del mar. El conde, una vez solo, volvió a la ventana contemplando los últimos rayos de sol. Adoraba navegar y amaba el océano. Y si había otra cosa que le gustase más, era el

poder y la libertad. La vida en el mar era difícil y peligrosa. Había luchado contra ataques de otras naves y salvajes tormentas que habían amenazado con hundir al Maiden Isabella, pero no le importaba. Prefería mil veces encontrarse allí que en sus lujosas casas de Inglaterra atendiendo a imbéciles más que a invitados y soportando los elogios y halagos de los estúpidos cobardes que con sus ideales defendían el país sin mancharse las manos. Odiaba cada momento en que debía fingir que era un honorable caballero, algo que estaba obligado a hacer para perpetuar el linaje y la heredad de su difunto padre. Y también porque se lo había prometido al viejo antes de morir, así como el juramento de casarse con una dama de alcurnia y procrear sus propios herederos. Al pensar en la dama y en su futuro matrimonio, irremediabilmente se le apareció Gabrielle Sullivan en mente. La insulsa e inocente joven que no abría la boca por temor a perder la compostura, y luego la muy zorra no podía mantener las piernas cerradas delante de los hombres. ¿Por qué a él se le había resistido tanto hasta que la tomó y de repente con otros se mostraba tan casquivana? Eso era algo que estaba dispuesto a preguntarle cuando volviese a verla en Inglaterra. Ya no existía el compromiso entre ellos, pero desde luego él esperaba sus correspondientes explicaciones y alguna compensación por el desagravio.

—¿Estáis segura, milady? Nosotros les ofrecimos llevarlos donde ellos quisieran y, sin embargo, eligieron quedarse en Fortuna. Hemos terminado con nuestro cometido.

—Lo sé, capitán, pero si el conde captura al señor Snow, lo matará. No puedo dejar de pensar qué le pasará a la señorita Ibarrúri cuando él ya no esté —le dijo Gabrielle preocupada. Lo había pensado mucho desde que le avisaron que el Maiden Isabella había echado el ancla frente a la cosa de Fortuna.

—Teníamos que habernos marchado hace días, cuando los desembarcamos, en vez de habernos quedado por aquí. ¿No pensáis en lo que nos pasará cuando nos atrape el conde?

Gabrielle tragó con dificultad. En realidad, si quería regresar a la isla, era para hablar con él de una vez por todas. De solo pensar en ello se le llenaba el estómago de mariposas. Pero el capitán tenía razón. No podía permitir que a ellos, que estaban ayudándola y protegiéndola, les sucediera algo.

—No quiero daros más problemas, pero soy incapaz de quedarme con los brazos cruzados sabiendo que no saldrán vivos de esa isla, y en el caso de que lo consigan... ¿En qué estado?

El capitán suspiró. La mujer llevaba razón, sin embargo, él debía pensar en su tripulación.

—No me miréis así, mujer, si vuestro padre se enterase...

—Por favor, capitán. Si os parece mejor, dejad que me acerque al Maiden Isabella en un bote. Sé que a mí no me hará nada. —Se encogió de hombros queriendo mostrarse valiente—. Al menos sé que no me matará.

—No puedo hacer eso, vuestro padre será el que me mate a mí cuando descubra que os he seguido la corriente y que me he dejado convencer para venir hasta aquí. Comienzo arrepentirme.

—Por favor, capitán, por favor —le suplicó con apenados y estudiados mohines.

Él nunca se había resistido a sus maquinaciones para llevarlo donde ella dijese. Y en esa ocasión tampoco lo hizo.

—Esta noche, el conde no parece que vaya a desembarcar, de modo que mañana nos acercaremos.

—¿Y si es tarde?

—Pues entonces tendremos que desembarcar nosotros también y que Dios nos ayude.

Feliz de la vida, esa noche, Gabrielle se dio un largo baño perfumado con sales y después se echó el aroma que Marina le había regalado. Si tuviese más

tiempo o compañía femenina, habría intentado cortarse el pelo, pero eso era algo que debía esperar a llegar a Londres. Pensó en el vestido de tafetán tostado que se pondría al día siguiente. Esperaba lucir hermosa y bonita. Tenía la corazonada de que haría sucumbir al conde con sus encantos. Y como decía su nueva amiga, esta vez no iba a dejar que él la manipulase.

Capítulo 16

Marina y Jeremy pasearon por la ancha vía hasta un alto edificio con un hermoso mirador. Lo habían visto más veces, pero esa tarde cuando enfilaron a las escaleras, descubrieron tras unos arbustos unos peldaños que bajaban a una especie de sótano.

—Es como si hubiesen querido que esta entrada pasase desapercibida — dijo ella, siguiéndolo. Se abrieron paso con la ayuda del sable y llegaron a una puerta. Se detuvieron en seco. Solo se escuchaban sus respiraciones y el canto de los pajarillos que arrastraba una cálida brisa.

Con mucha curiosidad, él dijo:

—Veamos qué escondía aquí esta gente.

Marina río divertida y le lanzó un suave puñetazo al hombro. Él apenas se enteró.

—Empiezas hablar como un futurista. Será que te lo estoy pegando.

—Puede ser. —La miró con una sonrisa lasciva cuando sus ojos se posaron en su escote—. Tenemos que encontrar algo con lo que abrirla. Es bastante pesada y maciza.

Marina observó la puerta con atención. Estaba en un estado impecable.

—¿Has probado a empujarla?

Jeremy, mirándola con escepticismo, hizo una reverencia e inclinó su torso en un movimiento gentil y cortés. Ella se adelantó, girando el picaporte al tiempo que empujaba con fuerza. Irónicamente, se abrió con un ligero chirrido.

—¡No lo puedo creer! —musitó pasmado.

Marina soltó una carcajada.

—Tampoco era tan difícil. —Quiso pasar, pero él la tomó del brazo, empujándola suavemente atrás, al tiempo que agitaba la cabeza.

—Yo iré primero.

—Como quieras —le dijo tras echar una primera ojeada al interior. Todo estaba completamente a oscuras—. Yo voy al campamento a buscar algo de luz. Espérame.

Jeremy asintió y la vio correr como alma que lleva el diablo. Se quedó en la puerta, paciente. Sin una linterna era imposible distinguir nada entre tanta oscuridad. Ella no tardó en regresar. Encendieron la mecha de la lámpara de aceite y comenzaron a bajar unas tétricas escaleras de piedra hasta llegar a una pequeña estancia que desprendía olor a cerrado y humedad.

—Puede que encontremos aquí la pirámide —dijo él.

—Es posible, antes, los sanadores y los monjes moraban en lugares subterráneos cuidando de figuras y objetos sagrados. Se conservan mucho mejor que expuestos a la luz de sol. A ver, levanta la lámpara.

Jeremy lo hizo. Estaban en una sala vacía pero bien conservada.

—No parece que vayamos a encontrar nada aquí.

—Es cierto, todo esto se ve demasiado humilde en comparación con el resto de la ciudad —murmuró confusa. Mientras él sostenía la luz, recorrió la habitación tanteando las paredes y apartando una multitud de telarañas que habían hecho de aquel sitio su hogar. El sonido de sus pisadas cambió cuando puso los pies sobre un tramo de madera—. Creo que aquí hay algo.

Jeremy se inclinó a iluminar el suelo.

—Es una trampa. Quita de encima, Marina.

Ella se apartó y recogió la lámpara.

—Ten mucho cuidado, Jeremy.

—No te preocupes. —Se le hacía extraño que alguien más, aparte de Donald, se inquietara por él. Y que lo hiciese aquella muchachita lo dejaba complacido. «Alguna cosa buena habría tenido que hacer en su vida para merecer algo tan excepcional».

Le costó varios intentos abrir la portezuela y, cuando lo hizo, se tumbó en el suelo cuan largo era e introdujo la luz escrutando el interior. En seguida se puso en pie con una sonrisa satisfecha y se limpió los pantalones.

—Hay más escaleras. —Se volvió a ella—. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Seguimos o buscamos al doctor?

—Quiero seguir, Jeremy —le rogó emocionada.

Con esa mirada y esa sonrisa no le podía negar nada. Asintió y, en completo silencio, llegaron al final de la escalera, ella tras él, agarrando con fuerza las mangas de su camisa y escuchando solo sus respiraciones y las pisadas sobre el suelo.

Jeremy silbó, y enseguida Marina se puso de puntillas dos peldaños por encima para ver lo que él veía. Se quedó muda de asombro al descubrir el tesoro de Keops. Intentó calmar los latidos de su corazón mientras contemplaba una majestuosa mesa de piedra en cuyo centro lucía la hermosa pirámide de oro que lanzaba destellos a la luz de la lámpara.

—¡Jeremy! —exclamó apenas en un susurro. Respiró profundamente para calmarse. Sentía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo—. ¡Lo hemos encontrado! —Su voz retumbó entre las paredes con un eco profundo.

Él caminó al centro de la sala. Llevaba el cabello alborotado sobre el chaleco oscuro y una expresión de incredulidad dibujada en su rostro. Su aspecto daba miedo, pero a Marina le chiflaba. Fue tras él.

—¡Es impresionante! —murmuró observando los arcones y vajillas incrustadas con piedras preciosas. Entre un montón de joyas y abalorios había doblones de oro y plata, no demasiados antiguos para la época. Se enderezó muy serio—. Esto no es original de esta ciudad, Marina. Alguien ha puesto aquí todas estas cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Me atrevería a afirmar que se trata de algún tesoro que algún bucanero ha escondido aquí. Es probable que pertenezca a alguien. —Recogió una gargantilla de rubís y oro. Estaba compuesta por pequeñas piedras rojas que a medida que se acercaban al centro se iban haciendo más grandes hasta que la pieza central se convertía en un rubí del tamaño de un puño. Nunca, en toda su vida, había tenido tal fortuna en su mano.

Marina se acercó a mirar la joya con una presión en el pecho.

—¿Crees que pertenece a un pirata? ¿Qué lo ha escondido para recogerlo después?

Jeremy afirmó. No solo lo creía, sino que estaba seguro.

—Muchos lo hacen. Con tal de no compartir las ganancias, prefieren esconderlas e ir recogéndolas poco a poco para no llamar la atención.

—Sí, bueno, he visto alguna película de esas —le dijo. Sintió un escalofrío que le recorría la espalda entera. Aquello no era un tesoro tan llamativo y brillante como el que solían poner en las pantallas de cine, pero no tenía nada que envidiar—. Entonces seguramente es como él dijo. Es posible que la pirámide sea egipcia, pero que haya acabado en las manos de quien no debía.

—No creo que exista modo de saberlo de no ser que descubramos de quién es todo esto. ¿Es esta la pirámide? —Jeremy cogió el objeto. Le pareció hermosa, tan brillante y pesada... No podía creer que se tratara de una máquina del tiempo.

—Sí. Y esos manuscritos puede que contengan la verdadera historia de Keops. —Marina revisó la mesa. Entre capas de polvo había papiros y escritos que databan desde mucho tiempo antes de Cristo—. Tengo que ir a buscar al doctor para que lo vea.

—También podemos esperar unos minutos. —Jeremy dejó la pirámide donde estaba y se volvió a ella con una mueca burlona—. ¿No te parece un buen sitio para celebrar nuestro éxito? —murmuró roncamente. Sus ojos le acariciaron con descaro la curva tentadora de los pechos que se hinchaban bajo el escote del vestido.

Marina cerró los ojos un instante. Él tenía razón. Llevaban tiempo buscando a Keops. Ahora ya sabían dónde estaba y no iba a pasar nada por esperarse un poco para dar la noticia, ¿verdad? Además, esa manera de mirarla le hacía perder la cordura y la compostura. Se estremeció.

Él estiró la mano para acariciar la suavidad de su hombro.

—¿Tienes frío?

—No. Yo... estoy nerviosa.

Sin decir nada más, se acercó a ella, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. Ella inhaló su aroma; una mezcla de madera de sándalo y olor a hombre que lograban aturdirla. Sus ojos verdes se oscurecieron de pasión. Jeremy le agarró entonces de la nuca con una mano mientras que con la otra le apretaba la cintura, besándola en la boca. Sus músculos firmes se deslizaron sobre ella, cubriéndola por completo con su magnífico cuerpo.

—Debes estar eufórica, has encontrado lo que buscabas.

—Tú eres mi mejor tesoro —le susurró ella con la voz entrecortada. Le pasó los brazos por el cuello y lo apretó más contra su boca—. ¿Te he dicho alguna vez que tus besos me vuelven loca?

Él mordisqueó su labio inferior, tirando de él hacia afuera. Lamió sus labios.

—Pensaba que eran mis manos las que te volvían loca. —Esta vez no la dejó contestar e introdujo la lengua entre sus dientes mientras sus manos deslizaban el vestido hacia abajo, desnudándola de cintura para arriba. Con delicadeza masajeó sus senos, pellizcándole con suavidad uno de los rosados botones. Este se endureció al momento, y él no se resistió a tomarlo entre sus labios, lamiendo y bebiendo de él. Marina solo atinó a gemir antes de rendirse a las artes amatorias de su bandido inglés.

Un par de horas más tarde, llamaron al decano y a Donald y disfrutaron de sus expresiones cuando ambos vieron el tesoro. Lo primero que hizo Ibarúri fue tomar a Keops y comprobar que era la misma pieza que le pertenecía.

—¡No lo puedo creer! ¡Lo hemos conseguido! —Buscó a Marina con la vista—. Podrás hacerlo, ¿verdad? ¿Sigues recordado cómo iban colocados los signos?

Ella asintió, pero en vez de acercarse a él, se agarró con fuerza de la mano de Jeremy. Ahora que el momento estaba más cerca, sentía un montón de dudas. ¿Funcionaría con ellos? ¿Lo haría con él? ¿Por qué no estaba tan segura como el otro día?

—¿Marina?

—Lo recuerdo bien, doctor.

El hombre suspiró aliviado.

Jeremy apretó cariñosamente la mano de Marina, capaz de leer su mente. Si decía que no sentía miedo de perderla, estaría mintiendo, pero sabía que ella necesitaba regresar a su casa y a su época. No importaba que su corazón en ese momento estuviese lleno de angustia y dolor, ni que se debatiera entre la espada y la pared, lo importante era que ella no lo notase y sufriese.

—¿Estas preparada? —inquirió Ibarrúri, respirando profundo, dispuesto a marcharse cuanto antes.

Marina se mordió el labio inferior. ¿Qué debía hacer? ¿Mentirle y decirle que estaba lista, o confesarle la verdad? Porque la verdad era que no se atrevía ni siquiera a coger la pirámide. Si hubiera podido mirar por una rendija cuál iba a ser su futuro o qué iba a pasar cuando conjurara a Keops, lo habría hecho. Miró uno por uno a todos. Se pasó la lengua sobre los labios, tragando nerviosa. Posó la vista sobre Donald.

—¿Qué harás tú? ¿Cómo regresarás a la costa? —le preguntó.

El escocés sonrió, y aunque su boca esbozó una sonrisa alegre, esta alegría no llegó hasta sus ojos. Se encogió de hombros.

El doctor se dio cuenta de lo poco sensible que estaba siendo al meter tanta prisa y también se dirigió a Donald:

—¿Por qué no lo piensa bien e intenta venir con nosotros?

El pelirrojo negó.

—Para mí ha sido un placer conocerlos. Nunca os olvidaré, y a vos mucho menos —le dijo a Jeremy con aprecio—. Hemos compartido muchas cosas, amigo. —Se pasó una mano por la barba en actitud nerviosa—. Me parece increíble que aquí nos separemos...

—Donald... —comenzó a decir Jeremy.

—No, esperad, dejadme hablar. Habéis sido un hermano para mí y sabéis que por encima de todo os respeto y estimo. Estoy feliz de que hayáis encontrado el amor, me gusta vuestra elección. —Guiñó un ojo a Marina y en seguida volvió a mirar a Jeremy—. Me gustaría ser tan valiente como vos y

explorar qué son esas cosas que os deparan el siglo XXI, pero yo en el fondo soy un clásico. Y ahora un clásico muy rico. Prefiero quedarme aquí, y no creáis que no os comprendo. Si yo fuese tan gallardo y joven como vos, puede que lo intentase.

—Amigo, siempre te llevaré en mi corazón. Espero que hagas algo grande con todas estas riquezas y que podamos leerlo en los libros de historia algún día —le palmeó el hombro con afecto. Aunque le hubiese parecido fácil despedirse de Donald, no lo era en absoluto. Se volvió hacia el doctor con ojos suplicantes—. ¿No podríamos esperar a regresar al campamento y comer algo antes?

—Es muy buena idea —se apresuró a decir Marina—. Supongo que tenemos un poco más de tiempo. Además, tenemos nuestras cosas en el templo.

El único que podía poner alguna pega era Ibarrúri, pero él no objetó nada. Admitía que le habían entrado las prisas por volver, sin embargo, era mejor hacerlo con los papiros y los documentos que estaban junto a Keops.

—No os mováis de vuestros sitios. —La voz de un marinero saliendo de detrás de una de las esculturas del templo los sacó de la agradable y emocionada conversación que tenían. Estaban terminando de prepararse para comprobar por fin si Keops iba funcionar.

En un abrir y cerrar de ojos, un grupo de hombres uniformados, con las bandas y los botones dorados, los rodearon predispuestos con las armas.

—Arrojad vuestras espadas al suelo —volvió a decir el tipo que había hablado antes.

Jeremy y Donald obedecieron.

—Muy bien, señor Snow. —Un hombre alto, de porte orgulloso y elegante, se abrió paso ante ellos. Marina supuso que se trataba de lord almirante. Extrañamente, le recordó a Juancar, aunque este era algo más atractivo y fuerte —. Ya es hora de que nos volvamos a encontrar. Y fijaos, aquí, si os pasara algo, nadie se enteraría. Qué lástima que la gente muera siendo tan bella la vida. ¿No lo creéis así?

Jeremy apretó la mandíbula hasta el dolor. Se culpó de haber bajado la guardia con tanta despreocupación.

—Dejad que mis amigos se marchen, ellos no tienen nada que ver con todo esto.

—Muy loable por vuestra parte. ¿Desde cuándo os habéis vuelto tan honrado? —preguntó el lord con evidente gozo—. No os tenía por sensato, pero parece que me equivoqué.

Marina quiso gritarle, decirle que había muchas cosas que no sabía de él, que todo era un plan premeditado de Gabrielle, sin embargo, su voz no llegaba. Se colocó muy despacio detrás de Jeremy y lo agarró con fuerza de la cintura. Sentía que su corazón iba a explotar de terror.

—¿Y cómo pensáis matarme? —inquirió Jeremy, caminando hacia al conde con los brazos abiertos. Se detuvo al darse cuenta de que con cada paso que daba, arrastraba a Marina consigo.

—Por favor, no lo provoques —le suplicó ella, atemorizada, en un susurro ansioso.

—Deberías soltarme, corazón. No quiero hacerte daño.

Marina no le hizo caso, aunque se admitió a sí misma que Jeremy se veía muy peligroso. Su cabello dorado y largo cubría la mitad de un rostro duro y furioso. Y su cuerpo era imponente y más grande y esbelto que el del conde.

—Decidme —dijo él, dirigiéndose de nuevo al conde—. ¿Acaso me mataréis a sangre fría?

El lord soltó una gélida carcajada.

—Ya lo he hecho otras veces, y si lo que deseáis saber es si tengo remordimientos, mi respuesta es no. ¿No tendréis por casualidad el dinero que me debéis?

—Es posible —le respondió con tono glacial. Marina, súbitamente enfadada y sacando valor (no sabía de donde), intentó pasar junto a él para ofrecer al conde un trato con el tesoro. Jeremy la atrapó antes y la envió hacia atrás de un solo movimiento. La miró con enojo. No necesitaba que lo

distrajese ni que se pusiera en medio de su trayectoria—. Ahora no.

—Pero...

—No —repitió sin admitir réplicas. Volvió la atención al almirante. Este caminaba hacia una de las fuentes y metía las manos en el agua para beber un sorbo. Frunció el ceño al darse cuenta de que estaba caliente.

—¡Oh, vaya! Qué interesante. —Se sentó en el borde y ojeó al grupo, inclinándose hacia los lados para poder ver bien a los busca tesoros—. Asomaros —tuvo que decirles finalmente—. ¿Sois extranjeros?

—Son irlandeses —respondió Jeremy.

Marina y el doctor se situaron junto a Donald. Jeremy, un paso por delante.

—Ha llegado a mis oídos que sois buscadores de tesoros. Me fascina mucho ese tema, por demás que siempre he creído que los caza fortunas como vosotros erais unos mentirosos que se aprovechaban de la inocencia de muchos. Pero he aquí mi sorpresa cuando me encuentro en una ciudad que ya por sí misma es un tesoro.

Si Marina o el decano se ofendieron, ninguno dio muestras de ello.

El conde observó a la muchacha con intriga. Una mujer que se preciase no llevaría las pantorrillas ni los tobillos al descubierto como ella. ¿Pero que podía esperar de una fulana que viajaba con tres hombres, sola?

Ella se sintió incómoda bajo su escrutinio, arrepentida de haberse puesto su falda de tubo, la blusa y la chaqueta. Quería regresar a casa con la misma ropa con la que había salido.

—¿No os parece que es demasiado peligroso hacer el trabajo de un hombre? —le preguntó el lord a ella, con sorna.

Antes de poder responder, lo hizo Jeremy.

—Yo no diría que esta tarea es exclusiva de los hombres.

—¡No me interrumpáis más, señor Snow! ¡Estoy hablando con la mujer! Supongo que sabe hablar, ¿no es cierto?

Marina tragó saliva. No quería que las cosas se pusiesen peor de lo que estaban y respondió:

—Para este tipo de oficio, sin importar el sexo, se requiere inteligencia.

—¿Debo considerar que sois una mujer inteligente entonces?

El corazón de Marina latió con fuerza en su pecho.

—Considero que sí lo soy.

—¿Y es por ese mismo motivo por el que viajáis con dos ladrones?

Marina no pudo callarse esta vez, era como si un pequeño demonio la hubiese poseído.

—Tú no eres mucho mejor, excepto que llevas un barco.

El conde se levantó del borde de la fuente con rapidez y caminó amenazadoramente hacia ella. Jeremy se interpuso en su camino.

—¡Esperad, tengo algo que vale más de lo que os debo! —Se buscó entre las ropas y sacó la gargantilla de rubís. Con mirada culpable observó al decano—. Lo siento, quería llevarme algo para poder venderlo y no tener que empezar de cero.

El doctor no dijo nada. Lo comprendía.

El conde sopesó la joya con una sonrisa irónica.

—Esto no es suficiente, señor Snow, me debéis algo más a parte del tiempo que me ha costado encontraros. Por vuestra culpa he de volver a buscarme una esposa que se ajuste a mis necesidades.

Un pequeño revuelo cambió la atención de los hombres del lord y la de él mismo. El capitán de la fragata la Buena ventura, acompañado de Gabrielle y un sequito de marinos, se pararon muy cerca, sin llegar a entrar en el círculo.

Marina se aferró con fuerza al brazo de Jeremy, clavándole las uñas sin saberlo. Se sintió aliviada por aquella interrupción y agradeció a Gabrielle que interviniese. En aquel momento de confusión, Ibarrúri entregó a Marina la pirámide.

—Encaja las piezas —le ordenó con un áspero susurro—, es nuestra única oportunidad.

Jeremy miró sobre el hombro a Keops y las temblorosas manos de la muchacha. Dirigió la vista a su amigo.

—Nosotros los entretendremos, pero vos debéis huir. Escondeos en la cámara del tesoro y partid cuando todo haya pasado.

El escocés asintió, esperando el mejor momento para hacerlo. El almirante y Gabrielle se hallaban enfrentados, gritándose uno al otro, mientras el resto de los hombres escuchaban absortos al tiempo que simulaban no estar presenciando una escena de celos.

Sin pensarlo un momento, Jeremy se lanzó por su espada y enseguida el conde apartó a Gabrielle, desenvainando la suya. Ambos se miraron a los ojos durante varios minutos que el tiempo pareció detener. Tanto Marina como Gabrielle gritaron al unísono. A la dama inglesa, el capitán del Buena ventura la encerró entre sus brazos impidiendo que se metiese en medio como era su intención. A Marina la agarró el doctor, alejándola del centro de la plaza donde se iba a realizar el combate.

—¡Willis, no lo entendéis! —decía Gabrielle entre sollozos. Nadie parecía prestarle atención—. ¡Solo intentaba daros celos con él! ¡Yo lo utilicé porque no quería casarme con vos sin saber si en verdad me amabais o no!

El conde fingió no escucharla y deliberadamente la ignoró. Los combatientes comenzaron a medirse. Al principio se tanteaban con suavidad al tiempo que se estudiaban con atención, descubriendo los puntos frágiles del otro. Pero a medida que los minutos se sucedían, los cruces de espadas y sus golpes se tornaban cada vez más potentes. Evadieron sus ataques y defensas con una habilidad que revelaba a hombres con años de entrenamiento.

—Tienes que hacerlo ahora, Marina, ya no puedes seguir perdiendo más tiempo —le susurró Ibarrúri junto al oído. Él cargaba con el maletín, el bolso de ella y el hatillo donde había guardado los papiros.

La joven gimió, aturdida y asustada.

—¡No voy a dejar a Jeremy aquí!

El sonido del metal contra el metal levantaba ecos entre las paredes de la ciudad, perdiéndose en el fondo del templo como si una campana estuviese tañendo arrítmicamente.

Donald supo que había llegado su momento y se escabulló corriendo,

echando una última mirada de despedida a sus compañeros de viaje. Cuando los hombres del conde se dieron cuenta, ya había desaparecido.

—¡Marina! —apremió el decano—. ¡Sácanos de aquí, por Dios!

Indecisa, rompió a llorar con la vista clavada en la espalda de Jeremy. Él no dejaba de moverse, lanzado y evitando ágiles estocadas. No podía escucharla. No podía perder la concentración ante ese duelo a muerte.

La pirámide comenzó a quemar en sus manos y la obligó a bajar la vista a ella. Los símbolos volvían a destellar igual que el día en la universidad. Impulsivamente, sus dedos fueron encajando las piezas. El decano puso la mano sobre su hombro.

—Solo queda una —susurró Marina entre jadeos—. ¡Jeremy! —lo llamó gritando.

Él se giró y dejó caer su espada, listo para partir. Ella estiró el brazo, los dedos... Jeremy también lo hizo.

Capítulo 17

Adiós, mi dulce y guapo Asim.

Naunet se apostó en el mirador con el rostro cubierto de llanto. Entre las lágrimas que bañaban su negra mirada, vio como los brutos soldados se llevaban a su guapo Asim por la calle abajo. Iba herido, con la espalda ensangrentada, sin embargo, intentaba aparentar fortaleza y orgullo. Y Naunet sabía que lo hacía por ella. Porque él sabía que estaba mirándolo.

—¡Asim! —le gritó. Dudaba que la escuchase, pero lo hizo y volvió la cara hacia ella. A Naunet no le salieron las palabras.

Él la observó fijamente, llevándose su recuerdo, absorbiendo el color de su melena, la que el cálido viento de Menfis agitaba. Embebiendo su delgada figura, su pálida piel... De repente, Asim se detuvo, le dedicó una sonrisa y se llevó las manos, atadas entre sí, al corazón.

Naunet asintió y repitió el gesto mostrándose fuerte, ahogando el dolor que sofocaba su mente y le corroía el alma.

—Adiós, mi guapo Asim.

—Allí te esperaré, corazón.

El firmamento rugió y la oscuridad cubrió el día. Los relámpagos desgarraron el cielo y la lluvia inundó las aguas del Nilo.

Marina gritó y lloró hasta quedarse sin voz. El viento había girado, la puerta del tiempo se había abierto, pero Jeremy no estaba. No había podido atravesar los mundos. Se había esfumado con la misma rapidez que un suspiro lo hacía.

Las palabras ahogaron la garganta del doctor. No sabía cómo reaccionar con ella, ni qué decirle, ni cómo consolarla. Le tendió una mano, y ella lo miró con la más pura de las angustias dibujada en sus ojos.

—No ha venido —le susurró entre sollozos.

Él intentó hablar, pero no lo consiguió a temor de romper también en llanto. La abrazó, eso sí que podía hacerlo, y la dejó llorar hasta que se secaron sus lágrimas y las agujas del reloj volvieron a marcar las horas.

—¿Ha ocurrido algo, doctor? ¿Se encuentran bien?

Ibarrúri apenas echó un vistazo al conserje que venía caminando por el pasillo, agitando un llavero. Negó con la cabeza. Con un suspiro tembloroso, se levantó llevando consigo a Marina. Con un dedo bajo su barbilla, la obligó a levantar la cara. Ella era fuerte y joven. Y la pena que en ese momento sentía se iría disipando con el tiempo, con los meses, con los años...

El conserje recogió los papeles que había en el suelo y lanzó una exclamación al tomar la pequeña pirámide de oro entre sus manos.

—¡Vaya! ¡Es muy bonita!

Marina lo vio de reojo y le arrebató a Keops con velocidad, igual que haría un perro por un hueso. Giró y giró las piezas, pero ninguna brillaba, ninguna encajaba. El decano puso sus manos sobre las de ella.

—Ya está, Marina. Ya está.

—¿Por qué? —le preguntó sin entenderlo—. ¿Por qué él no ha venido? Sé que quería hacerlo, me dijo que iba hacerlo.

—Pero no ha podido ser. —Apretó los labios y la abrazó al tiempo que oprimía con firmeza los parpados—. Sé que quería, pero no ha podido ser —repitió.

—¡No lo entiendo! ¡Joder! ¡No lo entiendo! —gritó fuera de sí.

—¿Quiere que llame a alguien? —preguntó el conserje, extrañado, al ver el estado en el que se encontraba la muchacha. Tenía el rostro inundado de lágrimas y toda ella temblaba sin control—. Todavía hay gente en la enfermería. Quizá pueda darle un tranquilizante.

—No, gracias. Todo está bien —respondió el decano.

El conserje no terminó de creérselo y frunció el ceño.

—¿Y se puede saber qué hacen aquí? Ya todos se han ido hace un par de horas. De hecho, iba a cerrar. He visto su coche en el *parquin* y pensaba que

lo había vuelto a dejar hoy adrede.

—¿Un par de horas? ¿Hoy? —repitió el doctor tambaleándose ligeramente. «¿Solo hemos estado fuera un par de horas?». Agitó la cabeza, guardó todas sus cosas en el maletín, incluida la pirámide, y rodeó a Marina por los hombros con su brazo libre. Echó un último vistazo al corredor—. Vámonos a casa.

Ella estaba mareada y su visión era borrosa mientras se obligaba a sujetarse al doctor.

Capítulo 18

Te amo, Asim

Naunet, recostada en la cama, con el cabello extendido sobre las sábanas y con su negra mirada perdida en la nada, era incapaz de moverse. Su corazón latía muy despacio, su alma se dormía lentamente, pero su amor, sin quererlo, aún perduraba en su pecho. Como perduraba su triste sonrisa o el suspiro en el aire. O esa caricia ligera y suave.

Los sollozos ya no escapaban de su garganta, Asim ya no podría bajarle nunca más ese trocito de cielo ni vería su sombra desnuda. Él la esperaba en el más allá, jugando con Kauab.

Sobre la cama, muy despacio, Naunet cerró los ojos pensando en una mirada suya. Vio su sonrisa burlona, las arruguillas de sus ojos al reír, la mueca de su boca antes de besarla, su brazo extendido hacia ella, la punta de sus dedos.

—En la otra vida, Asim —susurró, comenzando a sentir los efectos del veneno. A notar la quietud de la muerte—. Espérame, mi amor.

Fue su madre, Henutsen, quien la halló fría e inmóvil, quien observó su pequeña carita recordando el día en que nació. Evocando la mirada del valiente Asim que, escondido tras la columna, sentía que su vida comenzaba de verdad. ¡Y qué cierto había sido! Por primera vez, su corazón latió con fuerza, su garganta se secó.

Enloquecida de dolor, Henutsen mandó construir una pirámide de Keops en oro. Una máquina del tiempo, rociada con las cenizas de ambos jóvenes, para que algún día, sin importar la época, sus almas se buscasen a través del tiempo.

Marina se vio obligada a volver a la realidad. Lo que para ella y el doctor había sido un viaje de poco más de un mes, para el resto no había sido más

que un par de horas. ¿Habría sido todo un sueño producto de su imaginación? ¿Que tuviese la piel ligeramente bronceada, que llevara en el móvil los retratos de Jeremy y Donald en la Isla, que se hubiera llevado consigo el bonito vestido marfil con el que había subido a la fragata de Gabrielle, era solo una ilusión?

—Tómame esto.

Miró la palma abierta de la mano de Sonia y vio un par de pequeñas pastillas blancas.

—¡Ya te he dicho que estoy bien!

—No lo estás, sigues teniendo fiebre.

Se llevó una mano a la frente.

—No tengo fiebre.

—Pues entonces retoma tus clases, hace una semana que no vas, y ese doctor, tu profesor de arqueología, está bastante preocupado. No hace más que llamarte a ver cómo te encuentras.

—Sigues sin creerme, ¿verdad?

Sonia se puso de rodillas frente al sillón, entre sus piernas.

—Marina... Yo no sé qué es lo que os pudo pasar al profesor y a ti, pero ya te he demostrado que no has faltado ni una sola noche a casa. Mira, vamos hacer una cosa...

—¡Pero has visto la fotografía de Jeremy! —replicó con su famoso nudo en la garganta. ¿Es que no se iba a marchar nunca la angustia que atenazaba su corazón?—. ¡Es real!

Sonia se llevó las manos a la cabeza. Quería creerle, pero se le hacía verdaderamente difícil pensar algo así.

—Ve a pasar unos días con tus abuelos y retoma las clases. —Giró el cuerpo en su postura agachada para coger el vaso de agua de la mesa. Le volvió a entregar las pastillas—. Hazme caso, nena, estas muy estresada. Quizá incluso deberías hacerte un chequeo.

Marina soltó una irónica carcajada.

—No me llamas loca porque eres mi amiga, pero crees que tanto el doctor como yo lo estamos.

Sonia ladeó la cabeza. No podía ni quería discutir ni una sola de las palabras de Marina.

—Solo digo que es mejor olvidarlo, ¿de acuerdo?

Marina se tomó las pastillas y bebió el agua, asintió, aspirando una entrecortada bocanada de aire.

—De acuerdo, llevas razón. ¿De verdad que no te molesta que me vaya unos días con mis abuelos? —Esa idea ya se le había pasado por la cabeza. Sonia pasaba poco tiempo en casa y ella necesitaba estar con alguien que la distrajera. No creía poder seguir soportando el dolor que la dejaba todas las noches bañada en lágrimas, sumida en el más profundo vacío y la honda desesperación. No iba a volver a ver a Jeremy.

—No, claro que no me importa y, de paso, echas un vistazo al gimnasio ese que está al lado de su casa. Hacer alguna clase de deporte te va a entretener muchísimo, puede que me apunte hasta yo.

—Si vienes conmigo, te prometo que me apunto —dijo más animada—. No quiero estar sola en un lugar donde no conozco a nadie.

—*Okey*. —Sonia se agachó sobre ella y la abrazó con fuerza—. ¿Sabes? Puede que lo que te suceda es que sientas la llamada de tu reloj biológico. A lo mejor necesitas buscarte novio o un buen polvo.

—¡Vete a la mierda!

Sonia se echó a reír y se metió en el baño a darse una ducha. Marina suspiró, se levantó del sillón y se acercó a la ventana. Hacía un día bastante soleado y la calle estaba llena de gente que paseaba, iba de compras o simplemente estaban ahí. Pensó en sus abuelos y, antes de poder arrepentirse, los llamó, les dijo que iría en la tarde. Se pusieron tan contentos que prometieron preparar una de sus comidas especiales. También llamó a Ibarúri para contarle sus planes, y después de charlar un poco con él, se fue a preparar las maletas. No olvidó meter el vestido de época, a su abuela le iba a encantar. Puede que en el futuro incluso lo usase como vestido de novia. «O tal

vez no», pensó. Hacerlo sería acordarse del amor de su vida, de su bandido pirata. Con rabia se limpió de nuevo los ojos, otra vez estaba pensando en él.

Cuando estuvo preparada, mató el tiempo observando la galería de fotografías del móvil. Jeremy y ella estaban como fondo de pantalla, ambos riéndose tras el chiste que el doctor les había contado.

—No vuelvas a llorar, tonta —se dijo con un tembloroso suspiro. Cerró los ojos, se sentía destrozada.

—¿Ya estás lista? —preguntó Sonia tras ella.

—Sí —contestó evitando su mirada.

Sonia se dio cuenta de la humedad de sus ojos al apartar su rostro, pero no le dijo nada. Marina nunca había tenido un episodio de esa índole y le preocupaba bastante. Estaba segura que dándole un poco de tiempo se le pasaría. Pero ese mismo tiempo se le estaba haciendo demasiado largo y angustioso. «¿Y si sí...? ¡No! ¡Imposible!».

—Venga, te acompaño. Me apetece mucho saludarlos.

Jota detuvo la honda CBR en la entrada del garaje y, por un momento, todo quedó en silencio al extinguirse el rugido del motor. Sin bajarse, observó el grupo de chavales que ocupaban un banco del parque. Solo la chispa acerada que encendió sus ojos durante unas décimas, a través del visor del casco negro mate, reveló su ira. Una furia dirigida solo a ellos, a los abominables muchachos que suministraban droga a los más débiles, convencidos de la presumible destrucción de la que hacían gala. Y, sobre todo, al líder del grupo que se alzaba orgulloso entre los demás, provocando, llamando, susurrando. Había muchas más personas por allí, sin embargo, sus ojos fueron incapaces de apartarse de él, de tratar de comprender por qué después de haberlo amenazado con avisar a la policía si no se iba de allí, había decidido quedarse.

Jota llevaba la cazadora de cuero y, aun así, sentía como se erizaba todo el vello de su cuerpo. La corriente eléctrica que le atravesaba el pecho con la sutileza de una daga.

Se enfadó.

¿Por qué seguían estando allí los malditos que tantas vidas habían arruinado? Que tantas crueldades habían provocado. El gran símbolo de la maldad, el foco de la enfermedad, el hogar de los desalmados, de los miserables, de los pobres dependientes. El mal para muchos y la bendición para el resto; el paraíso de la decadencia, de la inmundicia... de la droga.

Se enfadó y no pudo evitarlo. Se le venían a la cabeza momentos, sucesos... las luces azules girando sobre los techos de los coches patrullas. Las sirenas de las ambulancias y los ruidos metálicos de las camillas. Apretó los dientes con fuerza, sintiendo dolor en su dura barbilla, en el interior de las mejillas, en los mismos dientes. ¿Cómo había podido dar por hecho que esa gente no iba a volver? Ellos habían arruinado la vida de muchos conocidos, de amigos, de niños... Ellos u otros iguales que ellos. ¿Qué tenían para atraerlos como la miel a las moscas? ¿Cómo conseguían abrir sus puertas para robar su inocencia infantil? ¿Por qué conseguían transformar al hombre en un vil y sucio canalla dispuesto a terminar con la vida de una persona por una mísera dosis de heroína?

«Porque es la tienda del *caballo*», se dijo. «El hogar de los yonkis. La puta droga».

Le costó dejar de mirarlos y, cuando por fin lo hizo, enojado, observó su local. El templo de Asim debía ser el gimnasio más elegante del extrarradio y uno de los más demandados. Aunque confiaba que una vez que el barrio quedase limpio de toda aquella gentuza, su fama aumentaría.

Volvió a poner la honda en marcha. Saludó a un matrimonio de ancianos que vivía cerca de allí y que siempre le decía que estaba tratando de convencer a su nieta para que tomase clases de defensa personal o kárate. «Al parecer, la muchacha no debe estar muy decidida o no tiene mucho tiempo». Jota apreciaba al señor Calderón con su chispa de alegría y honestidad. No

conocía hombre más bondadoso y noble que él. Sonrió para sí mismo. Persona como esas eran las que hacían que confiase en que la vida valía la pena ser vivida.

Volvió a maldecir al menos veinte veces antes de llegar a su despacho privado en la segunda planta, y otras tantas cuando salió hacia su aula cambiado con el kimono de kárate. Se detuvo frente a la ventana del hall fulminando con sus, en esos momentos, fríos ojos azules el exterior. Seguía estando furioso. Se mordió la lengua y, con rabia, lanzó con fuerza un puñetazo a la pared. Algunos de sus alumnos que pasaban por allí dieron un respingo y lo miraron intrigados, murmurando sobre el mal humor del profesor.

—¿Qué pasa, Jota? —le preguntó Christian, mirándolo de arriba abajo. Era su primo, a la par que su socio y amigo en el gimnasio—. ¿Ya los has visto? Otra vez está ese camello ahí con toda su gente. Te dije que yendo por las buenas no íbamos a conseguir nada.

—Tendremos que hacerlo por las malas, pero no los quiero delante de la puerta. No soporto ver cómo la gente se mete en esa mierda ni que vendan droga a dos metros del templo. —Se fue al vestuario con largas zancadas, medía un metro ochenta y cinco. Christian lo siguió.

—¿Quieres que lo denunciemos?

—Sí, no quiero tener problemas con ellos ni que amenacen a ninguno de los nuestros cada vez que entren o salgan.

—Puedo hacerlo yo, aunque también podríamos llamar a la policía y que vengan a verlo con sus propios ojos. Ten por seguro que nos convertiremos en los héroes del barrio.

—¡Pues va siendo hora de desprendernos de esta lacra!

—Siempre intentando cambiar el mundo, Jota. ¿Cuándo te darás cuenta de que una persona, o a lo sumo dos, no pueden hacerlo solos? —Christian lo miró con fijeza, cruzándose de brazos. En ese momento estaban solos, pues los alumnos los esperaban en sus clases—. Oye, a ti te pasa algo más. ¿No me digas que has roto con esa muchacha del otro día?

Jota se tensó y sintió cómo los músculos de su estómago se contraían con

fuerza al pensar en ello. No le gustaba que lo conociese tan bien.

Christian frunció el ceño, confuso ante su reacción.

—Creí que esta iba a ser la definitiva, me parecía legal. ¿Quieres hablar de ello?

Jota suspiró con fuerza, se revolvió la leonada melena dorada y, después de lavarse la cara con agua fría, miró a su primo.

—Es lo de siempre, las invitas a cenar, a pasar una noche en casa, y después quieren el anillo y lo demás. Esta no era tan diferente del resto.

Christian arqueó las cejas. Era un tipo moreno, de estructura corpulenta y unos centímetros más bajo que su primo.

—Vaya, que tengo razón y has roto con ella.

—Déjalo estar.

—¡Venga ya, quiero saberlo! —insistió.

Jota se calló durante unos minutos que a Christian se le antojaron interminables; al final asintió. Tal vez si se desahogaba con él, se iba a sentir mejor.

—No, no he roto con ella. Pero voy a hacerlo, quizá esta noche. —Se encogió de hombros—. He conocido a alguien, a otra persona. Ella es muy linda, morena, de pelo largo, curvas pronunciadas y ojos color del caramelo. Se llama Mónica. —Curvó los labios en una sonrisa presumida y agitó la cabeza—. Lo malo es que no me hace ni puto caso y, para colmo, es amiga de la otra. —Miró a su primo. Sabía que él estaba pensando que estaba como una cabra, y era posible que llevara razón porque últimamente no se encontraba a gusto con nada—. No sé, tío, puede que esta chica me sorprenda y por fin despierte en mí... algo.

—Creo que lo que te sucede es que estás buscando a alguien en particular, y si vas por ese camino, no lo vas a encontrar. Si cazas a esta, yo me busco una amiga y salimos los cuatro juntos. Así te daré mi opinión.

—Lo que ocurre es que no me gusta salir contigo, tío. Compréndeme, siempre terminas llevándote a mi chica.

—¡Pero porque sueles pedírmelo! —replicó con una devastadora sonrisa—. Por otro lado, soy más agradable y romántico que tú.

Jota le palmeó el hombro, Christian tenía razón. Él era más seco, duro, con un punto de soberbia y orgullo, mientras que el otro era todo halagos, sonrisas, ojitos...

—Paso de ti, además, vamos tarde y no me gusta que los alumnos tengan que esperarnos. Sabes que odio recuperar tiempo de clases.

Christian soltó una carcajada que atrajo la mirada de la recepcionista.

—¡No jodas! ¡Creí que lo único que te gustaba era hacer kárate!

Jota sonrió, ahora más tranquilo que minutos atrás. «El cabrón me conoce demasiado bien».

Capítulo 19

La confesión

Carta de Henutsen

Sé que no es sencillo que Naunet y Asim vuelvan a unirse por más que lo desee. Desde un principio supe que estaban destinados a amarse, que eran distintos a todos los demás. Y maldita mi culpa por permitir que él la frecuentase, por dejarlo jugar con ella y compartir sus ilusiones. Yo estaba feliz porque no había en el mundo un marido mejor para mi hija. Y yo también sufrí cuando mi esposo se opuso. Me desgarró el alma saber que cubrí mis ojos, tapé mis oídos y cerré mi boca. Me rompe el corazón pensar que no vivieron lo suficiente para haberse amado como querían. ¡Eran tan niños!

Hoy mismo, en este momento, entrego mi vida a los dioses a cambio de que ellos puedan comenzar de cero. A cambio de que puedan recordar que, entre un mundo y otro, solo hay un suspiro.

Aquí, siento que no merezco estar. Que han pasado los años y debo retirarme con los que me quieren y esperan. Mi hijo Kefrén, el sucesor de Jufu, se va unir a mi nieta Meresanj, la hermosa hija de Kauab. Y mi esposo, el que pasará a la historia como el cruel tirano, está enloqueciendo. No me permite acudir al templo. Los ha cerrado todos para destinar esos talones de plata a su abominable cripta, pero he conseguido hacerlo. Los dioses me han ayudado. Han podido mover los hilos del firmamento lanzando la estrella más allá.

Estoy preocupada, no sé si será Asim quien deba vivir más de una vida para llamar a Naunet. Ni si mi pequeña estará preparada para luchar por él. Solo sé que deseo otorgarles esa oportunidad. Tal y como prometí a mi pequeña y unirlos para siempre.

Henutsen.

Llamó a un mensajero, al cual le entregó el pergamino y la réplica en oro de Keops. La orden fue sacarlo de Egipto con la mayor premura».

—¿Y quiénes son? —preguntó Marina, leyendo la traducción de la carta de Henutsen.

—He estado averiguando —explicó el doctor—, aunque como ya sabes, todo lo relacionado con la pirámide de Guiza está aún por descubrir. Aun así, sabiendo que Henutsen era la esposa de Jufu y que habla de su pequeña...

—Ya, imagino que se tratará de una hija. La misma que Jufu prostituyó para poder enfrentar los costes de la construcción —le dijo Marina. En realidad, pensaba que ya no le quedaba mucho más por aprender de ese tema. Los papiros que habían encontrado eran un verdadero tesoro. Una historia que Henutsen contaba de su propio puño y letra—. Pero es una traducción tan personal... Es como si estuviese angustiada por algo. ¿Verdad?

—Eran personas con sentimientos, Marina. Y parece ser que se sentía culpable por no haber ayudado de algún modo a su hija a casarse con ese... Asim. Los egiptólogos han denominado el nombre de Naunet con... —Hizo una pausa, generada por la sorpresa al ir leyendo. Marina lo miró insistente, arrugando el entrecejo—. La... diosa del mar.

—¿Por qué le sorprende tanto? Me mira como si hubiese visto un fantasma. El doctor Ibarrúri entrecerró los ojos tras sus lentes de pasta.

—¿Será casualidad, Marina?

Ella se encogió de hombros.

—No sé de qué habla. ¿Me he perdido algo?

—El nombre de Naunet hace referencia al océano, al igual que el tuyo.

Marina, que tenía un bolígrafo en la mano, se rascó con él la cabeza, pensativa.

—¿Es quizá por eso que fui la única persona capaz de encajar las piezas?

—Podría ser.

—Por cierto, doctor. —Lo miró con ojos preocupados—. ¿Le ha contado a alguien dónde consiguió estos pergaminos?

Él negó con la cabeza, despacio.

—Solo lo sabemos nosotros. Hasta que no descifre y traduzca los demás, no quiero decir nada a nadie. ¿Te parece bien? Estás muy pensativa.

—¡No! Digo, ¡sí! Me parece bien lo que usted haga. Solo estaba... ¿Recuerda que le dije que Sonia y yo nos vamos a apuntar a un gimnasio? —Él asintió—. Pues resulta que me acabo de acordar de cómo se llama, y no lo va a creer.

—Prueba.

—El templo de Asim. ¿No es una absoluta coincidencia?

Él se encogió de hombros despreocupadamente.

—No me extraña mucho. La mayoría de los gimnasios de los que he oído hablar llevan nombres de faraones egipcios. Pero si realmente se llama así, es como si alguien nos estuviese enviando señales.

—¿Se imagina que todo esto sea una profecía?

—No creo en esas...

—¿No cree? —le preguntó ella, con unos ojos redondos abiertos como platos y mirada incrédula.

—Bueno, sin duda puede ser. A estas alturas no puedo poner la mano en el fuego por nada. Aunque si es una profecía o una leyenda, en estos papeles debe de decir algo —dijo pasando la mano sobre la pila de documentos de su escritorio. De todos modos, se negó a creerlo—. ¿Quieres ayudarme con los manuscritos?

Totalmente sorprendida, Marina asintió.

—Si no me lo hubiese pedido, me hubiera puesto muy pesada. Ahora estoy deseando saber qué pasó entre Asim y Naunet.

El doctor soltó una carcajada. Le alegraba verla animada, no obstante, sabía que no estaba todavía bien del todo. A veces la pillaba con la mirada vacía, perdida en sus pensamientos.

Marina tenía que estar resignada. Sonia se lo decía una y otra vez. «¡Y una mierda resignación!». No podía. Era superior a sus fuerzas. Lo único que la

mantenía con vida era estar entretenida en unas cosas y otras. Esa era la única manera de olvidar... de hacer que las horas pasasen mucho más deprisa.

—¿Cómo están tus abuelos?

—Bien, ahora andan tras de mí para engordarme. No me puedo quejar, me tratan muy bien. Piensan que todavía soy una niña pequeña.

—Será para que no te marches pronto.

—Seguro. ¿Oiga, quiere venir a cenar un día de estos? Mis abuelos quieren conocerlo, además —se echó a reír, y él la miró confuso—, creen que puedo estar enamorándome de usted y no hacen más que advertirme.

Ibarrúri se atragantó con su propia saliva, y Marina, entre risas, tuvo que palmearle la espalda.

—Ahora no sé si quiero que me conozcan, la verdad.

Marina soltó una bronca carcajada.

—Usted nunca se pone nervioso, doctor. ¿No me diga que se va asustar de un par de ancianos? —Él tomó un trago de agua. Estaba tan colorado que Marina pensó que echaría fuego por las orejas y se apiadó—. ¡Es broma! Aunque sí me han preguntado su edad y la clase de relación que tenemos. Por supuesto, ellos saben que adoro la arqueología.

—Es gratificante saber que no me mirarán mal. Un día de estos iré a presentarme. Y ahora... —Alargó una mano para coger un par de pergaminos y le entregó uno a ella—. Debemos traducirlos y ordenarlos cronológicamente.

—Sea sincero, doctor. Usted espera que en alguno venga escrito dónde está enterrado en verdad el faraón Jufu.

—Es cierto —admitió—, ¿sabes lo que eso significaría? Por fin podremos desentrañar el misterio de la construcción de la pirámide, saber qué herramientas se utilizaron y cómo las usaron.

—Y también se haría famoso.

Ibarrúri resopló.

—No puedo negarte que, de ser así, me encantaría escribir la historia de Keops, pero no por la fama, sino para que otros sepan.

Marina frunció el ceño.

—Y, sin embargo, nadie creerá en lo que nos hizo la Keops de oro. —Se reirían de ellos si llegaban a contarlo.

Él le palmeó levemente el antebrazo.

—¡Pero eso es lo que menos importa, Marina! Esa pirámide es un peligro para la humanidad. Tú misma dijiste que cualquier acción podría cambiar la historia del mundo.

Ella se mordió el labio inferior, asintió. Inevitablemente, sus pensamientos viajaron a la isla Fortuna, a la ciudad perdida y a unos tranquilos y profundos ojos azules. Estaba claro que jamás iba a poder olvidarse de aquello, sin embargo, por su bien, y por el de los que la rodeaban, debía arrinconarlo.

El doctor conoció a los abuelos de Marina dos noches después, cuando ella, con mucha habilidad, lo obligó a dejar sus estudios al menos durante unas horas. Sonia también había ido, y la cena transcurrió en armonía.

Desde el tercer nivel del ático de la torre de Madrid, Jota observaba la ciudad con aire pensativo. Con desgana, había cenado en la cocina una ensalada que le había preparado María, y después había subido a la sala acristalada a relajarse un rato antes de dormir. Las baladas de Scorpions, saliendo del reproductor de música, resquebrajaban el silencio de la enorme vivienda de lujo, mitigando su soledad.

Con una mano apoyada en la pared de cristal y la otra sosteniendo una copa de vino blanco, tarareó el famoso *Still loving you* mientras la ciudad se extendía ante él como un mar de secuencias abstractas. Azoteas, fábricas, zonas verdes, puentes, las luces de las farolas que custodiaban las calles... Nada escapaba a sus impresionantes vistas de la planta treinta y dos, pero él miraba sin ver. Estaba pensando que al día siguiente había quedado a comer con Arabella para romper con ella, y en la noche, Mónica lo esperaba para

cenar. «Las mujeres son así, anteponen la amistad por un tío con dinero».

Se bebió el vino de un solo trago, desconectó la música con el mando y, según descendía las escaleras en espiral al dormitorio principal, fue apagando las luces.

Su ático era un triplex carísimo. El apartamento no solo tenía el panorama más impresionante de Madrid con la vista a La Gran Vía madrileña. También estaba dotado con las comodidades de las casas modernas pero con gustos clásicos. En los dos primeros niveles, situados en la planta treinta dos y treinta y tres, se encontraba la cocina, con armarios de cerezo y acabados en caoba, encimeras de granito, electrodomésticos en acero de primeras marcas, vinoteca climatizada y una amplia zona de despensa. La cocina estaba abierta hacia el salón comedor. Este estaba amueblado con una decoración clásica, con chimenea y suelos laminados de madera abriéndose a una terraza. Una escalera circular de nogal y hierro trabajado artesanalmente conectaba los tres niveles del apartamento. En la segunda planta, una puerta de estilo francés conducía hasta la suite principal, que disponía de gigantescos ventanales y una agradable terraza. Adyacente, se hallaba un segundo dormitorio que usaba como despacho y un baño adicional. Por último, en la planta superior, el apartamento tenía una gran sala totalmente acristalada, rodeada de una terraza privada desde donde disfrutaba de las vistas de todo el horizonte de Madrid.

Según su padre, aquello era una inversión y lo mejor que podía haber hecho. Sus parientes, todos ellos adinerados, habían enseñado a su prole a no despilfarrar y cuidar de sus intereses. Christian y él habían sido buenos aprendices y tenían un futuro prometedor por delante. No podían decir que lo tenían completamente asegurado porque el destino era así. En solo un parpadeo, las cosas podían cambiar para mejor o peor. Pero hacían lo que querían, cuando querían y no les faltaba de nada.

Jota se metió entre las sábanas. Acostumbraba a dormir desnudo, sin importarle la estación en que estuviese. Durante un buen rato se mantuvo despierto observando el reflejo de la luna que entraba por la ventana y chocaba en el techo. No podía dejar de preguntarse cómo sería su primera cita

con Mónica. Ella parecía tan elegante y sofisticada y al mismo tiempo tan natural, cosa que a él le encantaba, que pensó que quizá podía llegar el momento de compartir su ático y su vida. Al final la tuvo que apartarla de su mente para poder conciliar el sueño y, aun así, no durmió en condiciones. Estaba nervioso, y mucha culpa de todo la tenía ese camello que se apostaba cerca del Templo de Asim. No quería tener que llegar a encararse con Juan Carlos, pero dudaba que pudiera evitarlo. Dio más vueltas en la cama que en toda su vida y, cuando se levantó, se encontraba agotado.

Se dio una ducha, se afeitó y bajó a la cocina a prepararse una café bien fuerte y negro. Él no solía cocinar, para eso tenía a María, la mujer ecuatoriana que se encargaba de mantener la casa limpia y las comidas preparadas. Como todas las mañanas, sobre la encimera de granito descansaba el periódico diario que le subía el portero del edificio.

Él solía leerse la sección de deportes y, sobre todo, las columnas donde hablaban de las competiciones que se iban realizando o preparando. También le gustaban todos los artículos relacionados con la historia y, por encima de todo, con el antiguo Egipto. Sentía debilidad con aquella civilización. La política y la economía le interesaban menos. Apenas prestaba atención a ello, ya que teniendo una generación completa de abogados, corredores de bolsa, contratistas y contables, siempre lo mantenían informado en caso de que peligrasen algunas de sus acciones. Al menos una vez por mes se reunía toda la familia en un exclusivo restaurante donde su padre, su abuelo y todos sus tíos —tenía tres contando el padre de Christian— eran socios. Parte de aquellas cenas eran aburridísimas, sin embargo, no podía faltar. Además, aprovechaba para ver a las mujeres de la familia. Lo pasaba genial con ellas, aunque también tenía que soportar que cada una intentase buscarle novia continuamente. Decían que eso era típico de la sangre escocesa que llevaban en las venas. La mayoría de ellos provenían de un importante clan de las Highland, pero el apellido original se había ido perdiendo con los años y con los enlaces que habían surgido.

Jota nunca los había presentado a ninguna mujer porque no había salido con

ninguna que le importase realmente. No estaba en contra del matrimonio ni del amor, simplemente no había surgido. Mantenía relaciones esporádicas que como mucho duraban una par de fines de semana. Tenía muy claro que si algún día presentaba a alguna mujer a su madre, sería porque estuviese enamorado de ella. Con Mónica, ciertamente, no se hacía ilusiones. Eran dos completos desconocidos y él no era tan ingenuo como para aferrarse al simple deseo que ella le despertaba. No tenía prisa para formar su propia familia, de modo que pensaba aprovechar la vida según le viniese.

Capítulo 20

Jota estaba tan concentrado en los ejercicios de calentamiento que no prestaba atención a lo que ocurría alrededor, en el aula de kárate. Estaba acostumbrado a que sus alumnos lo mirasen nada más descender, con la gracia de un felino, los dos anchos escalones de tarima flotante que daban a la clase. Solo llevaba puesto el holgado pantalón del keikogi o karategi².

Él era alto y fuerte. Sus músculos, sin ser exagerados, parecían esculpidos en piedra. Podía presumir de tener un cuerpo perfecto. Lo suyo le costaba mantenerse así. Las artes marciales le habían atraído desde niño, abriéndole el camino en la vida. Bruce Lee era su ídolo, y prueba de ello era el enorme poster que colgaba en la pared del aula donde impartía sus clases.

Jota continuaba siendo campeón en algunas categorías y, a pesar de haberse convertido en profesor de kárate de su propia academia, seguía compitiendo. Cuando abrió el gimnasio junto a Christian —una nave en la parte antigua y más apartada del centro de la ciudad— se dedicaban exclusivamente al kárate y el judo. Con el tiempo, la gente demandaba otras actividades e introdujeron defensa personal, aeróbic y finalmente los típicos aparatos de gimnasia para quienes no deseaba dar ninguna clase en particular. La academia se encontraba entre las quince más reconocidas de la capital.

A Ingrid, la exuberante recepcionista del Templo de Asim, también le gustaba ir a ver a algunos de sus jefes cuando estos hacían estiramientos. Daba lo mismo Jota que Christian. Ambos conformaban un hermoso espectáculo para los ojos femeninos. Le resultaba irresistible ver aquellos cuerpos perfectos, similares a los de los gladiadores de pieles bronceadas bañadas en aceite que tenían tanto éxito en televisión. En aquel momento era el bendito Jota, de ojos increíblemente azules y ensortijado cabello dorado cubriendo su fuerte nuca. No solo estaba buenísimo. Era educado y caballeroso, un pelín gruñón y algo estirado, pero eso no quitaba lo cortés de lo valiente. «El típico

tío que todas las mujeres querrían por amante, esposo y amigo». Lo malo era que él no quería a todas las mujeres, aunque muchas de ellas se le ponían en bandeja con una facilidad increíble. Que le preguntasen a ella cuántas veces había tratado de seducirlo. La última vez en las duchas, sin ningún éxito.

Ingrid había escuchado a Jota hablar con Christian sobre las mujeres que se llevaba a la cama, por suerte ninguna era lo bastante lista como para atarlo. Aquello era un consuelo que seguía dejándolo libre en el mercado. Ella estaba convencida de que tarde o temprano, o bien él o su primo, le harían pasar una noche inolvidable. O los dos. «¿Por qué no?». Suspiró. Deseaba que ese grato acontecimiento llegase pronto. Mientras tanto, se conformaba, como el resto de las mujeres que iban a la academia, a mirarlos. En ese momento, los ojos de ella estaban fijos en la ancha espalda que mantenía tensa tirando de las anillas que colgaban de la barra del techo. Imaginaba tocarlo, recorrer sus bíceps con las manos abiertas, lamerlo, chuparlo hasta llegar a su gloriosa boca de labios sensuales.

—Ingrid. —Una voz interrumpió sus pensamientos—. Hay dos señoritas esperándote en recepción.

Con una mueca de fastidio, se volvió hacia el alumno que le había hablado, deseando mandarlo lejos. «A la mierda».

—¿Por qué siempre tienen que venir a molestar a la misma hora? Parece que se lo huelen —refunfuñó.

El chico miró a Jota y sintió envidia. El profesor atraía las miradas de todas las mujeres y él no parecía notarlo.

Ingrid salió con velocidad de la clase. Cuanto antes despachara a la visita, antes podría regresar a ver su espectáculo favorito. Los tacones repiquetearon en el brillante suelo de mármol del corredor y del vestíbulo donde se hallaba la recepción. Todavía faltaban quince minutos para que Jota empezase sus clases.

—Hola —saludó Ingrid a las dos jóvenes que esperaban. Se colocó tras el mostrador de madera y les dedicó una fría e impersonal sonrisa—. Mi nombre es Ingrid, ¿en qué puedo ayudaros?

Marina la miró con cierta envidia. La recepcionista tenía un cuerpo escultural, de larguísimas piernas y curvas pronunciadas. Era de esas mujeres que derrochaban sensualidad en cada uno de sus movimientos.

—Estamos interesadas en hacer algún deporte.

Ingrid asintió con impaciencia.

—¿Habéis pensado en algo en especial?

Pasando por alto su tono estúpido e imperante, Marina negó.

—Veníamos a informarnos. ¿Qué nos puedes recomendar?

Ingrid suspiró molesta, lo que definitivamente hizo que tanto Marina como Sonia la mirasen con recelo. Compadecían a la persona que permitía que una *idiota* como aquella atendiera la recepción de una academia tan importante. Si no hubiese sido por sus abuelos, Marina, en ese momento, le habría dicho a su amiga que se buscasen otro gimnasio, sin embargo, solo por ellos soportó la soberbia de la *top model* que sacaba folletos de un cajón.

—Todo depende de lo que os guste hacer. Hay desde Zumba hasta artes marciales, máquinas...

—Apúntanos a kárate —decidió Marina antes de dejarla seguir hablando y, sobre todo, antes de arrepentirse y salir de allí sin mirar atrás.

Mientras Ingrid les tomaba nota, comenzó a entrar un grupo de jóvenes con bolsas deportivas, en su mayoría varones. Incómoda porque todos los que pasaban las miraban con curiosidad, Marina paseó la vista por el vestíbulo. Últimamente estaba demasiado susceptible y tendía a buscar entre los rostros de la gente el de Jeremy. Por su parte sabía que se autocastigaba por ello, porque de haber previsto el final de su aventura, nunca, jamás, hubiese tocado la pirámide del doctor. O lo que es más, nunca, jamás, habría querido regresar.

—Algunas clases van a comenzar ahora. Si queréis, podéis quedaros a conocer a Jota y ver si os gusta.

Marina la escuchó sin prestarle mucha atención. Sus ojos se habían parado, ansiosos y estupefactos, sobre el hombre que estaba en el hueco de una de las puertas. Parpadeó asombrada. Lo hizo varias veces.

¡Profesor de kárate!

¡No podía ser!

Sin embargo, ese hombre de ojos azules y cabello dorado viejo era Jeremy. Era la misma imagen con la que había soñado estando en Fortuna, con él.

—¡Jeremy! —gritó, corrió a sus brazos como si tuviese alas en los pies y en el corazón. No podía pensar ni respirar. Solo necesitaba sentir sus brazos alrededor de su cuerpo—. ¡Estás aquí! ¡Estás aquí! —Lo abrazó con fuerza, aplastando la cara en su pecho. Escuchando el latir de su corazón. Rompió a llorar, empapándole la chaquetilla—. ¡No sabes cuánto te he echado de menos! Pensaba que no había funcionado y que te había perdido para siempre. — Levantó la cara mojada por las lágrimas hacia la suya. Él la miraba confuso, con el ceño fruncido. Como si no la conociese—. ¿Jeremy?

Él negó con la cabeza y, muy despacio, con educación, la desasí de su cuerpo. No conocía a esa mujer, y desde luego solo lo llamaban por su nombre los desconocidos que lo averiguaban por las revistas de economía en las que salía algunas veces con algún miembro de su familia.

—Lo lamento mucho. Me has confundido con otra persona.

Ella agitó la cabeza, incrédula.

—¡No! ¡Tú eres Jeremy! Te conozco bien. No podría olvidarme de ti, sería incapaz de hacerlo. ¿No me recuerdas? Soy yo, Marina.

Él medio sonrió. A ella y a todos sus alumnos que se habían quedado mirándolos expectantes.

—Me llaman Jota y soy el profesor y el dueño del templo, aunque si eres alguna conocida de mi padre, podría entender...

—¡Te digo que eres Jeremy Snow! —insistió de nuevo. Sus ojos verdes estaban a punto de salir de sus orbitas. «¿Qué está pasando? ¿Es una pesadilla?»—. Tienes que recordarlo, por favor. Tú y yo estamos juntos. Dijiste que vendrías conmigo, que me amabas. ¿Por qué no puedes acordarte? En la isla Fortuna, recuérdalo —le imploró.

Jota frunció el ceño. Le hubiese gustado decirle un par de cosas a esa

imbécil y ridiculizarla, pero cuando la muchacha que la acompañaba la cogió de la cintura, apartándola de él mientras se disculpaba, recordó que tenía que ser educado y amable ante todo.

—Lo siento, yo... no te conozco.

—De veras que lo lamento mucho, es que te pareces a alguien, a un amigo nuestro —le dijo Sonia abochornada. Ella no soportaba que su amiga hiciese el ridículo ante tantas personas. Era verdad que ese hombre se parecía al del fondo de pantalla, pero...

Marina insistió.

—¡Es él!

—Será mejor que nos vayamos. Perdona por haberte molestado.

Desolada, Marina se negaba a dejar que Sonia la siguiese arrastrando como si fuese una loca de atar.

—Tú sabes que es él. —La miró acongojada—. ¿Por qué no me recuerdas? Jota frunció los labios.

—Por favor, Ingrid, tráele un vaso de agua, y vosotros id entrando en la clase. —Sentía bastante curiosidad por saber lo que estaba ocurriendo—. De verdad que no te conozco, y si es así, ahora no sé quién eres.

—¿Tampoco te acuerdas de Donald? ¿Donald MacBean? —Él negó—. ¿Gabrielle Sullivan? ¿Ibarrúri?

Jota la observó con atención. No solo no tenía ni idea de quién era ella, sino que no le sonaban los nombres que decía. Le pareció una joven bonita, de aspecto delicado. Llevaba una pinza negra sujetando unos cabellos rubios y... por sus ojos, apenados y vacíos, intuyó que no estaba bien de la cabeza.

—Lo siento de verdad, tengo que comenzar mi clase. Te aconsejaría que llevaras a tu amiga al médico o al psiquiátrico —le dijo a Sonia—. Si no conoces a ninguno, yo puedo recomendarte a alguien. Tengo la tarjeta en la cartera.

Marina dejó escapar un suspiro de frustración. No podía creer que él hubiese dicho eso. Luchó contra el impulso de gritarle y pegarle. Si recordase

todo, él nunca habría insinuado algo igual. ¡La quería!

«¡No estoy loca!».

Una última lágrima cayó por su mejilla. Marina la borró y sorbió. Tenía su orgullo y no estaba dispuesta a permitir que se rieran de ella.

—Se han apuntado a tu clase, Jota —avisó Ingrid, alcanzando el vaso de agua a la joven. Estaba alucinada y, a un tiempo, muerta de envidia. ¿Cómo no se le había ocurrido a ella la estrategia de lanzarse a sus brazos confundándolo con otro?

Marina no podía dejar de mirarlo, consciente de haber hecho el ridículo frente a todo el gimnasio. Bebió un trago de agua, le devolvió el vaso a la recepcionista y se despidió con una débil excusa.

—Lo lamento —volvió a decir Sonia mirando al profesor y a Ingrid—. Mi amiga está confundida.

Jota asintió y soltó un profundo suspiro cuando ellas salieron del templo. Preocupado por lo sucedido, miró a su alrededor con nerviosismo.

—¡Está loca! —musitó, observó a Ingrid—. ¿Y dices que se han apuntado? La mujer comprimió los labios ocultando una sonrisa.

—Así es.

Él elevó los ojos al techo en una muda súplica. Después ingresó en su clase.

Marina estaba hecha polvo. No sabía si había sido mejor verlo que no saber nunca que él; su Jeremy estaba en su época. Era muy difícil estar sin él en el mundo, pero tenerlo y sentirlo mucho más lejos era horrible. Como si en ella se hubiesen multiplicado sus sentimientos y, por el contrario, él los hubiese olvidado. ¿Cómo podía ser así? No hacía tanto que se habían amado.

—Líгатelo —le había dicho Sonia al salir del Templo de Asim—. Si estás segura de que es él, vuelve a enamorarlo. Ya lo hiciste una vez.

Pero Marina ya había hecho un espectáculo demasiado irrisorio como para volver a presentarse ante él. Además, ¿qué tío que te trata de loca e histérica querría algo con una mujer así? ¿Con qué cara volvía a presentarse ante él

diciéndole que borrarase lo sucedido? Por demás que tenerlo cerca sin acordarse de ella implicaba sufrir y amar a alguien que no la correspondía. No solo no iba a ligárselo, sino que tampoco iba a volver al gimnasio. Cuanto más lejos estuviese de él, mejor para su salud y su cordura.

Supo que esta vez lo había perdido para siempre.

2 Keikogi o karategi: Vestimenta del kárate compuesta por chaqueta, pantalón y cinturón.

Capítulo 21

Esa mañana hacía bastante fresco y Marina se había puesto una chaqueta gris para pasear por el parque. A esas horas no había mucha gente y se podía estar con bastante tranquilidad sin encontrarse con la gentuza que los últimos tiempos deambulaba por allí. Y por gentuza se refería al maldito Juancar, que por pensar que allí no la molestaría, se confundió totalmente. Al parecer, él tenía montado su negocio en el parque y pasaba droga junto a tipos de su misma calaña. No era un secreto y, aunque todo el mundo parecía saberlo, nadie hacía nada por remediarlo.

Marina se detuvo en una fuente redonda, por la que salía el agua de seis chorros. Sobre la superficie se formaba una costra de espuma blanca, semejante al gel de una bañera. Ese día no tenía clases, pero el doctor iba a pasar a visitarla en un rato. Cuando había hablado con él por teléfono, le había dicho que tenía algo que contarle y parecía estar muy emocionado.

La carcajada de una mujer llamó su atención. Al girar la cabeza, vio a una muchacha muy atractiva, vestida con una falda recta, camisa de seda y chaqueta de traje de un corte soberbio y elegante, carísimo, sentada sobre las piernas de un hombre en un banco bajo los árboles. Los dos bromeaban y reían entre besos y caricias.

El corazón le saltó disparado al reconocer a Jeremy.

—No, a Jota —se corrigió; apartó la mirada de ellos. Se alejó de allí deseando que él no la viese ni la reconociese como la loca que creía... estar enamorada de él.

«¿Por qué estaban dándose el maldito lote en el parque pudiendo estar en la academia?». Él tenía que tener las llaves. Después de todo era el dueño. Ensimismada y preocupada por pasar inadvertida, no se percató del hombre que interrumpió su marcha al ponerse ante ella con una pose chulesca.

—Hoy debe ser mi día de suerte. Va a ser verdad eso de que a quien

madruga, Dios lo ayuda.

Marina se sorprendió al ver a Juancar; dio un paso atrás. Se había dejado el bolso y el *spray* de pimienta en casa, y él la miraba de arriba abajo de manera obscena.

—¿No dices nada? ¿No me saludas con dos besos por lo menos?

—No, tengo que marcharme. —Le dio la espalda con prisa, pero no con la suficiente, él la cogió del brazo y la hizo girar. La aplastó contra su torso. Olía a tabaco y alcohol—. ¡Suéltame!

—¿Por qué? ¿No estabas buscándome? ¿No estas deseando que te tumbe en el césped y te haga gozar?

Ella se quedó aturdida momentáneamente. ¿Tan grande y aplastante era el ego de ese tipo? «Las drogas le están haciendo mucho daño», pensó. Se recuperó con rapidez de la impresión y luchó por soltarse. Le lanzó una patada a las espinillas que lo desestabilizó, entonces corrió hacia el camino más ancho del parque. Antes de poder rebasar la fuente, él la había cogido de nuevo. Esta vez, con más fuerza, sujetó su cintura apretando la pelvis contra su cadera.

Jota alzó la vista de Mónica al escuchar los lamentos de una mujer. Reconoció a la chica al momento. Aquel día había tenido el pelo recogido, pero ahora lo llevaba suelto sobre los hombros y los rizos acariciaban su cara de piel cremosa y pálida. Por alguna extraña razón, no había dejado de pensar en ella desde que la vio. Y lo peor de todo era que Juancar, el camello, la estaba atacando. Lamentablemente, ella no tenía nada que hacer. Se revolvía entre sus brazos mientras intentaba darle patadas en las piernas. Era bastante menuda y poca cosa como para salir airosa, sin embargo, admiró su valor.

Se levantó del banco. No podía permitir que nadie agrediese a una mujer estando él delante. Se disculpó con Mónica y, hecho una furia, se acercó al lugar donde Juan Carlos se frotaba impudicamente contra la chica.

—¡Suéltala!

Juan Carlos lo miró con ojos fríos.

—¡No te metas, Jota! Ella no es de los tuyos, sigue tu camino y márchate de

aquí.

La mujer se revolvió con más ahínco.

Con fuerza y la agilidad de un tigre, Jota llegó hasta él y lo empujó. El camello trastabilló y soltó a su presa.

—¿Estás sordo? —bramó Jota. Vio que Juancar se llevaba la mano al bolsillo de atrás de sus pantalones—. ¡Si intentas sacar la navaja, te la comes.

Juancar recapacitó a tiempo. Abrió los brazos en rendición.

—¡Jota, te estás buscando un problema conmigo!

—¿Me estas amenazando? —le preguntó entre dientes, dando un paso más hacia él.

Marina se apartó. Podía haberse marchado, pero no quiso salir huyendo como una cobarde.

Juancar tragó con dificultad. Estaba sudando y no precisamente de calor. Jota lo miraba como si estuviese dispuesto a saltar sobre él en cualquier momento. Y sabía de sobra que el ricachón le tenía ganas. Desde luego le hubiese encantado poder enfrentarse a él, pero sus colegas no estaban para respaldarlo.

—No te estoy amenazando. —Se empezó alejar, guardando una buena distancia entre él y la rubia. Se maldijo por haber sido tan insensato y descarado al acercarse a ella. Si hubiese esperado a que se adentrara más en el parque, habría sido fácil cogerla sin que nadie se hubiese dado cuenta. De refilón miró a la chica de Jota. Esta se encontraba más alejada observando con cara de aburrimiento la escena. No era una mujer muy bonita, aunque era obvio que tenía la misma clase que él—. Solo digo que no me busques las cosquillas. A ti y a tu gente la respeto, pero...

Jota dio un paso más hacia él, y Juancar prefirió callarse y escabullirse por uno de los senderos. Se metió la mano en el bolsillo trasero y agarró la navaja con fuerza, sin sacarla, pero atento a pincharlo si él se le acercaba.

Jota no lo siguió, aunque no apartó la vista hasta que desapareció. Se volvió a Marina. Ella estaba aterrada.

—¿Te encuentras mal?

La muchacha negó.

—Gracias por ayudarme.

Él asintió con la cabeza.

—No ha sido nada. —Tuvo el repentino deseo de tocar su mejilla y no entendió por qué. Por suerte, la voz de Mónica lo detuvo.

—¡Jota, vámonos ya!

—Espera un momento, por favor. —Tenía que asegurarse de que la chica estaba bien y en condiciones de regresar a su casa—. ¿Necesitas que te acompañemos a algún sitio? —preguntó sincero.

—No, de verdad, estoy bien, ve con tu novia —le respondió con voz temblorosa. Quizá esperando que él negase que aquella mujer era su pareja. O quizá deseando que él...

—Mientras ese payaso este por aquí, será mejor que no estés en el parque. No me extrañaría que regresara. Es un tipo del que nadie se puede fiar.

—¿Tú lo conoces? —preguntó en un hilo de voz.

—Por desgracia, sí. —Jota miró a Mónica, que se había acercado y lo tomaba del brazo.

Marina los vio. No hacían muy buena pareja. Ella tenía unos ojos fríos y distantes, como si en ningún momento lo sucedido le hubiese preocupado o alterado.

—Vámonos, Jota, no quiero estar aquí más tiempo —le dijo con aspereza. «¿O tal vez con celos?».

Celos era lo que en ese momento sentía Marina. De buena gana le habría sacado los ojos de las cuencas a esa... «Idiota». Sin embargo, lo de Mónica no era desconfianza. Estaba molesta porque una mujer como ella, que provenía de una buena familia con varios patrimonios, no debía estar morreándose en un banco de la calle. Y no entendía cómo se podía haber dejado convencer por Jota.

—Gracias de nuevo —dijo Marina. Quería alargar la despedida porque

sabía que a la otra le sentaba mal—. No volveré a venir sola por aquí nunca más.

Él sonrió a pesar de sí mismo.

—No has vuelto a la academia, Ingrid me dijo que os habíais apuntado tu amiga y tú.

Ella se sonrojó. «Después de todo, él me ha reconocido».

—Nos lo pensamos mejor y hemos decidido darnos un tiempo. Ahora vienen los exámenes...

A Jota no le hacían falta muchas palabras para entender. Comprendía que ella se encontraba incómoda después de la que había montado en su academia.

—Es bueno saber defenderse. Yo me lo pensaría antes de cerrarte en rotundo.

—¡Jota!

Mónica tiró de su brazo de nuevo, y le molestó.

—Un segundo. ¿Cómo te llamas?

—Marina.

Mónica comenzó a golpear el suelo con insistencia con el pie, y él lo ignoró.

—Yo soy Jota. —Estrechó la mano de Marina—. Ahora ya nos conocemos de manera oficial.

Mónica le soltó el brazo y echó a caminar hacia la academia. Él se encogió de hombros; con una mueca de disculpa, se despidió:

—Nos vemos en otra ocasión.

Marina se quedó como una estúpida, con la mano alzada en señal de despedida, observando como corría hasta su chica y le rodeaba la cintura.

—Lo tendré en cuenta. Adiós —susurró.

Jota no supo qué necesidad había tenido de buscar una excusa con Mónica para hacer que se marchase. Le gustaba, pero decididamente, antes de apreciar su hermosura, había tenido a bien descubrir la enorme estupidez y prepotencia de la que hacía gala. Eso no le quitaba del todo las ganas de echarle un polvo.

Algo que tampoco tenía pensado hacer en un banco del parque. Ni siquiera sabía cómo habían llegado allí teniendo el templo a un tiro de piedra. A lo cual, por otro lado, se alegraba por haber podido encararse con Juan Carlos. «Algún día, si la justicia no actúa, puede que lo haga yo», pensó.

Después de unos minutos de ver el Audi de Mónica perdiéndose al final de la calle, salió a la cafetería de la esquina. Era un lugar fresco y limpio, sin mucha gente, famoso por su tranquilidad y porque hacían unos capuchinos de escándalo.

Se acercó a la barra y se pidió uno. Se sentó en una de las altas banquetas con base de cuero y paseó la mirada por el local. A la mayoría los conocía de vista.

—¡Jota! —el señor Calderón lo llamó desde una de las mesas que compartía con dos personas más. Ya otras veces había coincidido con él a charlar mientras tomaban sus bebidas, pero en aquella ocasión le sorprendió descubrir que entre sus acompañantes estaba Marina, la rubia de profundos ojos verdes y cabellos trigueños.

Se acercó a ellos con intriga. El sol entraba con fuerza por una de las ventanas y daba en la espalda de la joven, asemejándola a un ángel. «¡Está buena la condenada!».

—Mira, Jota, ella es mi nieta, de la que tanto te he hablado. Se llama Marina.

Él achicó los ojos. ¡Menuda casualidad! De modo que ella era la famosa nieta. En ese momento, el señor que los acompañaba se puso en pie y lo observó fijamente. Era un hombre también de edad avanzada, con lentes de pasta oscura y un traje de pantalón y chaqueta bastante desgastado.

—¿Jeremy?

Jota no creía conocerlo y percibió que Marina, con disimulo, clavaba el codo en el brazo del hombre. Después advirtió la sospechosa mirada que intercambiaron entre ellos antes de que ella se pusiese hablar:

—Abuelo, Jota y yo ya nos conocemos. Pasé por su academia el otro día. Creí que te lo había dicho.

El abuelo la miró con desconcierto.

—No, no me lo has dicho.

—Se me olvidaría —dijo, restándole importancia—. Jota, él es el decano de la universidad donde estoy cursando. El doctor Ibarrúri.

—Eduardo Ibarrúri es arqueólogo, y mi nieta, si Dios quiere, también lo será. En este momento estábamos de celebración. Al doctor le han otorgado una plaza con los más importantes egiptólogos para poder inspeccionar una de las pirámides.

Jota lo felicitó con un cálido estrechón de manos.

—Un placer conocerlo, doctor. ¿No ha ido nunca al valle de los reyes?

Marina irguió los hombros con rapidez y lo miró con la boca abierta. Él se dio cuenta y se sintió satisfecho de despertar su curiosidad. El doctor asintió.

—He ido alguna vez, pero no como voy ahora. Antes era un simple turista, sin embargo, esta vez, podré sumergirme en la pirámide de Guiza. ¿Usted la conoce?

—Me fascina el pasado y empecé a cursar como historiador hace tiempo. Lamentablemente, no soy muy buen estudiante. —El camarero lo llamó en ese momento—. Esperen, voy por mi capuchino. ¿Les importa que me sienten con ustedes? —El abuelo de Marina fue quién le respondió que estarían encantados. Jota se acomodó, con una sonrisa, en la silla que quedaba libre—. Sobre la pregunta que me hizo antes, fui también como turista y debo admitir que me encantó, y todo el misterio que entraña... me apasiona. —Mientras hablaba, sentía que los ojos verdes de Marina no dejaban de mirarlo. Él vestía unos holgados pantalones negros de algodón y una camiseta blanca sin mangas que resaltaba tanto los músculos de sus brazos como el azul de sus ojos. Tenía el cabello alborotado recortado sobre la nuca—. No sé si sabrá que mi academia se llama el Templo de Asim. Decían que era el hijo del tyaty que proclamó el faraón, aunque no está demostrado.

Otra vez, el doctor y ella volvieron a intercambiar esa extraña mirada. Tuvo una sensación rara.

—No, no lo sabía —respondió el decano—. Me refiero a lo de su

gimnasio, a lo de que Asim fue el hijo del tyaty, yo también creo que es así, aunque Heródoto comentaba que solo eran tyaty los que llevaban sangre real y, en este caso, el padre de Asim no la llevaba.

—Por eso digo que todo lo relacionado con Jufu está envuelto en un gran misterio. —Si Marina seguía mirándolo de esa manera, él iba a comenzar a derretirse. Parecía que sus ojos le estaban haciendo el amor—. Pensé el nombre mucho antes de montar la academia. Fue por una bonita y romántica historia que me contaron en el Cairo. Tengo amistades que nacieron allí y saben muchas leyendas que no aparecen en las bibliotecas ni en la famosa Wikipedia.

Marina tenía que volver a respirar para ser persona, si no lo hacía, presentía que caería desmayada de un momento a otro. ¿Sería capaz de vocalizar?

—Supongo que te refieres a la historia de Naunet y Asim.

Ahora fue él quien quedó perplejo.

—Hay quién dice que ninguno de los dos existió —asintió—, pero sí, se trata de esa historia. No debería sorprenderme de que la sepas al estudiar arqueología, no obstante, es tan poca gente la que la conoce que me parece hasta extraño.

Notó como ella enrojecía violentamente. Estaba deliciosa.

—Da la casualidad de que, en este momento, Marina y yo estamos estudiando esa rama de Egipto por circunstancias de la vida. Comenzamos tratando de descifrar el calendario de forma piramidal, queríamos descubrir la puerta del tiempo...

Jota dio un pequeño brinco en su silla.

—¿Pero en verdad existe esa pieza?

—Existe —afirmó el doctor.

—Decían que la réplica de la pirámide de Keops estaba expuesta en el museo de Madrid, sin embargo, la institución, cada vez que me pongo en contacto con ellos, me responde que no tiene constancia de ella y que la puerta

del tiempo es simple ficción.

El doctor volvió a asentir. Esta vez fue Marina quien se adelantó a contestar.

—La pirámide de Keops es propiedad privada, por eso el museo no puede dar esa clase de información. —Sonrió de un modo tan sensual que le dieron ganas de beber el refresco que ella se estaba tomando de sus propios labios—. Pero en realidad Keops pertenece al doctor cuando el señor Snow, Jeremy Snow, la entregó hace cientos de años a la familia.

—Qué sea una máquina del tiempo es simplemente una conjetura —añadió Ibarrúri mirando al señor Calderón, que los escuchaba en silencio.

—¿En serio le pertenece? —preguntó Jota atónito—. ¿Y dónde encontraron esa pirámide?

—En una isla del caribe llamada Isla Fortuna. Desgraciadamente, ahora yace bajo las aguas del océano.

Jota frunció el ceño, extrañado. Había algo que se escapaba de su entendimiento y no era precisamente que quien descubriese a Keops se llamase igual que él.

—¿No nombraste esa isla el otro día, en la academia? —le preguntó a ella. Marina pareció tensarse, y él supo cuánto le incomodaba hablar de ese día. Fijó su atención en el doctor—. ¿No estaría interesado en vender la pirámide? Conozco a alguien que estaría como loco por poseerla.

—No podría hacerlo. Es algo demasiado valioso sentimentalmente, aunque estoy pensando en llevarla al Cairo.

Marina lo miró con las cejas arqueadas.

—¿Sé la quiere llevar?

—Sí, creo que es el lugar en el que le corresponde estar.

Jota los miró sin comprender muy bien por qué, de repente, ella se puso tan triste y el doctor, tan serio. Sin embargo, el señor Calderón cambió de tema y siguieron hablando de otras cosas.

Capítulo 22

La maldición

—¿Por qué has hecho eso, Henutsen? ¿Por qué haces perder el tiempo de los dioses y el mío al tratar de averiguar lo que estás conjurando?

—Piensas que es una pérdida de tiempo, pero yo no lo siento así. ¡Dime, Jufu, qué es lo que estás haciendo tú sino planear una y otra vez cómo será tu cámara funeraria! ¿No es eso perder el tiempo en vez de preocuparte por los nuestros? ¿Has ido a ver a Kefrén? ¿Y a nuestros nietos? A ti no te interesa nada más que...

—¡Es suficiente, mujer! No quiero seguir escuchando sandeces y tonterías. ¿Acaso no sabes que pasamos por esta vida solo para prepararnos para vivir en un mundo mejor, lleno de riquezas, tanto materiales como del alma? Desde que nuestra hija se quitó la vida, no has hecho otra cosa que reprochármelo día a día. ¿Por qué no puedes comprender que no podía permitir la unión con Asim?

—¿Por qué no? Tú mismo nombraste a su padre tyaty, el hombre más importante después de ti.

—¡No tiene sangre real!

Henutsen lo miró por entre las lágrimas que pendían de sus largas pestañas negras.

—Eres incapaz de entender al corazón.

—El corazón es cosa de mujeres. La razón se encuentra aquí. —Jufu se golpeó la cabeza con un dedo—. Llegará un día en el que me agradecerás todo lo que estoy haciendo.

—No lo creo. Seré más feliz cuando Naunet pueda hallar la felicidad de la mano de Asim.

Jufu curvó los labios hacia abajo en una mueca cargada de indiferencia.

—Tu magia no funcionará nunca, Henutsen. No podrás unirlos si sus cenizas no regresan aquí, a su pueblo. Tú sola te has encargado de hacerlos sufrir una y otra vez al enviar ese objeto fuera de estos muros, y mientras no regrese, ellos pueden cruzarse veinte mil millones de veces que jamás se darán cuenta de quiénes son y qué es lo que buscan.

Henutsen clavó los ojos en la puerta que él acababa de cerrar con fuerza. ¿Sería cierto lo que decía su esposo? ¿Había sido tan estúpida de haber mandado a Keops de oro fuera del país, solo para que su pequeña siguiese sufriendo?

Ese mismo día llamó a un escriba y le ordenó contar su historia en papiros. Eso era lo único que podía hacer para solventar el error que había cometido. Después mandó que lo llevaran, junto a Keops de oro, con una única reseña: Kauab, reencarnado en sabio, será el suspiro de un mundo a otro.

Aunque Marina trató varias veces de hacerse la encontradiza con Jota, no le dio muy buen resultado. Esos días él estaba preparándose para un campeonato y solo iba al gimnasio para dar sus clases, las que había reducido a la mañana. Después entrenaba en su ático. Por lo menos eso era lo que Christian había comunicado en la academia, y por eso ella eligió retrasar sus clases hasta que él volviese a darlas por la tarde. Se lo había pensado mejor e iba acudir.

Durante esos días ella también aprovechó su tiempo para ayudar al doctor con los preparativos de su viaje. Lo envidiaba. Se hubiese ido al Cairo con él con los ojos cerrados. Se lo dijo.

El decano rio al tiempo que asentía.

—¿Un viaje tú y yo juntos de nuevo? No me asustes, Marina. Lo mejor es que te quedes lejos de mí. Por cierto, ¿has vuelto a hablar con Jeremy?

—Es Jota, y no —negó contrariada—, no he vuelto a verlo. ¿Por qué cree que se ha olvidado de nosotros?

—No tengo ni idea, pero voy a descubrirlo, lo sé. Tengo una corazonada. Todo esto tiene que estar relacionado, y creo que en Egipto está la

explicación. No voy a parar hasta descubrirlo, Marina.

—¿Entonces va a dejar allí a Keops?

—Estoy seguro de que la clave es regresar donde todo comenzó. —Aspiró con fuerza y se encogió de hombros—. Te iré contando mis avances a diario si puedo. ¿Tú que harás hasta que regrese?

—No lo sé. Supongo que iré a conocer a su suplente.

El decano se ajustó las gafas sobre la nariz. Estaban en su despacho, en su casa en el centro. Un inmueble de altos techos, suelos de madera y un fuerte olor a cera. A Marina le gustaba el estudio del doctor. Le recordaba una biblioteca vieja y antigua donde uno podía encontrarse con cualquier cosa menos esperada.

—¿Por qué no te quedas terminando de traducir los papiros y ordenando la historia? Mucho me temo que hemos ido escogiendo fragmentos al azar. Pero si los colocamos, pueden que nos diga algo.

Marina miró sobre la mesa la montaña de papeles. Tenían buena parte de los manuscritos traducidos, ya que la escritura hierática la tenían muy bien aprendida, y a esas alturas no tenían ninguna duda de que Henutsen había sido el personaje principal de la historia.

—¿Me dejaría que lo hiciese yo sola? ¿Confiaría en mí?

—En ti es en la única persona en quien confío. —Le entregó un juego de llaves que sacó de un cajón del escritorio—. Toma.

Lo miró incrédula.

—¿Qué es?

—Las llaves de mi casa. No puedo permitir que saques los manuscritos de aquí, de modo que prefiero que vengas a estudiarlos. Puedes quedarte en mi casa siempre que lo desees. Es más, deberías trasladarte aquí una temporada.

Marina estuvo a punto de ponerse a llorar.

—Le prometo que cuidaré de sus plantas y de su periquito.

Él parpadeó.

—No tengo periquito.

—Todavía —respondió enjuagándose los ojos—. No, lo digo en serio. Gracias por portarse tan bien conmigo.

Ibarrúri agitó la cabeza y exclamó en broma:

—¡Señorita Marina, me va a hacer llorar!

Ella sonrió. Los dos se abrazaron con afecto.

—Eres un caso, Marina, tan dulce y valiente. No cambies nunca.

Tres días después, lo acompañó al aeropuerto y se quedó con él hasta el momento en que los pasajeros abordaron el avión. Era lo menos que podía hacer después de que también le dejase su coche. No era un ultimísimo modelo, pero para ir a la universidad, a casa de sus abuelos y a la del doctor le servía de sobra.

Esa misma noche, cuando llegó a casa, su abuelo le dio la noticia de que había llegado una invitación de la academia del templo en la que los invitaban a la competición que se iba a celebrar ese fin de semana en el pabellón de los deportes. Después iban a servir un aperitivo en la academia, y tanto Jota como Christian querían que acudiesen.

La noticia hizo que el estómago de Marina se llenase de mariposas durante los días siguientes. Deseaba con locura ver nuevamente a Jota y casi no podía concentrarse en nada más. Lo peor era que cuando alguien deseaba que el tiempo corriese este parecía ir tan lento que sentía que las agujas del reloj no se movían del sitio. Pero por fin llegó el sábado. Sonia se apuntó también y, a la hora señalada, todos se presentaron bien vestidos al Barclaycard Center en Madrid.

En el año 2001 el palacio de los deportes, que era como se llamaba antiguamente el pabellón, había sufrido un incendio y quedó en estado de ruina, sin embargo, en el 2002 volvió de nuevo a construirse. Tenía una capacidad para diez mil espectadores, aunque Marina dudaba que una competición como esa arrastrara a tanta gente. En el Barclaycard Center se alternaban eventos deportivos con conciertos y giras musicales internacionales de éxito.

El ambiente del pabellón desprendía festividad y buenas vibraciones. La

música sonaba de fondo contribuyendo a animar a los competidores y a sus seguidores. La gente se iba acomodando en las gradas, en su mayoría tras las academias a las que pertenecían. Marina vio venir a Christian, jovial y alegre, vestido con el karategi, y la saludó con la mano. Se lo veía emocionado, con una amplia sonrisa en su atractivo rostro.

—Hola. ¿Acabáis de llegar? Por aquí es muy complicado aparcar. Espero que no hayáis tenido ningún problema con la plaza.

—No, qué va. Le dijimos al del *parquin* quiénes éramos y nos dejaron aparcar junto a la moto de Jota —le respondió el abuelo de Marina, estrechándole la mano.

—Me alegro. Esto no va a tardar en comenzar. Venid conmigo. Tenemos los sitios reservados en primera fila para todos los que somos del templo de Asim. —Guiñó un ojo a Marina con picardía—. Ya sabéis, tenéis que animarnos mucho.

—No parece que a ti te haga mucha falta —le dijo con diversión
Él se frotó las manos.

—Lo que ocurre es que estoy muy nervioso, y no puedo parar quieto en un sitio.

—Todo va a salir bien Chris, ya lo verás —añadió Sonia. Se habían visto varias veces más, después de apuntarse al gimnasio, e incluso había ido a alguna de sus clases.

Marina llevaba un liviano vestido de color lavanda en seda y suave algodón, con un profundo y sensual escote en la espalda y un delicioso vuelo en la falda corta. Se había puesto también unas cómodas sandalias plateadas con un considerable tacón. Al bajar los escalones, se tuvo que sujetar la falda para que no se levantase con ninguna corriente de aire. No se dio cuenta de que Jota los había visto llegar y que devoraba sus piernas en cada peldaño que descendía.

Marina lo buscó con la mirada y, al cruzar la vista con él, este apartó sus oceánicos ojos corriendo, como si lo hubiese descubierto observándola. Ella se sintió halagada y nerviosa al mismo tiempo.

Christian señaló los asientos de una larga hilera. Había muchos vacíos.

—Poneros por aquí, donde mejor estéis.

Comenzaron a colocarse y, por el rabillo del ojo, Marina vio que su abuelo se apartaba para saludar a alguien. Miró y entonces sí, esta vez, sus ojos se encontraron con los de Jota. Él le dedicó una sonrisa tan encantadora que la hizo vibrar por entera. Su pulso se lanzó a una vertiginosa carrera. Con las piernas temblando como un flan, se acercó a él. La pista estaba separada de las gradas por un alto escalón de medio metro. Se puso de cuclillas y le tendió una mano, que él estrechó con firmeza y calidez.

—¡Que tengas mucha suerte!

—Gracias, me alegro que hayas podido venir —respondió. Sus ojos la recorrieron con lentitud hasta posarse en las piernas que tenía dobladas ante él. Instintivamente, Marina las juntó, y él volvió a levantar la mirada hasta sus ojos. ¡Era tan guapo y atractivo que las mujeres no le quitaban la vista de encima! Mucho menos ella, que al tenerlo tan cerca podía oler el *after shave* que se había puesto esa mañana. Tampoco lo hacía su chica, Mónica, que había tomado asiento y charlaba con alguien mientras los miraba por el rabillo del ojo.

—Mucha suerte, Jota —le dijo Sonia acercándose a ellos. Marina se incorporó.

Christian bajó con un salto elegante de las gradas a la pista.

—¡Vamos a ganar! ¿Verdad, gente? —gritó a los alumnos que iban a competir y que esperaban impacientes que empezase el torneo.

Todos gritaron al unísono.

Sonia y Marina regresaron a sus butacas. El campeonato empezó a la hora prevista y los participantes fueron saliendo al tatami. El espectáculo fue divertido y digno de admiración. El Templo de Asim fue una de las academias que más medallas recaudó y más aplausos y vítores se llevó. Marina tenía que admitir que Christian había estado excelente. Era muy bueno en los combates y poseía mucha destreza. Sin embargo, Jota... él no solo arrasó en su categoría, sino que había dejado a la mayoría de las mujeres soñando con él. Con su

hermoso rostro varonil de rasgos perfectos y cincelados y con su cuerpo escultural y soberbio.

Marina se pasó toda la competición mirándolo, incapaz de apartar la vista. Y, extrañamente, él hizo lo mismo. Pero cuando sus miradas se cruzaban, ambos las retiraban como si estuviesen haciendo algo malo o cometiendo una falta.

Proclamaron campeón a Jota. Todos se levantaron de sus asientos entre aplausos y gritos. Marina y Sonia silbaron con estridencia al tiempo que daban palmas como locas, felices y orgullosas por la victoria.

Él se acercó a las gradas a saludar, pero sin previo aviso, su chica se lanzó a su cuello. Se dieron un largo y profundo beso que dejó exclamando a todo el estadio. Un beso que partió el corazón de Marina una vez más. «Si me hubiesen clavado un cuchillo, no me habría dolido tanto».

Apartó la vista de ellos y se giró a su amiga con lágrimas en los ojos. Tenía que ser fuerte. Él no le pertenecía ya. Se preguntó si alguna vez había sido suyo, y no supo la respuesta.

—¿Estás bien? ¿Quieres que salgamos un poco? —le preguntó Sonia, incómoda.

Marina sacó fuerzas de donde pudo.

—Estoy bien. Si tan solo pudiera sacarlo de mi corazón. No puedo entender cómo me prometió que nunca se olvidaría de mí y ahora... ahí está, comiéndole la boca a otra delante de cientos de personas. Te prometo que si algún día llega a recordarlo, no lo voy a perdonar en la vida.

—No digas tonterías, Marina. Te conozco bien, y si Jota te hace una señal, o te recuerda, tú irás tras él moviendo el rabo como un perrito faldero.

—¿Desde cuándo has empezado a tomarme en serio?

—No lo he hecho, pero eres mi amiga y no me gusta verte sufrir.

Marina suspiró y parpadeó varias veces con una trémula sonrisa.

—Me conoces bien. ¿Podemos ir a comer a algún restaurante de moda?

Su abuela no aceptó cuando escuchó su propuesta minutos más tarde.

—¡Qué tontería, Marina! Jota y Christian nos han invitado, y no deberíamos hacerles ese feo después de haber asistido al combate. Otro día, si quieres, nos llevas donde te dé la gana.

—Tienen razón —le dijo Sonia—. Ellos esperan que nos quedemos. Además que si estamos aquí, recuerda que es porque Jota aprecia a tu abuelo.

—De acuerdo, ha sido una tontería sugerirlo. Seguro que nos ponen bien de comer.

«Ellos tienen razón, para un día que salen, yo quiero chafarles la fiesta».

En el Templo de Asim, todos los competidores habían desechado las ropas deportivas por otras más formales y elegantes. Se respiraba buen rollo e incluso Ingrid se mostraba encantadora, yendo de un lado a otro, conversando con todo el mundo.

Marina no pudo evitar buscar a Jota nada más llegar. No quería hacerlo, pero parecía que no tenía control sobre sus ojos. Se dijo que lo hacía con la intención de mantenerse alejada de él todo lo posible. Pero era una mentira como un castillo. Sin embargo, para su desazón, no lo vio ni a él ni a su novia y para ese momento ella sentía que los celos desgarraban sus entrañas. «¿Dónde pueden estar y haciendo qué?».

—¿Qué tal lo estáis pasando? —preguntó Christian enfundado en un traje negro con corbatín burdeos. Estaba impresionante de bueno.

—Muy bien. Está todo genial —respondió Sonia con un tono de voz que Marina conocía más que de sobra. Era el de alguien que se derretía por llamar la atención del otro, y por si las señales no eran demasiado claras del todo, también lo miraba haciendo ojitos y sonreía más feliz que una perdiz.

—¿Has probado los canapés de salmón? —le ofreció Christian, devolviéndole la sonrisa.

—¡Me encanta el salmón! ¿Sabías que tienen mucho omega tres? Por cierto, estoy estudiando medicina...

—¡Ah, medicina!

—Sí, y en este momento estoy con la materia de la nutrición.

—¿Qué especialidad?

—Cardiología. Me gustaría ser el mejor doctor cirujano del país.

Christian y Sonia, ajenos a los demás, se marcharon a tomar asiento con unas copas en las manos. Marina los miró atentamente durante unos segundos. Hacían una pareja muy bonita.

—Te repito que no tengo nada serio con Mónica. —Su padre era el quinto miembro de la familia que le preguntaba lo mismo, «y estoy hasta las pelotas de todos. ¿Por qué no pueden creerme?». Él no tenía nada que ver con el beso del estadio. Su única culpa fue no apartarse de ella a tiempo, pero ya lo había solucionado. Su relación no era lo que había esperado y pensando fríamente no le importaba no volver a verla más.

—Pues es una pena, parecía una buena chica y, además, bonita.

—No entiendo por qué os empeñáis en decir que era buena chica cuando no la conocéis. ¿Acaso Chris os habló de ella?

—¡No! ¿Cómo crees? Ese cabeza de chorlito que no calla bajo el agua es incapaz de hablar de alguien que no sea él mismo.

—Lo que le pasa es que no le gustan los critiqueos ni los *corre, ve y diles*. Y si no fuese así, tendría un serio problema conmigo.

—Tienes razón, tú eres demasiado reservado para esas cosas. —Ignoró como Jota resoplaba cansado—. ¿Y quién es esa muchacha que acompaña a tu primo ahora? Da la sensación de que se comprenden muy bien.

Jota lo miró con cierta envidia. Christian estaba disfrutando de la recepción mientras él era interrogado una y otra vez por diferentes miembros de la familia.

—Ella es Sonia. Es una alumna nueva de la academia.

Su padre sonrió orgulloso.

—¡Has estado fantástico, Jeremy! ¡Una competición maravillosa! Sí, señor. Con este nuevo trofeo seguro que el Templo vuelve ascender en categoría. — Le estrechó la mano con calidez—. Me alegro mucho de que no me hicieras caso y decidieras emprender tu propio negocio.

Jota se tensó con sus palabras y evitó mirarlo de frente.

—Sin Chris no me hubiese atrevido nunca a hacerlo. —Más allá de su primo, descubrió a Marina con sus abuelos. No entendía por qué sus ojos no hacían más que buscarla todo el rato para saber qué era lo que estaba haciendo, con quién, de qué hablaba... De pronto recordó la conversación de la cafetería sobre Egipto—. Ven, padre, quiero presentarte a unas personas.

Jota lo guio hasta el pequeño grupo y comenzó las presentaciones por los abuelos de Marina. Después se giró a ella. Estaba deslumbrante con ese vestido tan fino que marcaba sus senos y su cintura con delicia y que hacía que sus piernas pareciesen más largas y esbeltas.

—Y ella es Marina, recién se ha apuntado a nuestra academia, pero, además, estudia arqueología. Un profesor amigo suyo es la persona que posee la pirámide de oro de la que te hablé.

—¡Es un placer, señorita Calderón! —saludó el padre de Jota tendiéndole la mano con galantería. Ella le entregó la suya con timidez. El hombre era tan imponente de alto como su hijo. De pelo cano, tenía bastante atractivo, sus ojos eran muy similares a los de Jota, pero de un azul más oscuro y profundo—. Me llamo Julio Salazar, y es cierto que Jeremy me comentó sobre esa magnífica pieza. Soy fanático de Egipto y todo lo que tenga que ver con ese hermoso país.

Marina frunció el ceño. ¿Había dicho Jeremy?

—¿Jeremy? —repitió mirándolo.

Julio asintió con una línea firme en sus labios.

—Solo unos pocos lo llamamos así. Él prefiere Jota. Es lo que tiene la juventud, que se ponen motes cuando les da la gana.

La sorpresa se reflejó en la bonita cara de ella cuando miró a Jota.

—Ah, no sabía que te llamabas Jeremy.

Él agitó la cabeza con una mueca tensa.

—Voy a buscar algo de beber y vengo ahora mismo.

Marina observó a Julio Salazar con una sonrisa desconcertada. No podía

dejar de pensar por qué Jota no le había dicho que en realidad se llamaba Jeremy cuando ella lo había nombrado así.

—Vaya, vaya, la arqueología es un tema fascinante —escuchó que decía el señor Salazar.

—Sí, lo es. ¿A usted también le gusta?

Él asintió.

—Más que a mi vida. Por eso me sorprendí mucho cuando Jeremy me dijo que su amigo era el legítimo dueño de la pirámide. Llegué a pensar que era una leyenda. Algunos decían haberla visto en el museo de Arqueología de Madrid, pero cuando he querido comprobarlo no estaba.

—Sí, se debe a que es una pieza bastante valiosa que en el mercado alcanzaría mucho dinero.

—No debería caer en malas manos.

—Cierto, por eso el doctor se la ha llevado al Cairo. Pretende donarla al museo para que esté junto con las demás piezas de Jufu. Es una preciosidad.

—Ahora mismo la envidio, señorita. Sin embargo, si usted me dice que ese hombre la va a donar, no tengo más remedio que modificar este año mis vacaciones e ir a Egipto antes de tiempo.

—Qué suerte —murmuró ella. «Que fácil tener dinero para poder planear las vacaciones donde a uno le saliera de las narices», pensó con desazón.

Él debió leer sus pensamientos. La miró fijamente.

—Señorita, en ese país aún quedan muchas cosas por hacer. Es cierto que se necesitan mil permisos, pero sin duda lo más importante es tener a alguien que sufrague los gastos. Me pregunto si usted y ese profesor amigo suyo estarían dispuestos a trabajar para mí.

Ella entreabrió la boca con sorpresa. Se lo pensó antes de contestar.

—¿Trabajar en qué modo?

—Allí, en el Cairo. Sé que tienen cientos de traducciones y jeroglíficos sin descifrar aún. Vendría muy bien vuestra ayuda. Para serle sincero, cuando Jeremy me habló sobre Keops, investigué la carrera del decano Eduardo

Ibarrúri y estoy más que satisfecho con sus credenciales.

Marina exclamó impresionada.

—¡Guau! ¿Lo está diciendo de verdad? Aún no tengo todos los estudios, pero...

—Lo sé, sin embargo, le vendría muy bien hacer prácticas de algún tipo. ¿No opina lo mismo?

No podía creer en su propia suerte. Si hubiera sido por ella, habría aceptado sin pensarlo...

—Yo... debería hablarlo con el doctor Ibarrúri.

—Claro, no tiene por qué contestar ahora, y tampoco tiene que ser en este momento, ya me dijo Jeremy que se encuentra en el Cairo, en la gran pirámide de Guiza.

—Si —respondió sin saber qué decir. Estaba embargada por la emoción. Aquello sería dar un salto de gigante en su carrera—. ¿Por qué... quiere hacer esto, señor Salazar?

Él recogió la copa de champan que Jota le entregaba en ese momento y se encogió de hombros.

—Ya se lo he dicho, me embruja mucho ese país y no es la primera vez que invierto dinero en excavaciones. No sé si mi hijo le habrá dicho que tenemos amigos allí a los que apreciamos mucho.

Jota le dio otra copa a ella. Preguntó curioso:

—¿De qué se trata?

—Le estaba proponiendo a la señorita hacer una nueva expedición para final de año, junto con el doctor.

Jota se tensó.

—No creo que este momento sea el mejor para hablarlo, padre. —Ofreció el brazo a Marina—. Déjame que te acompañe a la mesa.

—Ha sido un gusto conocerlo, señor Salazar.

—El gusto ha sido mío, señorita. De todos modos, me pondré en contacto con usted y lo hablamos.

Jota la llevó hasta el otro extremo del gimnasio.

—¿Por qué no te ha gustado que tu padre me ofrezca trabajo? —le preguntó ella.

—No me importa que lo haga.

Marina entornó los ojos con suspicacia.

—Pues no me lo ha parecido.

Jota ignoró su tono y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es simplemente que no me gusta que se meta en mis cosas. Si te ha ofrecido eso, es por quedar bien conmigo —respondió con sequedad.

Marina defendió a Julio.

—¡Es buena persona!

Jota se encogió de hombros con una mueca despectiva.

—Supongo que a su modo lo es.

Ella no entendió lo que quería decir, y Jota tampoco tenía intenciones de explicárselo. Su padre no siempre había sido tan magnánimo ni encantador. Le costó años hacerle entender que por mucho dinero que tuviesen no podían obligarlo a estudiar empresariales, ni abogacía, ni ninguna otra carrera. Bastante que lo había intentado con la historia. Y puede que hubiese continuado si no lo hubiesen presionado para decantarse por una profesión cuando apenas alcanzaba la mayoría de edad. Recordó una de las conversaciones que había tenido con él.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz y ser lo que yo quiera?

—¡Maldita sea! ¿Y qué es lo que quieres ser? ¿Crees que alguien desaprovecharía esta oportunidad para conseguir ser algo en la vida? ¡Solo un loco cabezota como tú lo haría!

—Lo que tú llamas cabezonería, yo lo llamo empeño, deseo y sueño, padre. Necesito dedicarme al deporte. Viajar, competir por el mundo. Llegar a ser el mejor en artes marciales.

—¡Eso no es vida, Jeremy! ¡Tú puedes aspirar a mucho más!

—¡Pero eso es lo que yo quiero hacer!

Después de aquello, pasaron varios meses sin hablarse. Su madre intentó interceder por ellos, sin embargo, eran demasiado tercos los dos como para dar su brazo a torcer. Al final, cuando la carrera y la fama de Jeremy empezaron a subir como la espuma, Julio lo aceptó y se arrepintió de no haberlo apoyado desde el principio como había hecho casi toda la familia.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Marina sacándolo de sus pensamientos.

Él abrió la boca como para decir algo, pero negó con la cabeza.

—No, nada, todo está bien.

La llevó hasta la mesa donde habían dispuesto platos de arroces, canapés, asados y dulces. Todos habían comenzado acomodarse, y Christian y Sonia ya habían cogido sitio y continuaban con su animada charla.

Marina vio que sus abuelos se sentaban con los familiares de Jota y Christian. Había sido muy interesante conocer al señor Salazar y saber que compartían una misma afición. El doctor se iba a poner muy feliz cuando le contara lo que habían hablado, aunque estaba un poco decepcionada por la actitud de Jota. Estaba claro que podía decir lo contrario, pero no la engañaba. No le había gustado en absoluto el ofrecimiento de su padre y no entendía por qué. Buscó su paquete de tabaco en el bolso, cogió un cigarrillo y el mechero.

Él la miró.

—No sabía que fumabas. Deberías dejarlo, es perjudicial para la salud.

—Hay tantas cosas que son perjudiciales... —En seguida se disculpó. No había sido su intención contestarle así—. Lo siento, mis abuelos todo el día me están diciendo lo mismo, y yo soy bastante mayorcita para saber qué quiero o qué no quiero hacer.

—Si fuese tu novio, no te dejaría fumar.

El corazón de Marina se agitó. Sintió rabia, desilusión y tristeza.

—Bueno, ya, pero no eres mi novio y... —«nunca lo vas a ser»—. Hablando de novias, no he visto a la tuya desde que hemos llegado.

Él se aclaró la garganta.

—No ha venido. Tenía otras cosas que hacer.

Marina arqueó su elegante ceja con sarcasmo.

—¿Más importante que celebrar que te han proclamado campeón?

Él se encogió de hombros como si no le importase.

—Puede que para ella no tenga mucha importancia.

—No parecía eso con el pedazo de beso que os habéis dado en el estadio. ¡Guau! ¡Ha sido de película! Me ha puesto los pelos de punta y todo.

Jota apretó los labios con fuerza. No se encontraba bien desde entonces. Mientras él quería olvidarlo, los demás se empeñaban en recordárselo. Ni siquiera se dio cuenta de que Marina lo había dicho mordazmente.

Al igual que él, ella no dijo ninguna palabra después de eso, tampoco tuvo ganas de seguir hablando con él, ni del beso, ni de su novia, ni de nada. Se adelantó hacia Sonia, le pidió que le guardase un sitio, dejó su móvil en la mesa y después salió a la calle a terminar de fumarse el cigarro. Necesitaba estar a solas y pensar. «Lo que no sé es por qué Jota se me acerca tanto cuando se ve que está súper encoñado con su chica», se dijo.

Él la vio salir. Había esperado que le pidiera que la acompañase fuera, sin embargo, no lo había hecho. Por supuesto, no tenía por qué hacerlo. Ante la vista de todos él estaba comprometido con otra persona. «¡Maldita fuese Mónica y maldito él por ser tan tonto y no ver venir las cosas de frente!». Tampoco debía importarle Marina, pero ella llamaba su atención de un modo que no podía explicar. Le parecía una muchacha inteligente, grácil, femenina. El hoyuelo de su mejilla le quedaba que ni pintado, al igual que la inmensidad de sus ojos verdes y sus piernas espectaculares. Recordó vagamente el día que lo abrazó y le dijo todas esas cosas de la isla y de que habían estado juntos... Era extraño que una muchacha de su edad sufriese esa clase de crisis, de no ser que tomase alguna sustancia extraña. Cosa que por otro lado no podía imaginar de ella.

Saludó a Christian con un estrechón de manos y sonrió a Ingrid, que rápidamente corrió a sentarse con ellos. Él se dejó caer en una de las sillas vacías de dónde colgaba el bolso plateado de Marina que Sonia había puesto en el respaldo. Por inercia cogió el teléfono móvil que había sobre la mesa

para ver la hora. No pensaba quedárselo y no creía que el dueño se enfadase con él por mirarlo. La luz de fondo de pantalla se encendió. Eran las cuatro y media. Dejó de nuevo el aparato sobre la mesa y de repente su mente registró la imagen principal que acababa de ver. Confundido, volvió a cogerlo. Reconoció en el protector de pantalla el retrato de Marina abrazándose a... Se puso recto en la silla, sorprendido. ¿Qué estaba pasando?

Christian lo notó extraño.

—¿Qué ocurre, Jota?

Sonia lo miró sobre el hombro y se le congeló una sonrisa en la boca. Estiró la mano y le quitó el teléfono. Él la miró sin comprender. Necesitaba verlo de nuevo.

—Déjame, por favor —pidió con la palma de la mano hacia arriba.

Sonia negó con la cabeza.

—Lo siento, es de Marina, y a ella no le gusta que cojan sus cosas sin su permiso.

Jota tardó un rato en apartar la vista de ella. Sabía que le estaba ocultando algo. Era la misma sensación que había tenido en la cafetería cuando le presentaron al doctor Ibarrúri. Pero, esta vez, no pensaba dejar las cosas como estaban. Necesitaba saber qué estaba ocurriendo. Saber por qué Marina tenía una fotografía de un tipo que podría haber sido su hermano gemelo en el caso de haberlo tenido. Se levantó con prisa y estuvo a punto de tirar la silla. Tenía que encontrarla y aclarar lo que estaba sucediendo.

En la calle, la encontró sentada en los primeros escalones de la academia, con la mirada perdida en el infinito. Estaba rodeada por un aura de melancolía y tristeza que él no supo definir, pero que le llegó al alma. El humo del cigarrillo subía en espiral al cielo formando una pequeña nube que fue disolviéndose con la brisa de aire que soplaba de vez en cuando. Estaban solos, y el sol daba sobre ellos.

—¿Puedo hablar contigo, Marina?

Ella lo miró sobresaltada. No lo había oído llegar y no lo esperaba.

—Claro. —Fue a levantarse, pero él la detuvo y tomó asiento a su lado. Jota llevaba un traje gris claro, aunque había dejado la chaqueta y la corbata por algún lado de la academia. Se había desabrochado los dos primeros botones de la camisa de seda que quedaba parcialmente oculta por el chaleco del mismo tono que los pantalones—. ¿Qué pasa?

Él soltó un profundo suspiro. Su mirada recorrió las largas piernas de Marina con deleite y se obligó a concentrarse en lo quería hablar.

—No sé por dónde empezar —confesó.

Marina puso los ojos en blanco.

—¿Qué tal por el principio?

—Por el principio —musitó él alzando la mirada al cielo. Soltó un suspiró y bajó los ojos hasta ella, perdiéndose por un momento en las profundas lagunas verdes. Nunca había visto unos ojos tan increíbles con una mirada tan inocente y limpia—. Marina, el primer día que viniste a la academia y me confundiste con otro me dijiste un montón de cosas. Me gustaría que me las volvieres a decir.

La sangre se esfumó de la cara de ella. Parpadeó varias veces seguidas, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa. Se la veía vulnerable, hermosa. Enigmática.

Estaba todo tan en silencio que se escuchaba el trinar de los pájaros que anidaban en el parque, el sonido del viento en los árboles y el ruido de los coches que cruzaban más abajo, por la vía principal.

—¿Por qué quieres saberlo?

Jota no movió un solo músculo, incapaz de dejar de mirarla. Le había llegado el aroma de su perfume. Siempre le habían gustado las lilas e, inevitablemente, se excitó. Deseó enterrarse entre las cremosas piernas blancas y dar rienda suelta a todas las cosas que pasaron como relámpagos por su imaginación. Tragó con dificultad, recordándose que no estaba allí para seducirla, sino para que le explicara por qué llevaba a un tío idéntico a él en el móvil.

—Contéstame.

Suspiró extrañada.

—No recuerdo lo que dije. Estaba mal y te confundí con alguien. Supongo que dije tantas cosas y tantas tonterías... que no vale la pena volver a repetirlo.

—¿Con quién me confundiste? ¿Con el hombre que tienes en el teléfono?

Ella tomó aire entrecortadamente, levantando la mano hacia su cara. Estaba temblando, y por un momento Jota creyó que no lo iba a tocar y que iba a bajar la mano. Pero lo hizo y, cuando sintió los dedos en su mejilla, notó como la sangre se abalanzaba por sus venas concentrándose en su miembro. De repente, se puso celoso y excitado, «como un jodido colegial».

—¿Quién es él? —insistió con el corazón bombeando alocado.

—Tú ya sabes quién es él —respondió ella en un murmullo apagado. Tenía los ojos brillantes de lágrimas no vertidas—. Lo has visto.

—Lo he hecho y juraría que no tengo ningún hermano gemelo. Yo no soy el de la foto, ¿verdad? Es un montaje ¿Cómo lo has hecho?

—No es un montaje.

—¿Quién es entonces?

Ella contestó con voz ronca.

—Ese eres tú, o al menos eso creo. Pero es una... solemne tontería que te lo cuente. No me vas a creer nunca.

«No podía creerle, ¡claro que no! No podía hacerlo porque él no era el de la foto. Porque no recordaba haberla conocido antes de que apareciese en la academia. Porque nunca había bebido tanto como para... ¡Joder! Él se acordaría si se hubiese hecho una foto con ella. Además de que ella se veía tan feliz en ese retrato...». Trató de calmarse.

—De acuerdo, sabes que no voy a creerte, pero ¿por qué no lo intentas? Me gustaría saberlo.

Ella sollozó al escucharle decir eso, y la confusión que él vio en su cara le rompió el alma otra vez.

Capítulo 23

Kauab

Kauab se apoyó contra la puerta intentando recuperar el aliento. Miró a su alrededor preocupado. No reconocía el lugar donde estaba. Hacía corriente y un aire cálido y sofocante llevó hasta él el aroma de hierbas aromáticas que le resultaron familiares. Con prisa, se acercó al ancho arco y, extasiado, observó la extensa llanura que se abría ante él y el Nilo por el oeste.

—¿Qué me sucede? —murmuró asustado, alzando las manos ante sí. Eran sus manos y, sin embargo, recordaba otras más viejas, más surcadas de arrugas.

La cabeza le daba vueltas. Sentía el mareo como si estuviese viajando sobre una nube espesa y húmeda.

Él no era Kauab. Se llamaba Eduardo. Eduardo Ibarri.

—¿Eres tú, querido Kauab?

Se volvió aprisa al escuchar la dulce voz de una mujer. No estaba seguro de conocerla, aunque le recordaba a alguien.

—¿Dónde estoy?

—Estas en casa, pero no puedo retenerte mucho más. Solo esperaba que vinieras a cumplir tu cometido.

Él no entendía nada. No reconocía aquello como su hogar.

—¿Cuál es mi cometido?

—Devolver a la pequeña Keops conmigo.

Él se dejó caer sobre el frío suelo y miró a la mujer con curiosidad. Ella era delgada, de piel bronceada, con brazaletes de oro en ambos brazos así como pulseras en las muñecas. Tenía el vientre al descubierto. Un vientre que una vez fue liso y firme y que ahora lucía flácido.

La mujer mostraba trazas de haberse cuidado mucho. Vestía en algodón blanco plisado. Llevaba los ojos perfilados con kohl y sus labios estaban pintados de rojo.

—No sé quién soy —confesó.

—Yo siempre te quise como un hijo, Kauab. Tu madre, Meritites, y yo supimos compartir tu amor. Pero debes saber que poco después de tu marcha todo cambió. —Ella se acomodó frente a él—. Jufu te nombró su nuevo tyaty. Sé que nunca llevaste el título de príncipe a pesar de ser el hijo mayor del rey. ¡Pero llevaste el del tyaty! —Y Henutsen lo dijo completamente orgullosa. Ella siempre había vivido aislada en el palacio, oficiando solo los actos importantes en los que Jufu solicitaba su compañía.

Con el ceño fruncido, él descubrió su reflejo en el gigantesco espejo de bronce pulido, el cual le devolvió una imagen bastante distorsionada de sí mismo.

—Kauab. Le di cuatro hijos a Jufu pensando que él podía amarme de la misma manera que se amaban Naunet y Asim. —Se pasó la mano por la mejilla para enjuagar unas pocas lágrimas—. Pero no lo he conseguido. Ni siquiera Meritites lo ha conseguido. Él solo está preocupado por Guiza.

Él regresó su vista a ella. Dos vidas se mezclaban en su cabeza. ¿Era Kauab o Eduardo Ibarúri? Recordó a Asim, su amigo, el protector de Naunet. El noble.

—¿Qué pasó con el tyaty?

Henutsen bajó la mirada a su regazo, donde descansaban sus manos.

—Jufu lo ejecutó. Sabía más de lo que él podía permitirle. Ha estado ejecutando a más de la mitad de los obreros. Dice que solo confía en los esclavos, y estos comienzan a tratarlo como a un dios.

—La historia no habla de Naunet ni de Asim. Ni siquiera habla apenas de mí. —Estiró las manos y aferró las de la mujer que siempre se había portado como una madre para él. La amaba tanto como había amado a su media hermana. A aquella que nació con la cara blanca y los labios de fresa.

—No habla de ellos porque aún han de unirse. No se hablará nunca de

ellos aquí porque están en la otra vida —le sonrió con amor—, dónde tu puedes vigilarlos. Debes ayudarlos a entender.

—¿Yo? —En su mente, aparecieron de repente los rostros de Jeremy y de Marina—. ¡Son ellos! —exclamó, asustado y sorprendido.

Henutsen curvó las comisuras en una sonrisa.

—He esperado mucho tiempo que vinieses a verme. Lleva a Keops a mi retiro. Solo así mi conciencia quedará tranquila y yo podré viajar al más allá.

Kauab apretó los puños con fuerza. No entendía qué estaba sucediendo. Henutsen le posó la mano en el brazo, y él se vio incapaz de respirar.

Eduardo se despertó sobresaltado y asustado. Encendió la pequeña lámpara de la mesilla y corrió a mirarse en el espejo. Se descubrió a sí mismo y respiró profundamente, calmándose. ¡Había sido un sueño tan real!

Buscó en la mini nevera del hotel una botella de agua fría y bebió más de la mitad de un solo trago. Después se puso un batín corto y salió al mirador. Una brisa cálida revolvió su corto cabello. Estaba amaneciendo en la ciudad y el día prometía ser bochornoso. El ardiente sol del Cairo era más insoportable, si cabía, de lo que era en Sevilla en pleno mes de agosto.

Tras observar un rato como las luces que iluminaban las estrechas callejuelas se apagaban, se vistió con ropa cómoda, envolvió la pequeña pirámide de oro en un paño de algodón y, después de guardarla entre sus ropas, bajó al comedor a tomarse un café que lo ayudase a despejarse del todo. Persistía en él una extraña angustia que crecía en lo más hondo de su ser. ¿Era posible que él fuera la reencarnación de Kauab?

Un experto en la materia de Egipto, un profesor del museo del Cairo y el guía lo esperaban en una de la mesas. Sobre el mantel había una jarra de café, otra de leche y agua caliente para infusiones, bollería, tostadas y diferentes mermeladas. La noche anterior se habían despedido muy tarde, sin embargo, todos parecían tener ganas de continuar con las nuevas muestras que habían descubierto en la pirámide de Guiza.

Mareado, se dejó caer en la silla hacia atrás y recorrió el comedor con la vista después de saludarlos.

—¿Se encuentra bien? Tiene mala cara. ¿Quizá es que ha descansado poco? —preguntó uno de los hombres.

El doctor tardó unos segundos en asimilar que le estaba hablando. Tenía la cabeza llena de imágenes que no pertenecían a ese siglo. Si cerraba los ojos, era capaz de ver e identificar los rasgos del gran faraón Jufu. De los hombres que siempre lo acompañaban incluido el tyaty...

—Estoy perfectamente. No estoy acostumbrado a este calor desde tan pronto. —Hizo ademán de aflojarse el cuello de la camisa—. Me gustaría visitar el cementerio oriental de la pirámide, ¿es posible? —le preguntó al colega que trabajaba en su mismo campo.

—Pocas cosas quedan allí.

—Lo sé. —Pero sabía de sobra que allí habían sido enterrados algunos familiares de los reyes y suponía que Naunet también se hallaba allí, quizá junto a su madre. Jufu sabía cuánto había amado Henutsen a la muchacha y seguramente no se había opuesto a enterrarlas cerca para que, cuando llegase el día, ambas pudiesen caminar de la mano hacia la otra vida. ¿Estaría también Asim por concesión del antiguo tyaty?—. Me gustaría recorrer los últimos lugares donde estuvo Henutsen —dijo. ¿Por qué de golpe y porrazo lo asaltaban tantos recuerdos?

—¿Se encuentra bien? —insistió el guía sirviéndole otra taza de café.

Asintió y volvió a recorrer el salón con la mirada. Como en un espejismo, vio a su querida Naunet. El viento jugando en su larga melena, sus oscuros ojos brillando con burla, su sonrisa cautivadora con el hoyuelo en su mejilla. Escuchaba sus risas y, tras ella, las risas de Asim que venía por ella para cargarla en brazos y arrojarla al río. Podía sentir el ajetreo de las aguas, el chapoteo, sus voces juguetonas...

Jadeó asfixiado. Su corazón vibraba emocionado y ahogado. Un sudor frío cubría su frente.

—¿Doctor?

—Perdóneme, me encuentro bien. —Miró su reloj de pulsera. Eran las seis de la mañana y seguramente, al ser domingo, Marina no madrugaba. Tenía que llamarla más tarde. Necesitaba hablar con ella y contarle lo sucedido. Ella era la única que podía creerle sin cuestionarlo.

—Pediré una cita para visitar el cementerio mañana, antes de que comiencen a entrar las visitas. Hoy es el peor día para hacerlo porque el valle se llena de autocares y los turistas nunca nos dejan trabajar como queremos. Algunos piensan que saben más que nosotros. Pero también le advierto que hemos estudiado ese cementerio infinidades de veces y no creo que vayamos a descubrir nada nuevo.

—Quiero visitarlo de todas formas.

Era tarde y estaba cansada. Sus abuelos hacía rato que se habían marchado a casa mientras ella acompañaba a Sonia hasta el apartamento. Por un momento había pensado en quedarse allí, pero prefirió volver con sus abuelos. Al día siguiente se mudaría a casa del doctor Ibarrúri, y le compraría un periquito para cuando llegase. Quería apartarse unos días de Jota y pensar.

Observó por el espejo retrovisor la fachada del Templo de Asim. Todavía quedaba gente dentro, seguramente recogiendo las mesas y todo lo que se había montado. Había sido una fiesta divertida si no contaba con su aterradora confesión.

Aparcó el coche en la acera de la calle, dejó caer la cabeza contra el respaldo y por entre los dientes soltó un largo y sonoro suspiro. Jota no le había creído. ¿Qué había esperado? ¿Qué todo fuese igual de fácil que en la garganta de Tortuga, que con ayuda del teléfono y las palabras de Ibarrúri ni siquiera había dudado?

—Me gustaría hacerlo, Marina —le había dicho él haciendo el amago de acariciarle la mejilla, pero sin llegar a tocarla—. Pero tienes que entender que esto es surreal.

—Piensas que estoy loca.

Él lo había negado, sin embargo, ella lo había visto en sus hermosos ojos

azules. Vale que era un tío majo e incluso estupendo, pero ella no tenía necesidad de arrastrarse ante él para demostrarle que, aunque no supiese expresarle la veracidad de sus afirmaciones, lo que habían vivido era real al cien por cien.

Sentía rabia de que fuese tan incrédulo. De que fuese incapaz de abrir su mente.

—Marina, me gustas mucho. Intenta olvidar toda esa historia y conozcámonos. Podemos tener unas citas, salir juntos. Te miro e intuyo que podemos compartir algo muy especial.

Eso había logrado dejarla fuera de cobertura durante unos segundos. Y él había aprovechado para besar sus labios de un modo ardiente y embriagador, apretando su perfecto cuerpo contra el suyo. Marina había sentido un ramalazo de excitación y toda su piel había despertado a la reacción de ese beso.

Golpeó suavemente el volante con las manos. Sonia le había advertido que no abriese la boca con él, que no le contara nada, y que si le gustaba mucho, que tratase de ligárselo.

¿Y en vez de hacer eso, qué había hecho?

Todo lo contrario.

Salió del coche, cerró con llave y caminó hacia su portal.

¡No podía creer que le hubiese rechazado solo porque no se acordase de ella! ¡Y lo había hecho! Él le había pedido estar juntos y ella había dicho que no. ¿Pero por qué? ¿Por qué tenía miedo de que en el fondo su Jeremy no estuviese dentro de Jota? ¡Qué chorrada! ¡Era el mismo! Sus labios eran los mismos y su forma de besar era tan inconfundible que le temblaban las piernas de solo recordarlo. Su corazón decía que no tenía margen de error. Que su olor, su tacto, su sangre eran las mismas que las de su apuesto pirata. Pero Marina no quería eso. No sabía cuándo había pasado al primer plano la necesidad de querer que recordase. Estaba segura de que él lo iba hacer algún día y prefería esperarlo que lanzarse a sus brazos olvidando un pasado que ella atesoraba como uno de sus mejores recuerdos. ¡No! ¡No quería convertirse en una Mónica, o una Gabrielle, o cualquier otra! Aunque por un

momento hubiese pensado que en el fondo daba igual, que lo importante era estar con él. Pero no. Lo importante era que floreciese de nuevo el amor entre ellos porque ella deseaba algo que le durase toda la vida y más. Y no algo de un par de fines de semana, que era a lo que él acostumbraba.

Intrigada, observó el Audi ultimísimo modelo que se detuvo ante la puerta de la academia. En seguida salió Jota con paso ligero y la chaqueta en la mano volcada sobre su hombro. Rodeó el coche y abrió la puerta del acompañante. La luz del interior iluminó débilmente el perfil de Mónica.

Marina se los quedó mirando como un pasmarote durante unos largos minutos mientras la ira iba creciendo en su interior a pasos agigantados. ¿Todo lo que él había dicho era mentira?

Furiosa, buscó por el suelo por si encontraba una piedra para tirársela a la cabeza en la menor oportunidad. Jota tuvo suerte de que el barrendero ya hubiese pasado por allí.

—Maldito —murmuró si querer seguir mirándolos. Pero cuando el coche arrancó, sus ojos traicioneros se volvieron en el momento en que pasaba tras ella. Su mirada hirviente se cruzó con la de un Jota perplejo y sorprendido.

—¡Para! —escuchó que le decía a Mónica.

Marina se apresuró a meter la llave en la cerradura. La puerta del coche se abrió de golpe y, antes de que ella pudiera entrar en el portal, Jota agarró su brazo.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —preguntó él.

Marina se soltó de su mano.

—No te importa.

—Escúchame, Marina...

—Déjame en paz, es tarde.

Jota se quedó en la puerta mientras ella tocaba el interruptor de la luz del portal y después el del ascensor.

—No es lo que piensas.

Ella lo fulminó con la vista.

—¡Vaya que no! Esta misma tarde quieres quedar conmigo y ya estás buscándote compañía. Me habías dicho que ya no estabas saliendo con nadie.

Él negó con la cabeza.

—Y es cierto.

El ascensor llegó y las puertas metálicas se abrieron. Sin volver a mirarlo Marina se fue a casa.

Mosqueado, él volvió a subir al coche de Mónica.

—No tenías por qué haber venido a buscarme, Chris iba a llevarme a casa —dijo de mal humor, clavando los ojos al fondo de la carretera. Las luces de las farolas, de las viviendas y los semáforos pasaron ante su ventana como fuegos artificiales. Sin embargo, él no iba viendo nada de eso. ¡Mierda! Se había declarado a Marina unas horas antes y lo había visto marcharse con Mónica.

—Lo sé, pero después de lo de esta tarde no podía dejar las cosas así. Sí, ya sé que me perdonabas, pero creo que debemos hablarlo.

—No creo que haya necesidad de esto —le aseguró.

Ella puso los ojos en blanco.

—No sabía que, cuando empezamos a salir, no querías tener nada serio. No recuerdo que me dijeras nada de ello.

—Tal vez porque no lo dije nunca.

—Pero no quieres nada serio, ¿verdad?

Jota paseó sus ojos sobre ella con frialdad. «Si lo que Mónica quiere es tocarme los huevos, lo está consiguiendo».

—Mira, nena, yo no tengo nada en contra de una relación estable. Solo creo que para llegar a funcionar esa clase de reciprocidad, ambas partes deben conocerse y gustarse con lo que ven o descubren. —Se encogió de hombros. Estaba cansado, el día había sido muy largo y no tenía ganas de acabar la noche discutiendo—. Hay cosas que me atraían de ti, pero no eres lo que estoy buscando.

—No sabía que estaba siendo examinada, de haberlo...

—¡Venga ya, Mónica! —interrumpió con voz severa—. Te dije que mi familia iba acudir al campeonato y que te los presentaría, sin embargo, te adelantaste plantándome un beso en plena pista. Eso me ha jodido y mucho. No se trata de pasar ningún examen, ni siquiera de comportarte, simplemente ha sido que no me has respetado.

—¿Y por eso rompes conmigo?

—¡Diablos!

—¿Por qué no puedes darme una oportunidad?

—Mira, déjame aquí, que busco un taxi. No quiero discutir contigo.

—No hace falta que hagas eso —respondió ella con lágrimas en los ojos.

—Sí, lo prefiero. En realidad, preferiría incluso ir caminando que escuchando a alguien que se cree que puede darme la bronca porque sí. Hace años que no se lo consiento a mis padres, y no voy hacerlo ahora con nadie.

—Jota, por favor.

—No me ruegues haciéndome sentir culpable. No es cuestión de oportunidades o de estar con alguien por lástima. Entiende que no funciona, Mónica.

Ella insistió.

—¿Entonces es el final?

—Lo es. —Se volvió a ella—. No es por ti, de verdad. No te sientas mal, seguro que encuentras a otro hombre que te merezca...

Mónica lo interrumpió, enfadada.

—Ahórrate ese rollo, Jota. Es por esa tía, ¿verdad? La de antes. —Él arqueó las cejas—. He visto cómo la mirabas hoy en el estadio. ¡Fue por eso que te besé! Me puse celosa y quería joderos a ti y a ella.

Él se rascó la sien, asintiendo con desprecio.

—Muy bien. Gracias por tu sinceridad.

—¿Es por ella, verdad?

—No insistas. No tengo nada más que hablar contigo. Si alguna vez te di esperanzas, lo siento mucho. Nunca ha sido mi intención terminar así.

Ella detuvo el coche.

—Supongo que esto es lo que les dices a todas.

Jota abrió la puerta y salió.

—Adiós, Mónica.

Ella no respondió y arrancó haciendo ruedas.

Capítulo 24

Marina terminó de instalarse en casa del doctor poco antes de la comida. Estaba cansada, muerta de hambre y con un pésimo humor. El domingo prometía ser aburrido, muy aburrido. Sonia había quedado en salir con Christian, y ella no tenía ánimos para nada. Y como el pub había cerrado por reformas, tampoco tenía que ir a trabajar.

Se hizo un sándwich, lo colocó en una bandeja con una lata de refresco de cola, de la que era adicta, y se encerró en el despacho junto a la multitud de libros que lo llenaba y, cómo no, el periquito verde azulado que había comprado.

—Hola, pequeñín —le dijo entregándole una miga de su sándwich. Él pájaro se la comió en un abrir y cerrar de ojos—. Tienes hambre, ¿eh?

Se sentó en una silla de cuero con altos reposabrazos y suspiró, pensativa. Haciendo un poder, recogió la carpeta de los manuscritos que encontraron en isla Fortuna y la abrió sobre el escritorio desparramando los folios. Entre sus páginas había restos de arena fina y un resquicio de olor a mar que envolvieron sus sentidos.

Cerró los ojos unas décimas de segundo, recordando. Suspiró de nuevo, pegó un mordisco a su sándwich, que masticó con prisa, y ojeó los papeles. Todavía tenía que traducirlos y luego ordenarlos.

—Vamos a ver por dónde empiezo —murmuró separando uno de los otros. Sonó su móvil.

Era el doctor.

—¿Qué tal? —saludó nada más descolgar—. ¿Llama para preguntarme qué tal está el periquito?

Marina oyó las carcajadas del hombre al otro lado del teléfono.

—*Será verdad que me has regalado uno.*

—Así es, y tiene un color precioso. Por cierto, ¿qué tal por Egipto?

¿Necesita un ayudante?

—*Seguro que si hubieras venido, hubiera sido más entretenido. No es lo mismo viajar contigo que con estos mentecatos que me ha tocado, pero es lo que hay.*

—¿Qué ocurre? Ya sabía yo que me iba a echar de menos. —Rio—. ¿No comparten sus ideas? —Volvió a pellizcar de su pan, esta vez, para comerlo ella.

—*No cuando tengo que morderme la lengua para no hablar de lo que ya sabes. ¿Qué tal con los pergaminos? ¿Has adelantado mucho?*

Ella observó la mesa con el ceño fruncido. No podía decirle que aún no había empezado.

—Algo, sí. —Leyó por encima algunos de los que estaban ya en español—. Estaba tratando de ordenarlos.

—*Es una leyenda verídica.*

—¿Cómo?

—*Es la historia frustrada de Asim, el hijo del tyaty, y la hija de Jufu y Henutsen, Naunet. Y una especie de hechizo o profecía relacionada con la pirámide.*

—¿Cómo lo sabe si no se ha llevado ningún papiro?

—*Como tú dirías, querida Marina, vas a flipar.* —Ella rio alzando los ojos al techo. El doctor estaba aprendiendo mucho de ella—. *Creo que he viajado al antiguo Egipto por unas horas.*

Marina dio un respingo y se irguió en la silla sacudiéndose las migas de la pechera.

—¿Lo cree, lo imagina o está seguro?

Escuchó que disminuía la intensidad de su respiración. De repente, él bajó la voz como si hubiese alguien cerca oyéndolo.

—*Esta vez, no hay nadie para apoyar mis palabras, pero te diré si es cierto cuando vaya al cementerio donde Henutsen fue enterrada o, en todo caso, a su pirámide.*

—¿Para qué? —Él susurró algo que Marina no alcanzó a escuchar bien—. No le oigo con claridad. ¡No sabe la envidia que me da! Yo aquí, perdida entre papeles, según Jota, como una puta cabra...

—¿Por qué? ¿No me digas que le has dicho algo?

—Vio la fotografía que tengo de fondo de pantalla y me preguntó. Le enseñé las demás fotos, le hablé de todo, pero no recuerda nada. Si usted hubiese estado aquí, podría haberme ayudado.

—*No creo que te hubiese creído, Marina. Existe una especie de maldición.*

—¿Una maldición? ¿Pero de qué estamos hablando? —preguntó más perdida que Nemo en una pecera.

—*Tengo que colgar, vienen a buscarme. En cuanto pueda te llamo. Que sepas que... te aprecio mucho.*

—¡No puede dejarme...! —La línea se cortó y Marina miró su teléfono, incrédula y enfadada—. ¡Lo ha hecho! ¡Me ha colgado!

«¡Una maldición! ¿De qué?», se preguntó intrigada.

Olvidando su comida, se sumergió en la leyenda jamás contada de Keops.

Poseedora de la inocencia y la amabilidad, Naunet fue bendecida por Tueris, la diosa de la fertilidad y protectora de las embarazadas. Su destreza para penetrar en los corazones de los que la rodeaban causó la envidia de sus hermanas y de su propia madre, Henutsen. Y también para derribar las barreras de Asim el protector, quién la amó hasta el fin de los días.

A medida que Marina iba descubriendo pasajes y escritos, se fue sintiendo angustiada. Asim, el compañero de juegos de Naunet, estuvo completamente enamorado de ella y la cuidaba día y noche, consolándola, protegiéndola, haciéndola reír... ¿por qué Jufu no dio su permiso para que se uniesen?

¿A qué mujer no le gustaba ser amada de esa manera?

Con velocidad, siguió con las traducciones sin darse cuenta de que en verdad no necesitaba traducirlas. Que la escritura hierática, más sencilla y estilizada que la jeroglífica, que no era la más adecuada para escribir con

cálamo en papiros, se desarrollaba en su mente como si hubiese crecido aprendiendo a escribir así.

Era una historia hermosa. A veces los pergaminos no eran correlativos y debía regresar atrás para poder retomar el relato.

Asim aguardó estoicamente la llegada del tyaty en la sala de columnas del palacio. Se le encogió el corazón cuando vio entrar a su padre vestido con lino blanco y un cetro en la mano. Ante él, sobre un altar de piedra, los cuarenta rollos de pergamino donde estaban escritas las leyes se extendían cubriendo por completo su base. Poco después entraron sus consejeros y los escribas encargados de levantar las actas.

Sintió un dolor profundo al saber que sería el tyaty quién le diese la sentencia en vez de hacerse cargo el mismo faraón.

—¿Estás preparado, Asim? —se obligó a preguntar el tyaty buscándose la voz en el interior de su garganta.

—Lo aceptaré, padre. —Le hubiese gustado decirle que no lo culpaba de nada. Qué todo lo ocurrido se lo había buscado él—. Una y otra vez volvería a hacerlo porque amo a Naunet.

—Se te declara culpable de desobediencia y te sentencio a muerte por ahogamiento.

Asim asintió. Lo peor que podía haber esperado hubiera sido que lo quemasen. De ser así, nunca habría tenido esperanzas de vivir en el más allá.

Marina jadeó con fuerza. ¡No podía morir Asim! ¿Por qué?

El día dio paso a la noche, a la luna llena que atravesaba el amplio ventanal del despacho. Se estremeció al escuchar el grito del periquito en mitad del silencio.

—¿Qué te pasa a ti? —le preguntó, fastidiada por la interrupción. Hacía horas había encendido la luz. Ni siquiera había cenado. Miró su reloj y maldijo. Al día siguiente debía madrugar para ir a la universidad.

A regañadientes, recogió todo, apagó la luz y cerró la puerta con la

sensación de dejar una parte de sí misma entre los papiros.

Aquella noche soñó con el guapo egipcio que poco a poco fue adquiriendo el rostro de Jota.

Al día siguiente, conoció al suplente del decano. Un hombre serio, muy centrado en su trabajo. Su clase era bastante más aburrida y pesada que la del doctor. La mañana fue larguísima, sobre todo porque estaba deseando llegar a casa y continuar con los manuscritos. Tenía muchas ganas de descubrir la profecía que el doctor había comentado. También deseaba saber si Henutsen había cumplido su palabra consiguiendo que Asim y Naunet se encontrasen de nuevo.

En el corredor del pabellón donde estaba la biblioteca, le salió al paso Clara.

—¿Vienes a tomar algo, Marina?

—Hoy no. Tal vez mañana.

—Últimamente casi no te vemos por aquí. ¿Ha pasado algo?

«Si supieras...».

—No. Me encontraba cansada y un poco agobiada, pero ya estoy bien.

—Me alegro. ¿Quedamos mañana entonces?

Aunque no le apeteciese salir, debía hacerlo y retomar su vida.

—De acuerdo.

Se detuvieron de golpe, antes de llegar a la puerta, por culpa de un grupo de muchachas que se habían parado y cuchicheaban entre sí.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Clara en voz alta—. ¿Se puede salir u os vais a quedar aquí bloqueando la salida de por vida?

Una respondió:

—Es que ahí fuera hay un tío que está cañón.

Clara y Marina sonrieron curiosas y se abrieron paso entre ellas. Lo que todas miraban atentamente era a un tipo que, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperaba recostado en una Honda.

El corazón de Marina saltó atacado en el pecho al reconocer a Jota. Él

vestía con pantalones vaqueros y una camisa negra sin mangas. Tenía la cazadora de cuero sobre la moto y se había puesto unas oscuras gafas de sol que lo hacían irresistible. Él se enderezó en cuanto la vio.

—¿Te espera a ti? —le preguntó Clara con cara alucinada.

Marina suspiró.

—Supongo que sí.

—¿Pero quién es?

—Mi profesor de kárate. —Se pasó la lengua sobre los labios. Jota no apartaba la mirada de ella.

Clara rompió a reír.

—¡Venga ya! ¿Es verdad o estas vacilándome?

—Es cierto, oye, perdona, me tengo que ir. Nos vemos mañana.

—*Okey*, pero me tienes que decir dónde da las clases.

—Mañana —respondió guiñándole un ojo.

El sol daba de frente y se colocó la mano a modo de visera. Tenía el coche aparcado en el *parquin* exterior, justo detrás del gran edificio principal, para no llamar la atención y que comenzasen a murmurar sobre que ella llevase el coche de Ibarúri. Pero sin duda de lo que iban a comentar ahora, era de Jota, y seguramente, durante los días siguientes, más de una iba a someterla a interrogación.

Con paso nervioso, caminó hacia él. Llevaba su bolso negro de cuero colgado de un hombro y varios libros sujetos contra el pecho.

—¿Por qué has venido? —le preguntó.

—Quería hablar contigo y verte.

—Ya te dije la otra noche que no quiero hablar contigo. Puedes ir a hablar con tu novia.

Jota se acercó a ella y, con galantería, cogió los libros de sus manos.

—No tengo novia, Marina. Y solo te estoy pidiendo hablar, nada más.

Ella vio como colocaba los libros sobre el asiento de la moto. Después se giró a ella quitándose las gafas.

—¿De qué quieres hablar?

Jota miró hacia la entrada con una sonrisa nerviosa. Marina se dio la vuelta y vio que todas las muchachas, que antes estaban en la puerta, habían salido y no les quitaban los ojos de encima.

—¿Nos vamos a otro lado mejor? —preguntó él.

—He traído el coche.

—Si lo tienes bien aparcado, déjalo aquí y luego venimos a recogerlo.

—¿Pero dónde vamos a ir?

Él se encogió de hombros, con la mueca canalla que a ella tanto le gustaba.

—No sé, a dar una vuelta. ¿Has montado en moto alguna vez?

Marina se mordió el labio inferior con temor. Paseó la vista sobre la Honda.

—Impresiona un poco.

—No tendrás miedo, ¿verdad?

—¡No! —Lo miró de reojo. Le daba más miedo estar sola con él. No quería que le rompiese el corazón de nuevo.

Jota le entregó un casco que estaba colgado en el manillar.

—Ponte esto.

—No podemos tardar. Hoy tengo mucho trabajo.

Él arqueó las cejas.

—¿De qué se trata?

—Los famosos manuscritos.

—Comprendo, todavía continúas con la investigación de Keops. —Ella asintió—. ¿De veras quieres trabajar con mi padre? —Marina parpadeó. Aquella era una de las preguntas más tontas que le habían hecho. ¿Cómo podía rechazar algo igual?—. Sube, voy a llevarte con él.

—¿Con tu padre?

—Si estás tan interesada en todo ese tema, seguro que te apetece echar un vistazo a su pequeña colección de cosas.

Jota guardó los libros y le entregó la cazadora para que se la pusiera. Marina aspiró el olor tan varonil que desprendía la prenda. Se montó detrás de él y rodeó su cintura con fuerza. Pudo sentir la dureza de sus músculos cuando él se inclinó a tomar el manillar. El calor de su cuerpo...

Jota puso la moto en marcha. Salió despacio de la universidad y, en cuanto cogió la autopista, se lanzó de lleno sobre el asfalto. Ella apoyó la cabeza tras su espalda y cerró los ojos. Para ser feliz no necesitaba más que sentirlo entre sus brazos. Hubiese dado cualquier cosa por detener el mundo en ese momento.

En menos de media hora llegaron a la calle Princesa. Jota aparcó la Honda junto a la entrada de un edificio de oficinas de puertas acristaladas.

—Bienvenida al imperio de los Salazar —dijo él ayudándole con el casco y la cazadora.

Marina sonrió y, nerviosa, se peinó con los dedos la melena trigueña. Un guardia de vigilancia muy amable, vestido con un pulcro uniforme, salió a recibirlos y saludó a Jota con varias palabras y un estrechón de manos, luego les abrió la puerta. El vestíbulo era tan grandioso como podía ser el de un hotel cinco estrellas. Los suelos de mármol negro brillante reflejaban todo como un espejo. Marina alzó la cabeza observando con admiración los altísimos techos de donde colgaban modernas lámparas de cristalitos repletas de halógenos. Jota cogió su mano entrelazando los dedos con los suyos. Ella lo miró sobrecogida.

—Todo esto pertenece a la familia. Sé que al principio acojona un poco, pero no te preocupes. No se comen a nadie.

—¿A qué se dedica tu padre?

Él sonrió como si guardase un secreto. Marina no pudo dejar de mirar sus labios. Eran terriblemente seductores, con una deliciosa hendidura en el centro.

—¿No puedes adivinarlo? Compra y vende obras de arte. No son exclusivas del antiguo Egipto. Posee de muchas otras culturas igual de impactantes. Pero también tiene pinturas, esculturas de los dioses del

olimpo... Un pequeño museo de su propiedad. No le permite a todo el mundo la entrada.

—Me siento privilegiada entonces.

Subieron en un ascensor forrado de espejos e iluminado por una luz cálida y dorada. Los dos estaban muy pendientes de la cercanía del otro. Jota seguía sosteniendo la mano de ella mientras Marina había bajado la mirada al suelo para no encontrarse con la suya a través de los espejos. No estaba muy segura de estar haciendo lo correcto al estar allí.

—Marina —llamó él alzándole el mentón con la mano libre. Quería tranquilizarla. Ella sostuvo sus oceánicos ojos con nerviosismo. Sintió la boca terriblemente seca.

Sin poder evitarlo, como si un hilo invisible tirase de él, se inclinó sobre ella y deslizó su lengua por las comisuras de su boca hasta introducirla entre sus dientes. Marina se rindió, y su propia lengua buscó la de él absorbiendo su sabor.

El ascensor se detuvo en la tercera planta y las puertas se abrieron. Jota abandonó sus labios. Tiró de la mano de ella hacia un amplio vestíbulo con sillones de piel blanca y mesas de té de cristal biselado. Todo olía a limpio y a ambientador.

El corazón de Marina saltaba enloquecido en su pecho mientras no dejaba de preguntarse por qué había dejado que Jota la besara. Si lo había rechazado, no podía permitir que él ignorase su respuesta. Se soltó de su mano.

—Jota... —Por el rabillo del ojo vio a una guapa recepcionista que se ponía en pie tras un mostrador también de cristal, y guardó silencio.

—Buenos días, señor Salazar. ¿Quiere que avise a su padre de que está aquí?

Jota se dirigió a ella agitando levemente la cabeza. Preguntó en tono frío:

—¿Te ha dicho él que avises cuando yo venga?

—No me ha dicho nada, señor, he supuesto que usted querría que le avisara.

—No necesito ser presentado, gracias. ¿Está él ocupado?

La mujer, perturbada, bajó la mirada sobre la moqueta.

—Sí. Esta reunido con un importante coleccionista árabe.

Marina le susurró a Jota en voz baja:

—Podemos venir en otro momento.

Él inclinó la cabeza hacia ella con ojos chispeantes.

—Me mataría si supiese que hemos estado aquí y no lo hemos saludado. — Volvió sus ojos a la secretaria—. Vamos a esperarlo en la sala. Cuando termine, se lo dices. ¿Quieres tomar algo, Marina?

Esperar en una sala, ella y Jota, solos. Al pensarlo, todo el vello de su cuerpo se erizó.

—No, gracias, ahora no me apetece nada —respondió.

—Tráenos una Coca-Cola y una jarra de agua con hielo.

—Ahora mismo, señor Salazar.

Jota guió a Marina por unas gigantescas dobles puertas de caoba a una impresionante habitación. No había exagerado al decir que era un pequeño museo, y ella se sintió como el día que descubrieron a Keops en la ciudad perdida.

—¡Esto es una pasada! Absolutamente maravilloso. ¿Son todas piezas originales?

Él asintió mientras ella iba observando cada vitrina, estantería y mueble con interés. Le gusto ver sus gestos complacidos cuando algo le llamaba verdaderamente la atención, la manera en que abría sus ojos o ladeaba la cabeza. Se sentía incapaz de apartar los ojos de ella. Llevaba unas sandalias de tacón alto con cintas negras que se ataban a sus delgados tobillos. Una falda amplia de tela muy fina que le llegaba por debajo de las rodillas y una camiseta de tirantes que marcaban sus senos y, en ese momento, sus erguidos pezones —le hubiese gustado pensar que podía ser debido al beso del ascensor, pero también influía que estaba el aire acondicionado encendido—.

—Tu padre debe sentirse orgulloso de tener todos estos tesoros. ¿Los

presta alguna vez al museo?

—Supongo que sí. —Se acercó a ella. Sin pensarlo, llevó una mano al cabello de Marina y, con suavidad, la instó a levantar la boca a él. Tenía pensado hablar con ella. Solucionar lo que había pasado el sábado noche y apoyarla en la incógnita del misterio que ella y su profesor querían desentrañar. Sin embargo, en ese momento, tenía la necesidad de sentirla mucho más cerca. De recorrer su piel con las manos. De saborear su cuerpo. Se apretó contra ella sintiendo como sus pechos se aplastaban en su torso. Sentía los duros botones sobre él. Besó sus labios, excitado más allá de lo imaginable. Pero tan solo se limitó a lamer su boca y succionar de su lengua. La secretaria de su padre no iba a tardar en venir.

Llamaron a la puerta, y él, casi con prisa, se apartó de Marina para abrir. Señaló a la mujer que dejara la bandeja sobre una mesa y la acompañó hasta la salida. Preguntó si su padre iba a tardar mucho, y la secretaria le dijo que el coleccionista había llegado hacía poco, por lo que aún le quedaba bastante de reunión. Al parecer, iban a tratar el precio de varias esculturas.

—No lo molestes hasta que acabe —volvió a repetir Jota antes de cerrar la puerta en las narices de la mujer. Nadie tenía permiso para entrar en esa sala excepto él, su padre y algún miembro de la familia que fuese a visitarlo. Pero estos últimos apenas iban y preferían verse en el restaurante. Llegó hasta Marina; con decisión y firmeza, agarró su nuca. Devoró sus labios con hambre y tembló cuando ella respondió a sus besos con su misma ansia. Cogió los tirantes de su camiseta y los bajó por los hombros.

—¡Jota! —exclamó ella.

—No va a entrar nadie, corazón.

Marina jadeó. Sus piernas amenazaron con dejarla caer sobre el suelo, y hubiera sido así si él no la hubiese cogido para llevarla sobre un diván de piel oscura. Antes de que ella pudiese siquiera negarse, él arrastró el sujetador hacia la cintura, liberando sus pechos. El vientre de Marina entró en ebullición y si hacía unos minutos había querido que él parase, ahora deseaba que no lo hiciera.

Jota cogió uno de los rosados botones entre el pulgar y el índice. Lo frotó con suavidad, haciendo que Marina gimiese enardecida.

—Eres tan bonita —susurró deslizando la lengua desde su garganta hasta el pezón, que se metió en la boca chupando y lamiendo. Sentía como ella vibraba entre sus brazos. Como se arqueaba a él ofreciéndole más espacio para poder torturarla a placer.

Marina le cogió la cabeza entre sus manos, con los ojos cerrados. La sangre viajaba velozmente por sus venas mientras la excitación crecía dentro, arrasando su cordura y sus pensamientos. Necesitaba que Jota la tomase. En ese momento, no quería pensar en nada más que en su cuerpo, en lo que estaba sintiendo y en la boca que aprisionaba y besaba sus pecho sin compasión. Una mano de Jota bajó hasta sus rodillas y ascendió bajo la falda, recorriendo con las puntas de los dedos la piel de sus muslos. Ella tembló anticipándose a lo que iba a venir después. Separó las piernas permitiendo que él se abriera camino y se derritió cuando la mano de Jota agarró la cinturilla de su tanga y la deslizó hacia abajo. A partir de ese momento ambos comenzaron a respirar dificultosamente.

La mano de Jota frotó su pubis y jugó con sus rizos sintiendo la humedad que desprendía. Con suavidad, introdujo un dedo y lo batió suavemente explorando su interior. Marina se tensó al principio, después se movió contra él sintiendo que iba a enloquecer de gusto.

—Siéntate sobre mí antes de que llegues al final. Quiero sentir como lo haces conmigo dentro —animó él desabrochándose el vaquero con una mano al tiempo que liberaba su miembro. Ella bajó la vista unos segundos, con las mejillas sonrosadas, y después se incorporó dejando caer el tanga al suelo para sentarse encima, a horcajadas. Al hacerlo, él terminó de subir su falda, tomando las nalgas con las manos.

Ninguno de los dos era capaz de pensar con normalidad. Solo deseaban una cosa, y cuando Marina resbaló sobre su erección, se volvieron a besar apasionadamente. La erótica imagen de ellos haciendo el amor en el sofá se reflejaba en los cristales de las vitrinas. Marina estaba semidesnuda. Jota, en

cambio, estaba completamente vestido cubriendo con sus grandes manos el trasero de ella al tiempo que hacía que cabalgase sobre él con desenfreno. Los pechos de Marina subían y bajaban sobre su torso sensualmente, agudizando los sentidos de cada uno y aumentando el grado de frenesí que amenazaba con devastarlos.

Jota apartó su boca de la de ella y cerró los ojos con fuerza.

—¡Joder, me tienes loco!

Marina clavó los dedos en sus hombros. Estaba al borde del delirio. Completamente llena de él. Borracha de millones de sensaciones que recorrían cada minúscula parte de su cuerpo. Sintiendo la piel tan sensible que cada embiste le proporcionaba una alteración inigualable. Jadeó con fuerza en su oído cuando todo su ser explotó abriendo los poros de su piel.

Él también dejó escapar el aire por entre sus labios al sentir que se derramaba en su interior, sin embargo, no dejó de moverla contra él alargando la culminación entre los espasmos que se apoderaban de ellos. Marina le rodeó el cuello con los brazos y aplastó su mejilla contra el cuello masculino con suspiros temblorosos. Cada vez era más increíble hacer el amor con él, aunque Jota pensase que para él era su primera vez con ella.

Alzó la cabeza estudiando el profundo azul de su mirada. Indagando si algo había cambiado de diez minutos a ese tiempo. Él se adelantó a besarla mordisqueando sus labios con ternura. Llevó sus manos hasta sus pechos y volvió acariciarlos. Se apartó de ella para observar como sus dedos jugaban con su carne, como los hinchados botones seguían aclamando por sus caricias. Marina supo que nada había cambiado en él. Se mordió el labio inferior y también siguió su mirada. Parecía hipnotizado.

—Jota, puede entrar alguien —dijo ella con el rostro como la grana. De pronto se sentía avergonzada.

Él agitó la cabeza. Volvió a lamer uno de sus senos y su lengua ascendió hasta colarse en el hueco debajo de la oreja de Marina. Ella se estremeció. Notó que él sonreía contra su piel.

—Estoy hablando en serio. Puede venir tu padre.

Jota propinó un suave mordisco a su yugular y, apiadándose de ella, dejó que se apartará para colocarse la ropa. El tanga se hallaban en el suelo y, mientras ella se colocaba el sujetador y la camiseta, él lo desenrolló del buruño en que se había convertido.

—Abre las piernas.

Ella lo miró con los ojos a punto de salirse de las cuencas.

—No, deja, me lo pongo yo.

—Quiero hacerlo.

Marina tragó con dificultad y respiró entrecortadamente. Volvía a estar agitada de nuevo. Metió cada pie en las aberturas, y él, poniéndose en pie, subió la prenda por sus piernas al tiempo que iba acariciándola. Volvió a incursionar dentro de ella con la excusa de estar estirando la prenda, y Marina no pudo por menos que volver a abrir las piernas queriendo apretarse nuevamente contra él.

Jota cazó sus labios sin dejar de mover los dedos en su interior. Notaba que ella volvía a estar caliente, húmeda y excitada. Él también lo estaba de nuevo, pero, esta vez, no quería arriesgarse a ser descubierto por su padre. No quería que ella se sintiera abochornada. Marina le rodeó el cuello con un brazo, y él aumentó el ritmo de sus caricias tragándose los gemidos de ella y el grito con que la última convulsión hizo que culminase.

Julio Salazar no podía creerse que Jota hubiese ido a visitarlo con una mujer. Y si eso lo sorprendió, más lo hizo el hecho de ver como explicaba y contaba la historia de algunas piezas, que él más apreciaba, a la señorita Calderón. Ellos estaban tan absortos que no se dieron cuenta de que había entrado en la sala y los observaba emocionado y orgulloso hasta la médula. Jota y la muchacha hacían una bonita pareja. Ya había tenido oportunidad de comprobarlo el día del campeonato cuando le fue presentada. Y ahora confirmaba que esta era más de su agrado que la descocada que lo había besado en el centro deportivo.

Cuando ellos se dieron cuenta de su presencia, se saludaron, y tuvo el

placer de mostrarles más de sus tesoros. Pasaron un par de horas entretenidos hasta que el estómago de Jota comenzó a rugir y los tres bajaron a comer a la cafetería.

—¿Qué pensáis hacer después? —preguntó Julio cuando estaban ultimando los postres.

Marina se limpió los labios con la servilleta.

—Yo tengo que marcharme. Tengo cosas que hacer.

—¿Algo importante? —Quiso saber él.

—Unas traducciones —respondió sin querer entrar en detalles.

—Además, todavía tenemos que recoger su coche que está en la universidad, de modo que nos vamos a ir yendo —dijo Jota. Miró a Marina—. ¿Tomas café?

—No. Solamente por las mañanas.

Él le guiñó un ojo.

—Yo tampoco. Nos vamos ya, padre.

Los hombres se levantaron a la vez y Marina corrió a imitarlos.

—No olvides que este domingo tenemos reunión de familia.

—No te preocupes. Chris no dejaría que lo olvidase. Nos veremos allí.

—Muchas gracias por atendernos, señor Salazar. Ha sido un placer conocer su santuario.

Marina le tendió la mano, y él estrechó la suya con afecto.

—Es un placer que hayas venido. Puedes hacerlo cuando quieras y espero que, esta vez, con algo más de tiempo. Sobre todo que pienses en hacer las prácticas aquí. Ya me pondré yo en contacto con la universidad o, si lo prefieres, con el doctor Ibarrúri en cuanto llegue. Por cierto, nada de llamarme señor Salazar, que me hace muy mayor. Llámame Julio, por favor.

Jota le palmeó el hombro y exclamó entre bromas:

—¡Es que eres mayor, viejo!

De una manera que a Marina se le antojó bonita, padre e hijo se miraron con burla durante unos segundos. Fue una imagen preciosa e imaginó que algún

día su hijo y su marido se mirarían así. Dándose cuenta de sus tontos pensamientos, recogió su bolso y se lo colgó del hombro.

Capítulo 25

Antes de ir a la universidad, Jota hizo una parada en su apartamento. Quería recoger la bolsa de deporte para luego ir a dar sus clases al Templo de Asim. Marina quiso esperarlo abajo, pero él no se lo permitió. Quedo fascinada al ver el lugar donde vivía. Había imaginado un departamento más pequeño y modesto, sin embargo, Jota estaba acostumbrado a los lujos.

Él encendió la música nada más entrar. Cogió la mano de Marina y le mostró su vivienda, haciendo la última parada en su dormitorio.

—Y aquí es donde duermo.

Las piernas de Marina volvieron a temblar irremediablemente. Asintió.

—Es un sitio muy bonito.

—Y muy cómodo también. —Se acercó a ella, cogió su camiseta y tiró de ella hacia arriba, sacándosela por la cabeza. Ella lo miró con la boca entreabierta, sin impedirle nada—. Quiero hacerte el amor en una cama. —Sus manos volaron de nuevo a ella, le desabrochó el sujetador mirándola admirado.

Ella se cubrió con las manos.

—Te dije el otro día que no quería salir contigo. Que quería...

—Que querías que me acordase, pero... ¿cómo voy a recordarte si no me dejas que te conozca? —Sostuvo las manos de Marina y las apartó de sus senos para volver a mirarlos. Se apoderó de uno con la boca.

—No creo que, porque me hagas el amor, me vayas a recordar si no lo has hecho antes ya.

—¿Y eso es tan importante para ti?

Marina asintió. No podía seguir muy bien el hilo de la conversación mientras él la besaba y tocaba por todos los sitios. De hecho, durante las dos siguientes horas se olvidó hasta de la misma conversación.

Más tarde cogieron un taxi hasta la universidad, allí tomaron el coche y Marina llevó a Jota a la academia.

—¿Vas a ir a ver a tus abuelos o te vas a casa?

Ella se mordió el labio inferior, pensativa. Después de la tarde que acababa de pasar, no sentía muchas ganas de ponerse con los escritos.

—Supongo que ya que estoy aquí pasaré a verlos. ¿Por qué lo preguntas?

Él agarró su cuello atrayéndola hacia su boca. Besó sus labios bebiendo de su aliento.

—Si te quedas, ven a buscarme y esta noche me voy contigo y te ayudo con los manuscritos.

—No mientas, Jota, que te cojo la palabra.

Él volvió a besarla. Salió del coche, abrió la puerta de atrás, cogió su bolsa y se despidió de ella con una enorme sonrisa.

—Te espero.

Marina asintió. Suspiró cuando él entraba en el templo. Y cuando su mente se dispuso a comenzar con sus reproches, ella se negó a escucharla. Jota tenía razón. ¿Cómo iba a recordarla si no salía con él? O lo peor de todo, ¿y si no lograba acordarse nunca de ella, iban a perder ambos la oportunidad de estar juntos? Esta vez, Marina iba a dejarse llevar por el corazón, porque indudablemente amaba a Jota tanto como lo había hecho antes.

Ibarrúri y sus colegas siguieron a los turistas en procesión mientras veían como algunos grupos se apiñaban alrededor de sus guías escuchando sus explicaciones. Ellos no necesitaban apretujarse ni hacerse un hueco porque el hombre que vigilaba el camino les permitió pasar tras saludarlos.

Hacía un calor asfixiante que le había obligado a subirse las mangas de la camisa y a desabotonarse los primeros botones. De vez en cuando se pasaba un pañuelo de lino sobre la frente retirando el sudor que se acumulaba en

forma de gotas perladas.

Nada más poner un pie en el cementerio, sintió que algo se rompía dentro de él. Una angustia que en un principio no pudo identificar, pero que se fue abriendo paso poco a poco en su cabeza.

Se desencantó con lo que vio. Su querido Menfis no era ni la sombra de lo que había sido durante sus años prósperos. Ahora las dunas de arena dorada que brillaban bajo el sol aparecían salpicadas con maquinaria pesada. Con personas que, ataviadas con gorras, sombrillas y cámaras de fotografía, iban caminando por donde una vez hubo casas y huertos.

Sus ojos se anegaron en lágrimas al sentirse repentinamente acometido por recuerdos ocultos que le invadieron la mente. Se detuvo donde siglos antes había estado el templo de Naunet. El templo de la diosa por el que Henutsen había puesto el nombre a su hija. A su media hermana. Jufu había mandado cerrar los templos para que nadie orase a los dioses. Sin embargo, Asim, Naunet y él se habían escapado allí muchas veces de niños. Se había tratado de un elegante edificio construido a base de altas y gruesas columnas. En su patio, un rectángulo con hermosos jardines y una piscina de aguas límpidas y cristalinas era donde ellos tres se habían divertido, habían jugado, dormido o simplemente charlado imaginando el futuro que les esperaba.

—Tú serás el futuro faraón y nosotros estaremos siempre contigo apoyándote —decía Naunet recostada en la piedra blanca, con los ojos puestos en el hermoso cielo de Egipto.

—Lo sé. Y yo nombraré a Asim tyaty o general de mi guardia. ¿Qué prefieres?

—Tengo que pensármelo —dijo él, a lo que una ceñuda Naunet se sentó mirándolo atentamente.

—Si te haces general, deberás marcharte de vez en cuando, y yo te echaré mucho de menos. —Su carita infantil se posó en Kauab—. Si lo haces general, yo también quiero pertenecer a tu guardia.

Los dos jóvenes se rieron a mandíbula batiente.

A Ibarúri se le escapó una sonrisa. Habían sido tiempos muy felices.

—Hay un empresario español que tiene solicitados estos terrenos para comenzar una nueva expedición. Si lo consigue, piensan que necesitará personal. Sería para finales de año o principio del que viene.

Ibarúri miró a su colega, con las cejas alzadas.

—¿Pueden hacer eso? ¿Cederle sus derechos a cualquier persona que lo pida?

El hombre se encogió de hombros.

—Siempre ha mandado el dinero, pero el señor Salazar no es un hombre cualquiera. Tiene mucha influencia con personas importantes aquí en el Cairo. Ha efectuado varios descubrimientos, pero no le gusta llamar la atención ni hacer pompa de sus trabajos.

Ibarúri creyó haber escuchado sobre él. Siguió caminando un buen trecho, alejándose de los turistas. Los dos hombres que iban acompañándolo se miraban de vez en cuando sin saber por qué lo seguían o a dónde iban. Uno de ellos se atrevió a decírselo.

—Por aquí nadie ha hecho nada. No se cree que pueda haber ninguna edificación.

—Pues están muy confundidos —respondió. Se detuvo poco antes de llegar a una suave duna. Miró hacia atrás. Donde el resto veía un valle cubierto en su mayoría de dunas y arenas, él vislumbraba una hermosa ciudad de casas rectas y fachadas blancas, de callejuelas tan estrechas que se podían tocar ambos lados abriendo los brazos en cruz. De mercaderes voceando con ánforas colgando de sus animales. De carretas maltrechas llevando frutos, lana, pescado y trigo. Podía sentir el aroma de los perfumes, esencias y aceites de plantas.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó uno de sus acompañantes.

El doctor sacó la pirámide de Keops que llevaba envuelta. Sobre el objeto creció un gran aro con una luz incandescente, casi cegadora. Alrededor de ellos se levantaron altas paredes de piedra caliza y, bajo sus pies, un frío suelo de mármol pulido.

—En esta sala, Jufu y su tyaty daban su veredicto —explicó Ibarúri.

Era una de las galerías más grande de Palacio, que se sustentaba por altas y gruesas columnas marfiles. Los techos altos terminaban en una cúpula de vidriera digna del mejor arquitecto de todo el Peloponeso. El templo tenía acceso directo al exterior, a los verdes prados de Menfis y los hermosos jardines que la misma Henutsen se encargaba de cuidar.

Hacía fresco en la sala.

De pronto, vieron a una mujer joven atravesar un corredor de altísimos techos en una ligera y silenciosa carrera, escondiéndose tras las columnas de mármol para no ser descubierta. El fuerte aroma de lilas impregnaba cada hueco, cada sala del amplio palacio. Su excelencia Henutsen adoraba esas flores, tanto que solía adornar los cabellos con ellas. Las mayorías de sus túnicas, así como las de Naunet, oscilaban desde el blanco hasta el morado más fuerte, siempre en la misma gama.

El corazón del doctor aleteó en su pecho al reconocer que esa mujer era la misma Henutsen. Sus sandalias blancas apenas hacían ruido en el brillante suelo mientras corría, y repentinamente ella se aplastó contra la pared al escuchar los pasos que se acercaban. Aguantó la respiración con fuerza y se colocó en el estrecho hueco que había entre la columna y la pared. La túnica que cubría su delgado cuerpo era tan blanca como el mismo muro. Un soldado de la guardia de Jufu pasó ante ella como una exhalación. Ibarúri reconoció al riguroso Humbert, que caminaba a un paso desacostumbrado; por regla general, tardaba su buen tiempo en recorrer las estancias, y esta vez había sido visto y no visto. Henutsen salió de su escondite y se dirigió a ellos con paso ligero. Extendió las manos hacia él y lo apretó con afecto.

—Por fin estás aquí —susurró, ignorando a los acompañantes del decano que la observaban con la boca abierta y sin ninguna pizca de color en sus caras. Cogió la pequeña Keops entre sus manos y sopló su cálido aliento sobre ella. Un polvillo plateado se levantó de las paredes de oro y se alzó al techo en espiral. La pirámide se esfumó. El palacio se esfumó. Y Henutsen desapareció en menos de un suspiro.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó el arqueólogo camarada suyo.

El doctor lo miró con una sonrisa, se encogió de hombros y comenzó su regreso.

—Quería ver esta zona. Eso es todo.

Los hombres asintieron y caminaron junto a él. No recordaban haber seguido al doctor ni nada de lo que había sucedido segundos antes. Pero él sabía que ya no existía maldición ni profecía. Tan solo una historia jamás contada. El resto pertenecía a Naunet y Asim.

Capítulo 26

El agua de la alcachofa caía a chorro sobre la cabeza de Jota, que lo esperaba con los ojos cerrados. La ducha era un rectángulo de baldosas tostadas y mampara de cristal con anchas líneas verticales biseladas. Había siete más en los baños, pero Jota había esperado a ser el último para ducharse. Llevaba toda la tarde pensando en la muchacha de ojos verdes y melena trigueña. No creía que ella estuviese loca ni fuese una perturbada. Muchos sí lo creerían, pero él, aunque nunca había conocido a nadie que dijese que había viajado en el tiempo, era consciente de que no podía negar muchas evidencias que desde un principio lo ataban a ella.

¿Coincidencia de que estudiase la leyenda de Keops cuando él tenía parientes que decían ser descendientes del primer tyaty de Jufu? ¿Cuando su padre decía haber tenido ciertas revelaciones al leer el libro de los no muertos y con ello hacer grandes descubrimientos en el valle de los reyes? ¿Qué su academia se llamase Asim? ¿Qué el nombre de ella hiciese referencia a la diosa del océano, Naunet? Y tantas, tantas otras cosas... Un fogonazo lo cegó por unas décimas de segundo y tuvo que apoyar la mano en la pared para no caerse.

Reflejado en las baldosas, vio a Donald MacBean, su amigo grande y pelirrojo.

Jadeó con fuerza y luchó por llenarse los pulmones con el oxígeno que no parecía poder aspirar. Sintió otro fogonazo y debió sujetarse con las dos manos. Su cuerpo empezó a convulsionarse.

Por su mente cruzó lord almirante Willis, Gabrielle, el Buena Ventura... y...

—Marina —susurró entre temblores. ¡Podía recordarlo! Ella llevaba una falda larga y una blusa crema. Sus rizos adornaban su preciosa cara mientras eran agitados por la brisa del mar. Su hermosa sonrisa con el hoyuelo en la

mejilla... Por un momento, sus gritos llamándolo dañaron sus oídos.

«¿Qué ha pasado?», había gritado Willis fuera de sí cuando sus hombres y los del Buena Ventura corrieron despavoridos ante semejante magia. Los caza tesoros habían desaparecido ante la vista de todos. Jota se vio a sí mismo tendido en el suelo, con los brazos estirados, mientras observaba con angustia el lugar donde había estado Marina. Pudo sentir la rabia y el pesar de aquel momento y cómo, con un grito nacido de lo más profundo de su garganta, recogía su sable y contraatacaba hacia Willis.

Cerró los ojos contra la pared de la ducha al recordar cómo el arma del almirante le atravesó el corazón de una estocada. Y no por ello sintió más dolor al morir que cuando perdió a Marina.

Un ramalazo de dolor cruzó su espalda obligándolo arrodillarse en la ducha. El suelo estaba frío, helado. El agua penetraba por su boca y por su nariz impidiéndole respirar. Se ahogaba. Sus pulmones no respondían. Se estaba ahogando y tragaba agua. Agitó todo su cuerpo con furia. Quería salir de allí, pero no podía moverse. Era como si unas manos le impidieran alcanzar la superficie.

Alzó los brazos hacía arriba queriendo detener el chorro de agua. Levantó la cara y entonces descubrió a... su preciosa Naunet, de larga melena oscura, a través de litros y litros de agua que lo sumergían a las profundidades. Ella se inclinó hacia él con la mano tendida.

—Ven a mí, mi guapo Asim. Yo te sacaré de aquí.

Él obedeció hasta alcanzar los delgados dedos. Y despertó del trance entre jadeos. Seguía arrodillado en la ducha y el agua continuaba saliendo de la alcachofa, pero otra vez respiraba.

Se incorporó, cerró el grifo y, temblando, salió de entre la mampara. Su Naunet, la misma niñita que nació con la carita blanca, era Marina. La misma muchacha que le había robado el corazón en Tortuga. Soltó un gemido de dolor y alivio. Un dolor que le desgarró el corazón al recordar que había prometido no olvidarla nunca. No separarse de ella jamás.

Tenía que decírselo. Debía hablar con ella. Esta vez sería diferente. Se

visitó con prisa y entró en el despacho a dejar la bolsa de deporte.

—¡Jota! —Christian levantó la cabeza de varios documentos que tenía sobre la mesa—. Hay un par de cositas que tengo que comentarte antes de que te marches.

—Tengo un poco de prisa Chris. ¿Es muy importante?

Su primo asintió:

—En primer lugar, han llegado los impresos del campeonato del mes que viene y tenemos que empezar a rellenarlos para saber quiénes vienen o quiénes no y la categoría.

—Vale.

—Y otra cosa, espera. Esta mañana ha estado la policía por aquí preguntando por el camello ese del parque, Juan Carlos. Me han dicho que en este momento está en busca y captura. Pero no se deben de esmerar mucho en buscarlo porque varios de los muchachos dicen que esta tarde lo han visto en la calle y que los ha amenazado. Dice el tío que nos la tiene jurada y que viene por nosotros. Te lo digo para que tengas cuidado y vigiles tus espaldas. Ya sabes que ese tipo es un traicionero, y uno no se puede fiar de que ataque por sorpresa.

Jota se quedó mirando a un punto inexistente de la pared y apretó los dientes con fuerza. Juan Carlos estaba obsesionado con Marina.

—¿Jota? —llamó Christian, observándolo fijamente, con el ceño fruncido.

Él se espabiló.

—Llámame luego, hay algo que tengo que hacer.

Su primo se puso en pie y lo detuvo antes de que saliese.

—¿Pero está todo bien?

Jota asintió levantando el pulgar hacia arriba.

—Todo *okey*.

Con el cabello mojado y revuelto, llegó al portal donde vivían los abuelos de Marina. Tuvo que mirar en los buzones para descubrir la puerta y la planta. Estaba nervioso. No sabía cómo empezar la conversación. Subió las escaleras

de dos en dos a la carrera, evitando la lentitud del ascensor. Supuestamente, aún faltaba cerca de media hora para encontrarse, pero iba a sorprenderla.

Las farolas del parque ya estaban encendidas y producían siniestras sombras en los bordes de los caminos. Todavía no era demasiado tarde, sin embargo, no había más que una cuantas parejas deambulando y algunas personas que paseaban a sus perros. A esas horas podían soltar a los animales de las correas para que corriesen libremente.

Juan Carlos estaba sentado en el césped bajo la oscuridad de uno de los árboles, acompañado de varios colegas. Esperaban que cerrase el Templo de Asim para lanzar sobre él cocteles molotov que habían preparado y prender fuego al edificio. Estaban impacientes y nerviosos.

Casualmente, después de volver a mirar la hora en su caro reloj de pulsera, vio bajar a la rubia por uno de los senderos, en dirección al supermercado de la otra acera que continuaba abierto.

Juancar se levantó, haciendo una señal a sus amigos, y con varios pasos ágiles, salió de entre las sombras y la interrumpió. Ella, al principio, lo miró con calma, casi desafiándolo. Le hizo gracia su temple y como levantaba el mentón con orgullo hacia él.

—Volvemos a vernos. —Él sonrió con satisfacción. Por fin había llegado su oportunidad perfecta—. Hoy no parece que haya nadie por aquí para alejarte de mí.

La chica agarró con fuerza su bolso y lo miró con los ojos cargados de odio. Él estaba acostumbrado a eso.

—Déjame pasar o de lo contrario gritaré hasta que acudan todas las personas que hay por la zona.

Juancar observó con lentitud a su alrededor para finalmente mirarla a ella.

—Puedes hacerlo, dudo de que alguien se acerque.

Sus amigos, con sonrisas obscenas, se acercaron a ella para que no pudiese escapar en caso de querer intentarlo.

Ella abrió la boca para gritar, no obstante, la cerró de repente cuando

Juancar balanceó una navaja automática ante sus ojos. La hoja brillaba cada vez que atrapaba la luz de las farolas. Dio varios pasos atrás y su espalda chocó contra el torso de uno de los hombres.

—No te vas a ir a ningún lado hasta que yo no te lo diga. ¿Lo entiendes? —dijo nuevamente Juancar, con socarronería. Él era el único que hablaba del grupo mientras los otros esperaban.

La muchacha intentó apartarse. La cogieron de un hombro y le clavaron los dedos con fuerza, haciéndola gemir.

—Podemos hacerlo de dos maneras, rubia. He estado esperando mucho tiempo a que dejaras de ignorarme. Yo quería portarme bien contigo, pero tú no me haces caso. ¿Por qué? ¿Acaso no te gusto?

Como ella no contestaba, él se acercó más, hasta tenerla justo en frente. La cercanía la puso nerviosa y empezó a forcejear con el tipo que la tenía sujeta.

—Escucha, no quiero hacerte daño, de verdad. —Juancar le acarició la mejilla y descendió la mano hacia su cuello. Era frágil, delgado, suave. Estaba tensa y respiraba agitadamente.

—¡No te vas a salir con la tuya! —dijo ella en un hilo de voz tan débil que a él le costó entenderlo. La miró ceñudo.

—Me sorprendes que digas eso. —Deslizó su mano por el escote de la camiseta y cogió uno de sus pechos—. La espera ha valido la pena. —«¡Vaya que si lo valía!», pensó acariciando la carne blanda.

Ella le agarró la mano con las dos suyas queriendo apartarlo, cosa que les hizo mucha gracia a todos. Desde luego estaba en clara desventaja y todavía no quería comprender que ellos la dominaban.

—Es inútil que pelees, rubia. Nunca podrías conmigo. —Juancar se inclinó a ella, oliéndole el pelo—. ¿No te das cuenta de que soy mucho más grande que tú?

Ella se agachó en el suelo, y Juancar supo que lo hacía para liberarse de uno de sus colegas que no hacía más que frotar sus caderas contra las suyas. Esa postura era más manejable para ellos.

—Tumbala en el verde —le dijo a su amigo. Excitado, se llevó la mano al cinturón. No quería demorarse y que lo interrumpiesen. La policía rondaba mucho el parque en los últimos días.

La arrastraron al suelo entre forcejeos. Ella gritaba y se resistía. Aun así, pudieron cogerla de los brazos y le inmovilizaron parte de su cuerpo.

Juan Carlos sonrió y se tumbó sobre ella. Sus ojos cayeron sobre los verdes que lo miraban con odio y desprecio. Se sentía impaciente por disfrutarla. Había esperado tanto tiempo que no podía creer que por fin su sueño se fuera a hacer realidad. Sin embargo, lo que le pareció que iba a ser fácil, se complicó cuando ella empezó hablar en un idioma raro. Se detuvo, mirándola un poco confundido.

—¿Te estás riendo de mí, zorra? —Le arrancó la camiseta de un solo movimiento y gruñó de placer al ver el sujetador de encaje que apenas ocultaba sus pechos.

Notó que ella temblaba, pero eso no la detuvo para seguir hablando en aquella extraña lengua que comenzaba a desquiciarlo.

—¿Qué está diciendo, Juancar? ¿Sabes lo que dice? —le preguntó un colega.

—No lo sé, no tengo ni puta idea. —Llevó una mano hasta la mejilla de Marina y hundió sus dedos en ella. Sabía que estaba haciéndole daño—. ¡Cállate, joder!

Ella lo ignoró.

—Está diciendo que va a quemar tu alma para que jamás puedas entrar en el más allá, bastardo del infierno.

Reconoció la voz de Jota y rodó sobre su cuerpo entre asustado y asombrado. No lo había esperado, ni siquiera se le había pasado por la imaginación que pudiese estar él por ahí a esas horas.

Pero Jota lo estaba y lo miraba con furia. Se había detenido a pocos pasos de él y lo enfrentaba con las piernas entreabiertas y los puños preparados para el combate. Juancar y sus amigos lo rodearon, olvidándose momentáneamente de la muchacha.

Marina se levantó enseguida, con las piernas temblando por lo que había estado a punto de pasar y por lo que podía suceder, aunque conocía el modo en el que su guapo Asim luchaba. Había sido general de la guardia real. Metió la mano en el bolso y sacó el *spray* de pimienta que apretó contra su pecho al tiempo que veía como los hombres se iban acercando a Jota con deliberada lentitud. Jota, por el contrario, los vigilaba en silencio, pero no se movía del sitio.

—Tenía ganas de verte Juancar. Creo que has estado molestando a mi chica en más de una ocasión.

—No sabía que era tu chica —le contestó el otro con rabia—, pero... si es así, llevas razón.

Jota miró detrás de los amigos del camello y clavó sus ojos en Marina. Advirtió su desnudez y el ridículo *spray* de pimienta que sostenía con mano temblorosa. Volvió el rostro a Juan Carlos.

—Vamos a ver, te voy a dar una última oportunidad. O me dejas llamar a la policía o lo arreglamos a la antigua usanza.

Como había imaginado, el camello soltó una carcajada.

—¡Estás loco! ¡No había escuchado nada más gracioso en la vida! ¿Tú crees que estás en una de esas competiciones llenas de maricones, que fingen darse de hostias, pero que en realidad no lo hacen?

Jota se encogió de hombros despectivamente.

—Yo te lo advertí.

El hombre que estaba a la espalda de Jota se acercó, y él lo hizo girar sobre su hombro y lo lanzó al suelo. Otro que vino de frente se llevó una elegante patada en la boca que lo tiró hacia atrás, de repente, lo atacaron los tres.

—¡Malditos cobardes! —gritaba Marina buscando la ocasión de utilizar su *spray*.

Jota paraba los golpes con las manos y las piernas como si se anticipase a ellos. Su puño se estrelló contra la nariz de uno. Por varios segundos, el tipo

se desorientó, y Marina corrió hacia él y lo empujó con todas sus fuerzas contra el tronco del árbol. Mientras se desparramaba en el suelo, le suministró una buena dosis del *spray* en la cara.

—Esnígate esto, cabrón.

Enloquecido, el tipo comenzó a chillar como un gorrino en el matadero.

Juan Carlos cayó dos veces seguidas y, en la tercera, Jota le aplastó la garganta con el pie impidiéndolo respirar y moverse. El hombre que parecía haber quedado más ileso, que no por ello menos dolorido, cogió al que se restregaba la cara con desesperación y se lo llevó de allí.

Jota miró a Marina, que se acercaba a él ocultando su desnudez con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Estás bien?

Ella asintió soltando un suspiro de alivio. Juancar luchaba bajo la suela de Jota.

—¿Qué vas hacer con él?

—Tal vez, soltarlo, o esperar que venga la policía y se lo lleve. ¿Qué quieres que hagamos?

Marina se encogió de hombros.

—Estrangularlo, lo malo es que no somos unos asesinos —respondió. Bajo la atenta mirada de Jota, sintió unas tremendas ganas de llorar. Se cubrió la boca con una mano. Se sentía muy extraña.

—Marina —la llamó. Los ojos verdes se posaron en él de nuevo—. Lo recuerdo.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Lo recuerdo todo.

Marina se echó a reír al tiempo que sollozaba.

—¿A qué te refieres?

Juan Carlos se revolvió al escuchar las sirenas de los coches patrullas que se acercaban por la carretera. Alguien debía haberles avisado, y él no estaba

en la posición más adecuada. Si no escapaba de allí mientras pudiera, iban a caerle algunos años a la sombra. Haciendo acopio de sus fuerzas, logró desestabilizar a Jota haciéndolo caer. Durante unos minutos, ambos rodaron uno sobre el otro entre puñetazos. La hoja de la navaja de Juan Carlos brilló sobre el césped con la luz de las farolas, y Marina se apresuró a cogerla.

Jota se incorporó con agilidad y levantó al camello por el cuello de su camiseta. Giró, saltó y le propinó una patada en la cara. Del impacto, Juan Carlos dio media vuelta y se desplomó sobre Marina. Ambos cayeron sobre el suelo.

Jota corrió a apartarla de él. Se inclinó a cogerla al tiempo que acariciaba su tierna mejilla.

—¿Estas bien, corazón? ¿Te has hecho daño?

Ella rompió a llorar sacudida por las emociones. Echó sus brazos al cuello de Jota con fuerza mientras él no quitaba los ojos de encima a Juan Carlos que seguía tumbado en el suelo, gimiendo. Agentes de la policía llegaron e inspeccionaron la zona.

Jota apartó el rostro de Marina de su cuello y posó sus azulados ojos en los verdes, todavía con su mano en la cara de ella.

—Quiero que acabe todo esto de una vez —sollozó presa de los nervios.

—Te prometo que acabaré. Tú y yo nos iremos de vacaciones, solos, a algún sitio donde no nos moleste nadie. Te lo juro, corazón.

Ella alzó su mano hasta la de Jota. Entonces él descubrió que sus dedos largos y elegantes estaban cubiertos de sangre. De golpe y porrazo, sintió un tremendo vacío en el estómago y un miedo justificado se agarró a cada musculo de su cuerpo. En menos de lo que cantaba un gallo, exploró el cuerpo de Marina para darse cuenta de que no era ella quien estaba herida. Suspiró aliviado sobre la melena trigueña.

—Está perdiendo mucha sangre este hombre —decía un agente de policía a sus compañeros. Otro de ellos encendió la radio que llevaba sujeta en un hombro.

—Varón joven, de raza blanca, herido por arma blanca. Se solicita unidad

móvil.

—¿Hace falta que nos quedemos aquí? —les preguntó Jota. De repente, todo se había llenado de policías que no permitían acercarse a los curiosos que, al verlos, se habían aproximado a mirar.

—Me temo que sí, señor. Deberán venir a declarar. —Le entregaron una chaqueta de uniforme a Marina para que se cubriese. La noche fue una de las más largas y pesadas que Jota y Marina recordaron.

Capítulo 27

Marina sacudió la cabeza mientras cruzaba las dobles puertas del aeropuerto. Jota iba a su lado, riéndose por algo que ella le acababa de contar. Durante esa última semana, habían terminado de ordenar y traducir la historia que Henutsen había mandado escribir. Sabían que ya nunca volverían a sentir que una vez habían sido Asim y Naunet. Eso era parte de la historia que debía quedar atrás, aunque nunca iban a olvidarlo. Kauab, o mejor dicho Eduardo Ibarrúri, al que se dirigían a buscar en ese momento, tampoco iba a dejar que lo olvidasen.

—¿Me has oído? —Jota alargó una mano y entrelazó los dedos de Marina con fuerza. Ella se volvió a él con ímpetu, chocando contra su cuerpo duro como una roca.

—Te he oído, pero no te he escuchado. Has nombrado a Mónica y no quiero saber nada de ella.

—No la he nombrado —dijo él suavemente, pasando su brazo sobre la delgada cintura.

—¿Me estabas diciendo que cuando ella te besó en el campeonato, imaginabas que era yo quién lo hacía

Jota se echó a reír. ¡Cuánto amaba a esa mujer!

—No podía apartar mis ojos de ti, corazón. Pienso que eres tú la que se debió lanzar a mis brazos y no ella. —Con una sonrisa traviesa, mordisqueó la tierna barbilla.

—¿Para que me hubieses apartado y hubiese hecho el mayor ridículo del mundo? Oh, no, espera, ¡mi mayor ridículo fue cuando me lancé a tus brazos la primera vez que te vi en la academia y me trataste de chiflada! —Jota se arrepentía de ello con toda su alma. Siempre lo haría, y pensar en eso le causaba dolor. Marina lo leyó en su mirada. Él ya se había disculpado varias veces y se sintió horrible al recordárselo. Besó sus labios—. Estaba

bromeando, mi guapo karateca. Soy un poco celosa, y eso es lo que hay, de modo que te advierto que tengas cuidado conmigo. Recuerda que estoy armada y soy peligrosa.

Él abrazó su cuerpo con fuerza y asintió.

—Por cierto, me ha llamado el abogado de la familia y dice que, por favor, te deshagas de ese *spray*. Has estado a punto de dejar ciego a ese tipo.

—Puede dar gracias de que no le saqué los ojos de las cuencas y se las rocié con sal para que le escociesen. O quizá darme las gracias por no castrarlo. —Jota se quedó pasmado, mirándola con sus hermosos ojos azules abiertos como platos. Marina se echó a reír—. ¡Es broma! ¿Te lo habías creído?

—No —respondió él transformando sus labios en una deliciosa sonrisa. La misma que a ella la enloquecía—. Te conozco demasiado bien como para saber que tienes el corazón demasiado blando para eso.

—Te amo, Jota.

Él la contempló en silencio. Entonces la besó. Su boca se inclinó contra la suya y su lengua se deslizó entre sus dientes. Y ella le correspondió mientras su cuerpo ardía y suspiraba en sus brazos. Pasados unos segundos, Jota levantó la cabeza y sus ojos viajaron a los de Marina.

—¿No crees que es un poco pronto para decir que me amas? Apenas nos...
Marina lo pellizcó en la cintura.

—¡Tonto! —Alzó la cabeza, y él la besó de tal forma que se estremeció de la cabeza a los pies. Gimió al sentir la calidez de su boca sobre la suya.

—¡Muy bien! ¡Vosotros aquí y yo esperando que alguien viniese ayudarme con las maletas!

Jota levantó los ojos al techo mientras Marina salía de sus brazos para perderse en los de Ibarrúri.

Epilogo

Mientras Marina dormía, Jota contempló la calma que envolvía la noche de Madrid, pensando. ¿Qué debían hacer con los papiros de Henutsen? La pequeña Keops había desaparecido, pero la leyenda jamás contada seguía plasmada en los documentos. Y esos documentos revelaban mucho secretos que ni ellos, ni Kauab, querían que fuesen descubiertos.

Cuando él salió del dormitorio colocándose unos anchos pantalones de algodón, ella ni se dio cuenta.

Asim levantó la mano y alcanzó la de Naunet. El agua desapareció de sus pies y la gente de su alrededor se esfumó.

—¿Esto es el más allá, corazón? —Ella curvó los labios asintiendo—. Lo siento. No sé qué otra cosa decir. Lamento tanto no haberte dado más futuro... No haberte otorgado la libertad que merecías por haberme enamorado de ti tan fuerte que sentía que la vida no significaba nada si no estabas a mi lado. Lo siento tanto...

—Ahora deberías escribir que Naunet se sintió de pronto vacía, sin emoción de ningún tipo. Y que cogiendo la gran mano de Asim le dijo: «Viviría mil vidas diferentes solo por encontrarte».

Jota levantó la cabeza del papiro y apartó los útiles de escribir sobre la mesa. Se giró a Marina, que estaba completamente desnuda junto a él. Ella no podía saber que él ya había vivido esas mil vidas diferentes hasta llegar a ella, y no pensaba decírselo nunca. Con el pulso acelerado, hizo que se sentara sobre sus piernas y aspiró el aroma de lilas que desprendían sus bucles trigueños.

—Cásate conmigo, Marina. Te daré el tipo de vida que mereces vivir. Déjame ser tu esposo y pasar el resto de esta vida por siempre contigo.

—Oh, Jota. —Marina suspiró, las lágrimas brotaron de sus ojos—. No hay

nada que desee más en este mundo.

Él limpió sus lágrimas con besos húmedos.

—No quiero más lágrimas, corazón. Ahora empezaremos de nuevo. —Se apartó ligeramente de su rostro y le tendió una mano—. ¿Qué tal? Me llamo Jeremy Salazar.

Fin

Nota de autora

Muchos estudios antiguos aseguran que Henutsen fue esposa de Keops y madre de Kefrén. No puedo dejar de mencionar que Heródoto, en su historia, cuenta que esta reina fue prostituida por el faraón a fin de proporcionarle al rey más recursos para la construcción de su pirámide. Aunque esto está plagado de errores y de falsedad, llegó hasta nosotros a través del tiempo.

Incluso en publicaciones modernas es necesario refutar esta afirmación y aclarar su falsedad.

Y como todo lo relacionado a Jufu y su reinado están plagados de misterio, me he permitido la licencia de crear la historia de Jeremy y Marina a mi antojo e imaginación, conteniendo mucha más fantasía que datos históricos.

Sandra Bree

Agradecimientos

Quiero agradecer a Cristian Estrella, su ayuda en la descripción de la ciudad perdida y en la selva que vive dentro del volcán, a toda su atención y los consejos al narrarle alguna de las escenas. «Eres tremendamente sincero, pero no cambies nunca». También, a Álex, que me inspiró en las artes marciales.

Vayan mis gracias a Estela Pinero Hermoso, «modifiqué un poco la actitud de Jeremy por ti y te tuve en cuenta». A Rosa María Huertas, a la que estoy volviendo una adicta a la lectura, «gracias por animarme tanto». Ana Lourdes Mansilla, te agradezco tu escaso tiempo —quizá Laura tenga su historia juvenil algún día. Y a Yolanda Carrasco, por escuchar todos mis relatos, mis desequilibrios, mis noticias... Gracias por estar ahí, chicas.

No me olvido de Mimi Romanz, mi correctora, además de una gran escritora; de Rosa Gámez, la diseñadora de portadas que más quiero y a la que seguramente he vuelto loca para conseguir la de *Desde siempre te conozco* (esta tenía que ser especial). A Ilu Vilchez, por su confianza, y por supuesto, a Lola Gude, por todo, por trabajar tanto para todos los escritores de Selección, por volcarse con tanta dedicación en cada uno de nosotros... gracias por regalarme tu tiempo, eres auténtica.

También quiero dar las gracias a todos aquellos lectores y escritores que me dejan sus comentarios, que comparten mis noticias y que disfrutan con mis historias. ¡Nos seguiremos leyendo!

<https://www.facebook.com/sandra.palacios.1044>

Si te ha gustado

Desde siempre te conozco

te recomendamos comenzar a leer

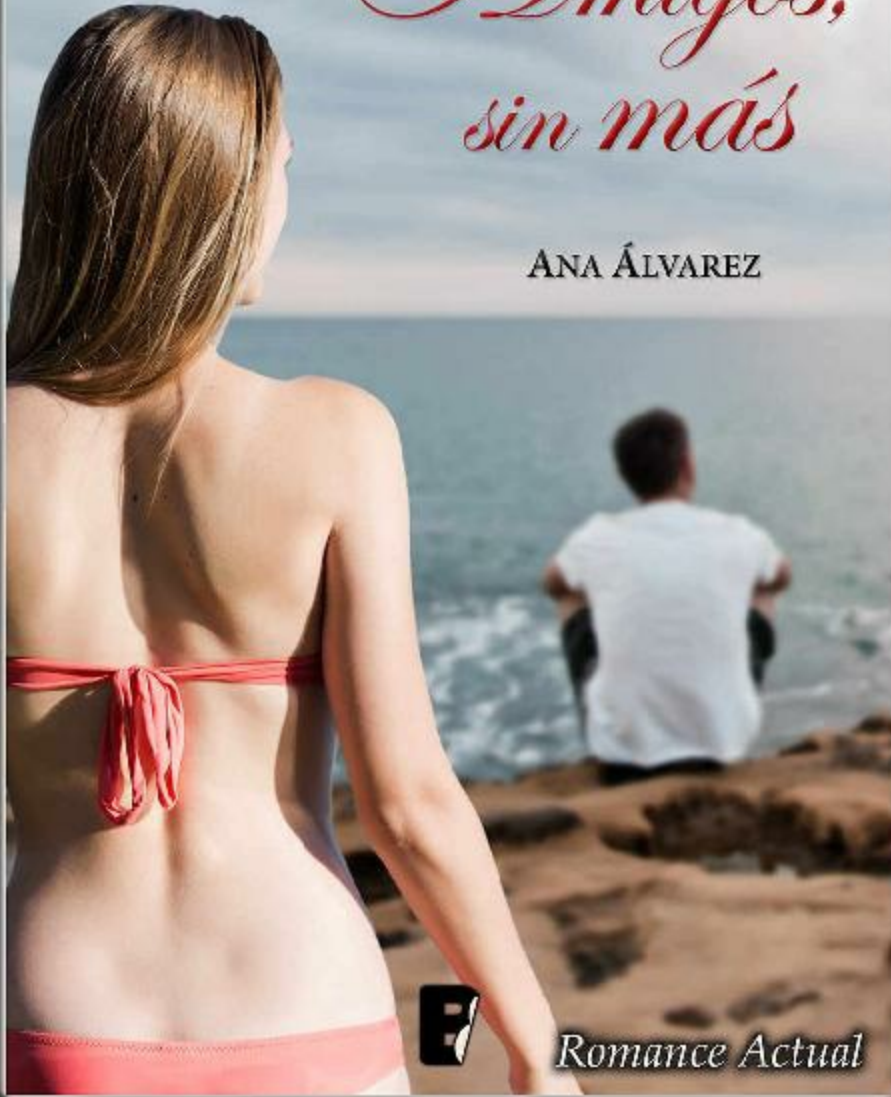
Amigos sin más

de Ana Álvarez

Selección RNR

*Amigos,
sin más*

ANA ÁLVAREZ



Prólogo

Después de la cena y de que su hija María se durmiese, Miriam se metió en la ducha. Ángel se había retirado a su dormitorio, el que compartía con ella, aunque durante el tiempo que llevaban casados lo único que habían hecho en él era dormir.

Al principio pensó que el embarazo y los cambios que este ocasionaba en su cuerpo habían causado el despego de Ángel. Después de la noche de bodas, él no había vuelto a tocarla, y tampoco aquella había estado cargada de pasión. Lo achacó a los nervios, al cansancio y a lo tardío de la hora, pero lo cierto era que en los días y en los meses sucesivos, su marido no había ni siquiera intentado hacerle el amor.

No le dio excesiva importancia; los pechos enormes, el vientre hinchado debían provocar el rechazo de cualquiera. Había dejado pasar el tiempo con la esperanza de que al recuperar su figura una vez acabado el posparto, la indiferencia de Ángel acabase, pero no fue así. Primero los días y después las semanas se sucedían sin que él hiciera el menor intento siquiera de besarla, y mucho menos de reanudar unas relaciones sexuales que se habían interrumpido después de la boda.

Aquella noche Miriam había decidido tomar la iniciativa. Tal vez él pensara que aún era pronto, pero ella estaba más que preparada y deseosa de hacer el amor con él.

Había salido a mediodía y se había acercado hasta una tienda especializada en lencería. Allí deambuló entre los percheros buscando algo que pudiera atraer el deseo de un hombre, y al fin se decidió por un camisón de encaje negro, que permitía ver lo justo para no dejar de ser elegante. Pero no cabía duda de que la prenda era una clara insinuación, y si Ángel no se daba por aludido, ya no sabía qué otra cosa podía hacer.

Se dio una ducha rápida, no quería entretenerse y permitir que él se durmiera, porque si lo hacía, ella tendría que dejar de lado todos los planes que había hecho.

Tras secarse, deslizó unas gotas de perfume entre los pechos, ya vueltos a la normalidad después de la maternidad y el escaso tiempo de lactancia que se

había podido permitir.

Contempló su imagen en el espejo y vio el cuerpo que siempre había tenido, delgado y sin estrías, tonificado por el ejercicio que había realizado a continuación del parto. Por fortuna el embarazo no había dejado marcas visibles en él, Ángel no encontraría ningún cambio que le produjese rechazo. Hacía ya casi tres meses que María había nacido y todavía no la había tocado ni una sola vez más que de forma amistosa.

Tras perfumarse se puso el camisón, sin nada más y se revolvió un poco la larga melena rubia con las manos. Estaba sexi y seductora y si Ángel aquella noche no le hacía el amor debía empezar a plantearse que había un problema muy serio en su matrimonio.

Salió descalza y se acercó a la cama. Su marido estaba acostado y vuelto hacia la pared, postura en la que solía dormir, y Miriam le tocó con suavidad en el hombro. Él no se movió ni un milímetro, aunque ella intuía que estaba despierto. Tragó saliva y susurró:

—Ángel...

No obtuvo respuesta, pero advirtió una leve rigidez en el cuello del hombre, evidencia clara de que no dormía.

Deslizó la mano a lo largo del brazo, acariciándole, y notó una ligera tensión en los músculos bajo sus dedos, pero ni se giró ni pronunció ninguna palabra.

Decepcionada, cesó en su intento y se tumbó en su lado de la cama, apretando los labios para tragarse las lágrimas de humillación que intentaban salir con más fuerza que nunca y que contenía a base de voluntad.

No entendía qué pasaba, por qué Ángel había dejado de desearla. Antes de casarse mantenían unas relaciones sexuales bastante esporádicas, y aunque sus hermanos se burlaban de ella por ese tema, Miriam siempre le encontraba una explicación. Ambos vivían con sus padres y tenían pocas ocasiones para estar a solas y en una cama. Aunque Hugo le había dicho a menudo que no era necesario una habitación y una cama para hacer el amor, o echar un polvo como lo llamaba él, Ángel y ella preferían hacerlo con la intimidad y

comodidad que estas les brindaban.

Siempre aprovechaban cuando sus padres no estaban en casa para escaparse a su habitación y pasar un rato juntos, y aunque no era muy a menudo, sí hacían el amor con cierta regularidad. Era a partir de su boda, hacía ya casi diez meses, que Ángel se iba a la cama temprano y cuando ella se reunía con él en el dormitorio estaba profundamente dormido. O fingía estarlo, como esa noche.

Se miraba al espejo una y otra vez y no acertaba a comprender por qué había dejado de desearla. No había cogido demasiados kilos en el embarazo y había recuperado la línea en seguida, su aspecto actual en nada se diferenciaba del que tenía antes de casarse.

Sentía a Ángel tenso y agarrotado al otro extremo de la cama y también ella se acercó al borde tratando de poner la mayor distancia posible entre ambos. Sabía que era necesario enfrentar aquella situación, que no podía dejar pasar el tiempo sin hacer preguntas o sin tratar de buscar alguna solución, que debería pasar por tener una conversación a tumba abierta. Pero no se decidía. Ella, tan resuelta y tan locuaz en los tribunales, cuando se trataba de sacar a relucir el problema ante su marido, las palabras se le atascaban en la garganta y era incapaz de pronunciarlas. Como en aquella ocasión. Se sentía demasiado dolida, demasiado humillada para volverse hacia esa espalda que la ignoraba noche tras noche y aclarar las cosas de una vez por todas.

El leve llanto de María en la habitación contigua le dio la excusa que necesitaba para no afrontar la situación y escapar de aquella cama fría e inhóspita. Se levantó con sigilo, aunque sabía que Ángel estaba despierto, y salió del cuarto.

Se inclinó sobre su hija, esa preciosa niña rubia que no había deseado en un principio, pero que le había robado el corazón, y le acarició la mejilla con un dedo. Se calló al instante, pero aun así se inclinó y la cogió en brazos. Comprobó que tenía el pañal mojado y la puso sobre el cambiador.

Arreglar a su hija fue suficiente para que el malestar pasara, y cuando la volvió a depositar en la cuna, se dijo que lo más probable era que Ángel no

quisiera despertar a la niña que tenía el sueño muy ligero. Ya no sabía qué más decirse para justificar la conducta de su marido.

Aguardó unos minutos hasta que María se quedó dormida y entró al cuarto de baño, donde se cambió el camisón por su habitual pijama y lo escondió en un rincón del armario de las toallas, como si fuera algo vergonzoso. Al día siguiente decidiría qué hacer con él. Tirarlo, con toda probabilidad.

A continuación, regresó al dormitorio y se metió en la cama. El deseo sexual que había experimentado un rato antes, mientras se arreglaba, había desaparecido por completo, ni siquiera le apetecía satisfacerse ella misma, como venía haciendo hacía semanas.

Ángel ya estaba dormido de verdad cuando se tendió a su lado, y por primera vez desde que se casó se permitió pensar en Pablo Solís y en lo que podría haber sido.

La primera vez que le vio era apenas una cría de diecisiete años y estaba pasando un verano con Marta, su amiga y cuñada, en casa de sus abuelos. Él no dejaba de mirarla, unos metros más allá en la playa fingiendo leer un libro, pero mirándolas en realidad. Parecía un poco mayor, y a veces pensaba que era Marta quien le atraía, pero cuando alzaba la vista siempre encontraba clavados en ella unos profundos ojos marrones, que desviaba al ser sorprendido.

Marta y ella le apodaban «el hombre de la playa» porque no conocían su nombre, ni nada sobre él.

Le vieron durante todo el mes de agosto, y esperaron inútilmente que se acercara o les hablara, pero no lo hizo. Solo la última noche antes de regresar a Sevilla habían intercambiado unas pocas palabras. Había bajado sola a comprar unos dulces para su madre, y se lo encontró caminando de frente hacia ella.

Pensó que continuaría su camino, pero para su sorpresa se detuvo a su lado y la saludó:

—Hola.

Ella le dedicó una sonrisa y respondió a su saludo.

—Hola.

—¿No está hoy tu amiga? —le preguntó, lo que le hizo pensar que era Marta quien le interesaba.

—No, he bajado un momento a hacer unos recados.

—¿Hasta cuándo estarás aquí?

—Me voy mañana.

—Vaya... es una pena.

—Se acabó el verano.

Por un momento se habían quedado mirando el uno al otro sin saber qué más decir.

—Adiós, entonces —se despidió Pablo.

—Adiós.

Ella echó a andar por la acera, alejándose, mientras sentía la mirada de él clavada en su espalda.

Regresaron a Sevilla y se olvidaron del hombre de la playa, hasta que el destino volvió a cruzarlo en su vida, hacía un año y medio.